

Jeffrey Archer

AUTOR SUPERVENTAS DEL *SUNDAY TIMES*

# EL JUEGO FINAL

LA CARRERA CONTRARRELOJ PARA
EVITAR EL DESASTRE ESTÁ A PUNTO DE COMENZAR

HarperCollins

# Dedicación

En memoria de Susan Watt
1938–2024

# Epígrafe

Lo importante en la vida no es la victoria, sino la contienda; lo esencial no es haber ganado, sino haber luchado bien.

Barón de Coubertin, 24 de julio de 1908

# Contenido

Cubrir
Página de título
Derechos de autor
Dedicación
Epígrafe
Nota del autor
Prólogo

Libro uno: Cuenta atrás
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Ceremonia de Apertura: Que haya luz
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Libro dos: Los juegos
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23

Libro tres
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Ceremonia de clausura: Cae el telón.
Capítulo 28

Libro cuatro
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Epílogo: Cuatro meses después
Epílogo

En End Game se incluyen veintidós incidentes que podrían haber ocurrido durante los Juegos Olímpicos de Londres 2012.
Sigue leyendo…
Acerca del autor
También de Jeffrey Archer
Acerca de la editorial

# PRÓLOGO

## La candidatura de Londres

## 2005

# Julio de 2005

—¿CREES QUE TENEMOS ALGUNA POSIBILIDAD? —preguntó William.

—Hay una remota posibilidad —respondió el Halcón—. Pero no te hagas ilusiones.

El comandante William Warwick y su superior, Jack Hawksby, subcomisario de la Policía Metropolitana, estaban sentados al fondo del abarrotado salón de baile del Centro de Convenciones Raffles en Singapur. Por el momento, eran observadores, no participantes. Solo si Londres ganaba la candidatura para albergar los Juegos Olímpicos de 2012 se convertirían en participantes.

Cinco ciudades habían llegado a la ronda final, pero solo una regresaría a casa con la medalla de oro. En esta carrera no había premios para el segundo lugar. Aunque cinco ciudades estaban listas para la salida, todos en la sala sabían que solo quedaban tres contendientes serios. París era la clara favorita, tras haber perdido contra Pekín cuatro años antes, y ahora proclamaba a los cuatro vientos que los Juegos Olímpicos de 2012 le pertenecían por derecho. Madrid era considerada su única rival seria, mientras que las casas de apuestas daban a Londres en tercer lugar con una cuota de diez a uno.

Durante la siguiente hora, cuatro ciudades serían eliminadas, dejando solo un equipo para regresar a casa luciendo la guirnalda de la victoria.

El bullicio en el centro de convenciones era palpable, con varios idiomas compitiendo entre sí. La mayoría de los delegados daban por hecho que Moscú sería la primera ciudad eliminada, ya que había sido sede de los Juegos Olímpicos en 1980 y se perfilaba como la principal candidata para albergar los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014.

Otro rumor que William había escuchado en los últimos días era que, si Moscú era eliminada, sus votos se transferirían a cualquier otro país menos a Londres, ya que Margaret Thatcher había intentado boicotear los Juegos de Moscú en 1980, y Putin era alguien con buena memoria.

El electorado estaba compuesto por ciento cuatro delegados, que representaban a países grandes y pequeños. Esto significaba que el voto de Luxemburgo era tan importante como el de China, razón por la cual nadie podía estar seguro del resultado.

Otra razón por la que nadie podía predecir al ganador era que casi todos los delegados habrían mentido al menos cuatro veces durante la última semana, comprometiéndose siempre a votar por la última persona con la que habían hablado.

Una puerta al fondo de la sala se abrió y todos los presentes guardaron silencio cuando Jacques Rogge, presidente del Comité Olímpico Internacional, acompañado por el oficial de relevo, entró en el pebetero. Caminaron lentamente hacia el escenario y, para cuando Rogge tomó asiento en la silla central, reinaba un silencio absoluto, mientras todos esperaban para saber qué ciudad sería la primera en ser eliminada.

Mil ojos miraron fijamente al presidente mientras abría el sobre y sacaba una tarjeta con un solo nombre. Dio un par de golpecitos al micrófono antes de anunciar: «La ciudad de Moscú no participará en la segunda vuelta».

Algunos aplaudieron con nerviosismo, otros mostraron alivio. Pero una quinta parte del público permaneció en silencio, con su destino sellado. En unas horas, abordarían un avión de regreso a Moscú. Seis años de arduo trabajo desperdiciados en una sola frase.

—Gane o pierda —le dijo William al Halcón mientras salían del salón para dar un breve paseo y respirar aire fresco antes de que se anunciara el perdedor de la siguiente ronda—, Beth y yo nos iremos de vacaciones.

—¿Dónde? —preguntó el Halcón, un hombre que no desperdiciaba palabras.

«En un crucero de Viking desde Ámsterdam a Budapest», dijo William. «Ninguna galería en el trayecto escapará a nuestra

atención».

—¿Con o sin los gemelos? —preguntó el Halcón.

—Sin nosotros —dijo William con firmeza al salir del Centro de Convenciones—. Somos las últimas personas con las que querrían pasar las vacaciones. Peter se va a Galway con unos amigos a finales de verano, y Artemisia tiene planeadas unas vacaciones con su novio, Robert. Pero ahora mismo, los gemelos están tan nerviosos como cualquiera en esa sala: están esperando los resultados de sus exámenes de acceso a la universidad.

—¿Y cuáles son sus planes después? —preguntó el Halcón.

«Peter quiere ir a mi antigua universidad, el King's College de Londres, y estudiar Derecho, mientras que a Artemisia ya le han ofrecido una plaza en la Universidad de Bristol para estudiar Filología Inglesa, donde se unirá a Robert, que ya está allí estudiando Ciencias Políticas».

—Leí hace poco en The Times —dijo el Halcón— que el padre de Robert acaba de ser nombrado presidente de Kestrals Bank —hizo una pausa—, gracias a usted.

—Más mérito suyo que mío —dijo William—. Al fin y al cabo, fue él quien finalmente demostró la inocencia del padre de Robert ante todos los cargos que se le imputaban.

—Y de poco le sirvió —espetó el Halcón.

William asintió con gesto sombrío. Tras demostrar la inocencia de Simon Hartley, Ross acabó suspendido durante un año y degradado, mientras que su antiguo adversario, Miles Faulkner, salió impune.

«Francamente, me sorprendió que el sargento Hogan volviera al trabajo después de su degradación», añadió el Hawk.

—Alicia logró convencerlo —respondió William—. Con Jojo y el pequeño Jack creciendo tan rápido, supongo que fue la decisión más sensata.

El Halcón asintió. «Aunque sea lo último que haga», dijo con gran emoción, «encarcelaré a Miles Faulkner de por vida».

«Con Booth Watson compartiendo la misma celda», sugirió William.

—Amén —dijo el Halcón—. Pero, ¿cómo se encuentra Ross?

«Nunca se ha asentado del todo después de su altercado con el comandante Sinclair», admitió William. «Le siguen dando trabajos en los que no puede meterse en líos. Pero seamos sinceros, Ross no nació para ser un santo».

«Si ganamos la licitación», dijo el Halcón, «nos vendría bien tener al sargento Hogan de vuelta en nuestro equipo, porque tendremos mucho trabajo por delante. Una cosa es segura: mientras haya miles de millones de dólares dando vueltas, todos los delincuentes al norte del río estarán metiendo la nariz en el acueducto olímpico».

«Junto con uno o dos al sur del río», sugirió William, «incluido Miles Faulkner, que no querrá perderse la oportunidad de ganar dinero fácil».

—No cabe duda —coincidió el Comisionado Adjunto, mientras se unían a los delegados que regresaban al Centro de Convenciones, cada uno ansioso por saber qué ciudad sería la siguiente en ser eliminada.

• • •

A seis mil millas de distancia, Miles Faulkner y el Sr. Booth Watson QC bajaron de un autobús y comenzaron a caminar hacia un pub que nunca habían frecuentado. No era su medio de transporte habitual, pero Faulkner había decidido dejar a Collins y el Rolls en Cadogan Place, ya que un chófer al volante de un Silver Cloud llamaría demasiado la atención en un aparcamiento del East End lleno de coches de segunda mano, algunos de ellos robados.

Collins ya había visitado el Newham Arms varias veces durante el último mes y había recopilado toda la información que Miles necesitaba para llevar a cabo su golpe de estado planeado.

—¿Por qué elegiste a Collins? —preguntó Booth Watson.

«Cada cosa a su tiempo», había respondido Miles. «En cualquier caso, es totalmente digno de confianza».

Cuando Miles entró en el pub, vio a dos lugareños sentados uno en cada extremo de la barra. Ninguno de los dos le dirigió la palabra, tal como habían acordado con Collins. Los dos recién llegados se sentaron en los taburetes vacíos que había entre ellos, y Miles pidió

un par de pintas mientras miraba la televisión para ver que los resultados de la siguiente ronda de votación se anunciarían en breve.

Huw Edwards estaba explicando a los espectadores el procedimiento de votación y por qué creía que Nueva York sería la siguiente ciudad eliminada, dejando a París, Madrid y Londres para pasar a la ronda decisiva.

El dueño del local colocó dos pintas de cerveza amarga sobre el mostrador, sin apartar la vista del televisor casi nunca.

—Parece que te interesa quién gana —dijo Miles con inocencia.

—Mi futuro depende de ello —respondió el dueño del bar, sin volver a mirar a su cliente.

—¿Es cierto? —reflexionó Booth Watson, mientras bebía un sorbo de cerveza a regañadientes.

«No estoy seguro de entenderlo», dijo Miles, quien comprendía perfectamente que el pub y el aparcamiento contiguo estarían justo en medio del propuesto Estadio Olímpico, en caso de que Londres ganara.

«Estás sentado justo al comienzo de la carrera de cien metros», dijo el propietario, «y el foso del salto de longitud estaría en mi aparcamiento, así que si Londres se hace con la sede, me haré rico».

—¿Una fortuna? —repitió Miles, con la esperanza de averiguar qué consideraba el dueño del pub como una fortuna.

«Ya me han ofrecido un cuarto de millón un promotor inmobiliario local», dijo el propietario. «Pero solo si ganamos».

Miles ya sabía perfectamente quién era el promotor inmobiliario: un jefe de la mafia local llamado Bernie Longe, pero guardó silencio, ya que su abogado iba a pronunciar la siguiente frase.

«¿Y si Londres no gana?», preguntó Booth Watson, entrando justo en el momento oportuno.

«Con suerte, ganaré cincuenta mil, por eso no solo está en juego su futuro», dijo el propietario, señalando el televisor. «O bien pasaré el resto de mis días en una vivienda social en la urbanización local, o bien la cambiaré por una casa de campo en Essex».

—Permítame plantearle una pregunta hipotética —se atrevió a decir Miles, mientras dejaba su vaso—. Dado que París parece ser la

favorita, ¿cuánto aceptaría si le hiciera una oferta por el terreno ahora mismo?

El propietario pareció sorprendido y se tomó su tiempo para considerar la propuesta. «Doscientos mil», dijo finalmente, con la mirada fija de nuevo en el televisor.

El presidente del Comité Olímpico se puso de pie, abrió el sobre, sacó la tarjeta y anunció: «La ciudad de Nueva York no participará en la próxima ronda».

• • •

«Si Londres queda eliminada a continuación, lo cual parece probable», dijo el Halcón, «ya he preparado mis maletas para volver a casa».

—Pero si Londres ganara —respondió William—, tendrías que volver a desempaquetarlas.

«No necesariamente», dijo Hawk. «Si Londres es elegida como ciudad anfitriona, lo primero que haré será regresar a Londres y reunir a mi antiguo equipo».

William lo pensó. «Tendríamos siete años para prepararnos».

«Y aun así no sería suficiente».

«¿Qué te hace estar tan seguro de que todo el equipo querrá volver? Al fin y al cabo, Paul ha sido ascendido recientemente a segundo al mando del escuadrón contra el crimen organizado».

«Tendrán que aprender a vivir sin él», dijo el Halcón, «ya que le ofrecería al inspector detective Adaja la oportunidad de ser Comandante Plateado, poniéndolo al frente de las operaciones diarias en el Estadio Olímpico».

¿Y Rebecca?

«El sargento detective Pankhurst sería mi primera opción para la medalla de bronce, ya que vigilaría de cerca a los doscientos cincuenta mil espectadores que visitarán el Parque Olímpico cada día».

«Puede que no quiera dejar la brigada antidrogas», sugirió William, «donde, según tengo entendido, la están considerando para un ascenso».

«No tendrá muchas opciones», dijo el Halcón.

«¿Y Jackie? ¿Le darán a elegir?»

«La sargento detective Roycroft ya ha dado a entender que, si Londres gana, estaría encantada de dejar el equipo de arte y antigüedades y unirse a nosotros para los Juegos Olímpicos».

—¿Nosotros? —dijo William.

«Por supuesto. Te nombraré Comandante Oro a cargo de la operación nacional de seguridad olímpica», dijo el Halcón. «Y si los Juegos son un éxito, finalmente me retiraré con honores y tú habrás dado el siguiente paso para convertirte en Comisionado».

—No creo que vayas a jubilarte nunca —respondió William—. Llevas años posponiéndolo.

—Pero no podré aguantar mucho más —dijo el Halcón.

—¿Y si los Juegos no son un éxito? —preguntó William, sin poder evitar sonreír.

«Usted, agente Warwick, volverá a patrullar las calles, mientras que yo les diré a todos que siempre consideré al comandante Sinclair la opción obvia para ser nuestro próximo comisario. Sin embargo, si logran un éxito en los Juegos Olímpicos, pueden contar con mi apoyo», dijo el Halcón con una sonrisa.

«Eso es una gran incógnita, ya que muchas incógnitas siguen en el aire», sugirió William, «sobre todo lo que está a punto de ocurrir en el escenario dentro de unos instantes».

El Halcón asintió. «Creo que Madrid será la próxima ciudad eliminada».

—Esperemos que sí —dijo William—, porque si es París, me han dicho que votarán por Madrid en la ronda final, ya que lo último que quieren es que Londres sea la sede de los Juegos.

La puerta se abrió de nuevo y Rogge volvió a subir al escenario. Miró a los delegados que quedaban, pero no abrió el sobre hasta que hubo silencio absoluto.

Rogge se tomó su tiempo para sacar la tarjeta y volver a ponerse las gafas, antes de anunciar: «La ciudad de Madrid no participará en la ronda final».

El arrebato que siguió hizo casi imposible que William oyera al Halcón decir: «Ahora las probabilidades se han reducido a cincuenta-

cincuenta».

• • •

«El resultado de la tercera y última ronda se anunciará en unos minutos», dijo Huw Edwards, mirando fijamente desde la pantalla del televisor a millones de rostros expectantes. «Dado que Madrid obtuvo treinta y un votos», continuó, «que, según los expertos, ya han sido asignados a Francia, creo que solo podemos suponer que no somos los favoritos».

—¿Cuánto estarías dispuesto a aceptar ahora? —preguntó Miles al dueño del bar, después de haber pedido otra pinta para él, pero no para Booth Watson, cuyo vaso aún estaba medio lleno. Miles le había dicho con firmeza que no podía pedir su habitual gin tonic doble.

—Ciento cincuenta mil —dijo el tabernero, ya no con tanta seguridad.

—Te doy cien mil ahora mismo —dijo Miles—, pero esa es mi oferta final.

El propietario volvió a mirar la pantalla y vio que equipos de televisión, periodistas y fotógrafos rodeaban ahora a la delegación francesa, mientras que un único periodista seguía siendo leal a los británicos.

Una cámara hizo zoom sobre un miembro del equipo francés, que colocaba una botella de champán sobre la mesa frente a él, mientras otra sacaba dos copas.

—Se acabó —dijo uno de los lugareños, entrando justo en el momento en que Miles se bebió su pinta de un trago y volvió a colocar el vaso vacío sobre la barra.

«No hace falta ser un genio para adivinar quién quedará en segundo lugar», dijo el lugareño que estaba al otro extremo de la barra, mientras Miles se bajaba del taburete y comenzaba a caminar lentamente hacia la puerta.

«No todo está perdido», dijo Huw Edwards —el casero sonrió—, porque Londres seguramente será la favorita para los Juegos Olímpicos de 2020. El casero frunció el ceño.

—¿Cuánto me darías ahora? —preguntó el casero justo cuando Miles tocaba el pomo de la puerta.

—Setenta y cinco mil —dijo Miles, sin volver la vista atrás.

—Cien mil —dijo el casero, mientras Miles abría la puerta y salía, con Booth Watson siguiéndole a un paso.

—¡Vale, vale! —gritó el casero—. Es tuyo por setenta y cinco mil.

—Buena decisión —dijo uno de los lugareños, mientras su compañero conspirador asentía con aire de sabiduría.

Booth Watson regresó rápidamente a la barra y colocó su bolso Gladstone sobre el mostrador.

Todos alzaron la vista para ver a Rogge entrar en la arena por última vez.

Booth Watson abrió su maletín y sacó un contrato bien redactado, sin resquicios legales. Pasó a la última página, mientras Miles volvía a sentarse en la barra y extendía un cheque por setenta y cinco mil libras.

El dueño del pub vaciló mientras observaba las figuras. Levantó la vista hacia la pantalla del televisor y vio a los franceses ya de pie, algunos tomados del brazo, cantando «La Marsellesa». Booth Watson quitó la tapa de su bolígrafo.

Rogge se levantó lentamente del centro del escenario para dirigirse a los delegados. Comenzó elogiando a ambos equipos por su dedicación y excelentes presentaciones, y luego les recordó que, al final, solo una ciudad sería seleccionada para albergar la Trigésima Olimpiada. Se tomó aún más tiempo para abrir el sobre antes de sacar la tarjeta. Golpeó el micrófono una vez más antes de mirar el nombre de la ciudad que sería sede de los Juegos Olímpicos de 2012.

Todos los delegados franceses presentes en la sala ya estaban de pie, esperando con expectación.

El propietario tomó el bolígrafo que le ofrecieron y firmó rápidamente en la línea de puntos.

Un silencio inquietante se apoderó de la reunión, tanto en el país como en el extranjero, cuando el Presidente del Comité Olímpico Internacional declaró: «Los Juegos de la Trigésima Olimpiada de 2012 se otorgan a...», hizo una pausa, «la ciudad de Londres».

La tinta se había secado.

• • •

«Prepárate para la misión más difícil de tu carrera», le dijo el Halcón a William, mientras este se levantaba del fondo del salón y se unía a los aplausos. «Y ni se te ocurra relajarte hasta que oigas a ese hombre decir», añadió, señalando a Rogge, «Declaro clausurados los Juegos de la Trigésima Olimpiada».

—Eso no sucederá hasta dentro de siete años —le recordó William.

El Halcón se volvió hacia él. «Siete años pueden parecer mucho tiempo para prepararse para un solo evento», dijo, «pero usted sabe tan bien como yo que no lo es, no cuando ese evento es único en el mundo».

William asintió. Anteriormente, había participado en la seguridad del funeral de la Reina Madre, varias visitas de Estado, incluida la del Presidente de los Estados Unidos, e innumerables finales de la FA Cup. Sin embargo, en el verano de 2012, se esperaba que supervisara cuarenta y dos campeonatos mundiales en tan solo unas semanas. Unas semanas que definirían su carrera.

Observó cómo el equipo británico, liderado por Sebastian Coe, seguía saltando de alegría mientras empezaban a asimilar la magnitud del triunfo.

Los franceses permanecían sentados solos al otro extremo de la sala, desolados, con las voces silenciadas y el champán sin abrir, como una novia abandonada esperando la aparición de un novio ausente.

• • •

El casero apagó el televisor, con un aspecto que recordaba al de un miembro del equipo francés.

Booth Watson se apresuró a seguir a su cliente, que ya había salido del pub, junto con los dos lugareños. Miles les dio cien libras

en efectivo a cada uno. Al fin y al cabo, habían interpretado sus papeles secundarios sin equivocarse en ninguna línea.

Booth Watson alcanzó a Miles justo cuando este subía a un taxi y rápidamente se sentó junto a él en la parte de atrás. Una vez recuperado el aliento, le preguntó: «¿Qué habrías hecho si París hubiera sido sede de los Juegos?».

—Como es miércoles —le recordó Miles—, el dueño no podía esperar que el cheque se hiciera efectivo antes del fin de semana y, lamentablemente, para entonces habría sido devuelto a su pub con la indicación de "fondos insuficientes", lo que anularía el contrato, si no recuerdo mal la redacción.

«Ahora, en cambio, se puede llamar al banco cuando abra mañana por la mañana para asegurarse de que el cheque se haya cobrado de inmediato», dijo Booth Watson. «Y si no cobra el cheque, el contrato sigue siendo válido; la redacción lo deja perfectamente claro».

«Y no tengo ninguna prisa por desprenderme de mi nuevo activo», dijo Miles, «porque si el gobierno quiere comprar mi pub y mi aparcamiento, o, mejor dicho, mi recta final y mi foso de salto de longitud, les va a costar caro».

• • •

Menos de veinticuatro horas después, el comandante Warwick fue uno de los primeros en Singapur en enterarse de la noticia. Estaba sentado solo en su habitación de hotel, viendo la televisión durante el desayuno. Tres bombas habían explotado en el metro de Londres y una cuarta en un autobús, matando a cincuenta y dos personas e hiriendo a más de ochocientas víctimas inocentes, la mayoría de ellas de camino al trabajo.

William recordó que Sebastian Coe, durante sus charlas confidenciales con los delegados en las últimas dos semanas, había repetido con frecuencia que veinticinco mil personas al día podrían viajar desde Victoria hasta el Parque Olímpico en el metro de Londres en media hora.

Como nuevo responsable de Orden Público y Apoyo Operativo para los Juegos Olímpicos de 2012, William se preparaba para dirigirse al equipo de candidatura británico en la misma sala donde, apenas el día anterior, habían celebrado una memorable victoria.

Al día siguiente, un grupo sombrío, pero no del todo sobrio, regresó a Londres, no para ser recibido con los merecidos aplausos de una multitud exuberante y acogedora, sino para ser escoltados discretamente por una salida privada para evitar a la prensa, que solo tendría una pregunta en los labios: si el atentado hubiera tenido lugar el día anterior a la votación final, y no el día después, ¿cree que Londres habría sido elegida sede de los Juegos Olímpicos de 2012?

Todos sabían la respuesta.

# LIBRO UNO

## Cuenta atrás

# CAPÍTULO 1

## Agosto de 2005

Por diversas razones, Vladivostok fue la sede elegida para la reunión entre los dos jefes de Estado, principalmente por su proximidad a la frontera de ambos países, lo que significaba que los líderes podrían regresar a sus capitales con muy poca gente que supiera que el encuentro se había celebrado. No se invitó a la prensa, y si la noticia se hubiera filtrado, la reunión se habría cancelado.

Los dos presidentes se reunieron en un vagón de tren al final de una estación de maniobras, sin edificios altos que los dominaran. El vagón había formado parte del Transiberiano y desprendía la opulencia elegante de una época pasada, considerada apropiada para una ocasión tan trascendental.

Al llegar, con apenas unos instantes de diferencia, ambos dictadores tomaron asiento en los extremos de una larga mesa. Se sentaron en grandes sillas de respaldo alto con cojines para que parecieran más altos. Los dos asientos restantes de la mesa fueron ocupados por sus embajadores en Londres. Media docena de altos funcionarios se sentaron alrededor del vagón, con sus cuadernos abiertos y sus plumas en mano.

El presidente Putin fue el primero en hablar. «¿Puedo preguntarle, camarada?», comenzó, «¿cómo van sus preparativos para los Juegos Olímpicos de Pekín 2008?»

«Están siguiendo el plan previsto», respondió Hu Jintao, «e incluso Occidente tendrá que admitir que nunca ha visto un espectáculo igual». Hizo una pausa y añadió rápidamente: «Solo será comparable con los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980».

Putin hizo un gesto de desdén con la mano. «Una vez que los estadounidenses no se presentaron y se llevaron a sus títeres, nunca tuvimos la oportunidad de demostrar nuestro verdadero valor, pero ahora que Londres será la sede de los Juegos Olímpicos de 2012, pretendo devolverles el favor».

«¿Significa eso que Rusia boicoteará los Juegos Olímpicos de Londres?», preguntó Hu Jintao.

«Desde luego que no», dijo Putin. «Debemos mostrarnos magnánimos, sin desaprovechar ninguna oportunidad para comparar desfavorablemente los Juegos de Londres con los de Pekín. Los Juegos Olímpicos han sido durante mucho tiempo un símbolo de poder y prestigio. Cada cuatro años, atletas de todo el mundo se reúnen para competir, mientras todos los países del mundo observan. Todas las miradas estarán puestas en la ciudad anfitriona».

«La ciudad elegida para albergar los Juegos Olímpicos refleja la opinión general sobre ese país, pero el mundo está desfasado. Todavía confían en los británicos, y no podemos permitir que eso continúe. Es fundamental que demostremos a todos los países del mundo que el poder está cambiando y que Occidente ya no tiene el control. Si lográramos destruir la reputación de Gran Bretaña, destruiríamos al mismo tiempo la confianza que otros países depositan en ella. Una vez que lo consigamos, seremos más poderosos». Hizo una pausa. «Con esto en mente, camarada, le pediré a mi embajador en Londres que le informe sobre nuestros planes».

Se giró hacia su derecha y asintió.

Anatoly Mikailov, el embajador ruso en Londres, había sido cuidadosamente seleccionado para el cargo. Mikailov se había formado en Harvard y Oxford, y muchos en Londres y Washington lo consideraban un colega respetado, mientras que él los veía como simples amigos interesados. Su nueva misión era asegurarse de que los Juegos Olímpicos de Londres fueran percibidos como un fracaso desastroso del que jamás se recuperarían, y ya había comenzado a elaborar planes detallados para lograr ese resultado.

«Para empezar, el presupuesto de Londres será menos de la mitad del de Pekín», comenzó. «Sin embargo, pueden estar seguros de que los británicos ofrecerán un gran espectáculo», añadió con un acento refinado y exagerado. «Hay que recordar que el teatro corre por sus venas y que actuarán en el escenario más grande del mundo. Para ello, he seleccionado un equipo que ha estado trabajando en una docena de escenarios diferentes, que aún no se pueden revelar por razones obvias, pero les aseguro que cualquiera de ellos hará que Londres se arrepienta de haber sido elegida ciudad anfitriona, pues su reputación quedará por los suelos».

Putin esbozó una leve sonrisa. —¿Y tú, camarada? —preguntó, mirando hacia el otro extremo de la mesa.

El líder chino no respondió, sino que giró la cabeza hacia su derecha y asintió con la cabeza a su embajador en Londres.

«Si bien tenemos la intención de trabajar estrechamente con ustedes en la preparación de los Juegos de Londres y durante la ceremonia de apertura», comenzó Wei Ming, sin hacer referencia a ninguna nota, «ya se ha acordado que ustedes tomarán la iniciativa una vez que comiencen los Juegos, pero nosotros seremos los únicos responsables de lo que ocurra en la ceremonia de clausura».

—Si es que alguna vez llegan tan lejos —dijo Mikailov en voz lo suficientemente alta como para que su líder lo oyera.

«Naturalmente», continuó el embajador chino como si no lo hubieran interrumpido, «los Juegos Olímpicos contarán con estrictas medidas de seguridad, así que la estrategia que hemos acordado es sencilla: distraer a la policía con la mayor cantidad posible de inconvenientes irrelevantes y que les hagan perder el tiempo, para así desviar su atención de nuestro objetivo final: nuestra particular ceremonia de clausura». Sonrió. «Para ello, hemos seleccionado un equipo altamente entrenado, liderado por una mujer que ha perdido la cuenta de cuántas personas ha matado. La mayoría de nuestros agentes le temen más a ella que al enemigo».

Le tocó sonreír a Hu Jintao.

—¿Puedo preguntar qué es exactamente lo que tiene planeado? —preguntó Putin, arqueando una ceja.

«La caída de lo que quedaba del Imperio Británico en una sola noche», dijo Wei Ming. «Un desastre que el resto del mundo coincidirá en que podría haberse evitado si los británicos hubieran estado mejor preparados para afrontar las amenazas a la seguridad».

Una leve sonrisa asomó en los labios de Hu Jintao. «Les aseguro que el atentado terrorista del mes pasado en el metro de Londres no será nada comparado con lo que hemos planeado para la ceremonia de clausura».

# CAPÍTULO 2

## 11 de mayo de 2012 – Faltan 77 días

«Faltan setenta y siete días para la ceremonia de inauguración», dijo el subcomisionado Hawksby.

«Tras siete años de preparación», le recordó el comandante William Warwick, «estamos tan preparados como podemos estarlo».

«Pero aún así no estará lo suficientemente preparado», dijo el Halcón. «Prepárense para lo inesperado, porque eso es a lo que se enfrentarán».

Estaban sentados en la oficina de William, con el escritorio entre ellos repleto de informes, archivos y otros documentos, además de algunas fotos familiares dispersas. Una de ellas mostraba a William y su esposa Beth el día de su boda, hacía veinticinco años, mientras que en los marcos más recientes se veían fotos de la graduación de los gemelos.

El Halcón volvió a mirar el informe confidencial que tenía delante. «Me alegra que su última reunión con el profesor Meredith en el GCHQ haya ido bien; puede que necesitemos su experiencia y la de su equipo durante los próximos meses. Nadie predice mejor lo impredecible que Meredith, ni sabe cómo contrarrestarlo cuando se presenta. ¿Necesita algo más?»

William vaciló. «Si tengo que enfrentarme a lo impredecible, ya sabes lo que necesito, o a quién necesito».

El Halcón suspiró. «El comandante Sinclair sigue poniendo pegas por la retirada de Ross del control de tráfico, pero si tengo que contradecirlo, lo haré».

«Francamente, Ross sobra en el control del tráfico», dijo William.

«Y si yo pudiera rescatarlo, ¿cómo aprovecharías las habilidades especiales del sargento Hogan?»

«Para empezar, nadie conoce mejor a la mafia del East End que Ross», respondió William. «Y no tengo tiempo para lidiar con gente como Bernie Longe y su banda de delincuentes de poca monta, que sin duda intentarán hacerse con los millones que circulan en las arcas olímpicas. Y no se trata solo de la mafia. Los Juegos Olímpicos son un objetivo potencial para todo tipo de personas, desde estafadores hasta terroristas, y si algo sale mal, necesito a alguien no solo con la experiencia de Ross, sino también a alguien que no forme parte de mi equipo de seguridad».

«Entonces, quizás el sargento Hogan debería infiltrarse y solo informarte a ti. De esa forma, Sinclair también se mantendrá al margen. De hecho, tal vez sería prudente mantener al resto del equipo fuera de la conversación», dijo el Halcón, «yo incluido».

—Hasta que algo salga mal —dijo William—, cuando todo el mundo se entere de lo que Ross ha estado haciendo.

El Halcón suspiró. «Si Ross está involucrado, algo va a salir mal».

William se rió mientras miraba su reloj.

—¿Tiene usted una cita más importante, comandante? —sugirió el subcomisario.

—Mucho más importante —dijo William.

El Halcón arqueó una ceja.

—Es mi cumpleaños —dijo William—, y Beth me invita a cenar, así que no puedo permitirme llegar tarde.

—¡Enhorabuena, muchacho! —dijo el Halcón, cambiando repentinamente de tono—. No te entretenga más.

—Gracias, señor —dijo William, mientras el Halcón se levantaba de su asiento.

Una vez que salió de la habitación, el Halcón se dirigió rápidamente al ascensor y pulsó el botón de bajar. Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, cruzó el vestíbulo, se abrió paso a empujones entre las puertas batientes y saltó a la parte trasera de un coche que lo esperaba.

El Halcón cerró la puerta de golpe, se inclinó hacia adelante y le ladró a su conductor: «Asegúrate de que llegue antes que él».

• • •

William colocó el grueso archivo en el cajón superior de su escritorio, lo cerró con llave y salió de la oficina. Caminó por el pasillo y asomó la cabeza por la puerta de la sala de operaciones para avisarles que se marchaba temprano. No vio a nadie, y entonces recordó que todos habían ido al Parque Olímpico para ser de los primeros en hacer una visita guiada.

Bajó corriendo las escaleras hasta la planta baja, salió del edificio y se dirigió al aparcamiento de los oficiales superiores. William sacó su Volvo del patio, giró a la izquierda en la calle Victoria y se dirigió a casa. Miró el reloj del salpicadero. Con un poco de suerte, llegaría justo a tiempo antes de que Beth pudiera quejarse.

De regreso a Fulham, reflexionó sobre las optimistas palabras de Hawk, dolorosamente consciente de que los Juegos Olímpicos serían un desafío mucho mayor que cualquier cosa que hubiera afrontado durante los últimos siete años como Comandante a Cargo del Orden Público y el Apoyo Operacional. Incluso una boda real parecía una fiesta de pueblo comparada con los Juegos Olímpicos.

William había aceptado hacía tiempo que no contaba con suficientes oficiales capacitados para cubrir las nueve sedes que salpicaban el Parque Olímpico. El apoyo de setenta mil voluntarios era bienvenido, pero su entusiasmo no compensaría su falta de experiencia. La semana pasada, el Primer Ministro había accedido a destinar 3.500 militares adicionales a la seguridad olímpica durante el verano, lo que sería de gran ayuda, pero William seguía preocupado.

Intentó dejar de pensar en esos problemas mientras aparcaba marcha atrás en una plaza de aparcamiento reservada para residentes, a pocos metros de su casa. Tenía muchas ganas de celebrar su quincuagésimo cumpleaños con Beth en su restaurante favorito. Nada de teléfonos que sonaran sin parar, policías exhaustos con preguntas interminables, por no hablar del jefe dando órdenes a diestro y siniestro. Esa noche, las únicas órdenes llegarían cuando eligiera su comida y le devolviera la carta al jefe de camareros.

Cerró el coche con llave, subió por el sendero, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta principal.

—Ya estoy en casa, cariño —anunció al cerrar la puerta. No hubo respuesta, así que fue a buscar a su esposa. Primero revisó la sala, luego la cocina y finalmente su estudio, pero no había rastro de Beth. Era su oportunidad para burlarse de ella por llegar tarde, por una vez.

Al regresar al pasillo, vio a Artemisia bajar las escaleras. Le costaba creer que los gemelos ya tuvieran veinticinco años; en parte porque parecía que solo ayer gateaban por la casa, y en parte porque Peter aún vivía con ellos. Estaba ahorrando hasta el último centavo mientras se formaba como abogado. Artemisia, que intentaba abrirse camino en el periodismo, se había mudado recientemente con su novio, Robert. La echaba de menos.

—¡Qué grata sorpresa! —dijo William.

—Solo quería desearte un feliz cumpleaños —dijo, dándole un abrazo.

¿Has visto a mamá?

Artemisia negó con la cabeza. «No, pero Peter dijo que podría llegar tarde esta noche. Ha surgido un imprevisto en la galería».

«Qué raro en ella olvidarlo», dijo William.

—¿Olvidar qué? —preguntó Arte.

—Se supone que íbamos a salir a cenar —dijo William, pero el perro lo interrumpió ladrando—. Al menos Peel no se ha olvidado de mi cumpleaños —gruñó mientras se dirigía al jardín.

Abrió la puerta trasera y se encontró, no con el perro, sino con una gran multitud de rostros amigables. Apenas tuvo tiempo de expresar su sorpresa cuando un coro improvisado, dirigido por el Halcón, comenzó a cantar a grito pelado «Feliz cumpleaños, querido William».

Beth le ofreció una bebida a William. Él miró a su alrededor, en el pequeño jardín que parecía un pañuelo de bolsillo, ahora repleto de cincuenta invitados y un Peel que meneaba la cola, todos reunidos para celebrar el quincuagésimo cumpleaños de William. Entre el grupo, divisó a familiares y amigos, además de la mayoría de su equipo de Scotland Yard. El jardín bullía de charlas y risas, y tuvo la

sensación de que la bebida había estado fluyendo sin parar mucho antes de su llegada.

—¿Quién organizó este engaño, si me permiten preguntar? —le susurró William a Beth.

—Culpable de los cargos —respondió ella.

—¿Y tus cómplices? —preguntó William, mientras tomaba a su esposa en brazos.

«Artemisia y Peter, con la ayuda de Ross, que se especializa en el engaño», añadió, mientras su amigo más antiguo se acercaba para unirse a ellos.

—Eres un hombre astuto, sargento Hogan.

—¿Qué castigo piensas darle, jefe? —preguntó Ross.

—Te voy a volver a poner al ritmo —dijo William.

Ross se rió. «Lambeth, ¿donde ambos empezamos?»

—No —respondió William—. Bajo tierra, ahí es donde perteneces. Bajó la voz y se apartó de Beth—. Hablo en serio, Ross. El Halcón va a imponer su autoridad y sacarte de la vigilancia del comandante Sinclair. Despídete del tráfico, porque tenemos trabajo más importante para ti.

Ross no intentó ocultar su sorpresa y alegría ante la noticia. —¿Los Juegos Olímpicos? —preguntó con curiosidad.

William le habría informado, de no ser por la interrupción de Artemisia, que se abrió paso entre la multitud para unirse a ellos.

—Feliz cumpleaños de nuevo, papá —dijo con una sonrisa—. Me alegra que te hayamos engañado. Pero si no te importa, necesito robarle un momento a mi padrino. William asintió.

—Necesito tu consejo —le explicó Artemisia a Ross en cuanto estuvieron fuera del alcance del oído.

—¿Y qué es lo que claramente no quieres que tu padre sepa? —preguntó Ross.

«Me han ofrecido un trabajo como reportera en prácticas en el Daily Mail», dijo Artemisia.

Ross sonrió radiante. «¡Enhorabuena! Sé lo mucho que te has esforzado por conseguir un trabajo en Fleet Street. Pero seguro que tus padres ya saben de la oferta».

—Claro que sí —dijo Artemisia—. Pero lo que no saben es cómo pienso conservar el trabajo. Verás, es solo temporal, durante los Juegos, pero el editor me ha dicho que considerará ofrecerme un puesto fijo si consigo una exclusiva. Me dio a entender que podría aprovecharme de la posición de mi padre.

«Claramente, un hombre especializado en sobornos y corrupción», sugirió Ross. «Aunque estoy seguro de que un chico inteligente como tú no tendrá ningún problema en conseguir una exclusiva sin la ayuda de tu padre».

—Ya no soy tan niña —dijo Artemisia con nostalgia—. Tengo algunas ideas, pero… si quiero conseguir una exclusiva, me vendría bien tu particular —hizo una pausa—, maldad.

Ross se rió. «Dispara, jovencita».

Necesito encontrar la manera de entrar en la villa olímpica, pero no tengo pase.

«Podrías pedirle a tu padre que te consiga uno. Al fin y al cabo, él es el responsable de la seguridad».

—No quiero que sepa lo que estoy haciendo —admitió Artemisia, mirando por encima del hombro de Ross—. Por eso te necesito a ti y no a mi padre.

Sonrió. A diferencia del comandante, Ross nunca había seguido el reglamento al pie de la letra. Ni siquiera su reciente respiro del tráfico pudo detenerlo. Permaneció en silencio unos instantes antes de decir: «Tendrás que conseguir una acreditación oficial que te permita acceder a la villa olímpica en cualquier momento».

—¿Cómo puedo conseguir uno de esos? —preguntó Artemisia.

Ross bajó la voz y dijo: «Primero, tendrás que encontrar un competidor que…»

• • •

Al otro lado del jardín, William charlaba con su madre, Mary, mientras Beth conversaba animadamente con Christina y su esposo, Wilbur. La amistad entre Beth y Christina era larga y no siempre fácil. Christina había tenido una vida inusual, que incluyó un matrimonio breve y turbulento con Miles Faulkner, y hubo un tiempo

en que Beth no estaba del todo segura de poder confiar en ella; pero desde que se casó con Wilbur Hackensack doce años atrás, su amiga se había transformado. Llevaban varios años trabajando juntas en el Museo Fitzmolean, con Beth como directora y Christina como presidenta de la junta directiva.

—Me encantaría saber qué traman esos dos —dijo Beth, mirando a su hija y a Ross.

—No, apostaría a que no —sugirió Christina con una sonrisa.

—¿Te atreves a preguntar —dijo Wilbur— cómo va la exposición especial?

«De momento todo va bien. Si todo sale según lo previsto, la exposición "El Hermitage llega al Fitzmolean" abrirá sus puertas dentro de dos meses», respondió Beth. «No me lo puedo creer. Parece que fue hace años cuando le escribí al director del Hermitage de San Petersburgo para proponerle un intercambio de pinturas holandesas para una exposición conjunta. En aquel entonces, ni siquiera recibí respuesta».

«Pero eso fue antes de que Londres consiguiera la sede de los Juegos Olímpicos», dijo Christina.

«Eso me recuerda que el embajador ruso me ha invitado a una recepción de gala en la embajada el mes que viene, y me han pedido una lista de las personas que deberían ser invitadas».

—Sí, lo sé —dijo Christina—. Mi invitación llegó esta mañana.

«La recepción de gala fue una sorpresa, teniendo en cuenta lo poco comunicativas que han sido hasta ahora la mayoría de nuestras comunicaciones con el Hermitage».

«Quizás sea un gesto de buena voluntad», sugirió Christina.

—No creo que encuentres la palabra «buena voluntad» en un diccionario ruso —intervino Wilbur—. Y una cosa es segura: no hacen gestos.

—Probablemente no sea nada —dijo Beth—, pero…

—¿Qué tiene que decir William al respecto? —preguntó Christina.

—No se lo he mencionado —admitió Beth—. Ya tiene suficientes problemas. Y, para ser sincera, no sé muy bien qué me preocupa. Es solo una sensación de inquietud, como si algo no estuviera bien.

—¿Por qué no hablas con Ross? —dijo Christina.

—Él me diría que estoy exagerando —dijo Beth, mientras miraba a la madre de William al otro lado del jardín.

• • •

—¿Qué hace Ross estos días? —preguntó Mary.

«Sigue poniendo multas de aparcamiento a cualquiera que sea sorprendido en una doble línea amarilla», dijo Alice, «aunque sé que preferiría estar persiguiendo a verdaderos delincuentes».

¿Y Jojo?

—Está a punto de graduarse en la Slade School of Fine Art —respondió Alice, mirando a su hijastra—. Pero como Chanel le ha ofrecido un trabajo como modelo, todo ese potencial quizás ya no sea tan prometedor.

«Pero Jojo me dijo que, una vez graduada, planea convertirse en artista desempleada».

—Y lo habría hecho —respondió Alicia— si no le hubieran ofrecido una suma exorbitante solo por desfilar por una pasarela luciendo ropa que ninguna de las dos podíamos permitirnos.

—Qué lástima —dijo Mary—, porque creo que tiene un verdadero talento. De hecho, tenemos uno de sus cuadros colgado en nuestro salón.

«Creo que espera que los ingresos que obtiene del modelaje le sirvan para mantenerse mientras intenta hacerse un nombre en el mundo del arte», dijo Alice.

—Esperemos que sí. ¿Y cómo está el pequeño Jack?

—Ya no es pequeño —dijo Alice—. Empieza el instituto en septiembre, ¿puedes creerlo? Ya es más alto que yo.

Mary siguió la mirada de Alice hasta donde Jack se había reunido con su hermanastra y algunos policías. «¿Y es tan listo como su madre?», bromeó.

—No, es igual de tonto que su padre —respondió Alicia—. Quiere ser policía y unirse a esa pandilla de allí.

• • •

Jojo estaba charlando con el inspector detective Paul Adaja y la sargento Jackie Roycroft, mientras su hermano pequeño los miraba con asombro.

—¿Cómo van los preparativos para los Juegos Olímpicos? —preguntó Jojo.

—No sabremos la respuesta a esa pregunta —respondió Paul— hasta que baje el telón en la ceremonia de clausura y los Juegos se hayan trasladado a Río de Janeiro.

«Debe ser muy divertido», exclamó Jojo, «participar en algo tan grande».

—Es lo más emocionante que me ha pasado nunca —añadió Jack.

Paul le sonrió. «Esa es una forma de verlo».

«No somos participantes», dijo Jackie Roycroft. «Somos observadores cuyo único trabajo es intentar anticipar cualquier problema que pueda surgir en más de treinta lugares diferentes y en cincuenta y un idiomas distintos».

«Divertido no es precisamente la palabra que me viene a la mente», añadió Paul.

—Bueno, yo participaré —dijo Jojo, sorprendiéndolos a todos.

—¿Hacer qué exactamente? —preguntó Jackie.

—Es un secreto —susurró Jack, sonriendo a su hermana.

—Y como ustedes están a cargo de la seguridad —dijo Jojo, sonriendo a Jackie y Paul—, yo daba por hecho que ya lo sabrían.

• • •

Al otro lado del jardín, junto a la mesa de bebidas, Peter conversaba con Robert, el novio de su hermana, con quien llevaba tanto tiempo y a quien consideraba uno más de la familia. De hecho, Peter se preguntaba cuánto tiempo faltaba para que se comprometieran.

—¿Y qué tal el trabajo? —le preguntó Peter a Robert—. ¿Sigues con la esperanza de convertirte en miembro del Parlamento?

«Nadie me lo ha preguntado todavía», admitió Robert, «pero aún queda tiempo para las próximas elecciones generales, así que estén atentos. Con un poco de suerte, seré candidato a un escaño seguro la próxima vez. Claro que eso no garantiza que llegue al Parlamento,

ya que parece improbable que podamos vencer a Cameron en las próximas elecciones, pero como dijo Harold Wilson: "Una semana es mucho tiempo en política"».

—¿Qué opina Arte de todo esto? —preguntó Peter, mientras miraba a su hermana gemela, con la cabeza gacha, escuchando atentamente a Ross.

«Es increíblemente comprensiva», dijo Robert con afecto, «incluso trabajando para la oposición».

—¿Los conservadores? —dijo Peter con incredulidad.

—No, el Daily Mail, que es casi igual de malo. ¿Pero qué hay de ti? —preguntó Robert—. ¿Hay suficientes criminales para mantenerte bien ocupado?

—Son todos inocentes —protestó Peter.

¿Has conseguido quitarte alguno ya?

—Todavía no —admitió Peter—. Logré que un ladrón de tiendas saliera impune con una pena suspendida, pero solo porque las cárceles están superpobladas.

Robert estaba a punto de preguntar por el próximo caso de Peter cuando fue interrumpido por el golpeteo de una cuchara contra un vaso.

Todos voltearon a su alrededor y vieron al subcomisario Hawksby de pie sobre un escalón al fondo del jardín, con una copa de champán en la mano. Una vez que captó toda su atención, dejó de golpear el suelo con los dedos y comenzó: «Es un privilegio para mí decir unas palabras en defensa del acusado, pero como no he podido encontrar ningún atenuante, pasaré a su procesamiento, seguido de una larga sentencia que, estoy seguro, ustedes, el jurado, dictarán en nombre de la Corona».

Tras las palabras iniciales de Hawk, se escucharon risas, acompañadas de una prolongada ovación.

«A lo largo de los años —continuó el Halcón—, he visto a William ascender sin esfuerzo en la escala de ascensos, desde agente de policía en Lambeth hasta las vertiginosas alturas de comandante a cargo de los Juegos Olímpicos», dijo el Halcón, «y solo el tiempo dirá cuántos peldaños más de esa escalera le quedan por subir. De hecho, espero jubilarme antes de tener que llamarlo señor».

Se escucharon más risas, aunque el Comisionado Adjunto no había considerado que esa frase en particular fuera una broma.

«En el transcurso de su vida, ha encontrado esposa, quien está ascendiendo con éxito en una carrera igualmente exigente; tiene una hija que ya ha estado en prisión, donde conoció a su novio; y un hijo que sigue los pasos de su distinguido abuelo como abogado penalista. Pero, señores jurados, creo que ha llegado el momento de informarles que el acusado abandonó Scotland Yard esta tarde antes de las seis, lo que permite a los criminales más duros disfrutar de una noche libre.»

Gritos de vergüenza y de ¡Renuncia! recibieron esta revelación.

«Sin embargo», continuó el Halcón, «cuando el comandante Warwick regrese a su escritorio por la mañana, la cuenta regresiva continuará para la misión más desafiante de su carrera hasta la fecha, cuyo resultado decidirá si continúa ascendiendo y alcanza cotas aún mayores».

«O se desliza de nuevo por una serpiente que lo espera», intervino Ross, provocando risas aún más fuertes.

—Sea cual sea el resultado —replicó el Halcón—, les pido a todos que alcen sus copas por William en su quincuagésimo cumpleaños.

«¡A William!», se oyó gritar, seguido de «¡Discurso, discurso!», por parte de la multitud allí reunida.

William intentó ordenar sus ideas rápidamente, consciente de que se enfrentaba a un público muy exigente. «Esta noche», comenzó, «pensaba salir a cenar tranquilamente con mi esposa».

—¡Qué mala suerte! —gritó alguien.

«Si hubiera sabido lo que Beth y sus cómplices estaban planeando, me habría quedado en el trabajo».

—En ese caso, habríamos celebrado encantados sin ti —dijo otro, alzando su copa.

William esperó a que cesaran las risas antes de continuar: «Permítanme comenzar agradeciendo al Comisionado Adjunto por sus pocas palabras amables», hizo una pausa, «muy pocas. Y a mi esposa, que me dejó plantado por ustedes, lo que significa que nuestra cena tendrá que posponerse un tiempo, ya que casi todos volveremos al trabajo mañana para prepararnos para el mayor

espectáculo del mundo. No me cabe duda de que, como ha sugerido Ross, nos esperan varias serpientes. Será un desafío que nadie ha experimentado en este país desde 1948, mucho antes de que cualquiera de nosotros naciera». Hizo una pausa. «Con una o dos notables excepciones».

Esta vez, los vítores fueron prolongados.

«Yo tenía seis años entonces», dijo el Halcón, «y podía nombrar a todos nuestros medallistas de oro».

«Un logro nada desdeñable», dijo Sir Julian, el padre de William, «si mal no recuerdo, fue una cosecha récord ese año».

«Ver a tantos amigos aquí esta noche solo me recuerda lo afortunado que he sido durante estos cincuenta años», continuó William. «Dos padres maravillosos que me han apoyado incondicionalmente, una esposa increíble y comprensiva, además de dos hijos de los que cualquier padre podría estar orgulloso».

Tras una ronda de aplausos, William concluyó con las palabras: «Y qué agradecido estoy de que me hayan permitido hacer el trabajo que siempre quise hacer, y finalmente estar a cargo de la seguridad de los Juegos Olímpicos, lo cual es una ventaja».

«Quizás no termine así», insinuó alguien.

William sonrió, pero no respondió, salvo para decir: «Les pido a todos que alcen sus copas por el éxito de la Trigésima Olimpiada, con la ferviente esperanza de que evitaré cualquier peligro en el camino y llegaré a cumplir cincuenta y un años».

Esta vez los aplausos duraron bastante tiempo.

—Si lo hace —susurró Julian a su esposa mientras levantaba su copa—, sus posibilidades de ser comisario no se verán perjudicadas.

¿Y si no lo hace?

«No seré la única persona que se jubile a finales de año».

# CAPÍTULO 3

## 21 de mayo de 2012 – Faltan 67 días

Booth Watson colocó dos archivos sobre el escritorio, miró su reloj y esperó. Miles siempre llegaba unos minutos tarde a cualquier cita, casi como si necesitara dejar algo claro. A Booth Watson no le importaba, ya que cobraba por hora.

A los catorce minutos, su cliente entró en la habitación sin llamar. Tomó asiento al otro lado del escritorio de los socios, como si fuera suyo por derecho, y dijo: «Usted pidió verme, BW».

Ni buenos días, ni cómo estás, solo que pediste verme.

—Sí —respondió Booth Watson—. Han surgido dos asuntos desde nuestra última reunión que considero que debo informarle de inmediato. Uno concierne a la policía, mientras que el otro es un asunto privado. ¿Por cuál prefiere empezar?

—La policía —dijo Faulkner mientras encendía un cigarro, a pesar de que no había ni rastro de un cenicero.

Booth Watson abrió el segundo de sus dos expedientes. «He recibido una llamada de la Policía Metropolitana, que me ha pedido que le concierte una entrevista para hablar sobre su implicación en, y cito textualmente —volvió a mirar el expediente—, "la venta no autorizada de entradas para la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos", de la que afirman que usted ha obtenido un beneficio de más de un millón de libras».

—No he ganado ni de lejos esa cantidad —espetó Faulkner, incapaz de ocultar su irritación.

«No creo que la suma sea lo que importe en este caso», sugirió Booth Watson, «sino el hecho de que...»

—Sea cual sea la suma —interrumpió Miles—, no tienen ni una pizca de evidencia que demuestre que yo estuve involucrado de alguna manera.

—Posiblemente no —respondió Booth Watson—. Pero creo que descubrirá que alguno de sus informantes podría haber testificado a favor de la Reina a cambio de una condena más corta.

Faulkner exhaló una gran bocanada de humo. «Entonces encuéntralo y págale. Porque te aseguro una cosa, BW: no tengo ninguna intención de volver a la cárcel».

—Y estoy seguro, Miles —dijo Booth Watson, casi ronroneando—, de que mientras yo te represente, no tienes por qué temer eso.

—¿Y cuál es el asunto privado? —preguntó Miles, cambiando de tema.

Booth Watson suspiró. «El señor Bernie Longe se ha puesto en contacto con nosotros».

—¿Otra vez él? —espetó Miles—. Un matón de poca monta del East End que no merece la pena ni un minuto, así que no hace falta que malgastes más energía en él.

«Él sigue insistiendo en que tenía derecho preferente a la compra del Newham Arms en Stratford, ya que tenía un contrato vigente con el Sr. Wilson, el antiguo propietario, mucho antes de que usted se pusiera en contacto con él. Sabe de los dos millones que usted ya ha ganado y dice que estaría dispuesto a compartir la diferencia».

—Lo único que partiría —dijo Miles— es a él por la mitad. No olvides que lleva siete años amenazándome; si tuviera alguna base legal, ya habrías oído hablar de su abogado. No tenemos por qué preocuparnos por gente como él. Miles dejó escapar otra gran bocanada de humo gris.

Booth Watson tosió. «Luego me preguntó si lo representaría en su intento de llevar el caso a los tribunales». Esta vez, Miles no interrumpió. «Le expliqué al Sr. Longe que eso no sería posible, ya que usted me contrata en todo momento. Me ofreció duplicar mis honorarios, lo cual, por supuesto, rechacé de plano, y ahí terminó la conversación».

—No volverás a saber de él —dijo Miles—. Solo habla por hablar, y te aseguro que no tiene dinero de verdad.

Booth Watson decidió que no era el momento de recordarle a su cliente que el Sr. Longe había sido acusado dos veces en el pasado de un asesinato relacionado con el crimen organizado y que aún no había pisado una celda. Sin embargo, eso no le impediría sacar a colación el tema de sus honorarios en un futuro próximo.

• • •

Sun Anqi y Sergei Petrov eran considerados líderes en sus respectivos campos: la tortura, la mutilación y la eliminación se practicaban con impunidad según las órdenes de sus superiores. Oficialmente, ambos eran oficiales de las milicias de sus países. Extraoficialmente, eran terroristas de Estado con el rango de capitán, aunque los generales temían su visita. Por eso, ambos habían sido elegidos para la misión más importante de sus carreras: asegurar el fracaso de los Juegos Olímpicos de 2012 para el país anfitrión, utilizando cualquier medio que consideraran apropiado. Ambos ya tenían muy claro lo que significaba la palabra "apropiado".

Rivales naturales, se habían detestado desde el primer momento en que se conocieron. Petrov tenía experiencia en la KGB y el GRU. Sun Anqi era una asesina política. Él era inteligente, precavido y siempre tenía un plan B. Ella era despiadada, impredecible y siempre actuaba con rapidez. Él la consideraba una persona impredecible. Ella lo consideraba débil.

Sus respectivos embajadores y jefes de Estado les habían encomendado trabajar juntos, y así lo harían. Pero cada uno quería subir al podio en solitario. Como cualquier rival olímpico, su principal objetivo era cruzar la meta en primer lugar.

Petrov era el responsable de cubrir todo lo que tuviera lugar hasta la ceremonia de inauguración inclusive.

Una vez inaugurados oficialmente los Juegos por Su Majestad la Reina, Petrov permanecería al mando durante los Juegos y Sun Anqi no subiría al escenario hasta la ceremonia de clausura, cuando Boris Johnson entregara la bandera olímpica al alcalde de Río de Janeiro. Una ceremonia que ella tenía previsto que nunca se celebraría.

Los dos agentes acordaron reunirse periódicamente mientras estuvieran destinados en Londres, pero nunca a la misma hora ni en el mismo lugar. Hablaban de sus avances, pero rara vez se contaban la historia completa. A Petrov le gustaba hablar en claves y acertijos. A Sun Anqi no le gustaba hablar en absoluto.

Ambos informaron a sus embajadores en Londres y les contaron incluso menos de lo que se contaron entre ellos.

Sun Anqi y Petrov solo se reunieron porque sus embajadores insistieron en que debían hacerlo, en aras de la colaboración entre sus dos grandes naciones. El embajador Mikailov recordó a todos que Sun Anqi era un aliado invaluable, mientras que el embajador Wei Ming confirmó que era necesario mantener una estrecha relación con Petrov, aunque solo fuera para complacer al presidente Putin.

Esa mañana, se encontraron en la estación de London Bridge, sentados en un banco cerca de los paneles de información de salidas. Sun Anqi observaba con recelo a todos los viajeros que pasaban hasta que Petrov se unió a ella.

—Faltan diez semanas —murmuró Sun Anqi.

«Dentro de diez semanas ya no se requerirán sus servicios», siseó Petrov. «De hecho, podrá regresar a casa antes de que se dispare el pistoletazo de salida, porque no se disparará».

Ella no preguntó por qué —nunca lo hacía—, pero él aun así se lo contó.

«Si todo sale según lo previsto», dijo en voz baja, «la Reina no asistirá a la ceremonia de inauguración de la Trigésima Olimpiada, sino que será escoltada de regreso al Palacio de Buckingham al no haber podido llegar al estadio».

«Tus planes triviales me importan poco», respondió Sun Anqi. «No eres más que una distracción, si mal no recuerdo, según las palabras de mi líder. Mi ceremonia de clausura será el evento principal».

Sun Anqi sabía que su plan no podía fracasar. Al fin y al cabo, contaba con la aprobación de su presidente. De hecho, Hu Jintao le había dado las gracias en nombre de una nación agradecida, sobre todo porque, para llevar a cabo un golpe de Estado tan audaz, Sun Anqi tendría que sacrificar su propia vida.

El presidente Hu Jintao le había asegurado que, si tenía éxito, pasaría a formar parte del folclore chino.

Una recompensa suficiente para servir a mi líder, el único Dios en el que ella creía.

Su propia vida tenía poca importancia; la impulsaban ideales superiores. Petrov, en cambio, solo estaba interesado en el ascenso y la ilusoria burbuja de la fama, lo cual fue una de las muchas razones por las que ella lo despreciaba.

«Pero si mi plan tiene éxito, no necesitaremos contar con tu experiencia», le recordó Petrov.

—El comandante Warwick y su equipo se enfrentarán a nosotros —dijo Sun Anqi en voz baja, con la mirada fija en los paneles de salidas. Cualquiera que hubiera echado un vistazo a las dos figuras en el banco ni siquiera se habría dado cuenta de que estaban conversando—. Lo he estado observando de cerca durante los últimos cuatro años y es un adversario digno. Nunca subestimes a tu enemigo —añadió con énfasis.

Petrov no estaba seguro de a qué enemigo se refería, pero simplemente dijo: «Tengo la intención de mantener al Comandante y a su equipo bien ocupados, para que ni él ni sus soldados rasos descubran mi plan final». Hizo una pausa, sonrió y se puso de pie, bajando la mirada solo para añadir: «Hasta que sea demasiado tarde».

• • •

En otro local de Londres, al otro lado de la ciudad, se celebraba otra reunión secreta. Ross y William estaban sentados en un rincón de un café, hablando sobre la misión de Ross durante las próximas semanas.

«Entonces, ¿oficialmente vuelvo a estar en tu equipo?»

—Extraoficialmente —aclaró William—, el Halcón sí obtuvo el consentimiento del comandante Sinclair, aunque él no sabe lo que tramas.

—¿Y qué tenía que decir Sinclair al respecto? —fue la siguiente pregunta de Ross.

«No estaba precisamente contento», admitió William. «Pero, como ambos sabemos, con el Halcón no conviene meterse».

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Ross.

William miró su reloj: 7:03. —Empezaste hace tres minutos —respondió.

¿Y cuáles son mis responsabilidades?

«Debemos pensar en cualquier cosa que se nos haya podido escapar y que pudiera comprometer los Juegos, y asegurarnos de que nunca ocurra. Ya sea una amenaza terrorista o un estafador intentando sacar provecho. Llevo tiempo vigilando a Bernie Longe. Seguro que le resultan irresistibles los negocios inmobiliarios turbios y las estafas con entradas falsas, así que quiero que vayan dos pasos por delante de él. Si surge algún problema que no puedan solucionar, infórmenme inmediatamente.»

'Comprendido.'

«Y mantén siempre un perfil bajo», añadió William. «No quiero que el resto del equipo se entere de tu presencia, al menos no todavía. De hecho, no quiero que nadie sepa que volvemos a trabajar juntos. Como jefe de Orden Público y Apoyo Operativo, soy una figura visible; cualquiera que planee algún tipo de alteración del orden público sabe quién soy. Pero ni siquiera deben saber que existes».

—No lo harán —dijo Ross, quien se levantó y se marchó como si la reunión nunca hubiera tenido lugar.

# CAPÍTULO 4

## 7 de junio de 2012 – Faltan 50 días

La embajada rusa en los jardines del Palacio de Kensington bullía de actividad aquella tarde. Los últimos preparativos para la recepción de gala de la noche estaban en pleno apogeo, y las salas rebosaban de personal aspirando alfombras y colocando sillas, mientras los camareros y floristas subían y bajaban escaleras a toda prisa. De vez en cuando, alguien se detenía a admirar las obras maestras que colgaban de las paredes; un cuadro en particular, trasladado del despacho del embajador al salón, atraía, con diferencia, la mayor atención.

Tres personas se reunían en una trastienda alrededor de una pequeña mesa de conferencias. La puerta estaba cerrada con llave y la conversación se desarrollaba en voz baja. Aquel era un lugar mucho más llamativo de lo habitual. La presencia del embajador ruso, Anatoly Mikailov, y su jefe de seguridad, Sergei Petrov, no llamaba la atención, y en el ajetreo de aquel día tan ocupado, la menuda figura de Sun Anqi pasó fácilmente desapercibida.

—¿Qué hago yo aquí? —preguntó Sun Anqi a los hombres sentados frente a ella.

—Porque —explicó Mikailov— Petrov ha tomado una decisión que pensé que debían conocer.

«No creí necesario informarle», dijo Petrov, con la mirada fija en Sun Anqi, «pero me han aconsejado lo contrario». Se aclaró la garganta. «He llegado a la conclusión de que, si mi plan pretende tener alguna posibilidad de éxito, necesitaré que un inglés se una al equipo».

Sun Anqi permaneció en silencio. Miró fijamente al otro lado de la mesa, concentrada en el espacio que separaba a los dos hombres, pero no expresó ninguna opinión.

«Lo que necesito», continuó Petrov, «es alguien que se sienta cómodo entre las autoridades, pero que a la vez tenga contactos fiables en el mundo del crimen. Y lo que es aún más importante, debe ser inteligente, ingenioso y despiadado a partes iguales, además de tener una debilidad que podamos aprovechar, para así tener la certeza de su total compromiso».

«¿Existe tal persona?», preguntó Sun Anqi, queriendo dejar claro que estaba en contra de la idea de permitir que un extraño se uniera a su equipo.

«Al principio yo también me lo pregunté», admitió Petrov. «Temía que fuera imposible encontrar a alguien que pudiera desempeñar el trabajo y, al mismo tiempo, estuviera dispuesto a traicionar a su país. Tenía cuatro candidatos preseleccionados. Sin embargo, dos de ellos fueron descartados rápidamente, ya que su único interés era cuánto les pagarían por adelantado», hizo una pausa.

Para Sun Anqi, esto era prueba suficiente de que era una mala idea. Se cruzó de brazos y preguntó: «¿Y los otros dos? ¿Cuáles eran sus puntos débiles?».

—Para empezar, las mujeres —respondió Petrov—. Después de un par de noches con uno de nuestros acompañantes más experimentados, él le reveló todos los detalles de su último encargo, así que ella no tuvo que pasar una tercera noche con él.

«Sin embargo, mi cuarto candidato me lo recomendó un ruso que lo conoció en la cárcel. Me contó que incluso los funcionarios de prisiones eran cautelosos al tratar con él, así que creo que he encontrado a alguien que no solo está bien cualificado para el puesto, sino que además tiene una debilidad particular, casi una adicción, de la que estoy seguro que podemos sacar provecho».

«Si no es sexo ni dinero, ¿qué queda?», preguntó Sun Anqi.

«Obras maestras, esa es la respuesta sencilla», respondió Petrov. El embajador asintió. «Nuestro objetivo cruzó una vez el océano para intentar hacerse con un Tiziano y regresó con las manos vacías.

Siente una pasión por el arte que raya en la obsesión. Para él, una obra de arte única es como una amante a la que debe poseer».

—¿Y con qué obra maestra puedes tentarlo? —preguntó Sun Anqi, aún sin mostrarse convencida.

—El cuadro de Van Gogh, que actualmente cuelga en el salón —respondió Petrov.

«¿Pero de dónde ha salido esta obra maestra?», insistió Sun Anqi.

«El cuadro formaba parte originalmente de la colección privada de Hermann Göring», explicó el embajador ruso. «Sin embargo, ahora lo he adquirido del Hermitage, después de que el presidente Putin hablara con el director».

«La desaparición de una obra de arte tan importante no pasaría desapercibida», sugirió Sun Anqi.

«Eso no debería suponer ningún problema», dijo el embajador. «El Hermitage tiene nueve obras de Van Gogh, y sospecho que en cuanto nuestro hombre vea el autorretrato, quedará prendado».

«Pero si se trata de una adicción, cuando se despierte por la mañana», dijo Sun Anqi, aún sin estar convencida, «quizás quiera otra dosis».

—Creo que descubrirás, Sun Anqi —dijo Petrov—, que he identificado a una amante, no a una aventura de una noche.

Hubo un largo silencio antes de que alguien hablara.

Por fin, Sun Anqi levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Petrov. «Ojo. Acabará siendo un estorbo».

—Es indispensable —respondió Petrov con brusquedad.

Sun Anqi alzó la voz. Siempre que lo hacía, sonaba como una amenaza. «No esperes que confíe en él».

«Necesitamos un traidor; un hombre honesto no nos sirve de nada. Sin embargo, si logramos convencer al candidato de que se una a nosotros, le convendrá permanecer leal, y sin duda se le harán saber las consecuencias si no lo hace.»

Sun Anqi sonrió al pensar que sus habilidades particulares aún podrían ser necesarias. Deseaba que él fracasara.

«No tendrá ningún motivo para traicionarnos», declaró el embajador ruso. «Si quiere conservar el Van Gogh, tendrá que hacer lo que le digamos. Y una vez que terminen los Juegos —y digo que

terminen de verdad—, desde luego no querrá admitir ante nadie cómo se hizo con semejante obra maestra».

«También tiene otra debilidad que podemos aprovechar», añadió Petrov. «Tiene una larga historia con el responsable de la seguridad de los Juegos Olímpicos, y distan mucho de ser amigos».

Mikailov asintió. «No podrá resistir la oportunidad de superar a su viejo enemigo, al tiempo que añade una obra maestra a su colección».

«Este hombre tendrá que ver el cuadro antes de dejarse tentar», dijo Sun Anqi, frunciendo el ceño. «Supongo que de eso se trata la recepción de gala de esta noche, ¿no?»

—Exactamente —respondió Mikailov—. Oficialmente, esta noche celebramos la próxima exposición del Hermitage, que se exhibe en el Museo Fitzmolean durante los Juegos Olímpicos. Sin embargo, también es una trampa para nuestro candidato elegido, y el cebo será el Van Gogh.

«Pero lo que aún no entiendo», dijo Sun Anqi, «es por qué necesitamos a este hombre en primer lugar».

«Es un anglosajón rubio, educado en Harrow, que podía pasearse por la Cámara de los Lores o por su pub local sin que nadie le prestara atención», dijo el embajador ruso, «algo que, me temo, ninguno de nosotros podría hacer».

«También tiene un abogado que parece estar a su entera disposición», añadió Petrov, «quien, según me han asegurado, es tan corrupto como su amo, así que, en realidad, nos llevaremos dos por el precio de uno».

«Prefiero conservar el Van Gogh», dijo Sun Anqi, «que confiar en un inglés».

• • •

Miles llegó con un elegante retraso a la embajada. Cuando recibió la invitación del embajador ruso para asistir a una recepción de gala, pensó que debía ser un error, hasta que descubrió que se trataba de la exposición «El Hermitage llega al Fitzmolean», que se celebraría en el museo como parte del programa oficial de los Juegos

Olímpicos. Miles había decidido asistir, aunque solo fuera para fastidiar a su exmujer, actual presidenta del consejo de administración del Fitzmolean.

Lo recibió una larga fila de personas que esperaban para ser presentadas al embajador Mikailov. A Miles no le gustaban las filas. Decidió que aprovecharía mejor su tiempo disfrutando de la extraordinaria colección de pinturas que adornaban cada pared: Rembrandt, van Ruisdael y Steen; pero cuando sus ojos se posaron en un Van Gogh que colgaba sobre la chimenea, literalmente le dejó sin aliento.

Siguió contemplando el autorretrato hasta que una voz a sus espaldas dijo: «Conociendo su reputación, señor Faulkner, supongo que puede fechar la obra».

«Alrededor de 1889. Aproximadamente un año antes de su muerte», dijo Miles, «momento en el que el único cuadro que el artista había vendido fue a su médico, Paul Gachet».

—A cambio de sus honorarios, si no recuerdo mal —dijo el embajador.

Miles se dio la vuelta, hizo una leve reverencia a su anfitrión y dijo: «Buenas noches, Su Excelencia».

—Anatoly, por favor —dijo el embajador, fingiendo interés por el Van Gogh—, y tienes razón, 1889.

El embajador Mikailov estaba de pie junto a Miles cuando este se giró para ver si alguien los observaba. Vio a un hombre que los miraba desde el balcón. Quizás uno de los guardaespaldas del embajador, pensó Miles.

—Vi este cuadro por última vez en San Petersburgo —dijo Miles, volviéndose una vez más para admirar el Van Gogh.

—Tiene razón otra vez, señor Faulkner. Mikailov hizo una pausa y luego dijo con aire de complicidad: —Algunas personas darían lo que fuera por poseer semejante obra maestra.

Miles lo miró con recelo. Era evidente que no se trataba de un encuentro casual. Empezaba a comprender por qué lo habían invitado esa noche. —¿De verdad? —respondió.

«Pero sin duda, señor Faulkner», dijo Mikailov, «un conocedor como usted debe apreciarlo. Sin duda, estaría dispuesto a dar

mucho, hipotéticamente, por añadir una obra tan singular a su colección».

—Hipotéticamente —respondió Miles—, podría hacerlo.

«¿Matarías, por ejemplo, a tu propia abuela?», preguntó el embajador.

—No, no lo haría —dijo Miles—, pero solo porque ella murió hace algunos años.

Ambos hombres rieron.

—Creo que podemos hacer negocios juntos, señor Faulkner —dijo Mikailov—. Sin embargo, ahora no es ni el momento ni el lugar para continuar esta conversación. Me pondré en contacto con usted. Sonrió antes de marcharse para atender a algunos de sus invitados menos importantes.

Miles contemplaba el cuadro de Van Gogh, intentando interpretar las palabras del embajador, mientras Petrov seguía observando desde la galería superior. Estaba seguro de haber encontrado al hombre idóneo para su causa y de que no tendrían que negociar el pago.

• • •

—Me pregunto quién lo invitó —dijo Beth, mirando a Miles al otro lado de la abarrotada sala—. Te aseguro, Christina, que tu ex no estaba en la lista de invitados que presenté a la embajada.

Christina observó con más detenimiento a su exmarido. El embajador ruso lo había dejado hacía un momento, y ahora estaba solo, admirando el Van Gogh. «Miles, como una mala hierba, siempre aparece cuando menos se le espera», dijo Christina, «pero ni siquiera yo puedo criticar su gusto artístico».

«El autorretrato de Van Gogh», dijo Beth, «fue adquirido por Hermann Göring a un destacado empresario judío en 1938, a cambio de tres billetes de ida a Nueva York».

—¿Entonces cómo consiguieron los rusos hacerse con ello? —preguntó Christina.

«Saqueo del botín de guerra», explicó Beth. «Cuando los rusos entraron en las afueras de Berlín en 1945, llegaron a la residencia

privada de Göring apenas unas horas antes que los estadounidenses; de lo contrario, el retrato podría haber pasado las últimas décadas colgado en las paredes del Met en lugar del Hermitage».

«Por la forma en que Miles está analizando la obra», dijo Christina, «bien podría ser él quien intente repatriarla».

—Quizás con la bendición del embajador —sugirió Beth—. Se veían muy a gusto juntos, ¿no crees?

—Posiblemente —dijo Christina—, pero ¿qué esperaría el embajador ruso a cambio?

Beth solo deseaba que William estuviera entre los invitados, pues bien podría haber dado su opinión. Pero con los Juegos a la vuelta de la esquina, su marido no había podido tomarse una noche libre. Prácticamente vivía entre Scotland Yard y el Estadio Olímpico, y ella apenas lo veía durante más de media hora. No es que lo hubieran invitado esa noche. ¿Otra coincidencia, o estaba exagerando? Sus ojos se posaron en Wilbur, que en ese momento charlaba con la esposa del embajador. ¿Por qué el marido del presidente había recibido una invitación y el del director no? ¿Otra coincidencia?

Quizás ella le estaba dando demasiada importancia, o quizás había llegado el momento de hablar con Ross. Si había alguien que conocía la mente de Miles Faulkner tan bien como William —y que lo despreciaba con la misma intensidad—, ese era Ross.

• • •

—¿Tendrás la oportunidad de ver alguno de los Juegos Olímpicos? —preguntó Alicia.

—Desde la ceremonia de apertura hasta la de clausura —respondió Sir Julian con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo es posible? —preguntó Alicia.

«El COI me ha invitado a presidir un panel de jueces durante los Juegos».

—¿Y qué hacen? —preguntó Alicia.

«No mucho», admitió Julian. «A menos que haya una disputa sin resolver entre dos o más países, en cuyo caso me convierto en

árbitro final. Es gratis, por supuesto, salvo que puedo ver cualquier evento al que quiera asistir, desde mi propio palco».

—Algunas personas… —empezó a decir Alicia, pero se distrajo con el golpeteo de una cuchara contra un vaso.

—Buenas noches —dijo el embajador—, y permítanme comenzar dándoles la bienvenida…

Miles se dio la vuelta para escabullirse. Los discursos, al igual que las colas, no estaban en su lista de cosas por hacer. Salió sin que nadie se diera cuenta.

• • •

Una vez de vuelta en su coche, Miles llamó a Booth Watson y le pidió que cenara con él en el Savoy. A Miles ni se le habría pasado por la cabeza que Booth Watson pudiera tener otros compromisos.

Una vez que hubieron dado sus órdenes al maître d', Miles informó a su abogado sobre la conversación que había tenido lugar con el embajador ruso.

Booth Watson no tardó en dar su opinión. «Sea lo que sea que te ofrezca, Miles, aléjate», dijo con firmeza. «No estamos hablando de una banda de delincuentes de poca monta. Es el embajador ruso, informándote en nombre de sus superiores. Jamás vas a salir victorioso con esa gente; es un juego demasiado peligroso. No lo olvides: no puedes colgar un Van Gogh en una celda, ni en un ataúd».

Pero Booth Watson sabía que su cliente no estaba escuchando.

# CAPÍTULO 5

## 8 de junio de 2012 – Faltan 49 días

La vida de Ross Hogan había cambiado drásticamente en los quince años transcurridos desde que conoció a Alice. En aquel entonces, era viudo y trataba de compaginar la crianza de su hija pequeña, Jojo, con un trabajo a tiempo completo en la Protección Real. Ahora, Jojo era mayor y el hijo de Ross y Alice, Jack, estaba a punto de empezar la secundaria. Pero la carrera de Ross se había estancado. Un encuentro particularmente desafortunado con Miles Faulkner doce años atrás le había valido una suspensión de un año, antes de regresar finalmente a la policía, no como inspector jefe Hogan, sino como sargento Hogan. Había dedicado su tiempo a poner multas de aparcamiento, lo que le había dado tiempo de sobra para alimentar un rencor que rozaba el odio. Y para colmo, Faulkner había sido despedido tras solo cuatro años. Ross llevaba demasiado tiempo en el control de tráfico y estaba considerando de nuevo dimitir. La reciente ayuda de William lo había cambiado todo de la noche a la mañana y le había dado una segunda oportunidad.

Pero si había algo que no había cambiado en Ross con los años, era su costumbre de correr temprano por la mañana a través de Hyde Park y los jardines de Kensington.

Se levantó a las seis, salió de casa con su chándal desgastado y corrió hasta Hyde Park, antes de emprender una carrera de seis kilómetros alrededor del Serpentine que le llevó menos de veinticinco minutos. Al regresar al Prince Albert Memorial, estiró durante quince minutos más, antes de volver a casa a tiempo para desayunar con Alice, Jojo y Jack.

Beth había acompañado a Ross en su paseo matutino, y con eso había sido suficiente. Solo lo alcanzó cuando él terminó de estirar. Luego, él volvió trotando a casa, mientras ella seguía corriendo, e incluso así, apenas pudo seguirle el ritmo. Jamás.

Beth se levantó temprano tras la recepción de gala rusa y salió de casa pocos minutos después de que William partiera hacia el estadio. Tomó el metro hasta South Kensington y caminó por Exhibition Road hasta Hyde Park. Se sentó en un banco a unos cien metros de la entrada, desde donde podía ver claramente a todos los que entraban al parque. Beth no tuvo que esperar mucho antes de que apareciera Ross y se dirigiera al lago a la misma velocidad vertiginosa.

Una vez que él se perdió de vista, Beth se acercó al príncipe Alberto, donde Ross haría sus estiramientos. Empezó a preguntarse si debía compartir sus peores temores con el amigo más antiguo de William, cuando ni siquiera había hablado del tema con su propio marido.

Ella aún no se había decidido cuando él apareció caminando a grandes zancadas por el sendero, adelantando a varios corredores que tenían la mitad de su edad.

Cuando vio a Beth de pie sobre el césped junto a la estatua real, no pudo disimular su sorpresa. Disminuyó la velocidad, se detuvo a su lado y, aunque respiraba con dificultad, logró decir: «Esto tiene que ser importante».

«O una completa pérdida de tiempo», sugirió Beth, mientras Ross comenzaba su rutina de estiramientos.

Mientras Ross realizaba una serie de ejercicios que la dejaban agotada con solo mirarlo, Beth le contó lo que había presenciado en la recepción la noche anterior.

La primera pregunta de Ross fue: "¿Cuánto valdría un autorretrato de Van Gogh?"

Beth reflexionó sobre la pregunta mientras Ross hacía cuarenta flexiones. «Hace años que no sale uno al mercado», dijo, mientras Ross intentaba tocarse los dedos de los pies con los codos. «Pero si tuviera que darle un precio, diría que al menos cincuenta millones,

aunque Miles Faulkner probablemente le daría un valor mayor, a juzgar por cómo admiraba el cuadro anoche».

—Entonces, me veo obligado a preguntar: ¿qué esperarían los rusos a cambio de cincuenta millones? —dijo Ross, agitando los brazos como molinos de viento—. ¿Cuál es la opinión de William?

—Solo se lo he mencionado de pasada —admitió Beth—. Ha estado muy ocupado preparando la ceremonia de inauguración y no quiero agobiarlo con mis problemas.

—Si Faulkner trama algo, ese es su problema —murmuró Ross—, así que será mejor que lo investigue.

«Pero podría no ser nada. Al fin y al cabo, es posible que Faulkner no estuviera haciendo más que admirar el autorretrato».

«Con el embajador ruso a su lado, lo dudo», dijo Ross.

«Por eso pensé en preguntarte, ya que sé que no estás precisamente sobrecargado de trabajo en el control de tráfico…»

La leve sonrisa de Ross no delató nada. «Lo investigaré», repitió. Y luego, tras un último esfuerzo, se alejó trotando en dirección contraria.

• • •

El embajador ruso llamó a Miles a las 9 de la mañana. Miles se preguntaba cómo había conseguido su número. Dejó a Collins y el Rolls en Cadogan Place y tomó un taxi hasta la embajada rusa en Kensington Palace Gardens. Había dejado su móvil en casa, pues le habían dicho que si entrabas en Kensington Palace Gardens con un móvil, al menos cinco embajadas, incluida la rusa, borrarían todos los contactos antes de que salieras del coche. Solo tuvo que llamar a la puerta de la embajada una vez antes de que un oficial uniformado le abriera.

—Buenos días, señor Faulkner —dijo, aunque nunca se habían conocido antes.

Condujo al invitado al salón, donde se había celebrado la recepción la noche anterior. Tres sillas estaban dispuestas en semicírculo alrededor del cuadro de Van Gogh. Dos estaban

ocupadas por hombres, quienes se pusieron de pie de inmediato para saludarlo.

—Buenos días, señor Faulkner —dijo el embajador ruso, como si fueran viejos amigos—. Permítame presentarle al señor Petrov, subsecretario de la embajada.

Era el hombre que Miles había visto observándolo desde el balcón la noche anterior, y no hacía falta que le explicaran que la palabra «subsecretario» significaba espía. Era como si lo hubiera tenido impreso en su pasaporte, en la descripción del puesto.

Petrov se adelantó para estrechar la mano del desconocido antes de que el embajador ruso condujera a su invitado hacia la silla central.

—Es un placer que nos acompañe, señor Faulkner —dijo Petrov tras servir el café—. Por supuesto, ya me habían informado de la conversación que mantuvo con Su Excelencia durante la recepción de gala de anoche. —Alzó la vista hacia el cuadro de Van Gogh—. La pérdida del Hermitage será su ganancia.

«Pero lo que Su Excelencia no me dijo», dijo Miles, mirando directamente a Petrov, «es lo que cabría esperar a cambio».

«Traicionar a tu país», dijo Petrov con sencillez y sin ninguna emoción.

Miles mantuvo el contacto visual. —¿Y qué forma tomaría esta traición?

«Necesitaríamos su asesoramiento y ayuda en varios frentes en los que hemos estado trabajando antes, durante y después de los Juegos Olímpicos», dijo Petrov. «Baste decir que pretendemos socavar la reputación de Gran Bretaña en el escenario mundial para que descubran el verdadero significado de una guerra fría».

Miles se distrajo con una joven sentada con las piernas cruzadas en el suelo, en el rincón más alejado de la habitación, que parecía más asiática oriental que rusa. No se había fijado en ella hasta entonces, mientras que sus fríos ojos grises no se habían apartado de él ni un instante.

—¿Y qué es exactamente lo que tienes en mente? —insistió Miles.

«No podría compartir esos detalles con usted, señor Faulkner», replicó Petrov, «hasta que esté convencido de que es un miembro de

pleno derecho de nuestro equipo y que podemos confiar en usted. Sin embargo, puedo explicarle nuestra estrategia general. Pretendemos erosionar la fachada de confianza y experiencia de Gran Bretaña hasta que las grietas sean evidentes para todos. Tenemos un plan de ataque integral para demostrar que a los británicos nunca se les debería haber concedido la sede de los Juegos. Durante las próximas semanas, desgastaremos a la policía, y en particular al comandante Warwick, con incidentes que no podrá atender con suficientes agentes. En el momento en que estemos convencidos de que están sobrecargados y no saben qué hacer, atacaremos».

Miles no pudo evitar notar que la mirada fría de la mujer aún no se había apartado de él, como si fuera un animal que pudiera intentar escapar.

«¿Pero por qué yo?», preguntó Faulkner.

«Necesitamos a alguien que sepa cómo piensan y actúan los británicos cuando algo sale mal», dijo el embajador. «Alguien que pueda pasar desapercibido entre la multitud y, como dicen los británicos, que no llame la atención».

Miles sonrió ante el error del embajador, lo que no hizo sino reforzar su argumento.

«Algunos de los incidentes que hemos planeado —continuó el embajador— deben parecer el resultado de la incompetencia del equipo local, mientras que otros parecerán fallos de los responsables de la seguridad. Pero lo que no debe parecer, al menos ante el público, es una campaña de espionaje bien planificada. Si los británicos pudieran culparnos, habríamos logrado precisamente lo contrario de lo que pretendemos».

—Y entonces ambos —dijo Miles, mirando alternativamente a Petrov y a Mikailov— regresarían a su país de origen —hizo una pausa—, y no precisamente para ser recibidos como héroes.

Miles hizo una pausa para ver cómo reaccionarían, pero no obtuvo respuesta, así que formuló la pregunta crucial: "¿Por qué yo?".

«No hizo falta mucha investigación para descubrir que el responsable de la seguridad olímpica, el comandante Warwick, es un viejo adversario suyo», dijo Petrov. «También sabemos que ha sido

una espina clavada para usted durante bastante tiempo, así que teníamos la esperanza de poder colaborar por una causa común. Catalina la Grande dijo una vez que dos hombres marchando en la misma dirección forman un equipo, tres un ejército».

«Eso dependería de lo que Catalina la Grande espere de mí», dijo Faulkner, «y, lo que es más importante, de lo que ella tenga que ofrecer a cambio».

Petrov alzó la vista hacia el cuadro de Van Gogh antes de volverse hacia Faulkner. Miles captó el mensaje. «El comandante Warwick se ha rodeado claramente de oficiales competentes capaces de anticiparse a los acontecimientos», dijo Petrov. «Necesitamos a alguien que no solo nos diga cuáles son esos dos pasos, sino que también pueda anticipar el tercero».

«Warwick es perfectamente capaz de anticiparse a los acontecimientos», dijo Miles, «y sería prudente no subestimarlo».

La mujer que estaba en un rincón de la habitación asintió, y sus fríos y penetrantes ojos se posaron en Petrov.

«Precisamente por eso necesitamos que seas un miembro plenamente comprometido con nuestro equipo», dijo el embajador con naturalidad.

«También pensamos», añadió Petrov, «que la venganza contra Warwick y su equipo podría considerarse una ventaja añadida».

Miles contempló el cuadro durante un buen rato, antes de preguntar finalmente: «Si aceptara ser su agente» —evitó la palabra «traidor»— «necesitaré pruebas de que el Van Gogh no será enviado de vuelta a San Petersburgo una vez que terminen los Juegos».

Los dos rusos intercambiaron miradas, antes de que el embajador dijera: "Estoy abierto a cualquier sugerencia".

Faulkner asintió. «Como no puede pagarme el diez por ciento habitual por adelantado», dijo, «espero que incluya el cuadro de Van Gogh en la exposición "El Hermitage llega al Fitzmolean" cuando se inaugure en el museo el mes que viene. También le pediré que envíe una carta a mi abogado, el Sr. Booth Watson, de quien estoy seguro que usted está al tanto, dejando claro que el día que cierre la exposición, él tomará posesión de la obra en mi nombre».

Los ojos de la mujer se entrecerraron ligeramente. Fuera quien fuese y como fuera que encajara, a Faulkner le quedó claro que ella no creía que él debiera exigir condiciones, sino simplemente acatarlas. Estaba a punto de descubrir que él no se sometía a nadie.

—Estoy seguro de que será aceptable —dijo el embajador, acompañando sus palabras con una cálida sonrisa.

«Aún tendré que considerar el asunto con mucha atención», dijo Miles tras otra larga pausa. «Y si siquiera piensas en traicionarme, permíteme recordarte que el despacho del Sr. Booth Watson está a un paso de Fleet Street, donde no tendrían que pagar por una exclusiva que acabaría en la portada de todos los periódicos, junto con fotografías tuyas y de tus colegas, garantizando así que tu participación quedaría registrada para que todo el mundo la leyera. Algo que, me imagino, no impulsaría ninguna de vuestras brillantes carreras».

—Tiene usted toda la razón, señor Faulkner —replicó Petrov—. Pero esto es recíproco. Y si decide repetir esta conversación a alguien fuera de esta sala, con mucho gusto representaré al gobierno ruso en su funeral.

Miles no lo dudaba.

El embajador ruso no mostró reacción alguna ante la declaración de su colega. Simplemente pulsó un timbre bajo su silla y el oficial reapareció, acompañando a su invitado hasta la puerta principal. Sin embargo, sí notó que Faulkner volvió la mirada, no hacia él, sino hacia el cuadro de Van Gogh.

• • •

Tras abandonar la residencia, Faulkner no regresó a casa, sino que tomó un taxi hacia Middle Temple. Durante el trayecto, cambió de opinión varias veces. Cuando finalmente el taxi se detuvo frente a un despacho en Middle Temple Lane, una secretaria lo condujo rápidamente al despacho del Sr. Booth Watson sin pasar por la sala de espera. De hecho, Miles no tenía ni idea de dónde estaba la sala de espera.

«Como rara vez viene a mi oficina sin cita previa», opinó Booth Watson, apartando algunos papeles a un lado, «solo puedo suponer que el asunto es urgente».

—Mucho —respondió Miles, antes de repetir con gran detalle la conversación que acababa de tener lugar en la embajada rusa.

—Así que, al final, no seguiste mi consejo —replicó Booth Watson, como un director de escuela que reprende a un niño descarriado—. Por lo tanto, repetiré mi firme recomendación por segunda vez. Debes marcharte, Miles. De hecho, incluso aprovechar la situación.

—¿Cómo propones que haga eso? —preguntó Miles.

«Puedes informar al comandante Warwick sobre los planes de los rusos a cambio de que la policía retire los cargos en tu contra por la venta no autorizada de entradas para los Juegos Olímpicos».

Miles aceptó que, sin duda, esa era la decisión más sensata, hasta que recordó las amenazas de Petrov y una palabra en particular: funeral.

—Me temo que eso no será posible —dijo Miles sin dar explicaciones—. Sin embargo, seguiré tu consejo y me marcharé.

• • •

Miles regresó a la residencia rusa al día siguiente, con su breve discurso bien preparado. El mismo oficial uniformado le abrió la puerta y, una vez más, lo acompañó al salón donde lo esperaba el embajador.

Lo primero que vio Miles al entrar en la habitación fue un retrato de un artista holandés que había muerto en la pobreza, tras haber vendido solo un cuadro en toda su vida.

El embajador se levantó de su silla y dijo: «Entonces, señor Faulkner, ¿ha tomado una decisión?».

—Sí, la he visto —respondió Miles, con la mirada aún fija en la obra maestra de Van Gogh.

Volvió a cambiar de opinión.

# CAPÍTULO 6

## 21 de junio de 2012 – Faltan 36 días

La vigilancia puede sonar fascinante para el profano, pero en la mayoría de los casos es interminable y aburrida, sobre todo porque no puedes permitirte ni un respiro, por si acaso ocurre algo importante en ese preciso instante. Puedes pasar horas sin comer, tener que orinar en una botella vacía en el coche y solo conciliar el sueño cuando por fin se apagan las luces de la habitación del objetivo. Pero tienes que estar despierto y alerta de nuevo antes de que se vuelvan a encender.

William le había dicho a Ross que Faulkner estaba involucrado en una estafa con entradas, pero lo que Beth sugería era algo totalmente distinto, así que Ross inmediatamente cambió su rutina diaria.

Todas las mañanas, durante las últimas dos semanas, había tomado un taxi hasta la casa de Faulkner en Cadogan Place y llegaba antes que el lechero. Un taxi diferente, ya que formaba parte de la flota de la Policía Metropolitana y nunca recogía a ningún cliente; y Ross iba al volante.

El sargento Hogan pronto recordó que Faulkner era un hombre de costumbres. Las luces de su casa en Belgravia se encendían alrededor de las seis y media de la mañana y se apagaban poco después de las once de la noche. La costumbre de un hombre de negocios profesional. En el caso de Faulkner, la de un criminal profesional.

Ross solía acompañar a Faulkner al Savoy para almorzar, al Middle Temple para visitar al señor Booth Watson, y en una ocasión a la peluquería de Trumper en Curzon Street para que le cortara el pelo.

De vez en cuando, se reunía con algún socio comercial legítimo, pero con más frecuencia con alguien no tan legítimo, como un marchante de arte de dudosa reputación o incluso un corredor de apuestas. Faulkner no parecía tener amigos.

Rara vez iba de compras, no frecuentaba el teatro, ni clubes nocturnos ni casinos. Su único interés fuera del trabajo parecía ser visitar galerías de arte, algo que hacía al menos dos veces por semana. Lo invitaban a todas las inauguraciones importantes, de las que las columnas de chismes informaban con regularidad. A Ross le hubiera gustado acompañarlo a algunas de estas galerías, pero tenía que quedarse al volante.

La rutina apenas variaba, y Ross empezaba a pensar que Beth podría haber exagerado y que Faulkner no había hecho más que charlar con el embajador ruso mientras admiraba la obra maestra de Van Gogh en la fiesta de la embajada. Quizás había llegado el momento de que se centrara en asuntos más urgentes, como Bernie Longe. Había oído rumores en la policía metropolitana —muy arraigados, pero no siempre fiables— de que las actividades de Bernie relacionadas con las drogas estaban en auge. Ross se preguntaba si esto podría tener alguna conexión con los Juegos Olímpicos. La policía metropolitana llevaba años intentando desenmascarar a Bernie Longe, pero nunca había reunido pruebas suficientes para acusarlo.

Una vez más, Ross siguió el Rolls-Royce de Faulkner hasta el Savoy. Aparcó en una parada de taxis con una vista perfecta de la puerta principal del hotel y esperó a que Faulkner reapareciera.

Cuando finalmente lo hizo, para sorpresa de Ross, no se subió a la parte trasera de su Rolls para que lo llevaran a casa, sino que paró un taxi que se dirigió hacia Trafalgar Square.

Ross mantuvo la distancia mientras lo seguía, pero tenía que asegurarse de no ser sorprendido nunca por un semáforo en rojo, ya que podría perder a su presa.

El taxi siguió su camino por Whitehall, pasando por Downing Street y el Parlamento, antes de girar a la izquierda sobre el puente de Lambeth y luego a la derecha por Albert Embankment. Continuaron durante una milla más antes de detenerse frente al

Oval, lo que sorprendió a Ross, ya que nunca había sabido que Faulkner tuviera interés alguno en el críquet.

Dejó rápidamente el taxi en otra parada, saltó y se dirigió a Hobbs Gate. Divisó a Faulkner a unos cincuenta metros de distancia. Era evidente que sabía adónde iba.

Cuando Faulkner desapareció en la tribuna Bedser, Ross siguió caminando, deteniéndose solo al llegar a la siguiente entrada. Se sentó en un asiento vacío junto a una columna. No necesitó binoculares para divisar a Faulkner, quien estaba sentado al fondo de una escasa multitud, junto a un hombre que claramente nunca había asistido a un partido de críquet en su vida. Vestía un traje oscuro, camisa blanca y corbata de seda roja, y no podía desentonar más. Estaba absorto en una conversación con Faulkner y apenas prestaba atención a lo que sucedía en el campo.

Los dos hombres siguieron charlando durante casi una hora, y la pérdida de tres wickets durante ese tiempo no pareció importarles. Entonces, el desconocido se levantó bruscamente y, sin estrechar la mano, abandonó la tribuna y se dirigió a la salida.

Ross decidió de inmediato seguir al hombre misterioso, en lugar de a Faulkner, con la esperanza de obtener más información. Salió rápidamente de su asiento, regresó al vestíbulo y corrió hasta Hobbs Gate, donde abandonó el estadio y volvió a subirse a su taxi. No tuvo que esperar mucho antes de que el hombre reapareciera.

Al mirar a su alrededor, el hombre vio a Ross y levantó un brazo. Ross tomó otra decisión al instante. Se bajó la gorra de tela, encendió el motor y cruzó la calle para recoger a su primer cliente. El hombre subió a la parte trasera sin siquiera mirarlo.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó Ross, fingiendo un acento cockney.

«Los jardines del Palacio de Kensington».

Ross no necesitaba que le dijeran que sería una embajada. ¿Pero cuál?

Durante el trayecto, Ross miraba con frecuencia por el retrovisor, no para comprobar el tráfico que venía detrás, sino para observar más de cerca al cliente sentado en la parte de atrás, que estaba constantemente hablando por teléfono en ruso.

Después de que Ross dejara a su pasajero en la embajada —sin propina—, condujo aproximadamente una milla antes de detenerse en una calle lateral. Llamó a William.

Cuando Ross reconoció la voz familiar al otro lado de la línea, lo único que dijo fue: "Necesito verte".

—Desayuno el lunes por la mañana —dijo William—, en el lugar de siempre, a la hora de siempre.

El teléfono dejó de funcionar.

## 23 de junio de 2012 – Faltan 34 días

Bernie Longe estaba sentado en su escritorio, con dos secuaces colocados a cada lado como sujetalibros. Miraba fijamente la pila de billetes de diez libras frente a él como soldados en formación. Una cuota mensual de consultoría para un hombre que no manejaba cheques ni tarjetas de crédito, y que solo pagaba impuestos sobre su salario como presidente del Comité de Oportunidades Empresariales del ayuntamiento.

El concejal Dawson había comenzado su vida en una vivienda social en la urbanización Bevan Estate y terminó siendo concejal de la misma. Tras su nombramiento como presidente, cambió su vivienda social por un ático en Canary Wharf. Sus dos hijos no estudiaban en el municipio, sino en colegios privados del oeste del país, y su esposa prefería comprar en Harvey Nichols en lugar de en M&S. Solían pasar las vacaciones en el sur de España, donde esperaban jubilarse, junto con otros expresidentes de la Comisión de Finanzas, Vivienda y Oportunidades Empresariales.

Un golpe en la puerta significaba que debían ser las diez, porque el concejal Dawson, al igual que el cobrador del alquiler, nunca llegaba tarde. Su reunión mensual era la única vez que se veían. Ni llamadas telefónicas, ni correos electrónicos, ni cartas que pudieran sugerir que se conocían.

—Ven —dijo Longe, lo cual era un tanto redundante, ya que el concejal Dawson ya había entrado en la sala.

Si te hubieras cruzado con Dawson por la calle, podrías haberlo confundido con un corredor de bolsa de la City, vestido con su traje de Savile Row, camisa de Turnbull & Asser y zapatos hechos a mano de Loake. Sin embargo, en cuanto abrió la boca, la ilusión se desvaneció, porque no se puede comprar un acento del West End en Jermyn Street.

Trabajando en colaboración, el jefe de la mafia local (o respetado empresario, como él prefería que lo llamaran) y el concejal corrupto (reelegido para un cuarto mandato) estaban a punto de hacer fortuna simplemente por estar en el lugar y el momento adecuados. Los Juegos Olímpicos de Londres 2012 habían llegado a su puerta.

—Buenos días, concejal —dijo Longe, quien nunca se dirigió a Dawson por su nombre de pila—. ¿Se ha ganado su comisión este mes?

—Más que eso —respondió Dawson, mientras se sentaba, con la mirada fija en la pila de notas que tenía delante—. De hecho, puede que haya dado con nuestra mayor oportunidad hasta el momento.

—Soy todo oídos —dijo Longe, mientras una atractiva joven con minifalda aparecía con una bandeja que contenía dos tazas de café y un plato de galletas variadas. Colocó las galletas en el centro del escritorio, junto a la pila de notas.

El concejal Dawson tomó una galleta de chocolate antes de volver a mirarla. Nunca la había visto antes, pero claro, los "asistentes personales" de Bernie rara vez duraban más de un mes, dos como máximo.

«Una vez que terminen los Juegos Olímpicos, el estadio se pondrá a la venta», dijo Dawson, tras añadir dos terrones de azúcar a su café.

«¿Pero dónde está el beneficio en eso?», preguntó Longe. «Una vez que terminen los Juegos», repitió, «no será más que un espacio inútil y desperdiciado».

«Por eso, en esta ocasión, el gobierno se ha desvinculado de cualquier implicación», dijo Dawson, «y ha dejado la responsabilidad de vender el estadio al ayuntamiento local».

«Solo el mantenimiento», replicó Longe, «costaría millones, y ni siquiera los conciertos de música pop o las competiciones de

atletismo ocasionales alcanzarían a cubrir el coste».

«Pero el West Ham Football Club sí podría», dijo el concejal Dawson, jugando su as bajo la manga.

Longe dejó su café y escuchó con más atención.

«Su presidente se ha puesto en contacto con el ayuntamiento para alquilar el estadio por dos millones y medio al año como nueva sede del West Ham United. Un buen negocio para ellos.»

—Pero tengo que preguntar —dijo Longe, empezando a sonar exasperado—, ¿cómo puede eso ser un buen negocio para mí?

«Dado que el ayuntamiento necesita una inyección de capital, mi comité ha decidido poner el estadio a la venta. Si usted ofreciera diez millones antes de que yo le cuente a nadie el interés del West Ham, podría obtener unos ingresos estables de por vida».

El concejal Dawson comenzó a guardar los fajos de billetes de diez libras en su bolsa de Tesco, como si se tratara de un artículo más de la compra.

A Longe le bastaron unos instantes para calcular que, con unos ingresos garantizados de dos millones y medio al año, podría amortizar la inversión de diez millones de libras en cuatro años, cinco como máximo, y plantearse cambiar su casa en Hackney por una villa en el sur de Francia.

Sin embargo, había un pequeño problema. No tenía diez millones. Algo que no quería que el concejal Dawson descubriera.

—¿Qué depósito tendría que pagar? —preguntó Longe.

«Un millón lo antes posible», dijo Dawson, «luego les daría un par de meses para liquidar la cantidad total, momento en el que el ayuntamiento ya debería haber cerrado el acuerdo con el West Ham».

—¿Y cuál sería su parte, concejal?

«Betty y yo hemos visto una casa en la Costa del Sol que sería…»

—¿Cuánto? —preguntó Longe.

«Solo medio millón, pero necesitaría cincuenta mil para el depósito».

Bernie Longe asintió. Reflexionó sobre la propuesta durante unos instantes antes de decir: «Recibirás tus cincuenta mil al día siguiente de que firme el contrato del estadio».

# CAPÍTULO 7

## 24 de junio de 2012 – Faltan 33 días

FAULKNER SABÍA que si se esperaba que los rusos se desprendieran de uno de sus tesoros más preciados, el precio sería muy alto. No le quedó más remedio que despejar su agenda para las próximas semanas y estar disponible en cualquier momento, sin importar la hora. Las reuniones del equipo interno siempre se celebraban en un lugar diferente, con poca antelación y rara vez en horario de oficina.

A pesar de sus reservas, Booth Watson permaneció disponible, consciente de que podía marcharse en cualquier momento y aprovechar la oferta de Bernie Longe de duplicar sus honorarios. Comenzó su nueva misión buscando en las universidades a estudiantes de derecho que buscaran un trabajo de verano, y tras seleccionar a los tres más brillantes, no les permitió conocerse entre sí. La primera tarea que se les encomendó fue averiguar si algo había fallado durante la preparación de los Juegos Olímpicos de Pekín que pudieran replicar.

Uno de los tres, que pensaba como un criminal —algo siempre útil para quienes aspiran a ser abogados defensores—, elaboró el expediente más voluminoso. Según escribió, cuando el relevo de la antorcha llegó a Pekín, los corredores fueron constantemente detenidos por separatistas tibetanos, uno de los cuales intentó apagar la llama olímpica con un extintor. Fue condenado a cinco años de prisión.

Faulkner se presentó a la siguiente reunión, acompañado de su dócil abogado, armado con suficiente información valiosa de la que podrían sacar provecho. Sin embargo, no le contarían a Sun Anqi todo lo que habían descubierto.

Se reunieron en una sala del piso de arriba de un tranquilo pub londinense. A Miles no le sorprendió encontrar a Petrov esperándolo, pero la mujer de mirada penetrante estaba sentada en la mesa de al lado como si no fueran pareja. Ni siquiera lo miró.

Tras el intercambio de un billete de diez libras, el propietario aseguró a sus clientes que nadie los molestaría. Booth Watson se removió incómodo en su asiento; era la primera reunión a la que asistía y no se sentía a gusto.

«Debes entender que la seguridad será estricta», advirtió Faulkner a Petrov mientras discutían el primer punto de su agenda no escrita: interrumpir el relevo de la antorcha olímpica. «Incluso de noche, dos agentes de policía nunca pierden de vista la antorcha».

«Entonces, ¿qué posibilidades tenemos de llevar a cabo su plan?», preguntó Petrov.

Faulkner no respondió a la pregunta, sino que simplemente contestó: «He identificado una debilidad en el sistema».

Petrov no tuvo que hacer la pregunta obvia.

«Ochenta mil voluntarios se han presentado para estar entre los pocos elegidos para portar la antorcha», explicó Booth Watson, «entre ellos Angelina Jolie y Brad Pitt, quienes fueron rechazados, ya que el comité organizador estaba interesado en involucrar únicamente a personas locales en cada etapa del recorrido de la antorcha».

Petrov tomó nota.

«He descubierto que un bombero local de Hounslow ha sido seleccionado para portar la antorcha en uno de los tramos entre Wembley y Greenwich», añadió Faulkner.

—¿Y? —insistió Petrov.

«Por desgracia, resulta que el hombre en cuestión tiene problemas con el juego y su corredor de apuestas lo está presionando para que pague. Voy a solucionar su problema», dijo Faulkner, «y a cambio, pretendo aprovechar sus habilidades particulares, que convertirán el relevo de la antorcha en una farsa y generarán titulares indeseados en todo el mundo, sin que se sugiera en ningún momento que usted haya estado involucrado de alguna manera».

«No es nada del otro mundo», sugirió la señora sentada en la mesa de al lado.

Booth Watson examinó más de cerca a Sun Anqi y, tras treinta años como abogado penalista, supo reconocer el mal cuando lo vio.

«Tengo planeadas varias acciones que mantendrán a Warwick y a sus secuaces bien ocupados durante el período previo a los Juegos», dijo Petrov, mirando directamente a Faulkner. «Cuantos más incidentes menores tenga que atender la policía antes de los Juegos, mejor, ya que así no estarán preparados para lo que les tengo reservado».

—¿Pero qué les tienes preparado? —preguntó Sun Anqi, apenas pudiendo disimular su frustración.

«Operación Apagón», dijo Petrov sin dar más explicaciones. «Y no debería tener que recordárselo, usted es simplemente un observador hasta la ceremonia de clausura».

—Pero si fracasas —dijo Sun Anqi—, lo cual no sería ninguna sorpresa, entonces se espera que yo cubra tus errores.

Petrov se volvió, apenas pudiendo controlar su temperamento al mirar a Faulkner. «¿Puedo confirmar, señor Faulkner, que usted posee un Learjet 45?»

Booth Watson se estaba dando cuenta rápidamente de la cantidad de información que tenían sobre su cliente y eso no le gustaba.

Faulkner dudó un instante antes de asentir. «Alojado en un hangar en Biggin Hill y listo para despegar en cualquier momento».

«Bien, porque en un futuro próximo necesitaremos que vuele a Helsinki, recoja un paquete en nuestra embajada y lo traiga de vuelta a Londres».

—¿Por qué no puede cubrirlo alguien de su propia gente? —preguntó Booth Watson.

«Porque, señor Booth Watson, si nos pillaran en posesión de este paquete en particular, el Comité Olímpico no tardaría en averiguar no solo lo que teníamos planeado, sino también quién era el responsable».

—¿Qué incluye el paquete? —preguntó Miles, yendo directo al grano.

—Eso no estoy dispuesto a revelarlo —dijo Petrov.

—¿Y si mi cliente se niega a seguir su plan? —preguntó Booth Watson.

«Vincent Van Gogh regresará a San Petersburgo», dijo Petrov, mirando fijamente a Booth Watson.

Faulkner asintió.

«Pasemos al punto número tres. Alterar la orina de dos de los mejores atletas del mundo», dijo Petrov, sin mostrar ninguna emoción.

«Dos atletas que claramente no son rusos ni chinos», sugirió Booth Watson.

«Una observación muy acertada», dijo Sun Anqi, quien nunca confió en los abogados. En su opinión, estaban encantados de representar a cualquiera de las partes, siempre y cuando se les pagaran sus honorarios.

Petrov se tomó su tiempo para explicar el papel que esperaba que desempeñara el señor Faulkner.

—¿Quiénes son esos dos atletas? —interrumpió Booth Watson.

«Les comunicaremos sus nombres más adelante», dijo Petrov. «Su trabajo consiste en asegurarse de que se pueda adulterar su orina sin que nadie sospeche. Suponemos que cuentan con los recursos y los contactos locales, y que además se aseguran de que nadie nos observe».

Faulkner asintió.

«Bien, porque cuando se sepa que se han encontrado rastros de sustancias dopantes en la orina de los atletas implicados, les retirarán sus medallas».

«Sin duda, sus propios atletas arrasarán, a pesar de estar drogados hasta la médula», sugirió Faulkner.

Petrov honró a Faulkner con una sonrisa.

«Para cualquiera que lea las últimas páginas de cualquier periódico nacional, no es ningún secreto que el ochenta por ciento de los atletas rusos que compitieron en Pekín consumieron drogas. Y la única razón por la que no fueron descubiertos fue porque sus científicos habían desarrollado un fármaco enmascarador que, si los atletas lo toman seis semanas antes de la competición, oculta cualquier rastro de consumo previo de drogas».

«Se llama guerra moderna, y si nosotros… ustedes cumplen con su parte del plan, los Juegos de Londres solo serán recordados por una cosa».

«Algo parecido a lo que ocurrió en los Juegos Olímpicos de Seúl», sugirió Booth Watson, «cuando a Ben Johnson le quitaron la medalla de oro tras la final de los cien metros y Carl Lewis fue declarado ganador».

«En esta ocasión hay una sutil diferencia», sugirió Petrov, «ya que los atletas en cuestión son mucho más conocidos que Ben Johnson, y uno de ellos es británico».

• • •

Booth Watson estaba ahora aún más preocupado, no solo por el riesgo que corría su cliente, sino también por su propio futuro. Era cierto que en el pasado Miles lo había involucrado a menudo en negocios que podían costarle la inhabilitación, pero nunca antes se había visto envuelto en algo que pudiera poner en peligro su vida.

Al salir del pub, Miles paró un taxi, y Booth Watson decidió que había llegado el momento de decirle a su cliente, de una vez por todas, que se marchara mientras aún pudiera. Si, una vez más, Miles ignoraba su consejo, tendría que explicarle por qué ya no podía representarlo; y nada, repetía, nada, lo haría cambiar de opinión.

Mientras esperaban a que llegara un taxi, Booth Watson tuvo que admitir, aunque solo fuera para sí mismo, que le reconfortaba el hecho de que siempre podía cambiar su lealtad a Bernie Longe y duplicar sus honorarios.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó el taxista mientras subían al taxi y Miles cerraba la puerta.

—El número treinta y siete de Cadogan Place —dijo Miles.

—Y luego a Middle Temple —dijo Booth Watson, inclinándose hacia adelante y cerrando la ventanilla que separaba al conductor de su pasajero—. Hay algo que debemos hablar, Miles, y no puede esperar ni un momento más —añadió, sin poder mirar directamente a su cliente.

Miles miró a su lado y vio a Booth Watson aferrado al asiento, con una gota de sudor resbalando por su frente. «Usted ha sido mi cliente más importante durante más años de los que quisiera recordar», comenzó Booth Watson, «y espero que sienta que le he brindado un buen servicio».

«No hay nadie mejor, y diría que te has convertido en mucho más que un defensor de confianza: un amigo querido y cercano», dijo Miles, que ya había descubierto por qué Booth Watson estaba sudando.

Esto dejó a Booth Watson sin palabras por un momento, lo que Miles aprovechó.

—Y como ninguno de los dos se está volviendo más joven —continuó Miles—, creo que ha llegado el momento de demostrarte cuánto aprecio tu amistad y lealtad. Miles miró a Booth Watson y vio que una gota de sudor le había llegado a la nariz, mientras que varias más habían aparecido en su frente, lo que le permitió continuar con su sermón bien preparado. —Por supuesto, soy muy consciente de que mi última aventura podría estar poniendo a prueba esa lealtad hasta el límite, sobre todo teniendo en cuenta que no hice caso del sabio consejo que me diste antes.

Booth Watson se giró para mirarlo; abrió la boca, pero no pronunció palabra.

«Supongo que debería haberlo pensado cuando supe que Bernie Longe te había ofrecido duplicar tus honorarios si me dejabas para representarlo a él. Pero, como siempre, rechazaste la oferta de plano.»

Booth Watson sacó un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta y comenzó a secarse la frente.

«Así que he decidido que lo mínimo que puedo hacer en estas circunstancias es no solo igualar la oferta de Longe, sino también, consciente de que estás poniendo en juego tu carrera, añadir una bonificación por las molestias.»

«¿Una bonificación?», se oyó repetir Booth Watson.

—Sí —dijo Miles—. Una vez que terminen los Juegos, mi intención es depositar un millón de libras en una cuenta bancaria suiza numerada para que disfrutes de la jubilación que tanto te mereces,

porque te aseguro que esta será mi última aventura. Miles esperaba sonar sincero.

Booth Watson se quedó sin palabras.

—Pero te interrumpí —dijo Miles, mientras el taxista giraba hacia Cadogan Place—. ¿Querías decirme algo?

—Puede esperar hasta que terminen los Juegos —dijo Booth Watson, mientras el taxi se detenía frente a la puerta de la casa de Miles.

Miles sonrió al bajarse del taxi y pagar la tarifa.

## 25 de junio de 2012 – Faltan 32 días

A la mañana siguiente, durante el desayuno con William, Ross puso al jefe al tanto de todo lo que había presenciado cuando siguió a Faulkner al Oval.

«Desde entonces no ha habido nada de interés», añadió Ross, «aunque ayer por la mañana consiguió zafarse de mí después de que me quedara atascado en un semáforo».

—Así que, de alguna manera, Faulkner se ha visto involucrado con el gobierno ruso —dijo William pensativo.

—Eso parece.

¿Qué es exactamente lo que están tramando?

Ross dejó la pregunta sin respuesta, mientras tomaba un sorbo de café. —¿Te ha contado Beth lo que presenció durante la recepción de gala en la Embajada rusa recientemente?

William asintió. «Lo mencionó de pasada, pero nos interrumpieron antes de que me contara toda la historia. Últimamente no para de sonar el teléfono. ¿Algo sobre Van Gogh?»

«En uno de ellos», dijo Ross, «Faulkner mostró un interés inusual en un autorretrato de Van Gogh en particular; un cuadro que, según le han dicho a Beth, formará parte de la exposición "El Hermitage llega al Fitzmolean"».

«Así que puede que Faulkner esté intentando comprárselo a los rusos», reflexionó William.

—Posiblemente —dijo Ross—. La cuestión es: ¿lo está comprando con dinero o con algo más que los rusos necesiten?

—Buena pregunta —suspiró William—. Mira, por supuesto que podemos estar atentos a Faulkner, pero ahora mismo tenemos asuntos más importantes de los que preocuparnos. A solo cinco semanas de los Juegos Olímpicos, debemos centrarnos por completo en ellos y en cualquier posible amenaza, y esto no es el caso.

—Hasta donde sabemos —dijo Ross.

• • •

Ross decidió seguir las instrucciones de William y concentrarse en los Juegos Olímpicos en lugar de en Faulkner, pero aún se preguntaba si ambos podrían estar relacionados de alguna manera. Así que, en su día libre, volvió a su taxi, que aparcó a cien metros de la puerta de la casa de Faulkner. Se llevó una sorpresa cuando Faulkner subió a su Rolls-Royce, pero Collins giró a la derecha al final de la calle, en lugar de a la izquierda.

Ross mantuvo la distancia mientras el coche con chófer salía del centro de Londres, pasando por los distritos de Chelsea, Fulham y Brentford, antes de detenerse frente a una casa adosada en Hounslow.

Ross observó cómo Faulkner salía del coche, caminaba a grandes zancadas por un sendero corto y lleno de maleza, antes de llamar a una puerta que se abrió casi de inmediato. Era evidente que lo estaban esperando.

Ross pasó junto a la casa y siguió conduciendo unos cien metros más antes de girar a la izquierda y desaparecer de la vista. Aparcó el coche, se bajó y se escondió tras un árbol que le permitía ver perfectamente la puerta principal. Esperó.

Transcurrió aproximadamente una hora antes de que Faulkner volviera a salir y subiera al Rolls, que luego se dirigió de nuevo hacia el centro de Londres.

Ross no intentó seguirlo. Nunca seguir a un objetivo hasta su base es una regla de oro, ya que es la forma más segura de que te descubran. Ross esperó a que el coche desapareciera de la vista

antes de pasar lentamente junto a la casa, anotando mentalmente el número y el nombre de la calle.

No hizo falta mucha investigación para descubrir que el propietario era el señor Dave Timpson, que trabajaba para el cuerpo de bomberos local, un trabajo que llevaba desempeñando durante los últimos doce años.

Ross tuvo que investigar un poco más para descubrir que el señor Timpson estaba pasando por dificultades económicas, lo que podría explicar la visita de Faulkner. Pero eso no explicaba qué esperaba Faulkner a cambio de solucionar esas dificultades.

Eso requirió mucha más investigación.

# CAPÍTULO 8

## 16 de julio de 2012 – Faltan 11 días

Gold levantó la vista desde su lugar en lo alto de la mesa, complacido al ver que Silver y dos de sus bronces ya estaban en el podio.

Si le hubieras preguntado a William qué había sucedido durante las últimas semanas, lo único que recordaría sería que nunca tenía tiempo suficiente para ocuparse de todos los problemas que surgían, por triviales o insignificantes que fueran, mientras terminaba cada día durmiendo tres o cuatro horas en una cama plegable en su oficina.

A tan solo once días de la ceremonia de inauguración, no había tiempo que perder. De hecho, las reuniones del equipo habían pasado de celebrarse una vez al mes a una vez a la semana, y ahora a una vez al día, con la vana esperanza de mantenerse a la vanguardia.

Unos golpes en la puerta a las ocho menos cinco, que fueron respondidos con un «adelante», permitieron que el círculo íntimo se uniera a Gold. El inspector detective Adaja tomó asiento a la derecha del comandante, mientras que el sargento Pankhurst se sentó a su izquierda. El sargento Roycroft ocupó el asiento restante en el otro extremo de la mesa, mientras que la secretaria de William se sentó detrás de él, tomando notas, y tendría las actas, junto con un nuevo orden del día, preparadas con suficiente antelación para la reunión del día siguiente.

«A partir de mañana», dijo William, «estas reuniones tendrán lugar en el estadio y comenzarán a las siete, no a las ocho».

Nadie hizo ningún comentario, ya que eso no era más de lo que todos habían acordado hacía siete años.

—Bien —dijo William—. Como siempre, tenemos la agenda repleta. No olvides que durante las próximas semanas, el mundo entero estará pendiente de nosotros. Si algo sale mal, estaremos en el punto de mira. Así que, lo primero en la agenda. William bajó la mirada a la hoja de papel que tenía delante. —¿Cómo podemos esperar llevar a unos ciento cincuenta VIP al estadio sin provocar un atasco que paralice Londres? —Paul —dijo, mirando a su derecha—, me alegró recibir un correo tuyo anoche a las once con el mensaje: «Problema resuelto. Lo explicaré en la reunión de oración de mañana. Explícalo».

«Vamos a transportar a nuestro grupo de reyes, presidentes y primeros ministros en dieciséis autocares de lujo, cada uno acompañado por media docena de escoltas a caballo y dos coches de policía».

«No me imagino a Jacques Delors sentado en la parte trasera de un autobús charlando amistosamente con Boris Johnson», dijo Rebecca, apenas pudiendo disimular una sonrisa.

«Corresponderá al Ministerio de Asuntos Exteriores solucionar ese problema en particular», dijo Paul sin dudarlo. «Se celebrarán cuatro recepciones reales en distintos lugares una hora antes de que nuestros VIPs tengan que partir hacia el estadio. Una en el Palacio de Buckingham, ofrecida por la Reina; una segunda en el Palacio de St. James con el Príncipe Carlos; una tercera en Lancaster House con el Príncipe Harry y la Princesa Ana; y la cuarta, para el público general, tendrá lugar en el Cuartel de Wellington».

«No me gustaría ser la persona que tenga que decidir qué jefe de Estado va a qué palacio», comentó Rebecca.

«Una vez más, el Ministerio de Asuntos Exteriores será el responsable de esa delicada decisión», dijo Paul, «ya que saben perfectamente quién se acuesta con quién, quiénes no se hablan y quiénes se sentirán insultados si no son invitados al Palacio de Buckingham».

—¿Quién se acuesta con quién? —corrigió William—. ¿Y ahora qué? —preguntó, mirando el punto número dos del orden del día.

—Taxistas descontentos —anunció Jackie desde el otro extremo de la mesa.

—¿Cuál es su problema? —preguntó William.

«No se les permite circular por la ruta oficial de acceso al Estadio Olímpico, lo cual les disgusta bastante».

—¿Y cómo piensan expresar su ira? —insistió William.

«Sesenta de ellos tienen previsto dar vueltas en Hyde Park Corner durante la hora punta la noche de la ceremonia de inauguración», dijo Jackie, «lo que paralizará Londres en cuestión de minutos».

—¿Cómo podemos evitar que eso suceda? —preguntó William.

«Levanten las restricciones y permítanles ejercer su profesión en la ruta olímpica», sugirió Rebecca.

—Tendré que hablar con el alcalde —dijo William.

«Él no tiene autoridad para anular las decisiones de Transport for London», señaló Rebecca.

—Entonces le pediré al Halcón que hable con el Ministro del Interior y le sugiera que convoque una reunión de emergencia —dijo William, volviéndose y asintiendo con la cabeza hacia su secretario.

Angela siguió escribiendo furiosamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó William, volviendo a mirar el orden del día.

—Revendedores de entradas —dijo Rebecca.

—Son bastante inofensivos —dijo William—. Simplemente hay que encerrarlos durante la noche.

«Ojalá fuera tan fácil», dijo Rebecca, «pero no se trata de la típica pandilla de pícaros que buscan ganar dinero fácil. Son un grupo mucho más sofisticado que trabaja en los grandes hoteles vendiendo paquetes de hospitalidad carísimos que ni siquiera existen».

«Entonces, arréstenlos.»

—Son geniales —replicó Paul—, y no son fáciles de atrapar.

—¿Entonces cómo sabes de ellos? —preguntó William.

Paul le entregó a William uno de los boletos falsificados. «El portero principal del Ritz compró una docena de boletos a uno de ellos, con la esperanza de obtener ganancias vendiéndolos a sus huéspedes, pero al compararlos con un boleto auténtico, se dio

cuenta rápidamente de que eran falsificaciones e inmediatamente se puso en contacto con West End Central».

«Y si quieren oír las malas noticias», dijo Rebecca, «Bronze Crime nos dice que cree que Miles Faulkner podría estar detrás de la estafa. No tiene pruebas para demostrarlo, ya que su único testigo se niega a hablar. Sin embargo, está bastante seguro de que es Faulkner. Al parecer, está cobrando cinco mil libras solo por asistir a la ceremonia de inauguración».

«No podría ser mejor», dijo William, sorprendiéndolos a todos. Se giró hacia Jackie y le preguntó: «¿Seguimos teniendo reservado un bloque en el otro extremo del estadio por si surge alguna emergencia?».

—Sí, señor —respondió Jackie—. La idea nos la dio el secretario del partido en Wimbledon. Siempre dejan una pequeña tribuna vacía para casos de emergencia como este.

¿Cuántos asientos caben en nuestra tribuna?

Jackie revisó sus notas. «Ciento cuarenta», dijo.

¿Tendrán una buena vista de lo que ocurre en la pista?

«Estarán en la recta opuesta a la línea de meta», dijo Jackie, mirando un plano impreso del estadio. «Pero si hacemos eso, señor, el único ganador será Miles Faulkner».

«No, si al final tenemos ciento cuarenta clientes satisfechos que fueron rescatados en el último minuto. Y pueden estar seguros de que entre ellos habrá abogados y políticos, que siempre son buenos testigos cuando un caso llega a los tribunales».

«Así que esta vez Faulkner puede haber provocado su propia caída», dijo Paul.

«Sin mencionar que tendré que pagar una multa cuantiosa cuando le explique al juez cuánto creo que ganó Faulkner con la estafa». William hizo una pausa. «Quizás tenga la tentación de exagerar».

El equipo comenzó a golpear la mesa con las palmas de las manos.

—¿Y cuál es nuestro próximo problema? —preguntó William, volviendo a mirar su lista.

—El relevo de la antorcha olímpica —dijo Paul, abriendo otro archivo.

—¿Por qué? —preguntó William.

«La antorcha partirá de Land's End a primera hora del lunes por la mañana antes de dirigirse hacia la capital».

«¿Qué sucede cuando la antorcha llega a Londres?», fue la siguiente pregunta de William.

«La Llama Madre pasará la noche en la Torre de Londres antes de comenzar su recorrido por la capital», dijo Jackie, «y llegará al Estadio Olímpico con tiempo suficiente para la ceremonia de apertura».

«Sin duda, seremos recibidos por grandes multitudes», dijo William.

«Prevemos que el equipo del relevo de la antorcha será recibido por una gran cantidad de aficionados a medida que continúe su recorrido por la ciudad», dijo Jackie, «y ciertamente no tenemos suficientes agentes de policía para vigilar toda la ruta en caso de que alguno de ellos no sea aficionado».

—No creo que sean las multitudes las que causen el problema —comentó Paul.

—¿Entonces quién? —preguntó William.

—Los rusos —anunció Pablo, lo que provocó que Guillermo guardara un silencio inusual.

«El Ministerio del Interior informa de que un número inusualmente elevado de funcionarios está asignado al equipo olímpico ruso», dijo Paul, «y nuestro embajador en Moscú se ha puesto en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores para informarles de que el presidente Putin tiene previsto pronunciar un importante discurso al día siguiente de la ceremonia de inauguración, así que quién sabe qué planes tendrán los rusos para los próximos once días».

«¡Griten "¡Destrucción!" y desaten a los perros de la guerra. No es más que una venganza por el intento de Margaret Thatcher de boicotear los Juegos de Moscú, así que debemos asumir lo peor y prepararnos en consecuencia».

## 18 de julio de 2012 – Faltan 9 días

Ross no podía creer lo que veían sus ojos al observar cómo el Rolls-Royce de Faulkner se detenía a unos cien metros del Tower Bridge. No era uno de sus destinos habituales. Collins salió del coche, abrió el maletero y sacó una bicicleta plegable. Entonces llegó la siguiente sorpresa. Faulkner, vestido con un elegante chándal azul, se subió a la bicicleta y comenzó a pedalear hacia el puente, donde se unió a un numeroso grupo de ciclistas más jóvenes.

Ross abandonó su taxi en una doble línea amarilla, corrió hacia una fila de bicicletas de alquiler y desbloqueó una antes de dirigirse rápidamente hacia la parte trasera del grupo. Escuchó atentamente varias conversaciones a su alrededor y pronto descubrió que el grupo se reunía con bastante frecuencia en diferentes puntos de la ciudad, desde donde partían con un único propósito: paralizar temporalmente el tráfico de Londres para que el alcalde se tomara en serio su demanda de más carriles bici. De hecho, una de las ciclistas insistió en que no se rendiría hasta que Londres se convirtiera en un carril bici continuo.

Lo que Ross no entendía era por qué Faulkner se había unido al grupo. Al fin y al cabo, no parecía el candidato ideal para apoyar los carriles bici. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que Faulkner tramaba, seguro que traería problemas, así que Ross estaba decidido a mantenerlo bajo estrecha vigilancia.

Poco después de las seis, su líder se dirigió a sus discípulos. «La ruta elegida para esta semana», anunció, «nos llevará por el Tower Bridge, pasando por la Torre de Londres y luego a lo largo del Embankment hacia Westminster. Al llegar a la Cámara de los Comunes, daremos varias vueltas a la Plaza del Parlamento antes de regresar por el otro lado del Embankment, para luego volver al Tower Bridge. Recuerden, no tenemos prisa, y deben reducir la velocidad en cada paso de cebra y ocupar toda la calzada cuando se detengan en un semáforo». Sin decir una palabra más, montó en su bicicleta y pedaleó lentamente, guiando a su grupo de guerreros a través del Tower Bridge.

Ross permaneció rezagado, fuera de la vista de Faulkner, quien pedaleaba con ahínco para seguir el ritmo del líder. A Ross le habría gustado escuchar su conversación.

Parecía un intercambio de opiniones que no duró mucho, porque cuando el grupo llegó al Embankment, Faulkner se había quedado atrás, y cuando se detuvieron en el semáforo frente al Savoy, tomó el desvío a la derecha, cruzó la calle, se bajó de la bicicleta y volvió a subir al Rolls que los esperaba. Ross esperó, observando cómo Collins plegaba la bicicleta y la guardaba en el maletero.

¿Qué tramaba exactamente Faulkner? Ross no entendía por qué alguien como él estaría interesado en construir carriles bici. Solo podía preguntarse cuál era su verdadero propósito.

Se quedó rezagado hasta que el Rolls-Royce desapareció de su vista, luego empezó a pedalear cada vez más rápido, y para cuando el grupo llegó a Parliament Square, ya había alcanzado a su líder. Aunque Ross estaba sin aliento, entabló una conversación forzada.

«Te vi charlando con mi amigo», fue la primera táctica de Ross.

—¿Tu amigo? —preguntó el líder del grupo.

«El señor mayor en la bicicleta plegable, con el elegante chándal azul».

—Ah, sí —dijo el líder—. Me dijo que no podría venir el próximo viernes porque tiene asientos reservados para la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos y, en cualquier caso, suponía que nos prohibirían realizar nuestra protesta habitual de los viernes.

—¿Y tú lo harás? —preguntó Ross.

—Ni hablar —le dije—, respondió el líder—. Ahora que los Lores de la Ley han dictaminado que los ciclistas no son manifestantes, sino una procesión pública.

Tras haber trabajado en el control del tráfico durante los últimos años, Ross estaba al tanto de la decisión de la Cámara de los Lores y de los atascos que este grupo había provocado en los dos últimos años sin que la policía pudiera hacer nada al respecto.

—Sin embargo —prosiguió el líder—, su amigo hizo una sugerencia bastante interesante que, si logramos llevarla a cabo, daría a conocer nuestra causa a todo el mundo.

—¿Cuál fue su sugerencia? —preguntó Ross.

El líder miró a Ross con expresión de recelo. «Si es tu amigo, ¿por qué no se lo preguntas tú mismo?». Y se marchó en bicicleta.

Ross se quedó atrás, tratando de descifrar qué podría haber sugerido Faulkner y, quizás más importante aún, por qué se lo había sugerido a ese grupo. Debía tener algún motivo oculto. Sin embargo, a pesar de que pedaleó despacio y se mantuvo atento, Ross seguía sin entender nada cuando llegaron de nuevo al Tower Bridge.

Cuando el grupo se detuvo al otro lado del puente, el líder exclamó: «Misión cumplida». Luego se bajó de la bicicleta y se dirigió de nuevo a sus seguidores: «Espero verlos a todos la semana que viene. De hecho, el viernes de la semana que viene, espero una asistencia récord, ya que los Juegos Olímpicos nos darán la oportunidad de dar a conocer nuestra causa a un público mucho más amplio. Los detalles de los diferentes puntos de partida se enviarán por correo electrónico a cada miembro del grupo durante la semana». Hizo una pausa y, mientras lo hacía, recorrió con la mirada a la multitud. «Recuerden, ni una palabra sobre esto a nadie, ya que podría perjudicar nuestra causa».

A Ross no le gustaban las palabras «diferentes puntos de partida», ni el énfasis en el secretismo. Los ciclistas estaban tramando algo importante, y fuera lo que fuese, Faulkner había sembrado la semilla en la mente de su líder. La verdadera pregunta era: ¿dónde y por qué?

Cuando Ross llegó a casa esa misma noche, no habló del problema con Alice. Sin embargo, durante la cena, no dejaba de pensar en Faulkner y en la idea que podría haberle sugerido al jefe de equipo.

Para cuando Alice apagó la luz del dormitorio, seguía sin encontrar una respuesta. Ross no se removió en la cama, porque apenas había dormido.

Se levantó temprano, se saltó su carrera matutina y condujo su taxi de regreso al Tower Bridge antes del amanecer.

Cuando Ross llegó al otro lado del puente, divisó una gran flecha con las palabras «Estadio Olímpico» impresas. Giró a la derecha, no a la izquierda. Lo primero que pensó fue: ¿acaso intentarán interrumpir el tráfico que se dirige al estadio, provocando que miles de espectadores lleguen tarde a la ceremonia de inauguración, e incluso retrasándola?

Apenas había conducido un par de millas más cuando comprendió exactamente lo que Faulkner le había sugerido. Se detuvo en una gasolinera, aparcó a un lado e hizo una llamada telefónica.

Cuando escuchó una voz familiar al otro lado de la línea, lo único que dijo fue: "Necesito verte urgentemente, y digo urgentemente".

—¿Dónde estás? —preguntó William.

«Aparqué en el gran garaje de BP, a aproximadamente una milla del estadio».

—Iré a verte —dijo William—. Quédate donde estás y estaré contigo en unos diez minutos, quince como máximo.

Pasaron otros veinte minutos antes de que apareciera William. Su chófer, Danny, entró en la gasolinera y aparcó el coche detrás del taxi.

Ross saltó del coche y se sentó junto a William en el asiento trasero. Sin perder tiempo, le contó los detalles de su paseo en bicicleta improvisado y la conclusión a la que había llegado.

—Pero lo que quiero saber —dijo William— es qué gana Faulkner con todo esto.

«Creo que Beth tenía razón desde el principio: una obra maestra excepcional de Van Gogh.»

William seguía sin estar convencido. «Supongamos por un momento que Faulkner colabora con los rusos», dijo. «Esperarán mucho más a cambio de un Van Gogh de valor incalculable que simplemente impedir que unos cuantos espectadores lleguen a tiempo a la ceremonia de inauguración».

¿Avergonzar a Gran Bretaña? ¿Hacernos quedar como un grupo de aficionados?

William seguía frunciendo el ceño. «Tiene que haber algo más», dijo. «Hay algo más importante en juego que debemos descubrir y prevenir».

«Ahora que sabemos lo que pretenden esos ciclistas inocentes, tendremos que detenerlos en seco».

William asintió. «De acuerdo. Los ciclistas serán el primer punto del orden del día de mañana», coincidió, «y bien podrías unirte a nosotros, ya que todos en el equipo ya saben por qué ya no estás

asignado al control de tráfico. Pero antes», añadió, «¿te veré esta noche en la inauguración de la exposición?».

«No me lo perdería por nada del mundo», respondió Ross. «Y no solo porque seguiré a Miles Faulkner hasta allí».

# CAPÍTULO 9

## 19 de julio de 2012 – Faltan 8 días

Solo faltaba una hora para la inauguración de la exposición "El Hermitage llega al Fitzmolean", y Christina miraba fijamente las perchas repletas de sus tres armarios.

—No sé qué ponerme —dijo.

—Eso es porque tienes mucho donde elegir —sugirió Wilbur, mientras ella se daba la vuelta y le arreglaba la pajarita.

—¿Crees que Miles aparecerá? —preguntó—. Beth y yo sospechamos que tiene planes para un cuadro de Van Gogh en particular que el Hermitage nos ha prestado.

—Bueno, estoy segura de que no podrá resistirse a hacer acto de presencia —respondió Wilbur, mientras sacaba un vestido del segundo armario.

Christina se lo mostró a Wilbur para que lo considerara. «Creo que me quedaré con este».

—¿Por qué no? —dijo Wilbur—. Es el que elegiste hace media hora.

«Los hombres tienen mucha suerte. Al fin y al cabo, un esmoquin es un esmoquin». Christina apartó un pelo blanco que se había quedado atascado en el cuello de terciopelo de su marido.

—¿Vas a hablar esta noche? —preguntó.

—No, le toca a Beth —suspiró Christina—. Es extraño pensar que no habrá muchas noches como esta. Bueno, al menos no mientras yo sea presidenta.

—¿Está la junta directiva más cerca de elegir a su sucesor? —preguntó Wilbur mientras se dirigía hacia la puerta.

«Hay tres candidatos preseleccionados», dijo Christina, «pero seguí tu consejo y no he dado mi opinión».

«Será importante que Beth permanezca en su puesto mientras se instala el nuevo presidente», dijo Wilbur. «Toda organización grande requiere continuidad y estabilidad. Pero por ahora, no podemos permitirnos demorarnos. Recuerda que serás tú quien deba presentar a los invitados al embajador ruso».

¿Qué le digo si Miles está haciendo fila esperando a que lo presenten?

—Me has dicho varias veces que Miles nunca hace cola —dijo Wilbur.

«¿Pero qué pasa si rompe con un hábito de toda la vida?»

«Excelentísimo Señor, ¿me permite presentarle a mi exmarido? Es un charlatán y un ladrón, cuya única virtud es que le gusta el arte, así que si algo desaparece, llámeme, porque yo sabré dónde encontrarlo.»

—Te adoro, señor Hackensack III —dijo Christina mientras salían de la casa.

• • •

—Permítanme comenzar —dijo Beth, mirando al público que llenaba la sala— dándoles la bienvenida a la inauguración de «El Hermitage llega al Fitzmolean», una exposición de ciento veintisiete pinturas, acuarelas y dibujos holandeses que el Hermitage, una de las galerías más prestigiosas del mundo, ha prestado generosamente al Fitzmolean.

Los aplausos que siguieron sugirieron que los invitados coincidían con la valoración del director. La sala estaba repleta de entusiastas amantes del arte, patrocinadores, diplomáticos y personal que habían acudido a contemplar la singular colección.

«Mi agradecimiento especial va dirigido a Elena Petrovski, la distinguida directora del museo», continuó Beth, «y a sus dos colegas, que han honrado al Fitzmolean acompañándonos esta noche en Londres».

Miles Faulkner, con Booth Watson a su lado, permanecía de pie al fondo de la abarrotada sala, escuchando atentamente. Miles observó a la multitud reunida, deteniéndose solo cuando su mirada se posó en dos rusos al otro extremo de la galería. Reconoció a uno de ellos de inmediato, aunque no le dirigió la palabra. Para la mayoría de los presentes, él jamás había visto a Sergei Petrov. El otro tenía un aire tímido y académico, y Miles sospechaba que debía formar parte del equipo oficial del Hermitage.

«Espero que todos disfruten de esta extraordinaria exposición», continuó Beth. «Sin embargo, en esta ocasión no terminaré mi discurso con las palabras "corran la voz, ya que aún quedan algunas entradas", porque hoy, día de la inauguración, puedo anunciar que las entradas para toda la exposición durante los Juegos Olímpicos ya están agotadas. Parafraseando al crítico de arte de The Times, es una "obra maestra"».

Beth fue recibida con aplausos aún más fuertes cuando bajó del escenario para reunirse con su familia y amigos.

«Estoy muy orgullosa de ti», dijo Christina, «y como presidenta del Fitz, creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que esta es la mejor exposición que el museo ha organizado jamás».

—Pero si no recuerdo mal —bromeó Beth—, esas fueron exactamente las palabras que dijiste sobre nuestra última exposición.

El pequeño grupo que rodeaba a la directora estalló en carcajadas. Todos sabían que, con Beth al frente del museo, con los pies bien puestos en la tierra, y Christina como presidenta, rebosante de ideas y entusiasmo inagotable, el Fitzmolean estaba en buenas manos. Habían demostrado ser un equipo formidable. Wilbur también cumplía con creces su papel, apoyando constantemente a su esposa.

William observaba con orgullo, aunque Beth se dio cuenta de que su mente estaba en otra parte. Sabía que le había resultado difícil asistir esa noche. Había estado trabajando sin descanso, tanto de día como de noche, mientras preparaba la ceremonia de inauguración.

«No pude evitar notar», comentó Sir Julian, «que Miles Faulkner y su perro faldero están presentes esta noche».

Beth se dirigió a su suegro. «Para ser justos», dijo, «por mucho que deteste a ese hombre, nadie puede cuestionar la auténtica pasión de Miles Faulkner por el arte, y en particular por la escuela holandesa. Si estuviera dispuesto a prestarnos su legendaria colección para nuestra próxima exposición, Christina podría repetir sus palabras con la misma convicción».

—No veo a Miles aceptando eso —dijo Christina, mientras miraba a su exmarido al otro lado de la habitación—. Y fíjate, Beth —añadió en voz baja—, sigue mirando el autorretrato de Van Gogh, como si fuera el único cuadro en la habitación.

• • •

—Tengo la sensación de que están hablando de ti —dijo Booth Watson, dedicándole al comandante Warwick una sonrisa fingida.

«Como decía Oscar Wilde», dijo Miles, «es mejor que nadie hable de ello».

«Y mira adónde lo llevó eso», dijo Booth Watson. Inmediatamente se arrepintió de sus palabras, pero afortunadamente Miles parecía más interesado en el Van Gogh.

«Es sencillamente magnífico», admitió Booth Watson, antes de tomar rápidamente una fotografía de la obra maestra para sus archivos.

—La próxima vez que lo veas —dijo Miles en voz baja—, estará colgado encima de la chimenea de mi salón.

«Eso suponiendo que los rusos cumplan su palabra», dijo Booth Watson. «Algo por lo que no son conocidos».

—No les queda otra opción —respondió Miles—, a menos que quieran que todo el mundo sepa lo que tienen planeado.

—¿Y qué tienen planeado? —preguntó Booth Watson, quien una vez más sintió que lo habían dejado en la ignorancia.

Miles vaciló. «Petrov finalmente ha revelado algunos detalles de la Operación Blackout», dijo en voz baja. «El comandante Warwick

estará rezando mucho antes de que termine la ceremonia de apertura: "Que se haga la luz"».

«Y hubo luz», dijo Booth Watson, recitando la siguiente línea del Génesis.

—Tenía en mente el Éxodo —respondió Miles.

• • •

—¿Qué estás mirando? —preguntó Alicia—. Porque desde luego no son las fotos.

Jack se había quedado en casa con una niñera, mientras que Alice, Ross y Jojo habían venido a apoyar a Beth. Jojo acababa de graduarse de la Slade y avanzaba poco a poco, pintando de cuadro en cuadro, preguntándose si algún día podría ganarse la vida como…

Mientras tanto, Ross se fijaba en los dos rusos que estaban al fondo de la multitud. No hablaron, pero claro, no tenían nada en común. La mujer era claramente una experta en arte, miembro del equipo del Hermitage. En cuanto a su compañero, Ross lo reconoció de inmediato: era el hombre que había asistido a su primer partido de críquet en el Oval y que probablemente ahora visitaba su primera exposición de arte. El GRU no se molestó en poner música ambiental.

«Estaba admirando el Van Gogh», afirmó Ross, volviendo su atención al autorretrato, mientras le dedicaba una cálida sonrisa a su esposa.

—Entonces estaba usted mirando en la dirección equivocada, sargento Hogan —dijo Alice—, así que no me molestaré en preguntarle una segunda vez.

Ross sonrió mientras seguía vigilando primero a Faulkner y luego al ruso. No se dirigieron la palabra en ningún momento.

• • •

—Me temo que tengo que dejarte —dijo William, inclinándose para besar a su esposa—. Solo faltan ocho días para mi estreno, aunque

me vendría bien un mes más. Pero enhorabuena, cariño. No podría haber salido mejor.

—Igual que tu inauguración —dijo Beth—. De hecho, seguro que será un triunfo aún mayor.

Pero William apenas escuchó sus palabras, pues ya se había dado la vuelta para marcharse.

«Estoy deseando que llegue la ceremonia de clausura», confesó Beth a Christina y Julian, «después de la cual espero reunirme por fin con mi marido. Este año ha sido interminable. Pero una vez que terminen los Juegos Olímpicos, William le cederá la responsabilidad de los Juegos Paralímpicos al inspector Adaja, y entonces nos iremos de vacaciones».

—¿A alguna tierra exótica y lejana, espero? —dijo Christina.

—De Ámsterdam a Budapest, vía Viena —respondió Beth.

—Qué maravilla —dijo Sir Julian, antes de añadir—: ¿Se ha dado cuenta de que Faulkner muestra un gran interés por un cuadro en particular?

—Oh, todos nos hemos dado cuenta —respondió Beth—. El autorretrato de Van Gogh que, sorprendentemente, se añadió a nuestra lista de exposiciones en el último momento.

«¿De verdad?», reflexionó Sir Julian. «He visto esa foto en algún sitio, pero no recuerdo dónde».

¿Sobre la chimenea de la embajada rusa, quizás?

—Por supuesto —dijo Sir Julian, mirando fijamente a su viejo adversario—, así que me veo obligado a preguntar: ¿por qué Booth Watson fotografió ese cuadro en particular?

—Eres tan malo como William —dijo Beth.

—No, querida —dijo Sir Julian—, creo que descubrirás que William es tan malo como yo.

—Faulkner y Booth Watson se van —susurró Christina, sin apartar la vista de ellos.

Justo después de que salieran de la habitación, una voz a sus espaldas dijo: «Enhorabuena. Un verdadero triunfo».

Beth se giró para ver al antiguo presidente del Fitzmolean, quien hizo una reverencia respetuosa.

—¡Menudo halago! —dijo Beth, sonriendo a su antiguo jefe.

«No más de lo que te mereces», dijo Sir Nicholas. «Y pensar que intentamos albergar la colección del Hermitage hace años, y solo gracias a tu perseverancia y esfuerzo lo hemos conseguido».

«Con algo de ayuda de los Juegos Olímpicos», comentó Beth. Solo esperaba que no hubiera otra razón que desconociera.

# CAPÍTULO 10

## Viernes 20 de julio de 2012 – Faltan 7 días

Cuando el equipo se reunió para su reunión informativa matutina, a nadie pareció sorprenderle ver a Ross sentado en su antiguo sitio, al otro extremo de la mesa. Todos sabían que era solo cuestión de tiempo antes de que regresara oficialmente al equipo.

—Dejaré que el sargento Hogan aborde el primer punto del orden del día —dijo William.

Ross se tomó su tiempo para contarles lo que había presenciado cuando se unió a la multitud de ciclistas que protestaban en su lento trayecto desde Tower Bridge hasta Westminster.

«No es difícil adivinar cuál será la ruta que elijan el próximo viernes», sugirió William, «que casualmente es la noche de la ceremonia de inauguración».

«Cuando pueden retener hasta a la mitad de los espectadores que se dirigen al estadio», dijo Paul, «quienes no llegarán a tiempo para ver a la Reina ocupar su lugar en el palco real».

—Ya has recorrido la mitad del camino —dijo Ross.

—¿Y cuál es la otra mitad? —preguntó Rebecca.

«La Reina ni siquiera llegará al palco real».

—Un momento —dijo Jackie—. ¿De qué estamos hablando? ¿De un atraco sin importancia o de un intento de asesinato real?

Rebecca negaba con la cabeza. «Eso jamás ocurriría. Los ciclistas pueden ser una molestia, pero no son terroristas».

—Esperemos que tengas razón —dijo Ross—, pero mientras Faulkner esté involucrado, me temo lo peor y solo espero equivocarme.

—¿Ha sido informado el MI5 exhaustivamente? —preguntó Jackie.

William asintió. «Al igual que el GCHQ. Entienden nuestros temores, pero nos recordaron lo incompletas que son las pruebas por el momento. Están siguiendo de cerca los acontecimientos, pero si algo saliera mal durante los Juegos, sería nuestra responsabilidad. Por ahora», añadió, «no nos preocupa la seguridad de Su Majestad. Lo que sí nos preocupa es la posible interrupción de la ceremonia de apertura, y por qué los rusos verían con buenos ojos cualquier interrupción. No tenemos ni idea de qué más podrían estar planeando a raíz de esto, pero si tenemos que lidiar con lo inesperado esa noche, necesitamos saber qué tienen planeado para no estar desprevenidos».

Tras un momento de silencio, Jackie dijo: «Pero la Reina siempre va acompañada por un grupo de escoltas a caballo altamente entrenados, que se aseguran de que todos se aparten para que la comitiva real pueda continuar sin tener que detenerse».

«Quizás un grupo bien organizado de ciclistas decididos no se aparte del camino», sugirió Ross.

«Hay cinco rutas que Su Majestad puede tomar en su trayecto desde el palacio hasta el estadio», dijo Paul, mirando el mapa extendido en el centro de la mesa.

—Todo eso acaba en el mismo túnel —añadió William, poniendo fin a cualquier otra interrupción.

«Los ciclistas no solo ralentizarían el tráfico», continuó Ross, «sino que, si logran llegar al túnel antes que la Reina, podrían abandonar sus bicicletas y dejarlas en medio de la carretera. Tardaríamos horas en retirarlas, mientras Su Majestad se vería obligada a saludar desde la parte trasera de su coche en lugar de estar sentada en el palco real».

«Mientras nosotros —añadió William— nos ocupamos por completo y ellos —y con "ellos" me refiero a los rusos— pasan a la segunda parte de su plan, sea cual sea».

«Mi apuesta sería convertir la ceremonia de apertura en la de clausura», dijo Paul.

Nadie se rió.

«Entonces tendremos que prohibir cualquier protesta prevista para el día de la ceremonia de inauguración», dijo William.

—Recordará usted, señor —dijo Rebecca—, que la Cámara de los Lores dictaminó que los ciclistas no son manifestantes, sino una procesión pública.

«Entonces tendremos que arrestarlos a todos antes de que se conviertan en una procesión pública».

—No creo que tenga usted autoridad para hacer eso, señor —dijo Jackie.

—Entonces les notificaré conforme a la Sección Doce —dijo William, cada vez más irritado.

—Pero el artículo doce solo se aplica en caso de disturbios —le recordó Rebecca.

—O una grave alteración de la vida de la comunidad —replicó William.

«Si empezamos a arrestar a ciudadanos inocentes», dijo Paul con firmeza, «seguro que nos llevarán a juicio y ganarán».

«Lo cual, en mi opinión», dijo William, «es preferible a tener un estadio medio vacío con la Reina atrapada en un paso subterráneo, o peor aún».

No se formuló ninguna otra objeción antes de pasar al siguiente punto del orden del día: la próxima llegada de la antorcha olímpica a Londres.

## 21 de julio de 2012 – Faltan 6 días

Cuando el portador de la antorcha entró por primera vez en el Gran Londres, Ross estaba más que preparado para tomar el relevo de sus compañeros del interior. Se sintió aliviado de que el relevo de la antorcha hubiera transcurrido hasta el momento sin incidentes importantes, a pesar de las grandes multitudes que se congregaban a lo largo de todo el país. Aun así, no se relajaría hasta que la antorcha llegara finalmente al estadio.

Ross había mantenido su rutina de correr cuatro millas al día, además de pasar una hora en su gimnasio local levantando pesas. Esta sería su final olímpica.

Durante los últimos tramos del relevo, los miembros del equipo del Relevo de la Antorcha se mantuvieron a una distancia prudencial alrededor de cada portador, atentos a cualquier indicio de problemas o algo sospechoso. Si se presentaba tal situación, Ross sabía que tendría que tomar una decisión inmediata, ya que no habría tiempo para consultar con nadie.

Mil portadores de la antorcha, cuidadosamente seleccionados, recorrerían trescientos kilómetros de la extensa metrópolis hasta entregar la "Llama Madre" a siete jóvenes atletas elegidos por siete exmedallistas de oro. La siguiente generación encendería entonces los doscientos cuatro pétalos, que representaban a las doscientas cuatro naciones participantes, y que permanecerían encendidos hasta que terminaran los Juegos y la antorcha fuera entregada al alcalde de Río de Janeiro.

Aunque a simple vista pudiera parecer un despliegue de pompa y boato, Ross comprendía el verdadero significado de tales ceremonias. La antorcha era el símbolo de los Juegos Olímpicos, y estos representaban una ocasión en la que el mundo se unía en paz y sana competencia, no en guerra y conflicto. Esta sencilla llama parpadeante simbolizaba mucho para muchísimas personas en tiempos difíciles.

Ross esperó impacientemente hasta oír vítores, un leve murmullo al principio, luego un rugido que se intensificó mucho antes de que el portador de la antorcha apareciera a la vista. Un agente de tráfico local recibió tantos abucheos como vítores al encender la antorcha de una enfermera del Servicio Nacional de Salud que lo esperaba, quien fue recibida con un estruendoso aplauso al pasarle la llama y comenzar la siguiente vuelta.

El ambiente era intenso, y Ross recordó una vez más la gran responsabilidad que William y su equipo habían cargado sobre sus hombros durante los últimos siete años. Aquella multitud de espectadores, entusiasmados y ansiosos, se sentirían decepcionados si algo saliera mal.

Ross, acompañado por el equipo del relevo de la antorcha, con la mirada fija en todas direcciones, se mantuvo a unos metros de distancia, por si acaso alguien decidía unirse al relevo sin invitación.

Pocos entre la multitud se habrían percatado de la presencia de los guardaespaldas, ya que todos tenían la vista fija en la antorcha y su último portador. Ross escudriñaba continuamente a la multitud a ambos lados de la carretera, buscando a la única persona que, sin duda, tenía planes de interrumpir el avance de la antorcha.

Seis motoristas de la policía y una ambulancia se mantenían a unos cien metros detrás de Ross y su equipo de corredores, junto con un coche blindado que contenía la "Llama Madre", protegido por cuatro agentes armados, cerrando la marcha.

Cuando la enfermera llegó al final de su pierna, encendió la antorcha que portaba un anciano que había participado en los Juegos Olímpicos de 1948. La multitud vitoreó al octogenario a cada paso, mientras Ross trotaba unos metros detrás. El anciano recorrió aproximadamente medio kilómetro antes de pasarle la antorcha a un cartero local, vestido apropiadamente para la ocasión, con una bolsa de correo vacía al hombro y la antorcha en la mano. Ross notó que los portadores de la antorcha disfrutaban cada momento de la experiencia y esperaba que cada antorcha se convirtiera en una reliquia familiar que se transmitiera de generación en generación.

Ross tuvo que alargar su zancada, ya que el siguiente en recibir el premio era el capitán de su club local de campo a través, el Hare and Hounds, que estaba en tan buena forma como él, y era diez años más joven. Quizás habría podido escaparse si no hubiera tenido que sostener la antorcha en alto para que todos la vieran, lo que lo ralentizó.

Ross aceleró el paso al ver acercarse al siguiente corredor, un bombero local vestido apropiadamente para la ocasión, que sostenía un gran cubo rojo en una mano y su linterna apagada en la otra. Ross lo reconoció de inmediato.

Cuando Ross vio que el cubo estaba lleno de agua, rápidamente acortó la distancia que lo separaba del bombero.

El corredor que esperaba dejó su cubo en el suelo, derramando unas gotas de agua sobre la carretera. Cuando el capitán del club de campo a través se acercó al bombero, levantó su antorcha para que la llama pudiera pasarse de un portador a otro sin demora.

Una vez encendida, el bombero alzó su antorcha para que todos la vieran, y fue entonces cuando Ross supo con certeza lo que estaba a punto de suceder.

Mientras el bombero comenzaba a bajar lentamente su antorcha hacia el cubo de agua, Ross cruzó la calle corriendo y le propinó una patada certera al cubo, haciéndolo volar por los aires. El agua se derramó sobre el pavimento, justo antes de que la llama eterna se extinguiera. Agarró al bombero y le puso un brazo a la espalda.

La multitud que los rodeaba jadeó, y la emoción de momentos antes se convirtió en un silencio inquietante, roto solo por los gritos del bombero: "¡Suéltenme!".

Ross lo ignoró y le entregó la antorcha aún encendida al capitán del club de campo a través, que corría en el sitio con una expresión tan desconcertada como la multitud que los rodeaba. «¡Corre sin parar hasta llegar al siguiente portador de la antorcha! ¡Corre!», repitió en voz alta.

El hombre obedeció la orden justo cuando dos de los jóvenes policías que corrían se unieron a Ross. Entre todos, metieron al bombero en la parte trasera de una furgoneta policial antes de que pudiera escapar entre la multitud.

Ross solo podía imaginar los titulares que habrían aparecido en los periódicos de todo el mundo a la mañana siguiente si el bombero hubiera logrado apagar la llama eterna. Pero Ross presentía que esto era solo un anticipo del evento principal…

• • •

—Conozco mis derechos —dijo el bombero.

—Estoy seguro de que sí —dijo Ross, mientras el coche se detenía frente a la comisaría de Greenwich. Los dos jóvenes agentes sacaron a Timpson del asiento trasero y lo escoltaron hasta la celda.

—Tengo derecho a llamar a mi abogado —les recordó el preso, con un tono que denotaba que había sido bien informado.

—Todo a su debido tiempo —dijo Ross, mientras le mostraba su placa al sargento de guardia.

—No voy a decir nada hasta que haya hablado con mi abogado —dijo Timpson, un poco más alto.

El sargento de guardia asintió y señaló una cabina telefónica en la pared del fondo.

Timpson se dirigió rápidamente al teléfono, descolgó el auricular y marcó el número que le habían dado. Cuando empezó a sonar, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oírlo. El policía que casi se había roto el brazo estaba hablando con el sargento de guardia.

—¿Por qué lo han arrestado? —preguntó el sargento de guardia mientras empezaba a teclear en su ordenador.

«No tengo nada que se sostenga en un juicio», admitió Ross. «Ojalá pudiera oír la conversación que se está produciendo a mis espaldas». No volvió a mirar atrás.

—No puedo ayudarle con eso —dijo el sargento de guardia—, como bien sabe.

—Pero puedes rastrear el número al que llama —le recordó Ross.

—Sí. El supervisor le dará el número, pero nada más —dijo el sargento de guardia mientras Timpson colgaba el teléfono—. ¿Qué quiere que haga con él?

«Llévenlo a una sala de interrogatorios con un agente presente. Déjenlo esperar una hora y luego libérenlo con una advertencia, pero no le presenten cargos».

—Entendido —dijo el sargento de guardia. Volvió a colocar el acta de acusación debajo del mostrador y asintió con la cabeza a uno de los agentes, quien se llevó al prisionero.

Ross esperó a que Timpson bajara las escaleras antes de acercarse al teléfono y pedir que lo comunicaran con el supervisor. Unos instantes después, otra voz contestó. Le dijo su nombre, rango y número.

Ella le pidió que esperara.

Pasó un rato antes de que volviera a ponerse en contacto, pero entonces Ross aceptó que lo comprobaría todo. Finalmente, preguntó: «¿En qué puedo ayudarle, sargento Hogan?».

—Necesito saber el último número que se marcó desde este teléfono —dijo Ross.

Otra breve espera antes de que el supervisor revelara el número.

—Gracias —dijo Ross antes de volver a colocar el teléfono en su sitio. Lo cogió de nuevo y empezó a marcar.

Unos instantes después, una voz dijo: «Despacho del señor Booth Watson. ¿En qué puedo ayudarle?».

Ross colgó el teléfono.

• • •

—Pónganme al día —dijo el Halcón, mientras miraba a William y Ross al otro lado de la mesa.

«Sabemos que Faulkner estuvo involucrado en el incidente del relevo de la antorcha», dijo Ross, «y también sabemos que ha alentado a un grupo de ciclistas bien organizados a interrumpir la ceremonia de apertura para visibilizar su causa».

«Sin embargo, lo que sospechamos, aunque no podemos probar», añadió William, «es que no trabaja solo». Hizo una pausa. «Tememos que pueda estar cumpliendo órdenes directas del servicio secreto ruso».

—¿Pruebas? —espetó el Halcón.

Ross explicó con detalle lo que había presenciado en el campo de críquet de Oval tan solo unas semanas antes.

—¿Pero por qué los rusos? —preguntó el Halcón.

«Después de que Margaret Thatcher intentara prohibir la participación de nuestros atletas en los Juegos de Moscú de 1980, podría tratarse simplemente de una venganza», dijo William. «Sin embargo, no me cabe duda de que hay otros factores en juego. No olvidemos que los Juegos Olímpicos ocuparán todas las portadas de los periódicos durante el próximo mes; quizás quieran trasladarlos a la portada, por motivos equivocados. Nada les complacería más que ver a los británicos humillados en el escenario mundial».

«Y no hace falta ser un genio para adivinar sobre quién recaería la culpa, algo que no solo complacería a los rusos, sino también a Faulkner», añadió Ross.

«Así que nuestro trabajo será "prevenir y proteger", sin que el público se entere jamás de lo que están tramando», sugirió el Hawk.

«La peor pesadilla de un policía».

—¿Quieres que siga siguiendo a Faulkner o que intente localizar al ruso con el que lo vi sentado en el Oval? —preguntó Ross.

—Faulkner —dijo William sin dudarlo—. El ruso no se atreverá a dar la cara mientras su colaborador cargue con la culpa. Pero, al mismo tiempo, mantendremos el contacto con el MI5, que vigila constantemente la embajada rusa. También contactaré con el profesor Meredith del GCHQ para ver si puede aportar alguna información sobre sus planes.

«¿Pero qué gana Faulkner con todo esto?», preguntó el Halcón. «Porque desde luego no necesita el dinero».

«Un Van Gogh», sugirió William, «que ni siquiera su dinero puede comprar».

# CAPÍTULO 11

## 25 de julio de 2012 – Faltan 2 días

«¡Qué grata sorpresa!», dijo Beth cuando William entró en la cocina. «¿A qué debemos este honor, comandante, si me permite preguntar?».

—Aprovecho un pequeño hueco en mi agenda —dijo William, sentándose frente a los gemelos—. ¿Robert no está con ustedes? —le preguntó a Artemisia.

—Estaba de visita en la circunscripción —respondió—, así que pensé en hacerle compañía a mamá.

—Es muy extraño —dijo Beth, apartándose del horno— que técnicamente tú vivas aquí y Artemisia no, y sin embargo, veo mucho más a mi hija que a mi marido últimamente.

William no supo dar una respuesta adecuada.

—¿Cuánto tiempo te necesitamos? —preguntó Beth.

—No falta mucho —admitió William—. El ensayo general de la ceremonia de apertura no comenzará hasta medianoche, pero espero estar de vuelta mucho antes de que se levante el telón.

—¿Por qué a medianoche? —preguntó Peter, mientras su madre colocaba una ensalada de pollo en el centro de la mesa, con la esperanza de que sobrara suficiente para alimentar también al visitante inesperado.

«Es nuestra mejor esperanza para mantener la gran sorpresa en secreto», dijo William, «mientras nos aseguramos de que los detalles no se filtren antes de que salgan las primeras ediciones mañana por la mañana».

Artemisia se volvió hacia su padre y le dedicó una cálida sonrisa. —¿Supongo que no estarás dispuesto a contarme cuál es esa gran

sorpresa?

«Ni hablar mientras trabajes para el Daily Mail».

«Solo soy una reportera novata», dijo Artemisia, «y solo mientras duren los Juegos. Sin embargo, el editor me ha dado a entender que si consigo una exclusiva, esta joven podría ser invitada a unirse al equipo».

—No puedo ayudarte con eso —repitió William mientras se servía un poco de ensalada.

«Llevaré a Arte, Jojo, Robert y al abuelo a la ceremonia de inauguración el viernes», dijo Peter. «Aunque no les voy a contar cómo conseguí cinco entradas».

«No es tarea fácil», admitió William. «Al menos diez personas han solicitado cada puesto disponible, y ahora se están revendiendo en el mercado negro por más de cinco mil libras cada uno».

«Mientras que tú, sin duda, estarás sentado en el palco real disfrutando de la vida», dijo Beth.

—Ojalá —dijo William—. No, me quedaré atrapado en la Suite Oro bajo tierra, con solo las pantallas de televisión como compañía. Todas enfocando a los espectadores, no a los participantes, por si acaso hay algún problema.

Artemisia levantó la vista e intentó una segunda vez. —¿Qué clase de problemas esperas?

—Si supiera la respuesta a eso —dijo William, evitando la pregunta—, no habría ningún problema.

—¿Puedo visitarte en la Suite Oro? —preguntó Artemisia, dedicándole a su padre una sonrisa aún más grande.

—Buen intento —dijo William—, pero la respuesta sigue siendo no. William le dio un bocado al pollo antes de añadir: —¿Y tú qué has estado haciendo, Peter? —con la esperanza de silenciar a su insistente hija.

—No puedo entrar en detalles —dijo Peter con solemnidad—. No mientras haya un miembro de la prensa presente.

William y Beth estallaron en carcajadas.

«Peter se dirige al Tribunal de la Corona de Woolwich mañana por la mañana», dijo Artemisia. «Comparecerá en un caso representando a la Corona, como abogado junior, muy junior».

—¿Cuál es el problema? —preguntó William.

«Intentamos asegurarnos de que ningún revendedor de entradas de poca monta quede en libertad bajo fianza», dijo Artemisia. «Una historia que normalmente no aparecería en la página catorce, en un día tranquilo».

—¿Así que así conseguiste las entradas? —preguntó William.

—No puedo violar el secreto profesional —dijo Peter con una sonrisa burlona.

William se dio por vencido y, volviéndose hacia su hija, le preguntó: "¿Cómo está Robert?".

—Sigue trabajando tan duro como siempre —respondió Artemisia —. Hace todo lo posible por subir por el poste resbaladizo.

«Un periodista, un abogado y un político en la familia. ¿Qué he hecho para merecer esto?», preguntó William, que miraba con deseo una pata de pollo. Se giró hacia Beth. «¿Qué tal va la exposición del Hermitage?»

—No hay ni una sola entrada disponible —respondió Beth—. De hecho, la demanda ha sido tan alta que hemos tenido que añadir algunas sesiones nocturnas adicionales, lo cual no afectará nuestras finanzas. Sin embargo, tengo algo que contar que podría interesar a un detective perspicaz.

William dejó el cuchillo y el tenedor.

Peter agarró la pata de pollo.

«Christina vio a su exmarido tomando el té en la cafetería del museo con un miembro del equipo del Hermitage».

—¿Un hombre o una mujer? —preguntó William, aunque estaba bastante seguro de saber la respuesta.

—Un hombre —respondió Beth.

William asintió, pero no dijo nada, mientras que su hija aguzó el oído.

«Tras el continuo interés de Faulkner por el autorretrato de Van Gogh, me parece bastante interesante», dijo Beth. «Supongo que no estarás en posición de explicarme de qué se trata todo esto, ¿verdad?»

—Todavía no —respondió William.

Artemisia había estado escuchando atentamente cada palabra de la conversación y estaba a punto de hacerle otra pregunta a su padre, cuando él se levantó y dijo: «Siento tener que dejarte, pero no puedo permitirme llegar tarde al número de apertura».

A Artemisia le hubiera gustado saber cuál era el primer número, pero no se molestó en preguntar.

Beth miró su reloj. «Pero aún faltan tres horas para que suba el telón».

«Y no hace falta ser un genio para adivinar quién tiene que estar entre bastidores mucho antes de que los tramoyistas coloquen los accesorios», dijo William.

—¿Y qué tipo de accesorios serían esos? —preguntó Artemisia, sin darse por vencida.

William ni se molestó en responder.

—¿A qué hora podemos esperar que vuelvas a casa esta noche? —preguntó Beth.

—No volveré a casa esta noche —respondió William—, ni en las próximas dos semanas. Ya he preparado una cama plegable en la Suite Oro, pero no te preocupes, hay una cafetera en la habitación de al lado.

—Si volvieras a casa —dijo Beth—, al menos podrías comer una comida decente al día.

«Ni hablar», dijo William. «No puedo arriesgarme a estar lejos del estadio más de un par de horas seguidas. Si hubiera una emergencia grave, seguro que estaría atrapado en un atasco a medio camino entre Fulham y el Parque Olímpico».

—En ese caso, comandante —dijo Beth—, no olvide presentarse la próxima vez que nos veamos.

William tomó a su esposa en brazos y la besó con ternura.

—Ustedes dos son unos sentimentales —dijo Artemisia, dándose la vuelta.

«Si tú y Robert seguís siendo tan sentimentales como tu madre y yo después de veinticinco años», dijo William mientras abrazaba a su hija, «podéis consideraros afortunados».

# LA CEREMONIA DE APERTURA

## Hágase la luz

# CAPÍTULO 12

## Viernes, 27 de julio de 2012

La noche de la ceremonia de inauguración, William contaba con diez mil policías entrenados y el mismo número de militares para garantizar la seguridad en todas las sedes olímpicas del país. Con la ayuda de setenta mil voluntarios entusiastas, se sentía bien preparado para la llegada de diez mil atletas de todo el mundo, hasta que el Halcón le recordó: «No se puede estar preparado para lo inesperado».

Tampoco podía apartar de su cabeza la imagen de Miles Faulkner. Fuera lo que fuese lo que él y los rusos estuvieran tramando, solo podía significar problemas. Si los ciclistas eran una distracción, la pregunta obvia era: ¿de qué? Tendría que estar alerta hasta la medianoche, y luego durante las próximas dos semanas.

La Suite Dorada, su hogar durante las próximas dos semanas, era una enorme mazmorra sin ventanas situada justo debajo del estadio. En una de las paredes había una hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión. Debajo de ellas se encontraba el escritorio de William con tres teléfonos, un ordenador, dos radios y varias bandejas de entrada: todo lo que necesitaba para coordinar su pequeño imperio.

William miró las pantallas de las cámaras de seguridad y vio a agentes uniformados, varios con perros rastreadores, inspeccionando minuciosamente el estadio. Solo cuando hubieran revisado cada rincón daría la señal de que todo estaba bien y permitiría la entrada del público.

El teléfono móvil de William empezó a sonar. —¿Paul? —dijo al contestar.

«Esta mañana recibimos una llamada desde una cabina telefónica en Dublín», dijo Paul, «un aviso sobre una posible amenaza del IRA. Nos dijeron que estuviéramos atentos a una furgoneta negra que bajaba del ferry de las 13:45 en Holyhead, pero la persona que llamó colgó antes de decirnos quién era o qué planeaba. Y antes de que pregunten, ya hablé con la policía local. Han identificado una furgoneta negra que bajó de ese ferry, con dos personas delante y quién sabe cuántas detrás, y se dirige hacia el sur».

«Podría ser un terrorista de poca monta quien hizo la llamada», dijo William, «o un aviso legítimo. En cualquier caso, no podemos correr el riesgo. Que alguien detenga la furgoneta si entra en el área metropolitana de Londres y la revise».

Colgó un teléfono justo cuando sonó otro.

«Seguridad me ha dado el visto bueno, comandante», dijo el gerente del estadio. «¿Puedo abrir las puertas y dejar entrar al público?»

—Sí —dijo William. Desvió su atención de una pantalla de circuito cerrado de televisión a otra para observar el flujo constante de espectadores que, tras pasar por los torniquetes, se dirigían a buscar sus asientos.

Sonaron dos teléfonos a la vez. Los contestó ambos.

—Buenas noticias, señor —dijo Jackie—. Los taxistas han suspendido su protesta y el tráfico casi ha vuelto a la normalidad.

Antes de que William pudiera sentirse aliviado, la voz al otro lado de la línea añadió: «No todo ha vuelto a la normalidad. Tengo un taxista rebelde que está bloqueando el lado sur del Tower Bridge y deteniendo una fila interminable de vehículos, y se niega a moverse».

—Pues ocúpese de ello, sargento —dijo William, mientras otro teléfono comenzaba a sonar.

William presentía que iba a ser una noche muy larga. Aun así, si los taxistas deshonestos eran lo peor con lo que tenía que lidiar, se consideraría afortunado; pero entonces pensó en Miles Faulkner y volvió a mirar las pantallas.

• • •

El sargento apagó la radio y se acercó al taxista, con la esperanza de calmar la situación. «Tus compañeros han suspendido la protesta y han vuelto al trabajo», dijo con tranquilidad.

El taxista lo ignoró.

«Estás bloqueando una de las rutas principales hacia el estadio, amigo, y provocando un atasco monumental, así que te lo pido una vez más: ¿podrías mover tu vehículo, por favor?»

El taxista le dedicó una cálida sonrisa, sacó las llaves del taxi y, con un gesto exagerado del brazo, las arrojó al Támesis. «¿Por qué no lo mueves tú mismo, amigo?», le dijo.

El joven sargento dio un paso adelante con la intención de arrestar al hombre, pero el taxista lo esquivó, saltó sobre la barandilla del puente y se quedó mirando el río que fluía bajo él.

—No creo que eso sea prudente, señor —dijo el sargento, intentando mantener la calma.

—Posiblemente no —dijo el taxista—, pero serás tú quien tenga que explicar a tus superiores por qué el estadio está medio vacío, no yo.

El sargento avanzó un paso más, y el taxista le dedicó una sonrisa aún más grande antes de saltar al río.

El policía corrió hasta el borde de la barandilla, se inclinó y observó cómo el taxista desaparecía bajo el agua. Una lancha de la Unidad de Patrulla Marítima lo alcanzó justo cuando emergía por tercera vez.

«¡Qué suerte!», exclamó un curioso que se asomaba por encima del puente. El sargento no se molestó en decirle que la policía fluvial había estado patrullando el Támesis en pleno desde el amanecer, comprobando si había amenazas a la seguridad o posibles retrasos en la ceremonia de inauguración.

Otra voz se escuchó por la radio. —¿Qué hago con él, sargento? —preguntó un joven agente, mientras sujetaba a un hombre empapado y tembloroso.

—Llévenlo al hospital más cercano y cuéntenles exactamente lo que pasó —respondió el sargento—. No estoy del todo convencido de que el pobre hombre saltara por una protesta de taxistas, así que demos gracias de que siga vivo.

Se giró para mirar a sus oficiales y tomó una decisión. Con las llaves en el fondo del Támesis, simplemente tendrían que empujar el taxi hasta la acera y dejarlo allí.

• • •

Miles Faulkner y Booth Watson se dirigieron a un palco ejecutivo que normalmente albergaba a cuatro personas; sin embargo, compartirlo, sobre todo con desconocidos, era algo que Miles desaprobaba rotundamente. Al mirar a su alrededor, vieron cómo el estadio se llenaba: miles de personas se dirigían a sus asientos. El bullicio de las conversaciones animadas aumentaba a cada minuto.

El móvil de Miles sonó.

«Los ciclistas están listos para la salida», dijo Collins. «Han venido muchos más que la semana pasada. Cuando el líder les explicó sus planes, algunos se marcharon, pero los que se quedaron parecen aún más decididos».

—¿Cuántos? —preguntó Miles.

—Al menos treinta en este lugar —respondió Collins—, posiblemente más.

«Más que suficiente», fue todo lo que Miles pudo decir antes de dar por terminada la conversación y dirigir su atención a Booth Watson. «Es una pena que no pueda acompañar a Warwick en la Suite Dorada para ver cómo se le borra la sonrisa de la cara».

Booth Watson se removió incómodo en su asiento. «Me pregunto cuántas personas a las que les vendiste entradas falsas estarán ahora protestando ante la policía», dijo.

Miles se encogió de hombros. «¿A quién le importa? Warwick empezará la noche siendo impopular entre un pequeño grupo de personas que no pudieron ver la ceremonia, y al final de la noche será impopular entre todos los que sí la vieron».

«En relación con esas multas, la Fiscalía se ha puesto en contacto con usted de nuevo», declaró Booth Watson. «Otro testigo se ha presentado y lo ha señalado como el cerebro de la operación. Voy a tener que preparar su defensa con mucho cuidado si no quiero que vuelva a la cárcel».

«Nunca he conocido a este testigo, sea quien sea», dijo Miles con seguridad, «así que no habrá juicio».

«No veo que la Fiscalía vaya a ceder tan fácilmente esta vez», dijo Booth Watson.

«No les quedará otra opción», dijo Miles, «ya que me habré marchado del país mucho antes de que el comandante Warwick intente arrestarme. Al fin y al cabo, cuando termine esta noche, estará demasiado ocupado explicando cómo pudo permitir que ocurriera semejante desastre».

—Pero cuando regreses… —comenzó Booth Watson.

«No volveré, BW. Este es mi último trabajo. Una vez que terminen los Juegos, me retiraré a mi casa en Southampton, y no al Southampton de Inglaterra».

«¿Pero qué hay del Van Gogh?»

«Si no recuerdo mal tu acuerdo con Mikailov», dijo Faulkner, «tú mismo recogerás el cuadro, así que tu último trabajo será entregármelo en Estados Unidos, y cuando vuelvas a casa, encontrarás un millón esperándote en una cuenta bancaria suiza».

• • •

Tras una fastuosa recepción en el Palacio de Buckingham, todos los embajadores ante la Corte de St. James, incluidos Anatoly Mikailov y Wei Ming, fueron escoltados a lujosos autobuses que los llevarían directamente a la ceremonia de apertura.

«Que se haga la luz», susurró Wei Ming, mientras el autobús finalmente se detenía frente al Estadio Olímpico.

—Pero solo hasta las nueve y diez —respondió el embajador ruso.

«Estoy seguro de que será su "momento de gloria", parafraseando a Churchill», respondió el embajador chino, «y regresará a Moscú triunfante, antes de asumir su nuevo cargo como embajador de su país en Washington».

«Pero solo si la Operación Apagón resulta un éxito total», dijo Mikailov.

—Mira el lado positivo —dijo Wei Ming.

—Esperemos que no —respondió Mikailov.

• • •

—¡Qué buenos asientos, Peter! —dijo Artemisia, mientras ella y Robert tomaban asiento en la tribuna inferior, en la recta final—. ¿Vas a confesar por fin cómo los conseguiste, ahora que papá no está?

—Puedo revelarlo —dijo su abuelo—. Provenía de un revendedor de entradas al que estaba procesando en el Tribunal de la Corona de Woolwich.

—A cambio de que me renunciara a mis honorarios —suspiró Peter—, pero al menos conseguí que se fuera.

«No estoy del todo seguro de la ética de esa transacción», dijo Julian.

«Ni siquiera mi diputado pudo conseguir una entrada», dijo Robert.

Julian cedió. «Entonces, ¿por qué no nos relajamos y disfrutamos del ambiente? Porque el telón no se levantará hasta dentro de un tiempo, y dudo que vuelvas a ver otros Juegos Olímpicos en Londres en lo que te queda de vida».

—Habla por ti mismo, abuelo —dijo Peter.

Sir Julian estaba a punto de regañarlo cuando recordó que ya no estaban en sus aposentos.

Todos contemplaban desde lo alto el escenario más grande del mundo. Por ahora, permanecía en la oscuridad, a la espera de revelar al mundo sus innumerables sorpresas. La multitud crecía a cada minuto; cada asiento y palco rebosaba de murmullos y emoción.

Mientras Julian miraba a su alrededor, se dio cuenta de que varios jóvenes, y algunos no tan jóvenes, mostraban un interés más que pasajero en Jojo. Ella fingió no darse cuenta.

—Creo que iré a buscar algo de beber —anunció Jojo, mientras se levantaba de su asiento y caminaba lentamente por la abarrotada fila antes de subir los escalones hacia la salida más cercana.

• • •

Cuando dos teléfonos empezaron a sonar a la vez, William contestó ambos simultáneamente. —¿Cuál de ustedes tiene el problema más urgente? —preguntó.

—Yo —dijo Paul—. Hemos perdido la furgoneta. Un agente local siguió lo que creía que era el vehículo, pero cuando lo detuvieron, solo había un ocupante y estaba lleno de víveres. Eso significa que el vehículo por el que realmente se trataba la llamada podría seguir de camino a Londres. Deben haber cambiado las matrículas antes de salir de la autopista.

William maldijo. —¿Y cuál fue tu última muerte, Ross?

«Hemos localizado a cinco grupos distintos de ciclistas, todos esperando para dirigirse al túnel, aparentemente con un único propósito».

—Creí que me habías dicho que lo tenías bajo control —dijo William.

—Sí —respondió Ross—. Identificamos cuatro puntos de encuentro al otro lado del río y ya hemos detenido a más de cien ciclistas, confiscando sus bicicletas antes de que pudieran cruzar el Támesis.

—¿Y qué hay del quinto grupo? —preguntó William, sin apartar la vista de las pantallas de las cámaras de seguridad. Si los ciclistas lo distraían, entonces, sobre todo, no debía permitirse distraerse. Había mucho en juego esa noche y no podía permitirse perderse nada. En ese momento, habría dado casi cualquier cosa por saber qué pasaba por la cabeza de Miles Faulkner.

«El quinto grupo logró cruzar el río en bicicleta por el puente de Waterloo, por el lado equivocado de la carretera, engañando al inspector de servicio, un recién graduado que acababa de ser ascendido», añadió Ross, sin poder resistirse a comentar.

—Eso es todo lo que necesito —dijo William—. ¿Cuántos ciclistas andan sueltos ahora y se dirigen hacia el túnel?

—Treinta, posiblemente cuarenta —admitió Ross.

«Lo que significa», dijo William, «que si la Reina todavía espera llegar al estadio antes de que el señor Bond haga su aparición, tendrán que interceptarlos a todos mucho antes de que lleguen al túnel».

«Quizás podrías pedirle al chófer real que se plante», sugirió Ross.

«Ni hablar. Ningún miembro de la familia real se plantearía superar el límite de velocidad a menos que la seguridad considere que su vida corre peligro», dijo William. «Manténgase en línea mientras hablo con Paul».

Alzó la vista hacia otra pantalla y observó un Bentley que salía del palacio y avanzaba lentamente por The Mall, escoltado por cuatro jinetes delante, dos Jaguars negros sin distintivos detrás y una furgoneta azul con un médico a bordo, seguida por otros cuatro jinetes. William aceptó que si Su Majestad no estaba dispuesto a superar el límite de velocidad, la situación se pondría tensa. Ya no le quedaban dedos para cruzar.

William volvió a centrar su atención en Paul.

—Acabo de recibir una actualización, señor —dijo Paul—. Se ha avistado una furgoneta negra con dos ocupantes que se dirige hacia el túnel. Es de la misma marca y modelo que la que bajó del ferry.

«Si se acercan a menos de una milla del túnel, deténgalos por exceso de velocidad», dijo William.

—Pero no ha excedido el límite de velocidad ni una sola vez, señor.

«Eso solo aumenta mis sospechas», dijo William. «Detengan a ambos ocupantes y, aunque sea una falsa alarma, no los liberen hasta que termine la ceremonia de inauguración».

Colgó el auricular y volvió a mirar la pantalla de las cámaras de seguridad para ver al séquito de Su Majestad avanzando lenta pero constantemente por el paseo marítimo. Sus ojos se movieron de pantalla en pantalla, buscando algo que no le pareciera normal. La mayoría de las cámaras del Estadio Olímpico no mostraban más que a espectadores entusiasmados esperando el inicio. Volvió a prestar atención al teléfono y preguntó: «¿Últimas noticias?».

«Solo quedan veintinueve ciclistas», dijo Ross, «pero están a solo un par de millas del túnel. También tengo un helicóptero sobrevolándolos: el India 9-9, que nos mantiene informados de su posición. Pero aún no puedo asegurar quién llegará primero al túnel: la furgoneta negra, los ciclistas que quedan o la Reina».

«¿Podría ser posible —dijo William— que el conductor de la furgoneta sepa exactamente lo que traman los ciclistas y que solo

esté allí para asegurarse de que lleguen al túnel antes que la Reina?». Desvió la mirada hacia otra pantalla y vio a Faulkner hablando por su móvil. Una conversación que a William le habría gustado escuchar, y que, de haber estado en Rusia, habría intentado. «Desplieguen a todos los agentes disponibles a menos de una milla del estadio. Denles órdenes de detener la furgoneta y arrestar a cualquier ciclista que aún se dirija hacia el túnel».

—¿Algún ciclista? —repitió Ross.

—Me ha oído bien la primera vez, sargento —dijo William—. No puedo permitirme el lujo de discriminar entre alguien que sale a dar un paseo nocturno inocente y alguien cuya única intención es llegar al túnel antes que la Reina. Recuerde, no tenemos ni idea de lo que planean estas personas en la furgoneta. Quienquiera que sea, podría ser mucho más peligroso que un grupo de ciclistas que protestan. E incluso si solo se trata de una distracción para conseguir más publicidad, no podemos arriesgarnos. Si Su Majestad no llega al túnel a tiempo, tendré que enviarla de vuelta al Palacio de Buckingham, porque no va a saltar de un coche, y mucho menos de un helicóptero, con o sin James Bond.

Guillermo volvió a mirar la pantalla, consciente de que su reputación —y el éxito de los Juegos Olímpicos— estaba en manos del conductor desconocido de una furgoneta negra y veintinueve fanáticos decididos. Si la Reina no llegaba a tiempo al estadio, no sería la única que se iría a casa antes de tiempo.

• • •

William enfocó sus binoculares en los embajadores ruso y chino, que acababan de llegar y tomar asiento en un palco diplomático.

—¿Qué saben esos dos que yo no sepa? —dijo William.

«No puede ser un ataque terrorista», dijo Paul, «si no, no estarían sentados en un palco disfrutando de una copa de champán».

«A menos que su presencia sea prueba de que no pudieron haber estado involucrados».

«Habrías estado a la altura de Rasputín», dijo Rebecca.

—Y no olvides que era ruso —dijo William.

• • •

—¿Y ahora qué? —preguntó Booth Watson.

Miles miró su reloj. «Una furgoneta y al menos treinta ciclistas ya deben estar en camino», respondió Faulkner, «y todos deberían llegar al túnel mucho antes que la Reina».

¿Cómo sabremos si su plan ha funcionado?

«Puede que Su Majestad salte del helicóptero a tiempo, pero cuando se enciendan las luces, no estará sentada en el palco real».

«Es vergonzoso», admitió Booth Watson, «pero no creo que impida que la ceremonia siga adelante».

—Puede que tengas razón —dijo Miles—, pero eso les dará —volvió a mirar en dirección a los dos embajadores— y a sus subsecretarios todo el tiempo que necesiten para llevar a cabo la Operación Apagón.

• • •

—Dime, jovencita —dijo Julian—. ¿Estás más cerca de conseguir la exclusiva?

«Un poco más cerca», admitió Artemisia, mientras miraba hacia el escenario a oscuras. «Aún tengo que entrar en la villa olímpica sin que nadie se dé cuenta de que soy periodista».

«Tienes la edad adecuada para pasar por atleta», dijo Julian, «pero aun así no será fácil engañar a la seguridad sin algún tipo de acreditación».

«Es más fácil de lo que crees», dijo Artemisia con aire de complicidad. «Puedes comprar un chándal oficial del equipo británico en cualquier tienda de regalos del Parque Olímpico».

—Pero eso no resuelve el problema de la acreditación —le recordó Robert, mientras Jojo regresaba cargando cinco botellas de agua, disfrutando de la atención que fingía ignorar.

«Ross ya me ha enseñado cómo hacer un pase», dijo Artemisia.

—Eres peor que Peter y su revendedor de entradas —dijo Julian.

—No lo olvides, somos gemelas —dijo Artemisia.

«Esperemos que tu padre nunca se entere».

«Si papá siquiera empezara a sospechar lo que tengo en mente», dijo Artemisia, «me encerraría en mi antigua habitación hasta que terminaran los Juegos».

• • •

«Va a ser una carrera muy reñida», dijo Ross cuando el Bentley de la Reina estaba a aproximadamente un kilómetro y medio del túnel. «Ya hay un ciclista delante, y media docena más no muy lejos, todos ellos excediendo el límite de velocidad».

—¿Y la furgoneta negra? —preguntó William, mientras observaba a un ciclista solitario acercarse al túnel, seguido por cuatro motoristas de la policía y un Bentley. Sus ojos volvieron por un instante a la pantalla de las cámaras de seguridad donde Miles Faulkner estaba sentado en su palco, mirando de nuevo su reloj.

«Me detuvieron y me interrogaron a medio kilómetro del túnel», dijo Ross.

—¿Tenían algo que decir los ocupantes? —preguntó William.

—No, pero resultó que había seis personas en la parte de atrás —dijo Ross—, y en cuanto los detuvimos, se resistieron, lo que mantuvo ocupados a una docena de mis agentes durante bastante tiempo, mientras varios ciclistas los adelantaban sin problemas.

«Todo forma parte de un plan bien elaborado», sugirió William. «Entonces, ¿dónde están ahora?», preguntó.

«Se los han llevado a la comisaría más cercana», dijo Ross, «por haber cumplido con su deber».

Los ojos de William volvieron a la pantalla para ver la procesión real acercándose al túnel. Al llegar a la entrada, los cuatro motociclistas que cerraban la comitiva real se separaron justo cuando cinco de los ciclistas estaban a punto de entrar en el túnel delante de ellos.

William pasó los cuatro minutos más largos de su vida preguntándose quién sería el primero en emerger del otro lado, mientras sus ojos se movían de pantalla en pantalla mientras esperaba, y esperaba, y esperaba.

El resultado final: un Bentley y un ciclista. William decidió no preguntar qué había sido de los otros cuatro.

El guardaespaldas sentado en la parte delantera del Bentley informó al grupo de bienvenida, que los esperaba fuera de la entrada VIP. «Llegaremos en unos siete minutos», dijo, como si nada hubiera pasado.

—¿Y el último ciclista? —preguntó William.

El agente de seguridad echó un vistazo por el retrovisor y vio cómo uno de los coches de apoyo se desviaba ligeramente, y sonrió al ver que el último ciclista acababa en el jardín delantero de una casa, sentado en un rosal.

—Lo han desviado, comandante —respondió.

# CAPÍTULO 13

«Su Majestad acaba de llegar», dijo Paul, con la voz entrecortada por la línea. «La acompañan al palco real Lord Coe y Boris Johnson, el alcalde de Londres».

Esa noche, William sonrió por primera vez. Había lidiado con taxistas descontentos que intentaban paralizar Londres, un posible ataque del IRA, por no mencionar a un grupo de ciclistas obsesionados que intentaban impedir que la Reina llegara al estadio. Pasara lo que pasara, fuera lo que fuera que Faulkner tuviera en mente, William sentía que estaba preparado.

Apenas tuvo tiempo de disfrutar del momento cuando dos de las pantallas de las cámaras de seguridad frente a él comenzaron a parpadear. Unos segundos después, todas las pantallas de las cámaras de seguridad de la Suite Oro mostraban imágenes en blanco.

William se quedó paralizado un instante, antes de que la adrenalina hiciera efecto.

«Entra en pánico poco a poco», se dijo a sí mismo, antes de coger la radio con la esperanza de que alguien le explicara qué demonios estaba pasando. Uno de los teléfonos de su escritorio empezó a sonar. Al menos las líneas telefónicas no estaban cortadas.

Agarró el teléfono.

«Comandante Warwick, soy David Bailsford, director de comunicaciones de National Grid. Debo advertirle que estamos sufriendo un ciberataque coordinado contra la red eléctrica y, por lo que puedo ver, se está orquestando desde China, aunque los británicos no están colaborando precisamente. De momento lo tenemos bajo control, pero debe tener en cuenta que la situación podría cambiar sin previo aviso.»

—¿Qué quieres decir con que los británicos no están ayudando precisamente? —preguntó William.

«Mientras hablo», dijo Bailsford, mirando su pantalla, «calculo que hay dieciocho millones de hogares con el televisor encendido, diez millones de hervidores hirviendo y luces encendidas en al menos tres habitaciones de cada casa del país. Es como si la final de la Copa, el Grand National y una boda real estuvieran ocurriendo al mismo tiempo».

«Entendido», dijo William, muy consciente de las consecuencias si la red eléctrica nacional fallara. «Daré instrucciones a nuestro equipo de mantenimiento para que revisen a fondo los generadores de reserva por si acaso nos quedamos sin luz. Por cierto, las pantallas de mi circuito cerrado de televisión se quedaron en negro durante un minuto. ¿Podría estar relacionado con un ciberataque?»

«Es poco probable», dijo Bailsford, «ya que aún no han logrado infiltrarse en nuestros sistemas, pero deberías comprobar por qué se cortó la luz. Puede que simplemente se haya fundido un fusible».

William colgó el teléfono y cogió la radio. «Rebecca, hace unos minutos se fue la luz en las pantallas de las cámaras de seguridad de la Suite Oro. Todas las pantallas ya funcionan, excepto la que está fuera de la sala de generadores. También acabo de recibir una llamada informándome de que la Red Eléctrica Nacional está experimentando un volumen inusualmente alto de posibles ciberataques. Como sabes, no creo en las coincidencias, así que llama a un técnico e intenta averiguar qué causó que mis pantallas se apagaran y por qué la cámara que está fuera de la sala de generadores sigue sin funcionar».

—De acuerdo —dijo Rebecca, ya en marcha.

William volvió a mirar las pantallas de las cámaras de seguridad, recorriendo lentamente con la mirada los palcos VIP hasta que se detuvo de nuevo en Faulkner, que le hacía un gesto de aprobación con el pulgar. Los ojos de William siguieron escudriñando los demás palcos VIP, donde vio al embajador ruso devolviendo el gesto con un gesto de reconocimiento.

¿Acaso Ross tenía razón desde el principio? ¿Fue la salida de Faulkner con los ciclistas simplemente una distracción antes del

evento principal? De ser así, ¿qué debería esperar a continuación? ¿Debían las pantallas de las cámaras de seguridad permanecer apagadas durante más de un minuto, o se quedaron en blanco el tiempo justo para que alguien pudiera añadir otra pieza al rompecabezas?

Rebecca volvió a la radio. «Señor, estoy con el ingeniero jefe. Se había fundido un fusible, pero la batería de reserva se activó, así que problema resuelto. Jim va a revisar la cámara de seguridad del pasillo en un momento, pero primero quiere comprobar el equipo de la sala del generador. Le informará directamente cuando termine», continuó.

William no estaba convencido de que fuera a ser tan sencillo; su mirada seguía fija en las pantallas de las cámaras de seguridad, donde vio al ingeniero entrar en la sala del generador y levantarle el pulgar a la cámara. William se preguntaba por qué Faulkner le había hecho ese gesto al embajador ruso. ¿Estaría relacionado con que las pantallas se hubieran quedado en blanco? Seguía observando al ingeniero cuando la puerta de la sala del generador se abrió de repente y entraron dos técnicos de mantenimiento más, con el mismo uniforme que el ingeniero. Uno cerró la puerta de golpe y ambos se pusieron pasamontañas antes de que William pudiera verles la cara.

El ingeniero se dio la vuelta, con una expresión de horror en el rostro, al ver que uno de ellos se dirigía hacia él.

William agarró su radio y dio la alarma a todas las estaciones mientras el más corpulento de los dos hombres derribaba al ingeniero de un solo golpe, lo amordazaba y lo ataba. Su compañero sacó un bote de pintura en aerosol y corrió hacia la cámara de seguridad, visiblemente sorprendido al ver que volvía a funcionar. Dos ojos miraron fijamente a William y, tras rociarlo, desaparecieron de la pantalla. William sabía que el tiempo se le acababa e intentó no pensar en cuántas cosas podrían salir mal en los próximos minutos.

Dejó el dedo atascado en el botón de emergencia de su radio y no lo soltó hasta que tres voces confirmaron su presencia.

—Los tres, diríjanse ahora mismo a la sala del generador —dijo William—. Hay dos intrusos. Arréstenlos e infórmenme de inmediato.

—Ya vamos —dijo Ross, que ya corría hacia la sala de generadores.

Mientras William seguía mirando la pantalla en blanco, recordó que el generador proporcionaba energía de emergencia no solo para las cámaras de seguridad internas, sino también para la iluminación del estadio y el centro de prensa que transmitía programas de radio y televisión a cientos de países alrededor del mundo. Ahora entendía por qué alguien había necesitado que las pantallas de CCTV estuvieran fuera de servicio por un minuto, y por qué Faulkner le había hecho un gesto de aprobación al embajador ruso. Si tan solo Rebecca se hubiera quedado donde estaba. Ahora era obvio que los intrusos no tenían prisa y habrían esperado a que ella se fuera. Pero, ¿llegaría el equipo local a tiempo para evitar que el generador quedara fuera de servicio? Si eso coincidiera con un ciberataque exitoso a la Red Nacional, que afectara la energía tanto dentro como fuera del estadio, y el generador de emergencia del estadio no funcionara, no habría ceremonia de apertura. Miró hacia el palco del embajador ruso y vio una sonrisa de suficiencia en el rostro de Mikailov, como si supiera exactamente lo que iba a suceder a continuación.

• • •

Ross y Paul se encontraban a pocos metros de la sala del generador cuando los dos hombres enmascarados salieron corriendo. Al ver a los dos policías, huyeron en direcciones opuestas, con Ross y Paul siguiéndolos de cerca.

Paul derribó al primero, lo volteó rápidamente y lo esposó, mientras Ross seguía corriendo tras el más rápido. Cuando Ross estaba a solo un metro de distancia, se abalanzó sobre él y logró quitarle el pasamontañas, solo para sentir de lleno un codazo en la mandíbula que lo hizo caer de nuevo al suelo.

Ross se puso de pie de inmediato y comenzó a correr tras el hombre, pero pronto se hizo evidente que este sabía perfectamente

adónde iba. Justo cuando Ross empezaba a alcanzarlo, fue derribado por la espalda, sin previo aviso, por alguien que claramente formaba parte de un equipo de apoyo bien organizado. Aunque Ross se recuperó al instante, cuando volvió a levantarse, ambos hombres habían desaparecido.

Ross maldijo en voz alta. Solo una cosa buena había salido de la persecución fallida: había reconocido al hombre al que perseguía. El hombre del Oval, el que se subió a su taxi, el que había llevado a los jardines del Palacio de Kensington. Ahora Ross sabía perfectamente a quién se enfrentaban. Se dio la vuelta y regresó rápidamente a la sala de generadores.

Rebecca fue la primera en llegar a la sala del generador y llamó a William por radio. Dejó el canal abierto para que William pudiera oír su conversación con el ingeniero. Una vez que le quitó la mordaza y lo desató, Rebecca preguntó: «¿Qué tan grave es?». Y no se refería a su estado de salud.

«Sabían perfectamente lo que hacían», dijo el ingeniero entre jadeos. «Uno de ellos, que claramente estaba al mando, me ató mientras el otro destrozaba la caja de distribución conectada al generador de emergencia. Pero ese es solo el principio. Cuando llegué, encontré un par de disyuntores conectados a las fuentes de alimentación de las luces del estadio y la sala de prensa que no deberían estar ahí. Y no solo eso, sino que se pueden controlar a distancia, así que cualquiera podría activarlos en cualquier momento. Y para colmo, por cómo están instalados, tardaremos un tiempo en quitarlos. Y como el generador de emergencia ya no tiene arreglo…»

—¿Puedes arreglar el generador? —preguntó Ross mientras entraba corriendo en la habitación, deseando escuchar solo una respuesta.

—Nadie puede arreglarlo —respondió el ingeniero—. Está demasiado dañado. Tendremos que conseguir una caja de distribución de repuesto en los próximos treinta minutos.

—¿Por qué treinta minutos? —preguntó Ross.

—Porque —dijo William, que había estado escuchando atentamente—, es entonces cuando empieza la ceremonia de

inauguración, se encienden los focos y el mundo entero estará mirando. Veintinueve minutos para ser exactos.

—Esto debió haber sido planeado durante semanas —dijo Ross.

«Posiblemente meses», dijo William. «Así que, si alguien activa los interruptores automáticos y no tenemos un generador de respaldo que funcione, el estadio podría quedar a oscuras y ninguna cadena de televisión del mundo transmitiría la ceremonia de inauguración». William reflexionó un momento. «Un momento, voy a hacer una llamada».

Buscó rápidamente un número y lo marcó. Rezó para que no estuviera ocupado, o peor aún, que siguiera sonando, recordando que el único hombre que necesitaba estaba sentado en algún lugar del estadio y, como todos los demás, esperaba a que se levantara el telón para el mayor espectáculo del mundo.

Pasó un buen rato antes de que alguien contestara la línea. «Más vale que sea algo bueno, comandante», dijo el general Norton, «porque mi esposa y yo estamos deseando que empiece la ceremonia de inauguración».

—Sin su ayuda, general, no habrá ceremonia de inauguración que esperar con ilusión —dijo William, y explicó apresuradamente lo que acababa de suceder.

«Me pondré en contacto con el cuartel de Woolwich de inmediato y hablaré con su oficial al mando», dijo el general. «Su unidad es la única que tendrá una caja de distribución de repuesto disponible a estas horas de la noche. Será mejor que espere, comandante, mientras hago la llamada».

«¿Qué ocurre si no conseguimos un repuesto a tiempo y se activan los disyuntores?», preguntó Ross.

—Si eso sucede —respondió William—, los únicos que sonreirán serán los innumerables periodistas y locutores de todo el mundo, que reclamarán una exclusiva en sus portadas por la mañana, y lo que es más, tendrán suficiente material para todo el mes siguiente, momento en el que los Juegos se habrán paralizado.

«Además», continuó William, intentando sonar tranquilo, «si los ciberataques tienen éxito y la red eléctrica nacional falla, incluso si lográramos evacuar el estadio de forma segura, no habría

electricidad para el metro, los trenes ni siquiera para el alumbrado público. Es impensable. ¿Pero qué hay de los responsables? ¿Lograste atrapar a alguno de ellos?»

«Pablo arrestó a uno de ellos, pero no abrió la boca salvo para insultarnos, creo que en ruso. Lo interrogaré más tarde, pero sospecho que no dirá ni una palabra».

—¿Dónde está ahora? —preguntó William.

«Paul se lo llevó a la celda de la policía olímpica —esa de la que nadie debe saber nada— donde sin duda alegará inmunidad diplomática».

—¿Y a la que fuiste tras ella? —preguntó William.

«Se escapó sin problemas, pero no antes de que le quitara la máscara», admitió Ross, frotándose la mandíbula. «Lo reconocí. Era el hombre que acompañó a Faulkner en el Oval y al que luego llevé a la Embajada rusa. Resulta que eran tres: los dos de la sala de generadores y un tercero que apareció de la nada y me atacó. No me extrañaría que fuera el tercero quien provocó que las cámaras de seguridad se apagaran para que los demás pudieran entrar en la sala de generadores sin ser vistos. Supongo que los dos que escaparon ahora están a salvo en la Embajada rusa».

—Así que al menos sabemos a quién nos enfrentamos —dijo William, cuando el general volvió a ponerse en contacto con él.

«He conseguido localizar una caja de distribución de repuesto», anunció, «junto con un par de técnicos para instalarla. No repetiré sus quejas cuando los apartaron de sus televisores de repente, pero les aseguro que ya están en camino. La buena noticia», añadió el general, «es que las calles están casi vacías. Parece que más de la mitad del país está pendiente de que empiece la ceremonia de apertura».

«Y seguirán esperando si no instalamos rápidamente el nuevo centro de distribución», respondió William.

«Con la ayuda de su escolta policial, el nuevo equipo debería estar con usted en unos veinte minutos», dijo el general. «Me dirigiré a la sala de generadores para recibirlos».

—¿Sabes cuánto tiempo tardará en instalarse? —preguntó William.

—No tengo ni idea —respondió el general.

William miró el reloj que seguía avanzando. «En cualquier caso, solo me quedan diecinueve minutos. En su opinión, general, ¿cuál es el peor escenario posible?»

«Si se produce un apagón y no se dispone de un generador de respaldo, el estadio quedará a oscuras, y el menor de los problemas será cancelar la ceremonia de inauguración. Ochenta mil espectadores presas del pánico estarán dentro del estadio, sin saber si se trata de un fallo técnico o de un atentado terrorista. Por no hablar de los innumerables jefes de Estado, embajadores y otras personalidades importantes que temerán lo peor».

«Su Majestad quedará abandonada en el palco real como una presa fácil, mientras que ciento veintiún VIPs, entre ellos varios jefes de Estado, comenzarán a entrar en pánico y, una vez que se difunda la noticia, se les unirán ochenta mil espectadores que harán preguntas en ciento cuarenta y siete idiomas diferentes».

—¿Y en el mejor de los casos? —preguntó William.

«El ciberataque fracasará, los interruptores automáticos defectuosos serán retirados y el generador será reparado a tiempo para que usted pueda pasar las próximas dos horas sin ningún corte de energía, en cuyo caso nadie se enterará de nada».

«Dadas las circunstancias, General, ¿qué me recomienda que haga?»

—Soy un soldado y estoy entrenado para asumir siempre el peor escenario posible, comandante, así que no le envidio su decisión.

—Gracias —dijo William, dándose cuenta de repente de quién era la responsabilidad. Colgó el teléfono y volvió a la radio—. Ross, quédate en la sala del generador con el ingeniero mientras me preparo para el peor de los casos.

• • •

El embajador chino miró su reloj. «Quedan dieciséis minutos antes de que se apaguen las luces».

«A estas alturas, mi equipo debería haber eliminado cualquier posibilidad de que se restablezca el suministro eléctrico», dijo Mikailov.

—¿Qué piensas hacer cuando finalmente nos veamos sumidos en la oscuridad? —preguntó Wei Ming, mientras se servía otra copa de champán.

«Quédate quieto y disfruta de cada momento», respondió su homólogo ruso, «mientras observaba cómo el pánico se apoderaba de mí. Incluso he traído una linterna para la ocasión, así que ningún boy scout podría acusarme de estar desprevenido».

Ambos sonrieron.

¿Debo suponer que su comunicado de prensa ya está redactado?

«Sí, pero está embargado hasta la medianoche», dijo Mikailov. «Sin embargo, el presidente Putin planea dirigirse a la nación a primera hora de la mañana. Comenzará ofreciendo sus más sinceras condolencias por el lamentable desastre». Hizo una pausa. «Estuve un tiempo considerando las palabras calamidad, fracaso y desastre, pero finalmente me decidí por desastre, ya que es una palabra fácil de traducir a cualquier idioma».

Wei Ming hizo una leve reverencia a su colega antes de decir: «Mi presidente también enviará sus más sentidas condolencias», y luego recordó a la prensa mundial que nuestros propios Juegos de Pekín se desarrollaron sin contratiempos y que nuestra ceremonia de apertura fue aclamada como una de las más memorables de la historia olímpica. «Otra palabra cuidadosamente elegida», dijo Wei Ming, «ya que estoy seguro de que se dirá lo mismo de la inauguración de Londres, donde "memorable" tiene un significado completamente diferente». Wei Ming hizo una pausa antes de preguntar: «¿Cuánto falta para...?»

—Doce minutos —dijo el embajador ruso, mientras miraba su reloj y descorchaba una segunda botella de champán.

• • •

El mensaje llegó a la radio de William. «La escolta policial está llegando a la entrada principal, junto con dos técnicos del ejército y una caja de distribución», confirmó Rebecca. «Los acompañaré a la sala de generadores», dijo. «Deberíamos llegar en breve».

—¿Cuánto crees que tardarán en poner en marcha de nuevo el generador? —preguntó William.

—Diez minutos como máximo, señor —dijo una voz que William no reconoció.

Observó la pantalla del circuito cerrado de televisión que tenía delante mientras dos hombres transportaban la caja de distribución lo más rápido posible hacia la sala del generador, a lo que a William le pareció un paso de tortuga.

William miró su reloj una vez más. «Me quedan siete minutos», dijo, pero no hacía falta que se lo recordaran.

• • •

Mil millones de ojos alzaron la vista hacia el cielo mientras un único rayo de luz seguía a un helicóptero que se dirigía hacia el estadio. En las pantallas gigantes, todos vieron cómo se abría la puerta del helicóptero. Apareció la Reina, con Daniel Craig a su lado. La multitud contuvo la respiración cuando James Bond se apartó para permitir que la Reina saltara del helicóptero.

Cuando su paracaídas se abrió instantes después, la mayoría del público aplaudió y vitoreó, mientras que tres espectadores se desmayaron. Los vítores se intensificaron aún más a medida que el paracaídas descendía lentamente hacia el centro del estadio.

William había sido de los pocos que conocían el secreto desde hacía semanas. Ahora guardaba otro secreto que el público desconocía. ¿Pero por cuánto tiempo más?

Quedan cinco minutos.

Una bombilla de la suite Gold se fundió y William sintió un vuelco en el corazón, pero cuando volvió a mirar la pantalla, el escenario seguía bañado en luz.

Podía ver al público observando con admiración mientras el espectáculo comenzaba a desarrollarse. William solo podía preguntarse si la multitud, entusiasmada, vería algún día encenderse la llama eterna para declarar oficialmente la inauguración de la Trigésima Olimpiada.

Quedan cuatro minutos.

Como medida de precaución, comenzó a poner en marcha los preparativos para el peor de los casos. Primero se comunicó por radio con el equipo de seguridad en el palco real.

«Prepárense para sacar a Su Majestad de aquí en cualquier momento. Tengan su coche aparcado delante, con el motor en marcha. ¿Entendido?»

—Entendido, comandante —dijo una voz, sin preguntar por qué.

Quedan tres minutos.

La mirada de William apenas se apartaba de la pantalla. Daba por hecho que en cualquier momento el estadio quedaría a oscuras. Le latía el corazón con fuerza mientras intentaba decidir cuál sería la mejor opción. Habría que trasladar primero a la Reina, luego al Primer Ministro, seguido de Michelle Obama y François Hollande, los presidentes de Alemania e Italia, y finalmente al alcalde de Londres.

Quedan dos minutos.

«La caja de distribución ya está instalada», dijo el general, «y lo único que queda por hacer es conectar los cables, lo cual, según me dice el sargento Johnston, solo debería llevar un minuto, posiblemente dos».

William quería decir que hay una gran diferencia entre un minuto y dos, pero simplemente contuvo la respiración.

Instantes después, su ritmo cardíaco se duplicó cuando Ross y el sargento desaparecieron de la pantalla y el estadio quedó sumido en la oscuridad total por segunda vez.

Sus peores temores se hicieron realidad.

• • •

El embajador chino encendió su linterna, rellenó las dos copas de champán y alzó la mano en un saludo burlón. «Por el Imperio Británico, sobre el que nunca se pone el sol».

«Dios salve a la Reina», dijo el embajador ruso mientras sus dos copas se tocaban.

A su alrededor, el público permanecía sentado en silencio, esperando pacientemente, dando por sentado que el apagón formaba parte de la preparación previa al evento principal.

«¿Cuánto tiempo pasará antes de que cunda el pánico?», reflexionó Wei Ling.

—No tardará mucho —sugirió Mikailov—. De hecho… —pero antes de que pudiera terminar la frase, las luces volvieron a encenderse. Los vítores que siguieron fueron ensordecedores. El público claramente pensó que el apagón momentáneo era parte del espectáculo que estaba a punto de comenzar.

• • •

—Gracias —dijo William, pero el general ya había apagado su teléfono y se había marchado para reunirse con su esposa en la tribuna y disfrutar de la ceremonia de apertura.

«Qué idea tan ingeniosa apagar todas las luces y dejarnos en vilo», dijo ella, mientras su marido volvía a sentarse a su lado.

—Muy inteligente —coincidió el general.

¡Casi te lo pierdes!

«La cola para el baño era larguísima».

• • •

En las horas siguientes, más de mil millones de personas disfrutaron de la memorable producción de Danny Boyle. El público, tanto en el estadio como en casa, se deleitó al ver a Mr. Bean acompañando a la Orquesta Sinfónica de Londres al teclado, rió y lloró con el emotivo homenaje al NHS y estalló en júbilo cuando un grupo de siete jóvenes atletas encendió la llama eterna.

Cuando finalmente bajó el telón y la Reina se marchó, ajena a cualquier problema, los dignatarios fueron escoltados de vuelta a sus carruajes, mientras la multitud bulliciosa y exuberante salía del estadio, algunos cantando, otros bailando durante todo el camino de regreso a casa.

• • •

Una vez más, los dos embajadores se sentaron uno al lado del otro en el autobús mientras regresaban al centro de Londres. El bullicio a

su alrededor sugería que la ceremonia de apertura había sido galardonada con una medalla de oro. Pasó un buen rato antes de que alguno de los dos pronunciara palabra.

—¿Qué crees que salió mal, Anatoly? —logró preguntar finalmente el embajador chino.

«No tengo ni idea», admitió Mikailov, «pero le enviaré un informe a mi presidente mucho antes de que se despierte por la mañana. Dejaré claro al señor Putin que el ciberataque chino fallido fue el culpable, mientras que nosotros cumplimos nuestra parte del plan al pie de la letra».

«No estoy seguro de que se convenza de eso después de que Hu Jintao lea mi informe», dijo Wei Ming, molesto porque su colega intentaba echarle la culpa.

«Posiblemente no», admitió Mikailov. «Sin embargo, también le recordaré a mi presidente que aún tenemos un plan infalible para intercambiar las muestras de orina y asegurarnos de que los Juegos solo sean recordados por una cosa».

—Y si eso falla, camarada —dijo Wei Ming con desdén—, ten por seguro que cuando nuestro Exocet de bolsillo tome el relevo, será más que capaz de enfrentarse a Warwick, o a Faulkner, por cierto.

• • •

Cuando ya no quedaba nadie en las gradas y las luces del estadio se apagaron, el teléfono de William volvió a sonar. Lo descolgó y oyó al general Norton al otro lado de la línea.

—Bien hecho, comandante. Pero, ¿me permite darle un consejo?

—Por favor, hágalo, señor —dijo William.

«No le cuentes a ninguna autoridad lo que realmente sucedió esta noche».

# LIBRO DOS

## Los Juegos

# CAPÍTULO 14

## Sábado, 28 de julio – segundo día de los Juegos

William estaba tan agotado que no podía dormir. Se levantó de su catre poco después de las cinco, se dio una ducha fría y se vistió. Salió del estadio antes de que amaneciera y comenzó a caminar lentamente por un Parque Olímpico desierto. Al igual que Ross, habría corrido, pero descubrió que no podía concentrarse del todo mientras trotaba.

Comenzó por ordenar sus ideas. ¿Hasta qué punto habían estado cerca del desastre total? Demasiado cerca. Y si todo esto había sido orquestado desde las altas esferas del gobierno ruso, como temía, ¿qué vendría después? Necesitaría reunir toda la información relevante de su equipo antes de poder informar al Halcón.

Anoche, Ross intentó entrevistar al ingeniero que habían arrestado, pero con escaso éxito; hasta el momento, el hombre se negaba a hablar. Ross lo intentaría de nuevo esta mañana, pero William tenía pocas esperanzas de obtener información relevante. Mientras tanto, necesitaba hablar con otra persona: el profesor Meredith, su contacto en el GCHQ. Si había alguien que pudiera arrojar algo de luz sobre lo que podían esperar, era Meredith, un hombre que había dedicado su vida a pensar de forma innovadora y a prepararse continuamente para lo inesperado. Se habían reunido varias veces en los meses previos a los Juegos Olímpicos, y William sabía que podía confiar en su discreción. Pero, ¿a qué hora podría despertarlo?

William rodeó la piscina y comenzó a regresar lentamente al estadio, un estadio que permanecería en silencio durante otra semana antes de que se disparara el pistoletazo de salida para la

primera prueba de atletismo. Mientras tanto, la semana inaugural de los Juegos estaría repleta de una miríada de deportes diferentes, desde natación hasta gimnasia, boxeo hasta halterofilia, ciclismo hasta equitación, esgrima y… La lista era interminable. Cuarenta y tres campeonatos mundiales celebrados en una sola semana en un área del tamaño de un pueblo: la Villa Olímpica. La mayoría de los competidores habían esperado cuatro años para su momento en el escenario mundial, y para algunos, no sería más que un telón que se bajaba, mientras sus rivales avanzaban a la siguiente ronda, menos aún llegarían a las semifinales y solo un puñado a la final, dejando a solo tres para subir al podio y recibir una medalla de oro, plata o bronce. Esos pocos afortunados disfrutarían de la gloria para siempre, mientras que uno, quizás dos, alcanzarían la inmortalidad y añadirían sus nombres al pergamino de la historia olímpica.

William volvió a mirar su reloj al acercarse al estadio: 5:43. Regresó a su calabozo en el sótano para prepararse para la reunión matutina del equipo. Muchos de los puntos del orden del día entraban en la categoría de «planificación de contingencia».

William encendió la luz de la Suite Dorada, aliviado al ver que la bombilla obedecía su orden. Levantó la vista hacia la hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión. Los ingenieros del ejército habían seguido trabajando toda la noche para que el público —y, sobre todo, la prensa— jamás se enterara de que había habido algún problema. La sala del generador había sido equipada con nuevas cerraduras Banham, y dos guardias estaban apostados fuera y otros dos dentro, además de media docena de electricistas altamente cualificados que realizaban turnos de cuatro horas, por lo que no sería necesario recurrir de nuevo a los servicios del general Norton.

A las seis y seis, William decidió que no podía esperar más. Revisó el nombre en su lista de prioridades antes de marcar lentamente el número. Tras un solo timbrazo, contestó un hombre que parecía estar completamente despierto.

—Buenos días, profesora Meredith —dijo William—. Espero no haberla despertado.

—No, no lo hiciste —dijo una voz que no parecía sorprendida de encontrar al Comandante al otro lado de la línea—. He estado

esperando tu llamada. Cuarenta y ocho segundos fue demasiado tiempo para que un apagón formara parte del guion. Entonces, ¿qué pasó?

Después de que William relatara con detalle el incidente que casi termina en desastre la noche anterior, preguntó: «Profesor, ¿puede sacar alguna conclusión que nos pueda ayudar en el futuro?».

—Solo uno de ellos es importante —respondió Meredith—. Hay alguien cuyo único propósito es asegurarse de que los Juegos de Londres no sean recordados por su excelencia deportiva. Hizo una pausa. —Si logras identificar a esa persona, estarás a medio camino de detenerla, valga la redundancia. Dijiste que los tres hombres involucrados son rusos, así que parece plausible suponer que su gobierno podría estar involucrado en algo de tal magnitud. Pero alguien tiene que estar al mando de la operación, así que esa es la persona que debes identificar.

—A uno de ellos lo pillamos con las manos en la masa —dijo William—, y pasó el resto de la noche en la celda de la prisión del estadio, pero, lo confieso, los otros dos se escaparon sin problemas.

«El que capturaste no era más que un soldado raso», dijo el profesor Meredith. «¿Ya lo han interrogado?»

«Anoche no respondió a ninguna pregunta. Pero mi equipo lo intentará de nuevo esta mañana».

«Sospecho que no es más que un pequeño engranaje en una maquinaria muy grande que se maneja desde Moscú. De todos modos, dudo que sepa algo importante.»

El tono de voz de Meredith no dejó lugar a dudas a William sobre la magnitud y el peligro potencial de la amenaza.

—¿Cuál cree usted que debería ser mi próximo paso, profesor? —preguntó.

«No estoy del todo segura, Comandante», admitió Meredith, «pero recuerde que todos en el GCHQ estamos entrenados para planificar a largo plazo. Sus adversarios solo disponen de dos semanas de margen de oportunidad, y son muy conscientes de que otra oportunidad como esta podría no presentarse de nuevo en varios años, si es que llega a presentarse alguna vez; lo que significa que podrían tener que correr algún riesgo que normalmente no

considerarían. Sorprendentemente, Comandante, eso podría resultar ventajoso para usted».

William no interrumpió.

—Sin embargo —continuó el profesor—, usted tiene un problema adicional, ya que no estoy convencido de que solo los rusos estén involucrados. Podría tratarse incluso de una hidra de tres cabezas y, por lo tanto, cortar una de ellas podría no resolver su problema.

¿Y las otras dos cabezas?

El profesor no respondió directamente a la pregunta, sino que dijo en voz baja: «¿Mencionaste que temes que un conocido criminal pueda estar trabajando para los rusos?».

—Miles Faulkner —dijo William—, un delincuente de guante blanco que se ha cruzado en mi camino varias veces a lo largo de los años, que ha estado en prisión —dos veces— y que, después de esto, bien podría pasar el resto de su vida entre rejas.

«¿Podría Faulkner estar pasando apuros económicos?», fue la siguiente pregunta de Meredith.

—Nada más lejos de la realidad —dijo Guillermo—. Creso es su hermano.

«Creso el Grande, 620-546 a. C., no tenía hermano», dijo Meredith, «pero entiendo tu punto. Sin embargo, cabe preguntarse qué gana Faulkner si no necesita el dinero, porque si lo atraparan, podrían acusarlo de traición».

«Pero si lo consigue», dijo William, «podría perder mi trabajo, y a él no le gustaría nada más. Y hay algo más: se ha visto a Miles Faulkner mostrando un gran interés por un autorretrato de Van Gogh que forma parte de la colección del Hermitage ruso, actualmente expuesta en el Fitzmolean».

—Ah —dijo la profesora Meredith—. Empiezo a ver las cosas con más claridad. Pondré un equipo a seguir al embajador ruso día y noche para ver si ese imán en particular atrae alguna denuncia. Pero por ahora, te dejo que sigas con tu trabajo habitual; y, William, no dudes en llamarme si crees que puedo ayudarte.

—Gracias, señor —dijo William antes de colgar el teléfono. Una tercera persona, se repitió a sí mismo, y entonces recordó quién más estaba sentado en el palco del embajador ruso.

• • •

Al otro lado del parque, debajo del Estadio Olímpico, Ross y Jackie estaban sentados en una sala de interrogatorios de la policía. Frente a ellos se encontraba el hombre al que habían arrestado la noche anterior. Llevaba allí casi doce horas, tras haber dormido en la celda de al lado.

Los tres llevaban media hora en la sala de interrogatorios y, hasta el momento, el sospechoso apenas había abierto la boca, salvo para beber algún que otro vaso de agua. Cuando hablaba, daba respuestas breves y monosilábicas en ruso. Las únicas palabras que Jackie y Ross entendieron fueron: «No hablo inglés», aunque Ross estaba bastante seguro de que el hombre comprendía todo lo que decían. Habían solicitado un traductor, pero mientras esperaban, Ross lo intentó de nuevo.

¿Cuál fue el propósito del robo de anoche?

«No hablo inglés».

¿Bajo las órdenes de quién actuabas?

«No hablo inglés».

¿Quién era el hombre que estaba contigo?

«No hablo inglés».

'¿Cómo te llamas?'

El hombre sonrió levemente. —No hable inglés —repitió. Le habían dicho que, a diferencia de sus compatriotas en su país, los británicos no torturaban a los sospechosos.

Llamaron a la puerta y, cuando Jackie abrió, uno de los agentes hizo pasar a la traductora. Tras advertirle sobre la confidencialidad de lo que iba a escuchar, la traductora se puso al día y pronto estaba conversando con el detenido en ruso. Cinco minutos después, se giró hacia Ross y Jackie con el ceño fruncido.

«Todo esto es un gran error», dijo el traductor. «Este hombre no es un criminal; está de vacaciones en Londres para ver los Juegos Olímpicos. Es ingeniero eléctrico de profesión, y anoche un desconocido lo amenazó a punta de pistola y lo obligó a acompañarlo y manipular maquinaria. No sabe nada de lo que pasó anoche».

—¡Perfecto! —dijo Ross, sabiendo que había sido derrotado.

—Me ha pedido que me ponga en contacto con la Embajada rusa en su nombre —continuó el traductor—. ¿Puedo usar su teléfono?

'Por supuesto.'

—¿Y bien? —le dijo Ross a Jackie mientras cerraban la puerta de la celda tras ellos.

—No me creo ni una palabra —respondió Jackie.

Pero en media hora, un subsecretario de la embajada rusa se dirigía al Estadio Olímpico para rescatar a su compatriota, y poco podían hacer al respecto.

• • •

—¿Cuánto tiempo estuvieron apagadas las luces? —preguntó el Comisionado Adjunto, una vez que William le hubo puesto al tanto de la situación.

—Cuarenta y ocho segundos, señor —respondió William.

«¿Cuántas personas conocen el motivo?» fue la siguiente pregunta del Halcón.

«Solo el general Norton, la profesora Meredith y mi equipo más cercano».

—Entonces, que siga así —dijo el Halcón—. ¿Arrestaste a uno de ellos?

—Sí —suspiró William—. Pero de poco nos ha servido: no habla ni una palabra de inglés, parece no saber nada y afirma que lo obligaron a punta de pistola a sabotear el generador. Un subsecretario de la embajada lo ha interrogado y probablemente saldrá en libertad bajo fianza. Por desgracia, solo hemos atrapado al ingeniero, y no al que Ross vio hace poco con Miles Faulkner en el Oval, que lamentablemente se escapó.

«El hecho de que uno de sus agentes haya sido capturado no los va a detener», dijo el Hawk. «Así que tendremos que intentar anticiparnos a cuál será su próximo movimiento».

—No es tan fácil, señor —dijo William—, mientras mi equipo está ocupado día y noche con la seguridad en más de treinta lugares diferentes en todo el país.

«Una vez más, aprovechen las habilidades especiales de Ross», dijo el Halcón. «Asegúrense de que no pierda de vista a Faulkner, ya que aún podría resultar ser el eslabón débil de la cadena».

—De acuerdo —respondió William—. Y hay algo más que me pareció importante mencionar: el presidente Putin pospuso su discurso a la nación esta mañana.

Hubo una breve pausa, antes de que el Halcón dijera: "No me gusta la palabra aplazado".

• • •

Artemisia se levantó temprano esa mañana, aunque no tanto como su padre. Estaba agotada pero eufórica tras presenciar la ceremonia de inauguración, que había sido una experiencia increíble, y también entusiasmada por empezar su nuevo trabajo como reportera principiante en el Daily Mail. No pensaba mencionar la palabra «principiante» cuando alguien le preguntara a qué se dedicaba.

Tras desayunar un café negro humeante y un par de rebanadas de pan tostado quemado, se dirigió al Parque Olímpico antes de que Robert terminara de afeitarse. Al llegar al estadio, fue directamente al centro de prensa, presentó sus credenciales, rellenó un formulario extenso y le tomaron una fotografía. Luego le dieron un pase con la letra C impresa en una esquina, junto con un kit de prensa. Pronto descubrió que no existía la categoría D. En la oficina de prensa sabían reconocer a una reportera novata en cuanto la veían.

Artemisia se sentó en una mesa en la esquina de la sala y estudió la letra pequeña: la categoría C no le permitía asistir a las finales ni a las sesiones nocturnas de las pruebas de atletismo que se celebraban en el estadio principal. La villa olímpica estaba estrictamente prohibida, y si quería comer algo, la cafetería C era de autoservicio y no tenía menú. Empezaba a pensar que sus posibilidades de conseguir una entrada exclusiva no eran muy prometedoras.

Por otro lado, Artemisia era buena pensando dos pasos por delante, y su padrino, Ross, le había dado una idea para el tercero.

Dirigió su atención al manual olímpico británico oficial que enumeraba a todos los competidores y sus disciplinas. Se dirigió a la sección femenina.

Tal como Ross le había sugerido, revisó cada página con atención en busca de una candidata probable. Casi se había dado por vencida al llegar a la página sesenta y uno, pero de repente su dedo se detuvo y observó con mayor detenimiento la imagen de una esgrimista de espada llamada Annie Charnock. Annie tenía veintiséis años, uno más que Artemisia y, con su metro setenta y cinco de estatura, dos centímetros más alta. Pero la fotografía, algo borrosa, le dio a Artemisia la sensación de tener una oportunidad, a pesar de no saber nada de esgrima.

Siguió leyendo. Annie había sido campeona escolar de toda Inglaterra antes de representar a su país en los Juegos de la Commonwealth. En las pruebas de selección olímpica a principios de año, Annie había llegado a la final y se había asegurado un puesto en el equipo olímpico.

Artemisia consultó entonces el programa de eventos y descubrió que Annie se enfrentaría a la campeona alemana de espada, Helga Braun. Sobre el papel, parecía una contienda de David contra Goliat, pero en esta ocasión, no parecía que David fuera a derribar a su oponente de un solo golpe. Artemisia deseaba que ganara cualquier británico, pero en este caso…

Artemisia pudo ver en el horario que el combate tendría lugar en el Centro de Exposiciones a las doce y media de ese día, en apenas un par de horas. Al ser el primer asalto, incluso un reportero de categoría C tenía derecho a sentarse en la tribuna de prensa.

Artemisia salió del centro de prensa y se dirigió a la parada de autobús más cercana, sorprendida por la cantidad de visitantes que paseaban por el parque simplemente disfrutando de la experiencia olímpica.

Al llegar a ExCel, presentó su pase al encargado de la taquilla, quien la señaló hacia una cabina de prensa medio vacía, desde donde tenía una vista perfecta de los combates que se desarrollaban en la planta inferior.

Tuvo que esperar más de una hora antes de que Annie Charnock hiciera su aparición, pero, tras una simple mirada, se dio cuenta de que podían pasar por hermanas.

Cuando se anunció el nombre de Annie por los altavoces, los lugareños vitorearon, mientras que los pocos alemanes presentes aplaudieron cortésmente a su oponente.

Sin embargo, pronto quedó claro que para Helga la esgrima era un deporte sangriento, y veintisiete minutos después, había ganado el mejor de los cinco asaltos, tres a cero. La británica derrotada abandonó la pista entre un cortés aplauso que cesó en el momento en que desapareció en el vestuario.

Mientras la multitud abandonaba el centro, Artemisia permaneció sola en la tribuna de prensa, con la mirada fija en la salida de los competidores. Cuarenta minutos después, apareció una figura desolada, que llevaba al hombro una bolsa de esgrimista olímpica.

Artemisia salió de la tribuna de prensa y se acercó lentamente. «Hola», dijo. «Soy reportera del Daily Mail y me gustaría escribir un perfil sobre usted».

La expresión de asombro de Annie daba a entender que Artemisia se había equivocado de competidora. Annie le recordó que la campeona alemana la acababa de derrotar por tres a cero en la primera ronda, y que su sueño olímpico solo había durado veintisiete minutos.

«Pero como nos dijo el barón de Coubertin», dijo Artemisia, «lo más importante en los Juegos Olímpicos no es ganar, sino participar».

«En la época de Coubertin, posiblemente», dijo Annie, «pero no en 2012. Lo único que importa ahora es la otra máxima de De Coubertin: "Más rápido, más alto, más fuerte", y yo era, por decirlo suavemente, "más lenta, más baja y más débil"».

—¿Por qué no te invito a un café —dijo Artemisia con simpatía— y te cuento lo que tengo en mente?

La joven reportera pasó la siguiente hora tomando notas sobre una chica de Wakefield, criada por su madre soltera, quien seguía convencida de que su hija ganaría una medalla y regresaría triunfante al norte. «En cambio, ahora, cuando vuelva a casa», dijo

Annie, «la banda municipal no me estará esperando en el andén de la estación».

—No te preocupes —dijo Artemisia—, cuando los lugareños lean mi artículo, pensarán que Helga tuvo suerte de ganarte.

Annie rió por primera vez, dejando ver una sonrisa contagiosa. «Ojalá», dijo, «porque el Daily Mail es el periódico favorito de mi madre».

—Necesito una fotografía —dijo Artemisia, sacando una cámara digital de su bolso.

Annie se puso de pie y le dedicó la misma sonrisa contagiosa.

—¿Quizás podrías quitarte el pase? —sugirió Artemisia sin inmutarse.

—¿Por qué no? —dijo Annie—. Ya no lo necesito. Se quitó el pase y dejó el portacelofán sobre la mesa, antes de posar para varias fotos más.

—¿Y quizás una de ustedes con los anillos olímpicos detrás? —preguntó Artemisia, guiando a su presa de vuelta al suelo—. Sí, perfecto. ¡Miren la hora! Tendré que darme prisa si quiero entregar mi ejemplar. Artemisia comenzó a dirigirse hacia la salida.

—¿Saldrá en el periódico de mañana? —preguntó Annie mientras la seguía.

—Esperemos que sí —dijo Artemisia—, pero al final, será mi editor quien tome esa decisión.

Artemisia observó cómo una chica más alegre desaparecía en dirección a la estación.

En cuanto Annie se perdió de vista, Artemisia regresó rápidamente al centro ExCel. «Disculpen, disculpen», dijo mientras le mostraba su acreditación de prensa al encargado de las entradas. «Dejé unas notas importantes en la cabina de prensa. Vuelvo enseguida».

Él le abrió la puerta para que entrara. Ella corrió de vuelta a la planta, cogió el pase de Annie y lo guardó en su bolso antes de abandonar el centro por segunda vez.

Artemisia tomó el metro hasta High Street Kensington y ya había terminado su artículo cuando llegó a las oficinas del Daily Mail. Lo envió por correo electrónico a la sección de reportajes, junto con todas las fotos que le había tomado a Annie.

Al mirar el pase de Annie, sintió cierta culpa por el engaño, pero esperaba que Annie y su madre disfrutaran del artículo. Ahora solo necesitaba asegurarse de dar la talla.

# CAPÍTULO 15

## Sábado, 28 de julio – segundo día de los Juegos

Beth marcó el número de móvil de William por séptima vez ese día, y finalmente una voz familiar contestó a la llamada.

—¿Has podido dormir bien anoche, cariño? —preguntó.

—Dormí como un bebé —dijo William. Beth esperó la respuesta mordaz que todo policía hace cuando le hacen esa pregunta—: Me despertaba cada dos horas gritando.

«¿Verdad que la ceremonia de inauguración fue magnífica?», exclamó Beth con entusiasmo.

—No lo sé —respondió William—. Nunca lo vi.

—¿Ni siquiera el señor Bean tocando el teclado con la Orquesta Sinfónica de Londres? —preguntó Beth—. ¡Fue un éxito rotundo!

William pensó que no era el único que casi provocaba un gran revuelo, pero se conformó con decir: «No. Tuvimos uno o dos problemas por aquí».

«Nunca lo hubieras imaginado viendo la ceremonia por televisión», dijo Beth. «Durante el desayuno, Peter no paraba de hablar de James Bond y de la Reina saltando de un helicóptero».

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó William con inocencia.

«Un momento en que las familias se reúnen para comer y se cuentan qué harán ese día».

—¿Y qué vais a hacer hoy? —preguntó William, sintiéndose aún más culpable. Mientras escuchaba, no apartaba la vista de las pantallas de las cámaras de seguridad que tenía delante, por si acaso.

«Artemisia llamó para decir que había encontrado la manera de colarse en la villa olímpica. Dice que es su única esperanza de

conseguir una exclusiva».

Podría haberle dado una exclusiva anoche, pensó William, pero simplemente dijo: "¿Te contó cómo piensa hacerlo?".

¿Preguntas como padre o como policía?

—Ambas cosas —admitió William.

«Bueno, me preguntó si podía pedirle dinero prestado para comprarse un par de las últimas zapatillas Adidas, pero no quiso decirme por qué».

«Son parte del uniforme oficial del equipo olímpico británico», dijo William, quien ya se imaginaba lo que tramaba su hija. «¿Pero por qué no los incluye en sus gastos? Al fin y al cabo, el Daily Mail tiene mucho más dinero que nosotros».

«Primero quiere demostrar su valía. De todas formas, me ha prometido que me devolverá el dinero cuando su "exclusiva" salga en primera plana».

—¿Recuerdas alguna vez —dijo William— en que Arte nos haya devuelto algo? Nuestra única esperanza es que acabe casándose con un hombre rico.

«Como Artemisia es demasiado independiente para aceptar un solo centavo del dinero de Robert, y Robert es demasiado orgulloso para depender del dinero de su familia, supongo que tendremos que seguir pagando sus "pequeños gastos" durante algunos años más».

—¿Crees que Robert y Arte se casarán en algún momento? —preguntó William.

«Quién sabe qué pasará con su generación», comentó Beth, «pero sigo teniendo esperanza».

«Los padres suelen estar convencidos de que nadie es lo suficientemente bueno para sus hijas, pero en el caso de Robert, es al revés».

—No me engañas —dijo Beth—. Adoras a Arte.

«Culpable, pero eso no fue lo que dije». William volvió a mirar las pantallas de las cámaras de seguridad, intentando hacer dos cosas a la vez. «Entonces, ¿cómo va tu exposición, que ha agotado todas las entradas, si me permites preguntar?».

—Casi tan bien como a ti —respondió Beth—. Las entradas se venden al doble de precio en el mercado negro, e incluso tenemos

revendedores en la acera frente a la galería. Y hoy ha ocurrido otra cosa bastante interesante que pensé que te gustaría saber, teniendo en cuenta que no crees en las coincidencias.

—¿Por qué no me echas más pegas? —bromeó William.

«Esta mañana recibí una carta de la Embajada rusa informándome de que, cuando nuestra exposición cierre, debemos conservar el autorretrato de Van Gogh y no devolverlo al Hermitage junto con los demás cuadros, ya que será recogido posteriormente por un tercero».

—¿Dijeron el nombre de la tercera persona? —preguntó William.

—Sí —dijo Beth—, un tal señor Booth Watson QC, y no hace falta ser un genio para adivinar a quién representa. Lo que no sé, aunque sospecho que usted sí, es si está comprando el cuadro con dinero o con otra cosa.

William estaba a punto de dar una respuesta evasiva cuando otro teléfono empezó a sonar. «Lo siento, cariño», dijo. «Tengo que colgar».

—Inspector Stuart, señor —dijo una voz que William no reconoció al descolgar el otro teléfono—. Tenemos un problema en Glasgow.

—¿Qué clase de problema, inspector?

«Soy el oficial de seguridad en Hampden Park, donde la selección femenina de fútbol de Corea del Norte juega contra Colombia en su primer partido. No imaginaba que habría problemas en un partido de primera ronda, sobre todo porque el estadio está casi vacío, pero…»

—Pero… —repitió William.

«Lamentablemente, justo antes del inicio del partido, se proyectó un vídeo en el que aparecían los jugadores del equipo norcoreano de pie frente a una bandera surcoreana».

William intentó mantener la compostura mientras seguía escuchando.

«El equipo norcoreano se ha retirado del campo y se niega a regresar hasta que alguna autoridad presente una disculpa oficial en nombre de la Asociación Olímpica Británica y, francamente, comandante, no conozco a ninguna autoridad excepto usted».

La sonrisa volvió al rostro de William.

«La entrenadora norcoreana, una mujer nada fácil», continuó el inspector Stuart, «está diciendo a cualquiera que quiera escucharla, incluso al periódico local, que hemos insultado a la República Popular de Corea del Norte y provocado un incidente diplomático».

«Pero si no recuerdo mal las reglas de la competición», dijo William, «si un equipo no se presenta, pierde automáticamente el partido y los tres puntos se otorgan al equipo contrario».

«Pero ese es el problema, señor. Sí que aparecieron, incluso estrecharon la mano del árbitro y de los jugadores colombianos momentos antes de que sonara el himno nacional equivocado».

—¿Por qué no pones el autobús? —dijo William. Intentó pensar mientras esperaba.

—¿Quién habla? —preguntó la siguiente persona que contestó la llamada.

—Comandante Warwick —dijo William, esperando sonar lo suficientemente pomposo—. Soy el oficial superior a cargo de la seguridad en los Juegos —añadió, justo cuando Rebecca entraba en la Suite Oro—. Permítame disculparme en nombre de la Asociación Olímpica Británica por el imperdonable error que alguien ha cometido y le aseguro que personalmente localizaré al culpable y lo castigaré.

Al otro lado de la sala, Rebecca parecía visiblemente impresionada.

Siguió un largo silencio, que William aprovechó. «Sin embargo, debo señalar que, según la Regla Diecisiete del Código Olímpico, si un equipo retrasa el inicio de un partido durante más de quince minutos, pierde automáticamente el encuentro y los tres puntos se otorgan al equipo contrario».

Tras un breve silencio, el inspector Stuart volvió a ponerse en contacto con él. «Parece que eso ha surtido efecto, señor, porque la entrenadora norcoreana está haciendo volver a sus jugadoras al campo y las dos capitanas se están dando la mano de nuevo. Lamento haberle molestado».

—No hay problema, inspector. Disfrute del partido. —William colgó el teléfono.

—Perdone que pregunte, señor —dijo Rebecca—, pero ¿existe la Ley Diecisiete?

—Como jefe del operativo policial —dijo William con convicción—, yo soy quien dicta las leyes.

—Solo pregunto, señor —añadió Rebecca—, porque es poco probable que Corea del Norte derrote a Colombia, y mucho menos que gane una medalla.

William logró esbozar una sonrisa.

Pero la sonrisa se desvaneció de su rostro al ocurrírsele una nueva idea: ¿y si el cambio de banderas nacionales no hubiera sido un error? Tras lo sucedido anoche, no cabía duda de que los rusos, aliados con Miles Faulkner, intentaban sabotear los Juegos Olímpicos de 2012. Por un lado, la bandera nacional incorrecta podría ser un error insignificante. Por otro lado, nada que pudiera dar motivos de queja a los norcoreanos era jamás insignificante, y era posible que esto, al igual que lo ocurrido con los ciclistas la noche anterior, fuera simplemente otra distracción.

El bombero que intentó apagar la llama eterna. Entradas olímpicas que no existían. ¿Formaban todo parte de un plan mayor? ¿Era Van Gogh el artista? Siempre habían estado un paso por delante de él, pero eso fue antes de que William supiera del triángulo formado por los rusos, los chinos y Miles Faulkner. ¿Pero cómo podría romper ese triángulo?

• • •

El inspector detective Paul Adaja estaba dando una vuelta por lo que esperaba que fuera su ronda habitual en el Estadio Olímpico cuando sonó su teléfono móvil.

—Buenas tardes, inspector Adaja. Habla el comandante Sinclair.

—Buenas tardes, señor —dijo Paul, quien se vio sorprendido, ya que Sinclair era la última persona que esperaba escuchar al otro lado de la línea.

«Puede que usted haya oído o no, inspector, que el comisario me acaba de nombrar jefe del escuadrón de homicidios».

—No me había enterado —admitió Paul—. Mis felicitaciones, señor.

—Gracias, Paul. El motivo de mi llamada es para ofrecerte la oportunidad de ser mi segundo al mando, con el rango de Inspector Jefe. —Enfatizó la palabra Jefe.

—Actualmente estoy trabajando con el comandante Warwick en el área de Orden Público y Apoyo Operativo para los Juegos Olímpicos —respondió Paul—, como seguramente usted sabe, señor.

«Como lo has sido durante los últimos siete años, Paul, pero dado que los Juegos Olímpicos terminarán dentro de unas semanas, pensé que podrías estar interesado en un desafío aún mayor».

—Es muy generoso de su parte tenerme en cuenta, señor —respondió Paul—, pero disfruto trabajando con el comandante Warwick, a quien estoy seguro de que se le ofrecerá un nuevo e importante cargo una vez que terminen los Juegos.

—Solo espero que no se arrepienta de su decisión, inspector —dijo Sinclair mientras colgaba el teléfono.

—No puedo imaginar por qué lo haría —respondió Paul, aunque solo fuera para sí mismo.

Continuó su recorrido por el estadio, saludando a algunos de los agentes de policía de servicio, antes de regresar a la Suite Oro aproximadamente media hora después. Encontró al Comandante ausente —sin duda atendiendo un asunto urgente en algún otro lugar del Parque Olímpico— mientras Jackie atendía los teléfonos y vigilaba atentamente las pantallas de las cámaras de seguridad.

Ross estaba sentado al otro lado de la habitación, revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad de la noche anterior en busca de alguna pista sobre el paradero de los dos rusos después de perderlos de vista, pero no encontró nada. Era evidente que sabían lo que hacían.

Rebecca estaba acurrucada en otro rincón, hablando por su teléfono móvil, y Paul llegó justo a tiempo para escuchar el final de su conversación.

—Gracias, señor —decía—, pero estoy orgullosa de ser sargento detective en el equipo del comandante Warwick, así que creo que me quedaré aquí por el momento.

Paul captó un leve y molesto comentario del altavoz, y entonces Rebecca guardó el teléfono en el bolsillo, murmurando: «Prefiero ser

agente de policía en administración que trabajar para ese hombre».

—Déjame adivinar —dijo Paul—. ¿Acabas de recibir una oferta de trabajo del comandante Sinclair?

Rebecca se rió. —Supongo que eso significa que yo era su segunda opción, ¿no?

«Por suerte, ninguno de los dos va a ir a ninguna parte».

«¿Debería sentirme ofendida por no haber recibido ninguna oferta?», preguntó Jackie, echando un vistazo a las pantallas de las cámaras de seguridad.

En ese preciso instante, su teléfono móvil comenzó a sonar.

—Probablemente sea él ahora —dijo Rebecca, riendo mientras Jackie sacaba su teléfono del bolsillo.

Ross sonrió, se apartó de su escritorio y dijo: «Si te sirve de consuelo por ser la última opción, Jackie, puedes estar absolutamente segura de una cosa: el comandante Sinclair no me llamará».

Jackie se rió al contestar el teléfono.

—Buenas noches, sargento Roycroft —dijo una voz que Jackie reconoció de inmediato.

—Buenas noches, comandante Sinclair —respondió ella, provocando risas contenidas entre el resto de su equipo—. ¿En qué puedo ayudarle?

«Al unirte a mi equipo, Jackie», dijo Sinclair. «Cuando me invitaron a dirigir el equipo de homicidios, el primer nombre que me vino a la mente fue el tuyo».

Y la tuya habría sido la última en cruzarse con la mía, pensó Jackie, pero de alguna manera logró decir: «Qué amable de su parte siquiera considerarme, señor, pero actualmente trabajo para uno de los mejores oficiales de la Policía Metropolitana, y no consideraría dejarlo por otra persona, sea cual sea el puesto o el rango que me ofrezca». Jackie apenas se contuvo de decir: «Por un canalla como usted».

Colgó el teléfono antes de que Sinclair pudiera responder, y todo el equipo aplaudió.

• • •

Artemisia estaba en el pequeño escritorio que le habían asignado en un rincón de las oficinas del Daily Mail, ideando un plan para colarse en la villa olímpica, cuando la secretaria del editor se apresuró a acercarse. «El editor quiere verte inmediatamente». Repitió la palabra inmediatamente.

—¿Puedo preguntar…? —comenzó Artemisia, pero la secretaria ya se dirigía de vuelta a la oficina del editor.

Artemisia dejó su escritorio y subió en ascensor hasta el último piso, con la mente a mil por hora. En los pocos minutos que tardó en llegar a la oficina del editor, se le ocurrieron una docena de razones por las que él querría verla. ¿Quizás le había encantado su artículo? ¿Estaría discutiendo con su equipo en qué página debería publicarse?

Para cuando llegó a la puerta de su oficina, ya estaba en la portada, y la joven reportera se había convertido en una leona.

Lo primero que Artemisia notó al entrar en la oficina del editor fue una copia impresa de su artículo, junto con varias fotografías, extendidas sobre su escritorio. Cuando él levantó la vista, ella le dedicó su sonrisa más cálida.

«¿Qué demonios te crees que es esta sarta de tonterías?», fueron las primeras palabras del editor, mientras sostenía el artículo entre el pulgar y el índice, como si fuera contagioso.

—Una historia de interés humano —balbuceó Artemisia—, sobre una chica de Wakefield cuyos sueños se hicieron añicos el día de la inauguración de los Juegos.

«El Daily Mail no publica historias de sueños rotos», espetó el editor, «sobre todo porque los sueños rotos no venden periódicos. Nuestros dos millones de lectores quieren historias sobre ganadores, no sobre perdedores, preferiblemente medallistas de oro en algún deporte que les interese, y les aseguro que la esgrima con espada no está entre ellos. En el futuro, espero que propongan historias que ningún otro periódico haya publicado, historias que ningún otro periódico quiera, con la posible excepción del Wakefield Evening News, y sospecho que incluso ellos las rechazarían».

Artemisia sentía que le temblaban las piernas y empezaba a desear haber aceptado la oferta de ser becaria en prácticas con

Peter Jones.

—La palabra «exclusivo», por si no lo sabías —dijo el editor—, significa que ningún otro periódico lo tiene, no que ningún otro periódico lo quiere. ¿Me explico? —Su brazo extendido se movió lentamente sobre el escritorio, sin apartar la vista de ella ni un instante, mientras depositaba el artículo y las fotografías en la papelera.

Artemisia estaba a punto de romper a llorar cuando la secretaria del editor la tocó del codo y la sacó rápidamente de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró por fin, la secretaria intentó consolar a Arte con estas palabras: «Menos mal que no estaba de mal humor, porque si no, te habría dicho lo que realmente pensaba».

# CAPÍTULO 16

## Domingo, 29 de julio – tercer día de los Juegos

Una vez que Artemisia hubiera subido al metro con destino al Parque Olímpico, se quitaría el pase y se lo guardaría en un bolsillo, porque mientras estuviera en el tren, necesitaba parecer una espectadora, no una competidora: eso vendría después.

Una última mirada al espejo antes de unirse a los leones en la arena.

—Sin duda tienes el aspecto adecuado —dijo Robert—, pero ¿podrás engañar a un guardia de seguridad atento?

—Creo que sí —dijo Artemisia, sin apartar la vista del espejo.

Artemisia se miró por última vez en el espejo antes de despedirse de Robert con un beso y abandonar su piso para comenzar su nueva vida como Annie Charnock. Ahora estaba aún más decidida a conseguir una exclusiva que la llevara a la primera plana, sin mencionar la prueba definitiva para cualquier periodista: todos los demás periódicos tendrían que publicar su historia al día siguiente.

En el trayecto en metro hacia el Parque Olímpico, siguió leyendo su libro sobre esgrima con espada, por si alguien le hacía alguna pregunta. La espada era la más pesada de las tres armas utilizadas en la competición, siendo las otras dos el florete y el sable. Durante el combate, había que permanecer dentro de una zona restringida; si uno salía, perdía automáticamente el combate. Si uno era el primero en acertar cinco golpes directos, ganaba el combate; con tres, ganaba el encuentro.

Cuando el tren llegó a la estación de Stratford, ya había llegado a la plaza. Bajó del metro y se dirigió rápidamente al Parque Olímpico. Con la ayuda de su mapa, buscó la villa olímpica. Era imposible no

verla, con su alta valla de alambre que rodeaba todo el recinto, más allá de la cual una gran multitud de aficionados esperaba con la esperanza de ver a sus héroes e incluso tomarse una selfie.

Artemisia rodeó lentamente la valla de dos metros y medio de altura y descubrió que solo había una entrada. Se quedó a unos metros de la entrada y observó atentamente cómo varios competidores entraban y salían, pero solo después de que les hubieran revisado sus pases. Se acercó lo suficiente como para saber que Jim era el nombre del suboficial de guardia. Cuando aparecieron algunos rostros más conocidos, ni siquiera se molestó en revisarles los pases.

Artemisia esperó pacientemente y eligió el momento con cuidado. No actuó hasta que divisó a un grupo de jóvenes del equipo británico que se dirigían al recinto; era evidente que eran amigas. Una vez que comprobó que no eran esgrimistas, Artemisia se unió rápidamente a ellas y, al mostrar su pase, dijo: «Gracias, Jim».

El suboficial sonrió y dijo: «Buena suerte, Annie».

Ella estaba dentro.

• • •

Ross estaba sentado en su taxi en la esquina de Cadogan Square, esperando a que apareciera Miles Faulkner. Todas las demás prioridades habían quedado en segundo plano, y ahora lo seguiría de cerca. Los acontecimientos de los últimos días habían demostrado sin lugar a dudas que los rusos intentaban sabotear los Juegos y que Faulkner colaboraba con ellos. Beth tenía razón al sospechar desde el principio.

William ya le había contado a Ross sobre la carta que Beth había recibido de la Embajada rusa, y ambos coincidieron en que el cuadro de Van Gogh debía ser la clave para controlar a Faulkner. Solo una obra maestra inalcanzable podría haber llevado a un hombre como Faulkner a involucrarse en algo que podría acarrearle una condena a cadena perpetua por traición. Nada le daría más placer a Ross que ser el agente que lo arrestara.

Ross observó atentamente cuando el conocido Rolls-Royce se detuvo frente a la casa de Faulkner con Collins al volante. Faulkner apareció unos minutos después, subió a la parte trasera del coche y, apenas se cerró la puerta, Collins arrancó.

Pero cuando el Rolls llegó al final del camino, Collins no giró a la izquierda como de costumbre, sino a la derecha. La repentina interrupción de la rutina de Faulkner sorprendió a Ross, pero solo por un instante. De repente, se despertó por completo, dando órdenes claras a su flota de taxis, ninguno de ellos conducido por taxistas. Ross se mantuvo a distancia mientras su equipo seguía a su objetivo hacia el sur, saliendo de Londres, sin detenerse hasta llegar al aeródromo privado de Biggin Hill en Middlesex.

Ross enfocó sus binoculares en la pista de aterrizaje justo cuando Faulkner subía a bordo de su Learjet, apenas unos instantes antes del despegue.

A Ross le extrañó que el único pasajero no pareciera llevar equipaje, así que supuso que se trataba de un viaje de ida y vuelta, pero ¿adónde? Un funcionario del aeropuerto le informó, tras comprobar su identificación, que el jet privado se dirigía a Finlandia. Ross transmitió esta información a William, quien inmediatamente informó al profesor Meredith del GCHQ, quien a su vez habló con su contacto en Helsinki.

• • •

El tercer secretario de la embajada británica partió hacia el aeropuerto de Vantaa mucho antes de que el avión de Faulkner solicitara permiso para aterrizar. Desde una mesa en la terraza del restaurante, observó cómo el avión aterrizaba y se dirigía a la plataforma asignada. Acto seguido, dejó a un lado su cuarto café.

Una vez que el tercer secretario vio despegar el avión, regresó a su escritorio en la Embajada Británica e informó al profesor sobre la insólita secuencia de acontecimientos que acababa de presenciar. «Una vez apagados los motores del avión», dijo, «un Volvo con matrícula local entró en la pista y se dirigió hacia la aeronave. El conductor salió del coche con lo que parecía una caja de zapatos.

Luego subió la escalerilla del avión, momento en el que se abrió la puerta de pasajeros y aparecieron un par de brazos. El conductor entregó el paquete, que desapareció dentro, y momentos después se cerró la puerta de pasajeros».

La profesora Meredith no dejó de tomar notas.

«Una vez repostado el avión, se volvieron a encender los motores antes de que comenzara a rodar de regreso a la pista. La aeronave despegó cuarenta minutos después de haber aterrizado.»

El profesor Meredith llamó a William en cuanto colgó el teléfono y le transmitió textualmente lo que le había dicho su contacto en Helsinki, antes de añadir: «Y ahora tendrás que tomar una decisión que no envidio».

—¿Concretamente? —preguntó William.

¿Detienes a Faulkner cuando baja del avión y descubres qué hay en la caja, o sigues la caja para averiguar a quién va dirigida?

«Si quiero confirmar para quién trabaja Faulkner», dijo William, «necesito saber adónde va la caja».

—Estoy de acuerdo —dijo Meredith—. Llámame en cuanto sepas la respuesta, porque puedes estar seguro de que ya tendremos un expediente completo sobre quien la reciba.

La siguiente llamada de William fue a Ross, con instrucciones claras de no arrestar a Faulkner, sino de seguir la caja.

• • •

Para cuando el avión de Faulkner aterrizó de nuevo en Biggin Hill, la flota de taxis de Ross ya estaba apostada a lo largo de toda la ruta de regreso a Londres. Uno de ellos observó al pasajero desde la distancia mientras bajaba las escaleras del avión, aferrándose firmemente a lo que parecía una caja de zapatos. No soltó la caja al entrar en la parte trasera del Rolls, a pesar de que Collins se ofreció a llevársela.

El servicio de relevos de taxis se puso en marcha cuando Collins se dirigía al centro de Londres.

—Nos están siguiendo —dijo Collins, mientras miraba por el retrovisor.

Faulkner suspiró. «Así que parece que Warwick y su equipo saben perfectamente que he estado en Helsinki».

«Me pregunto por qué no revisaron lo que había dentro de la caja cuando pasaste por la aduana».

«Porque me imagino que les interesa más a quién se entrega la caja que lo que contiene. Nunca subestimes a Warwick», dijo Faulkner. «Tendremos que pasar al plan B». Envió un mensaje de texto a un número anónimo.

Collins tomó el siguiente desvío de la autopista y sonrió al ver que el taxi aún lo seguía.

• • •

Cuando Ross vio el Rolls-Royce salir de la autopista, maldijo. Lo habían descubierto. Tendría que cambiar de coche cuanto antes si quería averiguar adónde iba la caja.

Llamó por radio al taxi más cercano de su flota y les indicó que se colocaran en posición para un relevo rápido, antes de añadir: «Yo conduciré, pero ustedes quédense en el coche; si Faulkner sale y tenemos que seguirlo a pie, más vale que sea un agente al que no reconozca».

• • •

«Ahora nos sigue otro taxi», dijo Collins mientras miraba por el retrovisor, «pero creo que es el mismo conductor. Nada menos que nuestro viejo amigo el sargento Ross. ¿Debería seguir el plan B?».

—Sí —dijo Faulkner, sin siquiera mirar atrás, mientras Collins seguía la ruta prevista.

• • •

Ross detuvo su nuevo taxi frente a la estación de Fulham Broadway, a cincuenta yardas detrás del Rolls-Royce.

—Está saliendo del coche —dijo el joven detective que estaba a su lado.

«Y sigue aferrado a la caja», añadió Ross. «Sal y síguelo. Si el Rolls se va, seguiré al Rolls, por si acaso».

El joven detective saltó y corrió hacia la estación de metro, aminorando la marcha al ver a Faulkner pasar por el control de acceso. Faulkner subió a la escalera mecánica, colocándose detrás de un hombre alto. El detective se mantuvo a varios pasos de distancia y observó cómo Faulkner se dirigía al andén, sin mirar atrás mientras el tren llegaba. El detective se deslizó en un vagón contiguo y se sentó entre dos pasajeros, sin mover más que los ojos.

Faulkner viajó durante cuatro paradas antes de bajarse del metro.

El detective fue de los últimos en bajar del tren, pero nunca perdió de vista a Faulkner, mientras este se dirigía hacia la señal de salida.

Estaba a mitad de la escalera mecánica cuando se dio cuenta de que Faulkner ya no llevaba la caja.

Ross llevaba quince minutos siguiendo a Collins en el Rolls-Royce cuando el coche se detuvo frente a otra estación. Ross aparcó al otro lado de la calle, justo a tiempo para ver a Faulkner salir de la estación con las manos vacías, sin siquiera mirar atrás. Subió al asiento trasero del Rolls, y el joven detective salió un segundo después, con una expresión de vergüenza y bochorno.

Petrov viajó cuatro paradas más antes de bajarse en Westminster. Permaneció en la escalera mecánica, con la mirada fija en todas direcciones, mientras mantenía la caja escondida bajo su voluminoso impermeable y evitaba, en la medida de lo posible, cualquier cámara de seguridad.

Al salir del metro, paró un taxi. Nadie lo siguió.

Treinta minutos después, el Rolls se detuvo en Cadogan Square. Miles bajó y saludó a Ross con la mano antes de entrar en el número 37.

• • •

—¿Así que todavía no sabemos qué llevaba consigo? —preguntó William, después de que Ross lo llamara para informarle.

Ross suspiró. «Faulkner nos llevaba al menos dos pasos de ventaja. Otra vez. Incluso me vio».

William frunció el ceño. ¿Debería haberle dicho a la aduana que revisara el contenido de la caja cuando el avión de Faulkner aterrizara en Biggin Hill? Había apostado a ver a quién se entregaba el paquete, y perdió.

—¿Tomaste alguna fotografía del paquete? —preguntó Ross.

«Varias, pero no sé cuánto nos pueden decir. Parece una caja de zapatos normal. Azul, probablemente de cartón. Pero podría haber cualquier cosa dentro».

Antes de poder profundizar en ese tema, Ross añadió: «Me pondré en contacto con TfL para ver si las cámaras de seguridad nos pueden aportar alguna información, pero no tengo muchas esperanzas. El tren en el que se subió Faulkner probablemente era antiguo y difícilmente tenía cámaras instaladas, y no hay forma de saber dónde se bajó la persona con la que dejó el paquete. Podría llevar días revisar las grabaciones de todas las estaciones de la línea District». Hizo una pausa. «¿Crees que esto es solo otra distracción?».

—No, no lo creo —dijo William—. No se habrían esforzado tanto por despistarte si solo se tratara de hacerte perder el tiempo. Sea lo que sea que contenga ese paquete, es algo que no quieren que sepamos. Llamaré al profesor Meredith a ver si tiene alguna sugerencia.

«Sin duda, se le ocurrirá algo incluso peor que el apagón de las luces del estadio», dijo Ross.

—Ese es su trabajo —dijo William con un suspiro.

Otro de sus teléfonos empezó a sonar.

# CAPÍTULO 17

## Domingo, 29 de julio – tercer día de los Juegos

Artemisia había pasado unas horas recorriendo la Villa Olímpica, familiarizándose con el entorno, y a primera hora de la tarde decidió que era hora de dar el paso, y "dar el paso" resultó ser la palabra adecuada.

Artemisia se unió a la cola para el almuerzo y escogió una ensalada, una porción de pastel de chocolate y una Coca-Cola Light. Luego, empezó a buscar una mesa en el local. Vio a una chica con un chándal británico sentada sola en un rincón y se acercó para sentarse con ella.

Cuando levantó la vista y sonrió, Artemisia dijo: «Hola, soy Annie, y no preguntes».

—Soy Kelly —dijo, ofreciéndole la mano—. ¿Y no preguntes qué?

«¿Cuánto tiempo aguanté?», dijo Artemisia, mientras dejaba su bandeja sobre la mesa y se sentaba frente a Kelly. «Porque me eliminaron en la primera ronda de la competición de espada de ayer. Solo logré sobrevivir veintisiete minutos».

—Entonces lo hiciste mucho mejor que yo —dijo Kelly—. Yo aguanté dos minutos y nueve segundos. Quedé quinta en mi serie de los cien metros mariposa y solo las cuatro primeras pasaron a la segunda ronda.

—Pero decidiste, igual que yo —dijo Artemisia mientras tomaba un sorbo de su Coca-Cola Light—, no volver a casa.

«Desde luego que no», dijo Kelly. «Puede que haya sido mi última carrera antes de retirarme, pero eso no significa que no vaya a disfrutar de las próximas dos semanas, porque sin duda serán mis últimos Juegos Olímpicos».

—¿Así que estos son tus segundos Juegos Olímpicos? —preguntó Artemisia.

—Mi tercera —dijo Kelly—, y antes de que preguntes, quedé séptima en el relevo mixto de Pekín, que fue el momento culminante de mi carrera. ¿Y tú?

«No entré en el equipo para Pekín», dijo Artemisia, «así que estos serán mis primeros y últimos Juegos Olímpicos, pero al igual que tú, pienso quedarme y disfrutar cada minuto mientras duren. Me encanta el ambiente».

«Sin mencionar a los hombres más atractivos del planeta», dijo Kelly, mientras miraba a una mesa llena de australianos, algunos de los cuales la observaban. «Hay tantos para elegir», añadió con un suspiro, «y la cosa mejora a medida que avanza la semana».

—¿Cómo es posible? —preguntó Artemisia.

«A medida que van quedando eliminados más y más competidores, la selección final es mayor».

Artemisia soltó una carcajada.

—¿Y tú? —preguntó Kelly.

—Oh, tengo novio.

«Eso no debería impedirte disfrutar durante las próximas dos semanas. No hace falta que se lo digas». La mirada de Kelly permaneció fija en la mesa de al lado.

«Pero nuestra relación es muy seria», dijo Artemisia. «Somos pareja desde la adolescencia y ahora vivimos juntas».

—Con más razón deberías tener una aventura mientras puedas —dijo Kelly—, porque nunca tendrás otra oportunidad como esta. De repente, su expresión se tornó furiosa mientras golpeaba la mesa con el puño.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Artemisia, mirando a su alrededor.

«Esa es la rusa que me impidió pasar a la segunda ronda», dijo Kelly. «La vencí en Pekín, pero cuando apareció esta vez, tenía una apariencia y un tamaño completamente diferentes. Casi no la reconocí».

—¿Drogas? —preguntó Artemisia, mirando de nuevo a la chica rusa.

«Está hasta las cejas», dijo Kelly, «como la mayor parte del equipo ruso».

—¿Cómo se salen con la suya? —preguntó Artemisia, la periodista que tomaba el relevo.

«Dopaje para enmascarar sustancias. Todos las toman durante las últimas seis semanas antes de cualquier competición importante, así que cuando suben al podio a recibir su medalla, no queda rastro, lo que significa que se salen con la suya. Pero, según me han dicho, no por mucho tiempo».

—¿Cómo es posible? —preguntó Artemisia, aún indagando.

«Los policías buenos por fin han descubierto qué traman los policías malos, así que no tardarán en atraparlos a todos, incluso después de que hayan tomado drogas para enmascarar sus actos. Pero eso no impedirá que ella, y no yo, llegue a la semifinal», dijo Kelly, aún desahogando su ira.

—¿Pero eso significa...? —empezaba a decir Artemisia, cuando la interrumpió un australiano de la mesa de al lado que se había acercado tranquilamente para unirse a ellos.

—Hola, me llamo Blake —anunció sin sentarse.

—Kelly —dijo su nuevo amigo, dedicándole una cálida sonrisa—, y esta es mi amiga Annie. ¿En qué evento compites, Blake?

—La jabalina —respondió.

—Por supuesto que sí —dijo Kelly—. Soy nadadora.

¿Chicas, les gustaría unirse a nosotras?

—Claro —dijo Kelly.

—¿Y tu amiga? —preguntó Blake, mirando hacia Artemisia.

—Ni hablar —dijo Kelly—. Es un terreno prohibido. Ya la tenemos controlada.

—Lamento oír eso —dijo Blake, sin dejar de mirar a Artemisia—. Pero… ¿y si cambias de opinión?

Artemisia negó con la cabeza, así que Blake volvió a centrar su atención en Kelly.

—Tendrá que conformarse con la plata —susurró Kelly mientras se ponía de pie.

—¿Nos vemos más tarde? —preguntó Artemisia.

—Mucho más tarde —dijo Kelly, mientras se marchaba para unirse a los australianos.

Artemisia estaba sentada sola, picoteando su almuerzo mientras tomaba algunas notas. Pero mucho antes de dar el primer bocado a su pastel de chocolate, se dio cuenta con pesar de que solo tenía la mitad de la historia, y como seguramente le señalaría su editor, no la mejor parte.

Artemisia tenía muchas ganas de volver a ver a Kelly. Le caía bien y presentía que Kelly podría ayudarla. Dejó el bolígrafo y echó un vistazo a la mesa de los australianos. Kelly no estaba por ninguna parte, ni tampoco el lanzador de jabalina.

• • •

Poco después de las seis de la tarde, tras un día larguísimo, el teléfono de William volvió a sonar. Lo contestó esperando oír hablar de algún problema nuevo que resolver o de algún pequeño desastre que se había evitado por los pelos, pero en su lugar se encontró con el novio de Artemisia al teléfono.

—No, Robert —dijo William—. No tengo entradas para la final de los cien metros.

—Llamaba por algo mucho más importante, señor.

—Dispara —dijo William.

—Siento molestarte estando tan ocupado —dijo Robert, tras dudar un instante—, pero como puede que no nos veamos en un tiempo, iré al grano. Estoy pensando en pedirle matrimonio a Artemisia y quería pedirte permiso…

Por un instante, William se quedó mudo de asombro, a pesar de la amplia sonrisa que se dibujó en su rostro; una buena noticia que disipó cualquier pensamiento de mala noticia, aunque solo fuera por un momento. «Qué anticuada eres al preguntar», dijo. «Pero claro, ¿por qué me sorprendería que tu familia se remonte a Guillermo el Conquistador?».

—Etelredo el Indeciso —dijo Robert—, pero para ser justos, eso viene del lado de mi madre.

Ambos hombres rieron.

—Bueno, supongo que si quieres casarte con mi hija, jovencito —dijo William, esperando sonar lo suficientemente autoritario—, es mi deber preguntarte sobre tus perspectivas.

—No es muy prometedor, señor —admitió Robert—. Los asesores especiales no ganan mucho, pero tengo la esperanza de ascender en la jerarquía y llegar al Parlamento con el tiempo. Aun así, no ganaría mucho más.

«Bueno, al menos seguirás los pasos de tu distinguido abuelo».

—Pero mi padre no —le recordó Robert—, porque después de la universidad, papá pasó de largo Westminster y no paró hasta llegar a la City.

«Ahora preside uno de nuestros principales bancos mercantiles y, si hacemos caso a los periódicos, ha recuperado la fortuna familiar». William sonrió para sí mismo. «Por desgracia», continuó, «creo que las perspectivas de Artemisia no son muy diferentes a las tuyas. Hay casi tantos periodistas desempleados como exdiputados».

Robert se rió. «Tengo más fe en su futuro que en el mío. Tiene un talento innato para la escritura y un sentido de la justicia del que estarías orgulloso, que es una de las muchas razones por las que la adoro», hizo una pausa, «y quiero pasar el resto de mi vida con ella».

—Bueno —dijo William—, te agradezco tu llamada y me alegra que quieras casarte con mi hija, pero creo que ambos sabemos que mi permiso no es suficiente, lo que nos lleva a la pregunta más importante, Robert. ¿Crees que dirá que sí?

—Ya te avisaré —fue todo lo que Robert tuvo que decir.

Unos minutos después, William volvió a su otro mundo, ya que la siguiente llamada era de la profesora Meredith.

«Debe comprender, comandante, que lo que estoy a punto de sugerir no puede considerarse una prueba, por muy convincente que le parezca».

William esperó a que el profesor fuera al grano.

«Hace media hora, un hombre se presentó en la embajada rusa con lo que parecía ser una caja de zapatos».

—¿Tamaño? —preguntó William.

«Unos catorce centímetros por ocho».

¿Color? ¿Imagen de marca?

Azul, sin marca visible.

Aquello parecía una gran coincidencia, y William no creía en coincidencias. —¿Pudiste identificar al hombre? —preguntó.

—Lo conocemos desde hace tiempo —respondió Meredith—. Se llama Sergei Petrov. Tiene el pomposo título de «subsecretario», pero basta con leer su expediente para saber cuál es su verdadero trabajo. Te enviaré todos los detalles.

«¿Pero pudiste descubrir qué había en la caja?»

«Pensé que me harías esa pregunta», dijo Meredith, «pero, por desgracia, ni la cámara más sofisticada puede revelarlo. Sin embargo, si Faulkner viajó hasta Helsinki para recogerlo, me imagino que se trata de algo mucho más peligroso que un par de zapatos».

¿Por qué no expulsan a Petrov por espionaje?

«Ojalá fuera tan fácil», dijo Meredith, «pero lamentablemente ese proceso puede durar días, a veces semanas, y siempre termina en lo que llamamos expulsiones por venganza, con uno de nuestros muchachos siendo enviado de vuelta desde Moscú. No, ahora estamos en una posición mucho más sólida, ya que sabemos no solo que los rusos estuvieron detrás del apagón de la ceremonia de apertura, sino que la persona que hemos identificado está claramente al mando de su operación».

¿Tienes alguna idea de cuál podría ser su próximo movimiento?

Tras analizar con Meredith una docena de posibles escenarios, desde drogas hasta un atentado terrorista, William colgó el teléfono con un suspiro. Poco después, apareció en su pantalla un perfil completo de Petrov, junto con fotografías. Inmediatamente envió copias a todo el equipo.

Su teléfono sonó momentos después.

—Es él —dijo Ross—. El hombre que vi con Faulkner en el Oval. El hombre al que luego llevé de vuelta a la embajada rusa.

William suspiró. Empezaba a pensar que había sido un error no revisar el contenido de la caja cuando Faulkner regresó a Biggin Hill. ¿Estaba a punto de descubrir la gravedad de su error?

• • •

Si había algo en lo que se podía confiar, era en que el concejal Dawson siempre pagaba a tiempo su cuota mensual. Hoy no fue la excepción.

Dawson confirmó que se había recibido el depósito de un millón, antes de preguntar: "¿Puedo suponer que los otros nueve millones se pagarán antes de la fecha límite de agosto?".

—Mucho antes —dijo Bernie Longe, esperando sonar convincente.

Durante el último mes, Longe se había dado cuenta, para su desgracia, de que ningún banco ni institución financiera seria estaba dispuesta a hacer negocios con él, sobre todo porque no podía revelar el posible retorno que esperaba del acuerdo del estadio, que por razones obvias debía mantenerse en secreto en el futuro previsible.

Recaudar un millón no había resultado demasiado difícil. Había hipotecado su casa, pedido algunos favores y presionado a varios, pero nueve millones era otra historia. Quería que sus rivales creyeran que estaba a ese nivel, pero no era así.

Longe empezaba a creer que solo había una persona capaz de reunir la cantidad total a tiempo para cerrar el trato. Sin embargo, había dos grandes inconvenientes: primero, no confiaba en ese hombre, y segundo, implicaría sacrificar la mitad de las ganancias. No era una perspectiva alentadora, pero no le quedaban muchas opciones. Algo que Miles Faulkner sabría muy bien.

Solo quedaban veintisiete días para que venciera el contrato. De lo contrario, Bernie perdería tanto el depósito como el trato, y no hacía falta ser un genio para adivinar quién ocuparía encantado su lugar y se quedaría con el cien por cien de las ganancias.

Se quedó mirando el teléfono y tuvo que admitir que se había quedado sin opciones. Marcó un número y esperó.

—Despacho del señor Booth Watson. ¿En qué puedo ayudarle?

• • •

—¿Y conseguiste entrar en la villa olímpica? —preguntó Robert cuando Artemisia regresó a casa esa noche.

—Claro que sí —respondió ella, con un tono bastante satisfecho consigo misma.

¿Nadie sospechaba que ni siquiera eras suplente en el segundo equipo de hockey de tu escuela?

—De ninguna manera —dijo Artemisia al entrar en la cocina, donde Robert estaba llenando una cacerola con agua antes de ponerla al fuego—. Si das la talla, nadie te presta atención —continuó Arte—. Sin embargo, sigo sin estar más cerca de conseguir esa exclusiva, aunque tengo algunas pistas.

Robert no pudo evitar reírse cuando Arte le contó sobre su encuentro con Kelly. «Hagas lo que hagas, no la pierdas», dijo Robert mientras Arte ponía la mesa para la cena. «Kelly parece una joya y podría proporcionarte esa exclusiva tan codiciada».

«Por eso mañana por la mañana volveré al pueblo para intentar ponerme al día con ella».

—No hay prisa —dijo Robert mientras seguía cortando un tomate —. Ten paciencia y puede que acabes con una historia aún mejor.

«La paciencia y los plazos de entrega no se llevan bien», dijo Artemisia, rodeándole la cintura con los brazos. «¿Qué tal te ha ido el día?»

«La Cámara de los Comunes está en receso, así que la mayoría de los diputados han regresado a sus circunscripciones o están tomando un breve descanso», respondió. «Aun así, siempre hay mucho trabajo para un asesor especial». Sonó una campanilla y Robert apagó la estufa y comenzó a escurrir los espaguetis.

«Algún día», dijo Artemisia mientras rallaba un poco de parmesano, «serás tú quien se tome un breve descanso durante el receso, como miembro del Parlamento por…»

«…quien me quiera», dijo Robert.

—Y cuando llegues a ser miembro del Parlamento —bromeó Artemisia, mientras se sentaba a la mesa y retorcía un tenedor con espaguetis—, será mejor que no les cuentes a los votantes cómo nos conocimos.

Robert se sentó a su lado. «¿Y cuál será su siguiente pregunta?»

«En la cárcel se lo contaré», dijo Artemisia con una sonrisa burlona. «Al fin y al cabo, mi padre me enseñó a decir siempre la

verdad».

—Entonces será mejor que te quites el pase olímpico —dijo Robert —, o alguien podría pensar que eres Annie Charnock.

# CAPÍTULO 18

## Lunes 30 de julio – cuarto día de los Juegos

FAULKNER llegó tarde, como de costumbre, a la reunión acordada en el despacho de Booth Watson, pero su abogado fingió no darse cuenta.

—Usted mencionó por teléfono —comenzó Faulkner, después de haberse acomodado en una silla al otro lado del escritorio de los socios— que Bernie Longe se ha puesto en contacto con usted con una propuesta interesante.

«Podría ser de interés», recalcó Booth Watson, «pero es difícil decirlo. Parece que a Longe le han ofrecido la oportunidad de adquirir el Estadio Olímpico por diez millones, pero como los bancos no quieren negociar con él, no puede reunir la cantidad completa. Ha conseguido reunir el depósito de un millón de libras para asegurar el acuerdo, pero se pregunta si usted estaría interesado en asociarse con él».

—En otras palabras, suministrándole los otros nueve millones — dijo Miles.

«La pregunta es: ¿dónde está el beneficio?», preguntó Booth Watson. «Es de sobra conocido que nunca podrán llenar el estadio una vez que terminen los Juegos Olímpicos».

«Ha llegado el momento, BW, de que empieces a leer las últimas páginas de tu periódico, además de la portada», sugirió Miles, «porque si lo hicieras, te habrías enterado del rumor de que el West Ham está considerando alquilar el Estadio Olímpico como su sede permanente por dos millones y medio al año, posiblemente más».

«Entonces, ¿cómo puede Longe hacerse con el estadio por solo diez millones?», preguntó Booth Watson, aún escéptico.

«Porque cinco de los concejales locales y dos de sus funcionarios están en su nómina, como Private Eye no deja de recordar a sus lectores. Apuesto a que quiere que yo cubra el déficit de nueve millones a cambio de repartir las ganancias a partes iguales».

—Eso no me sorprende —respondió Booth Watson.

«Sin embargo, ese no es el porcentaje que tengo en mente», dijo Miles, «por eso necesito que redactes un contrato que le haga desear haberte ofrecido más del doble para que me dejaras».

«Tendré los términos redactados para el fin de semana», prometió Booth Watson. «También me pregunto si podríamos aprovechar esta nueva colaboración, sacando partido de la experiencia particular de Bernie Longe en otro campo».

Miles esperó a que Booth Watson continuara.

«No olviden que nuestros amigos rusos esperan que organicemos el envenenamiento de las muestras de orina de dos atletas destacados para lograr su descalificación. Longe ya fue arrestado y acusado en el pasado, pero nunca condenado, por suministrar sustancias dopantes a jóvenes promesas del fútbol».

—Y nunca ha sido condenado —repitió Miles.

¿Te gustaría que concertara una reunión?

—¿Por qué no? —dijo Miles—. ¿Qué tengo que perder?

—Todo —respondió Booth Watson—, porque si Longe tuviera que abandonarte para salvar su propio pellejo, ni siquiera lo pensaría dos veces.

«Mientras necesite mi dinero para cerrar el trato del estadio, lo tengo agarrado por las pelotas».

«Pero una vez que tenga tu dinero», dijo Booth Watson, «le convendrá verte de nuevo entre rejas, donde no podrás causarle ningún problema».

«¡Qué buena idea!». Una sonrisa apareció en el rostro de Miles. «Si estuviera entre rejas, podrías rescindir el contrato y no podría hacer mucho al respecto».

«Eso es una cuestión de doble sentido».

Faulkner se encogió de hombros. «Entonces tendrás que insertar una cláusula que lo convierta en un callejón sin salida».

• • •

Artemisia llegó a la villa olímpica poco después de las diez, y Jim la dejó pasar sin siquiera mirar su pase. Inmediatamente fue en busca de Kelly, pero no había ni rastro de ella. Pasó el resto de la mañana deambulando por la villa, escuchando conversaciones e intentando conseguir algo que pudiera llevarla a una exclusiva; pero aparte de enterarse de más de lo que jamás había necesitado saber sobre los perdedores de varias pruebas olímpicas, fueron dos horas perdidas.

Se unió a la fila para el almuerzo y se sentó en la mesa donde ya había conocido a Kelly. Levantaba la vista cada pocos instantes, pero seguía sin aparecer. Empezaba a preguntarse si Kelly le abriría alguna puerta, aparte de la de su habitación, cuando una figura familiar se sentó frente a ella.

Artemisia no preguntó qué países había visitado desde la última vez que se vieron, y Kelly no le dio ninguna pista. Charlaron unos minutos sobre quiénes habían sido eliminados o ganado medallas el día anterior, aunque Kelly no dejaba de mirar por encima del hombro de Artemisia, suponiendo que en busca de campos de juego extranjeros.

—¿Ves a esos dos sentados en la mesa de al lado? —susurró Kelly.

Artemisia miró a su alrededor y vio a dos atletas tomados de la mano debajo de la mesa. —¿Sí?

«Se conocieron en el Campeonato Mundial de Berlín hace tres años», dijo Kelly. «Ambos son saltadores de altura. Es muy triste».

—¿Por qué? —insistió Artemisia, que intuía el aroma de una historia.

«No conozco todos los detalles», admitió Kelly, «pero no hay duda de lo que sienten el uno por el otro y, a pesar de que ahora lleva un anillo de compromiso, siempre se les ve muy infelices».

—¿Cuál es su problema? —preguntó Artemisia, deseando poder anotar cada palabra. Miró hacia su izquierda, intentando disimular que los estaba observando—. Parecen la pareja perfecta.

«Excepto que ella es rusa y él francés», dijo Kelly, «así que tiene que haber algo que desconocemos».

Artemisia volvió a mirar a la pareja y se preguntó si su exclusiva estaría sentada en la mesa de al lado, cogidos de la mano.

## Martes 31 de julio – día 5 de los Juegos

Pocos minutos después de las once de la mañana siguiente, un Silver Cloud (modelo del año anterior) entró en Middle Temple y aparcó junto al Rolls-Royce de Faulkner.

—Longe está subiendo —dijo Booth Watson, mirando por la ventana—. Le acompañan un par de matones del East End que parecen sacados de una película.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Miles.

Unos instantes después, la puerta se abrió de golpe y entró un hombre vestido con una camisa roja desabrochada, un traje azul claro y unas zapatillas deportivas carísimas. Sin que se lo pidieran, Longe se sentó en la única silla cómoda de la habitación, mientras los dos matones lo seguían de cerca.

—Supongo que pidió verme —comenzó Longe, sin presentarse—, para hablar de los términos de mi contrato para el estadio.

«He reflexionado sobre el asunto», admitió Faulkner, «y creo que podríamos llegar a un acuerdo. Si lo hacemos, el Sr. Booth Watson comenzará a redactar un contrato. Sin embargo, como parte de ese acuerdo, necesito su consejo sobre un tema en el que usted es considerado un experto».

—Hay muchos de esos, señor Faulkner —dijo Longe—, ¿cuál tiene usted en mente?

«Drogas».

«Sea lo que sea que usted o sus amigos necesiten», dijo Longe, «tenga la seguridad de que puedo proporcionárselo al precio justo. Y, al igual que con su seda», añadió, mirando en dirección a Booth Watson, «cobro por mis consejos por minuto».

Miles esperó a que Longe dejara de reírse de su propio chiste antes de decir: «Estoy seguro de que la posibilidad de una inversión de nueve millones de libras en su proyecto de estadio, con un millón pagado por adelantado, debería ser más que suficiente».

Longe se encogió de hombros. —¿Y qué necesitas?

Miles hizo una pausa antes de preguntar: «Si quisiera adulterar la muestra de orina de un atleta justo después de que haya competido en una carrera, ¿serías capaz de suministrarle una sustancia ilegal que garantizara su descalificación?».

Longe se dio cuenta de que ahora él tenía el control.

«Difícil, pero no imposible», fue su respuesta inmediata. «Pero debo preguntarme, señor Faulkner, ¿podría esto estar relacionado de alguna manera con los Juegos Olímpicos? ¿O sería demasiada coincidencia?»

Aunque Miles no respondió a la pregunta, pronto se dio cuenta de que Longe era un hombre al que no podía subestimar. «Pero aún no has respondido a mi pregunta», dijo.

—Paciencia, señor Faulkner —dijo Longe, mientras sacaba una caja de puros dorada de un bolsillo interior, extraía un habano y le cortaba la punta, dejándolo caer sobre la alfombra. Luego se recostó y dejó que uno de sus secuaces lo encendiera. Inhaló profundamente antes de exhalar una bocanada de humo en dirección a Booth Watson, quien comenzó a toser.

«Turinabol», aconsejó Longe finalmente, como si recomendara un medicamento para el dolor de cabeza. «Y con mucho gusto le proporcionaré la cantidad exacta que necesita. Sin embargo, debo advertirle que es un equilibrio delicado. Debe añadir la cantidad justa del fármaco al frasco de muestra para convencer a los analistas de que le proporcionó al atleta en cuestión una ventaja indiscutible, pero no tanta como para que las autoridades sospechen».

«Eso desde luego no valía un millón», dijo Miles. «Cualquier traficante callejero que se precie me lo habría dicho».

—Paciencia, señor Faulkner —dijo Longe—, y descubrirá lo que estoy a punto de contarle, que vale cada centavo de un millón.

Faulkner esperó con impaciencia.

«Primero, hay que entender que, en lo que respecta a los controles antidopaje, los británicos son unos aficionados. Sobre todo cuando se enfrentan a los rusos, que son profesionales y llevan años burlando el sistema».

Faulkner tuvo que reconocer que estaba tratando con un profesional.

«Sin embargo», continuó Longe, «debo admitir que los estadounidenses se están dando cuenta rápidamente de lo que están tramando, y no pasará mucho tiempo antes de que los rusos sean pillados con las manos en la masa; un juego de palabras que estoy seguro que apreciará, señor Faulkner».

Faulkner frunció el ceño, dolorosamente consciente de que Longe ahora tenía todas las de ganar.

«Así que cuando leo en el periódico The Sun qué atleta ha sido descalificado, doy por hecho que no será un desconocido».

Ni Miles ni Booth Watson dieron su opinión.

El proceso en sí es bastante sencillo. Tras finalizar una carrera, todos los competidores que pasan a la siguiente ronda deben proporcionar una muestra de sangre o de orina, y si dan positivo, quedan automáticamente descalificados, como ocurrió en Seúl en 1988, cuando Ben Johnson dio positivo en el control antidopaje y Carl Lewis recibió la medalla de oro en su lugar. Actualmente, las pruebas son mucho más sofisticadas y todas las muestras deben ser analizadas por un responsable de la toma de muestras cualificado, que no puede ser del mismo país que la persona analizada.

—¿Cuáles son las nuevas reglas? —preguntó Booth Watson, mientras seguía tomando notas.

«Todo atleta que pase a la siguiente ronda debe orinar en un recipiente proporcionado por las autoridades, en presencia del Comité Olímpico de Singapur (SCO). La orina se transfiere a dos pequeños frascos para su análisis: A y B. Si el frasco A da positivo, se analiza el frasco B, y si ambos dan positivo por la ingesta de una sustancia ilegal, el atleta en cuestión queda automáticamente descalificado».

Booth Watson continuó tomando notas.

«Una vez que los frascos con las muestras han sido sellados y etiquetados», continuó Longe, «se envían a un centro de análisis de drogas en Harlow, donde un equipo de científicos dirigido por el profesor Cowan, un hombre al que no se puede sobornar, lleva a cabo las pruebas».

—Pero usted dijo que había una debilidad en el sistema —le recordó Booth Watson.

Longe asintió. «Como ya dije, la ley establece que el responsable de la toma de muestras debe presenciar cómo el atleta en cuestión orina, y para evitar la posibilidad de suplantación, no se les permite orinar a puerta cerrada. Así que, en lugar de cambiar la muestra, tendrán que cambiar al responsable de la toma de muestras».

«Pero incluso si encontráramos la manera de sustituirlos por uno de los nuestros», dijo Booth Watson, «y este fuera capaz de añadir la cantidad correcta de Turinabol a los frascos de muestra, ¿no sospecharía el atleta en cuestión?»

«Ni hablar», dijo Longe. «Una vez que orinan en la botella, se la entregan al encargado de cobros y se marchan. No lo olviden», continuó, «los encargados de cobros están ahí para asegurarse de que la competencia no se salga con la suya, no al revés».

«¿Y cómo nos aseguramos de que nuestros propios responsables de la toma de muestras estén presentes antes de que se realicen las pruebas a los dos posibles medallistas de oro?», preguntó Faulkner.

Longe sonrió. «Puede dejármelo a mí, señor Faulkner, y estoy seguro de que estará de acuerdo en que, cuando lo consiga, habré ganado el primer millón. No me diga, señor Faulkner, que no juega para el equipo local».

Miles se volvió hacia su abogado y asintió. Booth Watson abrió el cajón superior de su escritorio, sacó una chequera, anotó una suma millonaria y se la entregó a Miles para que la firmara. Una vez que Miles firmó, Booth Watson le entregó a Longe un cheque por un millón de libras.

«Eso es un pago inicial por el acuerdo del estadio, siempre y cuando usted suministre la cantidad correcta de Turinabol para garantizar que los atletas que seleccionemos sean descalificados», le recordó Faulkner.

Sin decir palabra, Longe se levantó de su asiento, se acercó al escritorio de Booth Watson y apagó su cigarro en el secante. «Debo acordarme de traer un cenicero la próxima vez», dijo, dedicándole una cálida sonrisa al abogado principal.

Booth Watson no se levantó ni estrechó la mano cuando Longe se dio la vuelta para marcharse; un matón caminaba delante de él y el otro detrás.

Booth Watson volvió a la ventana que había detrás de su escritorio y no se movió hasta que vio a Longe subir de nuevo a su Silver Cloud y desaparecer por la puerta principal.

«No me habría sorprendido si se hubiera marchado en tu Rolls», dijo Booth Watson.

# CAPÍTULO 19

## Miércoles, 1 de agosto – sexto día de los Juegos

El comandante William Warwick y su equipo más cercano se encontraban sentados en el calabozo de la Suite Dorada, repasando los últimos días de los Juegos.

—¿Alguna novedad de la profesora Meredith sobre lo que podría haber habido en la caja de zapatos? —preguntó Paul cuando todos hubieron dado sus informes.

«Hay una docena de escenarios posibles, y solo necesitaría cien oficiales capacitados adicionales para darles seguimiento. Sin embargo, sea lo que sea que estén planeando, el profesor Meredith cree que nuestro mayor problema probablemente sea la ceremonia de clausura, ya que será la que acapare la mayor atención de la prensa. Pero no se sabe qué tienen planeado mientras tanto».

Se volvió hacia Ross. —¿Alguna noticia de Faulkner?

«Lo mantenemos bajo vigilancia constante. Pero desde su viaje a Helsinki el fin de semana, permaneció oculto hasta ayer».

—¡Detalles! —exigió William.

«Faulkner condujo hasta el despacho de Booth Watson, donde media hora después se le unió Bernie Longe».

«Solo tienen una cosa en común», sugirió Jackie.

—De acuerdo —dijo William—, pero eso no nos acerca en absoluto a descubrir qué están tramando.

—No sirve —dijo Rebecca, resumiendo el sentir de todos.

• • •

Para cuando Artemisia regresó al Parque Olímpico el miércoles por la mañana, ya sabía todo lo que había que saber sobre Natasha y

Alain; bueno, todo excepto por qué una pareja recién comprometida parecía tan angustiada.

Artemisia había pasado la mayor parte de la noche intentando averiguar cómo podría entrar en sus mundos cerrados, y seguía sin tener ni idea cuando sonó la alarma.

De regreso a la Villa Olímpica, Artemisia había averiguado dónde podría encontrarlos si no estaban allí, lo cual al menos era un comienzo. Cuando llegó a la pista de entrenamiento una hora después, los vio a ambos estirándose en la zona de calentamiento. Cualquier bailarín de ballet se habría quedado impresionado.

Tras cuarenta minutos de ejercicios bien ejecutados, se dirigieron al foso de salto de altura y calcularon cuidadosamente su carrera de aproximación a la barra, de modo que su pie delantero siempre aterrizara en el mismo punto (habían colocado dos monedas en el suelo como marcadores) antes del despegue. No se cansaron subiendo la barra poco a poco, como habían estado haciendo a diario durante los últimos cuatro años, sino que se contentaron con perfeccionar sus carreras de aproximación. Si no acertaban siempre en el punto exacto, no tendrían ninguna posibilidad de superar la barra cuando alcanzara su mejor marca personal.

Finalmente, se volvieron a poner sus chándales y abandonaron juntos la zona de calentamiento, cogidos de la mano una vez más.

Artemisia abandonó su lugar en la tribuna y los siguió, manteniendo la distancia. De camino de vuelta al pueblo, se detuvieron, se sentaron en un banco y compartieron una botella de zumo de naranja.

Estaban charlando animadamente cuando Artemisia decidió intervenir e interrumpir su conversación. Tendría que revelar su identidad, lo cual era un gran riesgo, pero que valía la pena correr.

Se acercó lentamente para unirse a ellos. «Hola», dijo con una cálida sonrisa. «Me llamo Artemisia Warwick y soy periodista del Daily Mail. Me preguntaba si me permitirían hacerles algunas preguntas».

Fue como si el diablo se les hubiera aparecido, porque inmediatamente se levantaron de un salto y huyeron, literalmente, sin darse la mano.

Artemisia se sentó en el banco y marcó el número de Robert en su móvil.

«Si quieren hablar, hablarán», dijo después de que ella le contara lo que acababa de suceder, «y si no quieren, tienen derecho a su privacidad».

Artemisia frunció el ceño. —Por supuesto que tienes razón —respondió—. Ahora sé que son mi exclusiva, pero lo que no sé es cómo conseguir que lo revelen.

## Jueves, 2 de agosto – día 7 de los Juegos

Un paseo por el parque significaba solo una cosa para Booth Watson. Miles tenía algo que necesitaba discutir con urgencia y no en su despacho.

Siempre se reunían a las diez en punto frente a las Salas de Guerra de Churchill en Whitehall. Booth Watson se preguntaba a quién le declararía la guerra Miles ese día. Churchill era uno de los mayores héroes de su cliente, aunque la señora Thatcher no se quedaba atrás. Después, paseaban alrededor del lago, pasando por el Palacio de Buckingham, la residencia de su mayor ídolo. Booth Watson solo podía imaginar cómo se sentiría su cliente al verse involucrado en interrumpir su camino hacia la ceremonia de apertura.

Booth Watson vestía su característico traje cruzado azul oscuro —su sastre de Savile Row hacía un gran esfuerzo por disimular su sobrepeso—, camisa color crema, corbata Middle Temple y llevaba un paraguas enrollado, a pesar de que brillaba el sol. Miles llegó paseando por Birdcage Walk con unos minutos de retraso, sin sorprenderse al encontrar a BW esperándolo. Al fin y al cabo, un sueldo de mil libras al día solía garantizar la puntualidad.

Tras un breve apretón de manos, ninguno de los dos pronunció palabra antes de cruzar la calle y entrar en el parque. A continuación, siguieron una ruta que no varió y que les llevó unos cuarenta minutos, aunque Miles aceptó que le cobraran una hora.

«¿Cómo va el contrato para mi acuerdo con Bernie Longe?», fue la primera pregunta de Miles mientras recorrían su camino habitual junto al lago.

—Casi terminado —dijo Booth Watson, mientras una ardilla se unía a ellos—. Debería tener la versión final lista para mañana.

—¡Qué oportuno! —dijo Miles mientras seguían caminando—. Pensé que te interesaría saber que ayer recibí una carta del Fitzmolean.

¿Qué dices?

«Cuando la exposición del Hermitage cierre, el director tiene instrucciones de entregarle el autorretrato de Van Gogh. Me preguntaron si podía avisarles cuándo sería conveniente recogerlo».

—Así que los rusos han cumplido su palabra —dijo Booth Watson, sin poder disimular la sorpresa en su voz.

—Por ahora, sí —dijo Miles—, pero aún podrían cambiar de opinión después de la ceremonia de clausura. Por lo tanto, necesito que redactes una respuesta a la señora Warwick informándole que, si la junta directiva aceptara mis condiciones —hizo una pausa—, estaría dispuesto a modificar mi testamento y legar toda mi colección, incluido el Van Gogh, al Fitzmolean.

—¿Y cuáles podrían ser esos términos? —preguntó un incrédulo Booth Watson.

Un pato se paseó por la hierba, levantó la vista y graznó, pero rápidamente se marchó al descubrir que no tenían nada que ofrecerle.

«Una invitación para que me una a la junta directiva del Fitz», dijo Miles.

—Eso nunca va a pasar —dijo Booth Watson al llegar al puente y cruzar el lago—. Y lo sabes.

—¿Por qué no? —preguntó Miles—. Saben perfectamente que mi colección vale más de cien millones, lo que sin duda obligará a la junta directiva a tomarse mi oferta en serio.

—Parece que olvida —dijo Booth Watson— que su exesposa es la actual presidenta del museo y que la esposa del comandante Warwick es su directora, y que ambas dimitirían antes de permitirle acercarse a la sala de juntas.

—Eso era justo lo que tenía en mente —admitió Miles mientras seguía caminando—. Sin embargo, si gano y ambos renuncian, necesitaré que usted reescriba mi testamento más adelante.

Booth Watson no hizo comentarios. Al fin y al cabo, sería la tercera vez en tantos años que Miles reescribía su testamento, y en todas las ocasiones lo había hecho para ayudarle a cerrar un trato en el que estaba involucrado en ese momento y que luego incumpliría.

—¿Había algo más que quisieras comentar? —preguntó Booth Watson al final de su paseo.

—Por desgracia, sí —respondió Miles—. La Fiscalía se ha puesto en contacto de nuevo para solicitar una fecha para hablar sobre la venta de entradas falsificadas para los Juegos Olímpicos. Les dije que se pusieran en contacto contigo.

«Ya lo han hecho», dijo Booth Watson. «Parece que se ha presentado otro testigo. He fijado una fecha para que lo entrevisten un par de semanas después de que terminen los Juegos. Al parecer, el comandante Warwick y su esposa se irán de vacaciones tras la ceremonia de clausura».

«Pero lo que no saben», le recordó Miles, «es que una vez que terminen los Juegos, yo también me tomaré unas vacaciones. Unas vacaciones permanentes, ya que no tengo ninguna intención de volver a la cárcel».

«Pero creía que querías unirte a la junta directiva del Fitzmolean».

«Sí, pero solo temporalmente, aunque confío en que una vez elegido, mi exesposa y el Dr. Warwick renunciarán, que es el único propósito de todo esto».

—¿Y luego qué? —preguntó Booth Watson, incapaz de seguirle el ritmo.

«Entonces, lamentablemente, como estaré viviendo en el extranjero y no podré asistir a más reuniones de la junta directiva, consideraré que es mi deber dimitir. En ese momento podrán volver a redactar mi testamento.»

«Pero, ¿qué le hace estar tan seguro de que la junta directiva estará de acuerdo con su plan?»

«Una miembro de la junta, que se ve a sí misma como la próxima presidenta, ya me ha escrito ofreciéndome su apoyo y confía en

poder conseguir otros cuatro votos. Así que solo necesitaré uno más para ser elegida», dijo Miles mientras cruzaban la calle de regreso a Whitehall. «No te imaginas el placer que me produce ver a la Dra. Warwick tener que irse mientras su marido no tiene más remedio que dimitir al mismo tiempo, tras el desastre de los Juegos Olímpicos».

Miles estrechó la mano de su abogado y le dedicó una cálida sonrisa antes de subirse a su Rolls-Royce, que lo esperaba, dejando a un desconcertado BW en la acera. Empezó a llover.

• • •

Artemisia empezaba a pensar que podría escribir una docena de artículos sobre Kelly que podrían publicarse por entregas en el Sun. Su nueva amiga seguía presentándole a jóvenes que regresarían a casa en unos días, pero eso solo le recordaba a Artemisia cuánto quería a Robert.

Eso no impidió que Kelly intentara tentarla con más y más frutos prohibidos. Debería haberse llamado Eva, pensó Artemisia.

—¿Sabías —dijo Kelly cuando se encontró con Artemisia esa misma tarde en el parque del pueblo— que el Comité Olímpico ha proporcionado cien mil preservativos a los atletas que viven en la villa olímpica?

Artemisia soltó una carcajada.

«Y considero que es mi deber utilizar mi asignación —hizo una pausa—, ¡así como la suya!»

—¿Quién es el siguiente en tu lista? —preguntó Artemisia con inocencia.

«El equipo francés de relevos de estilo libre ha sido eliminado, sorprendentemente, en semifinales, y pretendo ofrecerles mi apoyo y solidaridad».

Artemisia se rió.

—Bueno, tengo que irme. Nos vemos mañana —dijo Kelly mientras le deslizaba algo en la mano a Artemisia.

• • •

—Es un billete de autobús —dijo Robert cuando Artemisia llegó a casa y le enseñó lo que Kelly le había dado.

—Pero no es un billete de autobús cualquiera —respondió Artemisia—. Si te fijas bien, verás que tiene la hora y la fecha.

—A las cuatro de la tarde del cuatro de agosto. Este sábado —dijo Robert, devolviéndoselo.

«Lo consulté antes de salir del estadio», dijo Artemisia. «Es para uno de esos autobuses rojos de dos pisos que te llevan a recorrer el Parque Olímpico cada hora en punto. Es tan popular que hay que reservar con días de antelación».

—Y alguien obviamente lo ha hecho —dijo Robert.

«Creo que es posible», dijo Arte, «que mi novio francés y su novia rusa hayan reservado billetes en el mismo autobús».

—Entonces es posible —dijo Robert— que hayan decidido hablar.

«Y también sugiere que Kelly sabe exactamente lo que he estado haciendo, pero entonces sospecho que no la engañé en primer lugar».

«Quizás espera que seas la única persona que pueda desenmascarar a los rusos, y eso sería una exclusiva».

«¿Pero debo contarle a mi editor en qué estoy trabajando?», preguntó Artemisia.

Robert reflexionó sobre la cuestión durante un rato antes de dar su opinión. «Si yo fuera tú, me aseguraría de tener todo bien organizado antes de contárselo a nadie».

«¿Y cuál es tu razón, oh sabio?»

«Si cree que la historia es lo suficientemente importante, podría encargársela a un periodista veterano», dijo Robert. «Y si descubres que simplemente no hay historia, como te pasó con Annie, entonces lo mejor sería guardar silencio».

—Buena idea —dijo Artemisia, aferrándose aún al billete. De hecho, no lo soltó hasta que se acostaron y Robert apagó la luz. Se quedó despierta, preguntándose: ¿exclusivo o simplemente otra Annie?

# CAPÍTULO 20

## Viernes, 3 de agosto – octavo día de los Juegos

«¿Quién se llevaría la medalla de oro por causar más problemas en estos Juegos?», preguntó Paul mientras colgaba el teléfono.

«La contienda entre los chinos y los rusos estaría muy reñida», dijo Jackie mientras escogía un sándwich de jamón rancio.

«Bueno, creo que descubrirás que los rusos acaban de tomar la delantera».

—¿Qué alegan esta vez? —preguntó Jackie, tras dar un bocado.

«Alguien disparó contra su entrenador cuando se dirigían al estadio, pero como es probable que pierda los estribos con ellos», dijo Paul, «quizás sería prudente que vinieras y me cogieras de la mano».

—Cuando dices entrenador —dijo Jackie, dejando a un lado su sándwich a medio comer—, ¿te refieres a una persona o a un vehículo?

—Ambas cosas —dijo Paul—, pero no me decido sobre si informar al comandante.

«Creo que ya tiene bastantes problemas», dijo Jackie.

—De acuerdo —dijo Paul, mientras salía rápidamente de la suite Gold, con Jackie siguiéndole de cerca.

Paul se dio cuenta durante la primera semana de que si uno se quedaba esperando el ascensor, perdía al menos veinticuatro segundos de tiempo valioso, e incluso más en el descenso. Seis veces al día, en promedio, significaban cinco minutos perdidos diariamente, y durante las dos semanas de los Juegos, eso se acumularía. Paul no tenía una hora y media que perder.

Subieron corriendo las escaleras y salieron del edificio hacia Olympic Way, donde no pudieron pasar por alto un autobús estacionado a unos cientos de metros en medio de la calle, sin conductor al volante. Un hombre con aspecto furioso, con los brazos cruzados, estaba sentado en el parachoques delantero.

—No oigo el sonido de ninguna ambulancia —dijo Jackie, llevándose una mano a la oreja.

—Porque, afortunadamente, nadie resultó herido —dijo Paul, mientras caminaban lentamente hacia el hombre que los esperaba.

«O una sirena que indique que un coche patrulla se dirige al lugar para detener al culpable de semejante crimen a plena luz del día», dijo Jackie. «O testigos independientes que corroboren su versión».

«Deben haberse salido con la suya», dijo Paul mientras se acercaba al hombre, que parecía un boxeador de peso pesado esperando a que el árbitro hiciera sonar la campana para el primer asalto y así poder lanzar el primer golpe. Dio un paso adelante cuando estaban a solo unos pasos de distancia.

—No digas ni una palabra —dijo Paul—. Deja que yo hable.

—Entendido —dijo Jackie.

—Buenos días, señor —dijo Paul, deteniéndose frente al hombre, que lo superaba en estatura y parecía haber dado ya tres golpes—. ¿Cuál es el problema?

—¿Quién eres? —exigió el hombre, poniendo las manos en las caderas mientras miraba fijamente a Paul.

«Comandante Paul Adaja. Jefe de Seguridad Olímpica.»

—Entonces, comandante, lo único que puedo decir es que no está haciendo un trabajo muy convincente.

—¿Puedo preguntarle quién es usted, señor? —preguntó Pablo.

«El capitán Sokolov, entrenador del equipo ruso de voleibol».

—¿Y en qué puedo ayudarle, capitán Sokolov?

«Mi equipo —dijo, señalando al grupo de personas sentadas en el autobús— está compitiendo en las primeras rondas del torneo de hoy. Íbamos de camino a Earl's Court cuando alguien nos disparó. Se ve claramente por dónde entró la bala por una ventanilla lateral. Es un milagro que nadie resultara muerto».

Paul inspeccionó la ventana dañada, mientras Jackie subía al autobús.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —exigió Sokolov, mientras Jackie bajaba del autobús y le entregaba a Paul el arma homicida.

—No mucho, capitán —dijo Paul, mientras se agachaba para observar más de cerca las pequeñas piedras y guijarros que había en el suelo.

—Bueno, comandante, le diré lo que voy a hacer. Voy a convocar una rueda de prensa para que todo el mundo sepa que alguien nos disparó y la policía no hizo nada al respecto.

—Esa es su prerrogativa, señor —dijo Paul con calma—, pero es posible que la primera pregunta que le haga la prensa sea: ¿dónde está la bala percutida que, según usted, entró en el vagón, y desde dónde se efectuó el disparo?

«El pistolero debió de haberse llevado la bala consigo».

«¿Así que me estás diciendo que después de que tu equipo bajara del autobús, el pistolero subió a bordo y recuperó la bala?», dijo Paul. «Eso debió requerir mucho valor. Sin embargo, si ese es el caso, necesitaremos tomar declaraciones de los testigos de tu equipo, lo cual, lamento decirte, volverá a retrasarte».

Jackie, de alguna manera, mantuvo la compostura mientras escribía cada palabra.

Sokolov permaneció en silencio, con las manos a los costados, esperando el golpe definitivo.

«Y la segunda pregunta que la prensa podría hacer», continuó Paul, «es: ¿Hubo algún herido en el autobús? Y si los hubo, ¿por qué no llamaron a una ambulancia?»

El capitán parecía haberse quedado sin palabras.

«Y su pregunta final podría ser», sugirió Paul, mientras sostenía una pequeña piedra para que la docena de rostros que miraban a través de la ventana pudieran verla, «¿podría esto, encontrado en el autobús hace un momento por el inspector jefe de detectives Roycroft, ser la causa de los desafortunados daños?».

Sokolov apretó el puño.

—Creo que, en definitiva, capitán —dijo Paul—, sería prudente llevar a su equipo a Earl's Court, si es que aún espera llegar a

tiempo para el partido inaugural.

—Esto no ha terminado —dijo Sokolov mientras volvía a subir al autobús.

«Yo creía que era una simple sargento», dijo Jackie mientras el autobús se ponía en marcha, «no una inspectora jefe de policía».

—No creo que el capitán Sokolov hubiera estado dispuesto a tratar con un simple sargento —dijo Paul—, pero ten por seguro, Jackie, que tu ascenso fue solo temporal.

Cuando Paul informó del incidente al Comandante Dorado, William reflexionó: "¿Es esto otra parte de un plan mayor que simplemente pretende distraernos?".

• • •

Se oyó un suave golpeteo en la puerta.

—Ven —dijo el embajador ruso, apenas alzando la cabeza.

La puerta se abrió para que Sergei Petrov entrara en su despacho. El subsecretario cruzó la sala y se detuvo frente a él. Su Excelencia no le dio a entender que podía sentarse en la cómoda silla al otro lado de su escritorio. Permaneció de pie.

—¿Viste a nuestro cómplice británico a principios de esta semana, si no me equivoco?

Petrov asintió.

«¿Y está todo preparado para garantizar la descalificación de ambos atletas?», preguntó Mikailov, sin mencionar a ninguno de ellos por su nombre.

—Sí, Su Excelencia —respondió Petrov, sin dar más explicaciones.

El embajador asintió secamente. —¿Y Sun Anqi?

«Me asegura que todo está listo para la ceremonia de clausura».

¿Tiene el paquete de Helsinki?

Petrov negó con la cabeza. «El traspaso tendrá lugar el domingo, temprano por la mañana para evitar ser detectados». Dudó un momento antes de decir: «No estoy convencido de que Sun Anqi pueda cumplir con lo prometido, y quizás debería usted distanciarse, embajador».

—Eso no le incumbe —respondió el embajador con brusquedad—. Los chinos tienen su propio plan. Mi único interés es asegurarme de que el nuestro funcione correctamente. ¿Qué otros problemas tenemos?

Petrov inclinó la cabeza. «La Policía Metropolitana está siguiendo a Miles Faulkner y, tras la ceremonia de inauguración, parece probable que me hayan reconocido, pero aún no han descubierto la relación de Sun Anqi con nosotros, ya que ha logrado mantenerse encubierta».

—Bien —dijo Mikailov—. Asegúrate de que siga así. —Levantó la vista—. ¿Algo más?

—Sí —respondió Petrov—. Un agente que trabaja para mí en el Parque Olímpico me ha planteado un problema que pensé que debía comentarle, relacionado con una de nuestras competidoras llamada Natasha Korova.

## Sábado, 4 de agosto – día 9 de los Juegos

Artemisia estaba de pie al frente de la fila mucho antes de que comenzara la visita guiada. Miraba hacia atrás mientras más y más pasajeros se unían a la cola, pero ya eran casi las cuatro cuando Alain llegó y ocupó su lugar al final. Él no la miró, lo que la hizo preguntarse si estaba solo y si solo obtendría su versión de la historia. Mejor que nada, pensó. Pero, ¿acaso su editor lo describiría como una historia a medias y lo tiraría de nuevo a la papelera?

Justo cuando se abrieron las puertas del autobús, apareció una figura alta y esbelta que intentó disimular su presencia. No es nada fácil cuando mides un metro ochenta y ocho y eres tan delgada como un palo.

Artemisia fue la primera en subir y sabía exactamente dónde quería sentarse. La mayoría de los pasajeros que la siguieron subieron corriendo las escaleras y rápidamente se sentaron junto a la ventana para disfrutar de una vista panorámica del paisaje. Artemisia no se unió a ellos, ya que no le interesaba la vista.

Caminó lentamente hacia la parte trasera del autobús y se apoderó del asiento central. Colocó su bolso y su chaqueta a un lado, mientras esperaba a que Alain y Natasha subieran.

Cuando Alain subió al autobús, ella levantó la mano. Él rápidamente la siguió, le devolvió la chaqueta y se sentó en el asiento de la esquina.

Unos instantes después, Natasha se deslizó hasta el lugar entre ellos, se sentó encorvada pero no dijo palabra, mientras un padre, una madre y su hijita se unían a ellos en la parte de atrás, ocupando los tres asientos restantes. Comenzaron a charlar en un idioma que ella no reconocía, mientras miraban por la ventana del fondo.

En cuanto el autobús arrancó, una guía, micrófono en mano, les dio la bienvenida a bordo. Comenzó explicándoles lo que podían esperar ver durante la siguiente hora.

A Artemisia solo le interesaba lo que iba a escuchar durante la próxima hora. Sacó una pequeña grabadora de su bolso y la encendió. No quería que la vieran tomando notas.

—Permítame comenzar preguntándole —dijo, sin necesidad de consultar la larga lista de preguntas que se sabía de memoria—, cuándo y dónde se conocieron.

«Me fijé en Alain por primera vez», dijo Natasha, «cuando estaba sentado en las gradas de los Juegos Mundiales Universitarios en Budapest, fingiendo no mirarme. Fallé mi siguiente salto, pero eso no impidió que me aplaudiera».

Alain sonrió, recordando claramente aquella ocasión.

«Si miran a la derecha», dijo el guía, «verán el velódromo, con capacidad para seis mil espectadores. Aquí es donde se celebran las competiciones de ciclismo, y donde Chris Hoy espera añadir otra medalla de oro a su palmarés para Gran Bretaña».

«¡Por Escocia!», exclamó una voz con un inconfundible acento marcado, que provocó risas y aplausos a partes iguales.

«Después de que me eliminaran de la competición —culpa suya —», dijo Natasha, señalando a su prometido, «Alain se levantó de su asiento y bajó hasta el borde de la pista. Yo no hablaba francés y él no sabía ni una palabra de ruso, así que no fue un comienzo prometedor. Nos las arreglamos para comunicarnos en un inglés

rudimentario, ayudándonos con el lenguaje de señas, y finalmente quedamos en vernos en el estadio de entrenamiento a la mañana siguiente».

—Los dos acabamos en el estadio equivocado —dijo Alain mientras le tomaba la mano—, pero al final la encontré.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano para evitar enamorarme de Alain —dijo Natasha, con un dejo de tristeza en la voz—, porque estaba segura de que no iba a terminar bien.

—¿Pero por qué? —preguntó Artemisia—, cuando ambos son tan obviamente…

«Venimos de países diferentes», dijo Natasha, «hablamos idiomas diferentes y nos hemos criado en culturas diferentes, así que ¿cómo podría funcionar?»

«El amor tiene mucho de qué responder», dijo Alain, «porque a los pocos días de conocer a Natasha supe que quería pasar el resto de mi vida con ella, sin importar las consecuencias».

«Pero la única vez que podíamos vernos era en las competiciones internacionales», dijo Natasha, «e incluso entonces, a menudo solo lográbamos compartir unos pocos momentos preciosos. Pero cuando Alain visitó Moscú con el equipo francés el año pasado, me llevó al ballet del Bolshoi y me pidió matrimonio durante el intermedio». Levantó la mano izquierda para mostrarle a Artemisia su anillo de compromiso.

«Nunca llegamos a ver El Cisne Negro», dijo Alain con una sonrisa contagiosa.

—A su izquierda —decía el guía— está el pabellón de baloncesto, con capacidad para doce mil espectadores y, ¡sorpresa, sorpresa!, los estadounidenses volvieron a ganar el oro.

Esta información fue recibida con algunas burlas y vítores estridentes.

«Ambos empezamos a entrenar aún más duro», dijo Alain, «para asegurarnos de seguir siendo seleccionados para nuestros equipos nacionales. Pero me temo que eso no puede durar mucho más. Tengo veintiocho años y estoy llegando al final de mi carrera, y en el caso de Natasha, es un problema totalmente diferente, ya que tiene que lidiar con...»

—Drogas patrocinadas por el Estado —dijo Natasha, completando la frase de Alain.

Alain volvió a tomar la mano de Natasha, pero ella tardó un rato en hablar. «Hace aproximadamente un año, me contactó un hombre llamado Grigory Rodchenkov, director del laboratorio antidopaje, un nombre engañoso que solo nuestro gobierno podría creer que podría confundir a alguien. Rodchenkov me dijo que más de la mitad del equipo nacional consumía drogas y que, si quería ser seleccionado para el equipo olímpico, tendría que inscribirme en su programa».

—¿Y tú? —preguntó Artemisia en voz baja.

—No, no lo hice —afirmó Natasha con firmeza—. Mi padre es médico y mi madre era enfermera, y ambos me advirtieron desde pequeña sobre las consecuencias a largo plazo si decidía seguir ese camino.

—Pero aun así lograste entrar en el equipo ruso —le recordó Artemisia.

«Por un centímetro», dijo Natasha. «En los últimos dos años, mis dos principales rivales, a quienes solía vencer con regularidad, de repente estaban logrando sus mejores marcas personales, mientras que yo apenas conseguí el tercer puesto en las pruebas olímpicas. Así que estos serán mis últimos Juegos, y cualquier esperanza de ganar una medalla se ha esfumado hace mucho tiempo». Dudó un instante, apretando con fuerza la mano de Alain. «He decidido que ha llegado el momento de hablar, sobre todo porque le prometí a mi padre que lo haría si se presentaba la oportunidad».

«Y, francamente», dijo Alain, «pensamos que nos darían la oportunidad de exponer lo que los rusos están haciendo impunemente a espaldas de todos, y permitir que atletas como Natasha cumplan su sueño y terminen sus carreras en el podio recibiendo una medalla, y no en el vestuario haciendo las maletas».

—Tendrás que ayudarme —dijo Artemisia—. No soy experta en estos temas, así que no tengo ni idea de cómo funciona.

Natasha permaneció en silencio mientras el guía turístico describía el centro ExCel, donde se habían estado llevando a cabo las competiciones de judo, lucha libre, boxeo y halterofilia.

—Por no hablar de la esgrima —dijo Artemisia, tocando el pase de Annie, que aún colgaba de su cuello.

Natasha sonrió, pero solo brevemente. «En Moscú existe un programa estatal que administra drogas a más de mil atletas en todos los deportes olímpicos, desde halterofilia hasta natación sincronizada. Sin embargo, el mayor número de atletas involucrados pertenece al equipo de atletismo».

«Pero creía que se realizaban controles después de cada evento», dijo Artemisia. «Entonces, ¿por qué no los pillan?».

«Porque Grigory Rodchenkov ha inventado un cóctel de esteroides, conocido como Duquesa, que, si se toma seis semanas antes de cualquier competición importante, puede enmascarar el consumo de drogas».

—¿Y él es el director del laboratorio antidopaje? —preguntó Artemisia, intentando no mostrarse incrédula.

«Sí, y se sienta en la tribuna a ver los Juegos todos los días, y es el primero en ponerse de pie para aplaudir cada vez que un ruso gana una medalla».

—¿Y cómo funciona este cóctel Duquesa? —preguntó Artemisia.

«Los esteroides se disuelven en alcohol», dijo Natasha. «Whisky para los hombres, vermut para las mujeres. Te enjuagas la boca con la mezcla y luego la escupes. Ni siquiera tienes que tragarla. Así, cuando llega el día de la competición, ya no hay nada que reprochar».

—¿Así de simple? —dijo Artemisia.

—Así de simple —repitió Natasha.

«Y justo delante de ustedes», dijo el guía, «pueden ver el Centro Acuático de Londres. Aquí fue donde Michael Phelps ganó seis medallas olímpicas, que se sumaron a sus dieciséis, convirtiéndose así en el deportista olímpico más laureado de la historia».

Artemisia lo pensó detenidamente antes de formular su siguiente pregunta: «Pero si yo desenmascarara a Rodchenkov», dijo, «¿no correría usted peligro su vida?».

—Solo si regreso a Rusia —dijo Natasha, apenas audible.

Artemisia los miró a ambos. —¿Entonces te unirás a Alain en Francia cuando terminen los Juegos?

—Antes de que terminen los Juegos —susurró Alain.

«No va a ser fácil», dijo Natasha. «Hay que tener en cuenta que la mitad del equipo ruso también son espías, así que si hiciera algún movimiento inesperado, tendría que ser mientras todos los demás miran en la dirección opuesta».

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Artemisia.

«El martes se celebrarán las series preliminares de los cien metros», dijo Alain, «mientras que yo competiré en la ronda clasificatoria del salto de altura».

¿Y tú, Natasha?

—Estaré sentada en la tribuna de los competidores, viendo a Alain —respondió—, lo cual no sorprenderá a nadie.

«Hay ocho series en la primera ronda de los cien metros», explicó Alain, «repartidas en un lapso de cuarenta minutos. Una vez que me eliminen, abandonaré la zona de competición y veré la carrera desde las gradas».

«Pero puede que llegues a la final», dijo Artemisia.

—Ni hablar —dijo Alain—. Esos tiempos ya pasaron y, francamente, a nadie le sorprenderá que sea uno de los primeros en ser eliminado.

¿Y luego qué?

«Esperaremos al comienzo de la cuarta serie de los cien metros», dijo Natasha, «cuando Usain Bolt esté en la línea de salida. Cuando suene el disparo, el público se pondrá de pie, sin apartar la vista de la pista durante los próximos diez segundos, momento en el que nos escabulliremos sin que nadie nos vea —por separado— y nos dirigiremos directamente al metro de Stratford».

«Hice una prueba ayer por la tarde», dijo Alain. «Se tarda unos quince minutos en llegar a la estación, y apuesto a que mientras Bolt esté corriendo, seremos los únicos que salgamos de la parada y el metro estará bastante vacío».

«Llegaremos a Victoria por separado», dijo Natasha, tomando el relevo, «lo que nos llevará otros treinta minutos, y luego subiremos al Gatwick Express. Estaremos en el aeropuerto treinta minutos después».

«Para cuando embarquemos en nuestro vuelo a Lyon», dijo Alain, «el público debería estar absorto en la final de los diez mil metros, sobre todo porque un británico es el favorito para ganar el oro».

—Parece que lo tienes todo planeado hasta el último minuto —dijo Artemisia—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Entradas —dijo Alain.

—¿Boletos? —repitió Artemisia.

«No puedo arriesgarme a intentar reservar un vuelo a Lyon mientras me vigilan tan de cerca. Mientras que tú…» Natasha hizo una pausa. «Sé que es mucho pedir —mi gobierno es implacable—, pero se preocupan por mí, no por ti.»

«Considera que ya está hecho», dijo Artemisia, ansiosa por desempeñar su papel. «¿Estarás a salvo en Francia?»

Artemisia pudo ver el miedo en los ojos de Natasha. «Solo puedo esperar que sí», dijo con tanta voz baja y triste que Artemisia deseó no haber preguntado.

Ella volvió a centrar la conversación en asuntos prácticos. «Entonces, ¿dónde nos reunimos?»

—En el Gatwick Express desde Victoria —dijo Alain, que ya había recuperado el control—. Andén trece.

«Aquí estamos de vuelta en el estadio», dijo el guía turístico cuando el autobús se detuvo. «Espero que hayan disfrutado de la visita».

Tras una calurosa ronda de aplausos, Natasha pudo meter su pasaporte en el bolso de Artemisia, junto con el dinero suficiente para su billete.

La puerta del autobús se abrió y los pasajeros, que charlaban animadamente, comenzaron a bajar.

Artemisia fue una de las primeras en bajar del autobús y no miró hacia atrás.

• • •

Cuando Natasha le contó la noticia a Robert durante la cena esa noche, lo primero que él dijo fue: «Tenemos nuestra propia oficina

de reservas en la Cámara de los Comunes, así que puedes dejarme ese problema a mí. Necesitaré el pasaporte de Natasha».

Artemisia sacó de su bolso el pequeño documento rojo y el dinero, y se los entregó a Robert.

«Después de cenar, voy a escribir el primer borrador de mi artículo», dijo Artemisia, «mientras lo tengo fresco en la memoria. Tengo muchísimas ganas de enseñárselo al editor».

«Necesitarás fotografías, así que asegúrate de llevar una buena cámara».

Artemisia hizo otra anotación para sí misma.

«Esto empieza a parecer que podría ser vuestra gran exclusiva», dijo Robert.

«Ojalá que sí, pero no lo creeré hasta que vea despegar su avión rumbo a Lyon. Solo espero que todo les salga bien». Hizo una mueca al pensar en el riesgo que corrían los dos enamorados y en lo fuerte que se habían tomado de la mano en el autobús. No podía ni imaginar cómo se sentiría si su gobierno intentara separarlos.

# CAPÍTULO 21

## Domingo, 5 de agosto – día 10 de los Juegos

William se había quedado dormido por tercera vez esa noche cuando sonó la alarma. Despertó y puso la palma de la mano sobre el botón, pero el sonido insistente no cesaba. Parpadeó, abrió los ojos y miró a su alrededor para descubrir que no era la alarma, sino el teléfono lo que sonaba.

Tomó el auricular mientras miraba el reloj. La hora cambió rápidamente de las 6:13 a las 6:14 de la mañana.

«Petrov acaba de salir de la embajada rusa», dijo una voz que reconoció de inmediato, «y no te habría despertado si no hubiera estado cargando una caja de zapatos».

William se despertó de repente, completamente despierto.

—Uno de mis hombres ya le sigue la pista —dijo el profesor Meredith—, pero no tardarán en descubrirlo, así que tendrán que darse prisa.

William pulsó el botón de emergencia de su teléfono y, en cuestión de segundos, tres voces nuevas dijeron: «Buenos días, señor», con distintos grados de alerta.

—¿Quién de vosotros está más cerca de los jardines del Palacio de Kensington? —preguntó William, sin dar explicaciones.

«Estoy en Hyde Park haciendo mi carrera matutina, así que podría llegar en unos minutos», dijo Ross, mientras cambiaba de dirección y convertía su trote en una carrera a toda velocidad.

—Voy en un autobús con destino a Scotland Yard, señor —dijo Jackie—. Si me bajo en la próxima parada y cojo un taxi, llegaré en unos diez minutos, quince como máximo.

—Llámame en cuanto estés en el taxi —dijo William—. ¿Y tú, Paul?

—Estoy en la cama, señor —dijo Paul—. Acabo de terminar el turno de noche.

—Entonces llegas justo a tiempo para empezar el turno de día —dijo William—. Llámame en cuanto estés vestido y te vayas. Necesitarás tu moto.

—Buenos días a usted también, señor —dijo Paul, casi cayéndose de la cama.

—¿Dónde está Petrov ahora? —preguntó William, volviendo a dirigirse al Profesor.

«Se dirige hacia el este por Bayswater Road», dijo Meredith, «y parece que está a punto de entrar en Hyde Park. A esta hora de la mañana, el parque está bastante tranquilo, así que será mucho más fácil ver a alguien siguiéndole. Como mucho, a mi hombre le quedan solo unos minutos antes de que lo descubran».

—Lo tengo en la mira —dijo Ross, sin aliento—. Está a unos cuatrocientos metros, directo hacia mí. Voy a tener que pasar corriendo a su lado y esperar que no me reconozca.

—¿Sigue llevando la caja de zapatos? —preguntó William.

—Sí, lo lleva bajo el brazo —dijo Ross—. ¿Lo arresto esta vez?

—No —dijo William.

«El siguiente paso de Petrov será cruzar la calle», intervino Meredith. «Una forma sencilla de comprobar si alguien le sigue».

«Justo a tiempo», dijo Ross, mientras observaba a Petrov moverse con agilidad entre el tráfico matutino antes de llegar a la acera al otro lado de la carretera.

—¿Dónde estás, Jackie? —preguntó William.

Estoy en un taxi, justo entrando en el extremo norte del parque.

«Estate atento, porque un hombre se dirige hacia ti con una caja de zapatos en la mano».

—Lo tengo —respondió Jackie.

«Deja el taxi antes de que te vea y mantente atento a con quién podría reunirse. Es vital que averigüemos a quién le entrega la caja de zapatos. Toma tantas fotografías como puedas, por si las perdemos».

Jackie detuvo el taxi, pagó la tarifa y saltó. Se sentó en un banco cercano del parque y fingió leer su revista, mientras mantenía su teléfono listo para tomar fotografías de quienquiera que Petrov pudiera estar reuniéndose.

• • •

Petrov redujo la velocidad, sacó su teléfono y marcó un número. No solo había visto al hombre de Meredith, así como al policía con chándal que lo había perseguido en el Estadio Olímpico, sino que tampoco podía pasar por alto a la mujer que acababa de bajarse de un taxi en medio de la calle, se había sentado en el banco más cercano y fingía leer una revista. ¿Lo habían tomado por tonto? Debían de estar allí para interceptar la entrega, o al menos averiguar a quién le estaba entregando la caja. Si lo conseguían, se descubriría la identidad de Sun Anqi, junto con cualquier plan que tuviera para la ceremonia de clausura.

«Me han pillado», dijo Petrov cuando Sun Anqi se puso en contacto con él por teléfono. «Me seguían un par de hombres y ahora hay una mujer en el parque vigilándome de cerca».

—Te dije que no subestimaras a Warwick —dijo Sun Anqi, sin intentar disimular su desprecio—. ¿Descripción?

Mujer. De unos cuarenta años. De entre 1,63 y 1,65 metros de estatura, rubia, de complexión delgada. Lleva un bolso blanco y está sentada en un banco junto a la carretera fingiendo leer una revista.

—Cambio de planes —dijo Sun Anqi, mientras se daba la vuelta y se unía a la cola del autobús—. Llama a Miles Faulkner y dile que todavía necesito el paquete, pero no le avises de que te han visto.

—Pero… —comenzó Petrov.

—Sin peros —dijo Sun Anqi—. Si alguien más va a ser descubierto, que sea el inglés, porque no puedo permitirme el lujo de estar en su radar. —Y colgó.

• • •

Jackie observó a Petrov mientras terminaba una llamada y comenzaba otra, sin soltar la caja de zapatos. Todavía esperaba que se encontrara con alguien, momento en el que sin duda se produciría el intercambio.

Jackie miró hacia otro lado mientras seguía caminando hacia ella y vio a una mujer menuda, posiblemente asiática, que hablaba por teléfono mientras se incorporaba al final de la cola del autobús. La conversación de la mujer terminó justo antes de que Petrov colgara el teléfono. ¿Coincidencia?

Lo que no fue casualidad fue que, cuando llegó el autobús, la mujer no subió, quedándose sola. Jackie le tomó una foto por si acaso.

• • •

Petrov volvió a llamar por teléfono. Sun Anqi pensó en no contestar, pero no podía arriesgarse.

—Te reconoció —dijo Petrov, casi triunfalmente—. Incluso te hizo una foto.

Sun Anqi se dio la vuelta cuando un Rolls-Royce entró en el parque.

• • •

Jackie ignoró a la mujer que la esperaba en la fila del autobús y le había dado la espalda. Se concentró en el Rolls-Royce, pero cuando pasó, no pudo ver quién iba sentado atrás, ya que los cristales estaban muy tintados. Sin embargo, la matrícula MF1 le dio toda la información que necesitaba.

No le sorprendió que el coche redujera la velocidad y que Petrov le pasara la caja al ocupante del vehículo a través de una ventanilla abierta, casi sin detenerse.

Jackie llamó inmediatamente a William para contarle lo que acababa de presenciar. «¿Cojo un taxi y lo sigo?»

—No —dijo William—, quédate donde estás hasta que ambos desaparezcan de la vista. Pero cuéntame todo lo que sepas de la

mujer.

«Estaba sola en la cola del autobús y hablaba por teléfono al mismo tiempo que Petrov. Pero cuando llegó el autobús, no subió. Le saqué una foto por si acaso».

'¿Descripción?'

«Apenas mide un metro cincuenta, diría que es asiática y tendrá unos treinta y tantos años».

—Es poco probable —dijo William—, pero vuelve a Scotland Yard y mira si encuentras algo en los archivos que coincida con su fotografía. Avísame inmediatamente si encuentras algo.

• • •

Sun Anqi subió al siguiente autobús, algo que no estaba previsto. Se sentó en la planta superior mientras el autobús pasaba junto al parque y miró a la mujer. Ya no leía su revista, sino que tenía la mirada fija en Petrov, que ahora se marchaba del parque sin la caja de zapatos.

Sun Anqi se bajó en la siguiente parada y esperó.

• • •

—¿Ross? —preguntó William—. ¿Dónde estás?

«Todavía estaba en el parque, pero creo que me vio, así que pasé corriendo a su lado sin mirar atrás».

¿Pablo?

—Ya veo que el Rolls-Royce se acerca —respondió Paul.

«No lo pierdas. Esta vez, arresta a Faulkner cuando salga del coche y, lo que es más importante, averigua qué hay en esa caja y avísame inmediatamente».

—De acuerdo, señor —dijo Paul, quien giró su bicicleta y comenzó a seguir al Rolls.

«Y no olvides que Collins es muy astuto», dijo William, «y detectará una moto siguiéndole en cuestión de segundos. Petrov ya cumplió su cometido, Ross está muerto y Jackie regresa a Scotland Yard, así que, Paul, hazte un nombre».

William se levantó de la cama y se dirigió a la ducha, que había estado abierta con agua fría durante el último mes.

• • •

El teléfono del coche de Faulkner empezó a sonar. Lo cogió.

—Plan B —dijo una voz que reconoció de inmediato.

Faulkner colgó el teléfono.

—Nos están siguiendo —dijo Collins—. Una moto a unos cincuenta metros de distancia. Nos ha estado siguiendo durante los últimos kilómetros.

Faulkner bajó la mirada hacia la caja que tenía en el regazo. Podía oír a Booth Watson decir: «Sal de ahí mientras puedas». Pero ya era demasiado tarde, y una cosa era segura: no podía permitirse que lo atraparan con la caja. Llevó a cabo la segunda parte del plan B.

«Diríjanse al teleférico de North Greenwich», dijo Faulkner.

Collins dio media vuelta y se dirigió hacia el Támesis, seguido por la motocicleta. Solo redujo la velocidad al llegar al teleférico.

Faulkner saltó del Rolls-Royce con una caja de zapatos. Se dirigió directamente al principio de una larga cola, le entregó al revisor un billete de veinte libras y se metió en la primera cabina disponible, haciendo caso omiso de los murmullos de protesta que venían de detrás. Cuando el teleférico partió, Faulkner se recostó y observó cómo su perseguidor dejaba la moto y también corría al principio de la cola. Le mostró al revisor su placa de identificación —una clara señal de que era un delincuente— y luego se metió en la primera cabina disponible. Faulkner comprobó dos veces: su perseguidor estaba cinco coches detrás, pero no tenía forma de alcanzarlo.

Faulkner lo pensó un momento antes de llamar a Bernie Longe. Al fin y al cabo, este era el territorio de Longe, y era hora de pedirle un favor si quería el resto de los diez millones.

Longe le explicó exactamente lo que debía hacer en el momento en que bajara del teleférico.

Paul llamó a William y lo puso al día. Después de que William colgara el teléfono, llamó al oficial superior de la comisaría de policía de Greenwich.

Durante el viaje aéreo de quince minutos sobre la ciudad, la mayoría de los pasajeros disfrutaron identificando lugares emblemáticos —el London Eye, la Catedral de San Pablo, la Barrera del Támesis y el Parque Olímpico— mientras continuaban su viaje a noventa metros sobre el Támesis.

Paul se recostó en su asiento y evitó mirar en dirección a su presa, ya que Faulkner no tenía adónde ir.

Para cuando se detuvieron al otro lado del río, Paul estaba sentado al borde de su asiento, preparándose para saltar en cuanto tuviera la oportunidad. Cuando Faulkner llegó a la terminal y le abrieron la puerta, saltó de su cabina, pero no se dirigió directamente a la salida. Corrió hacia la caseta de señales al otro extremo del andén, donde el controlador lo estaba esperando.

El teleférico se detuvo bruscamente, dejando a Paul suspendido en el aire. Habría saltado los últimos metros, pero la puerta de su cabina permaneció firmemente cerrada.

Faulkner salió de la caseta de señales unos instantes después, con la cartera doscientas libras más vacía. El controlador le había dado tiempo más que suficiente para escapar.

Para colmo de males, el controlador hizo un anuncio público por megafonía pidiendo disculpas a los clientes por la breve demora. Problemas técnicos, explicó.

• • •

—Lo he perdido —dijo Paul por teléfono—. ¡Maldito teleférico! Alguien debe haber sobornado al revisor.

—No te preocupes —dijo William—. No se va a ir a ninguna parte, así que alcánzalo lo más rápido que puedas.

Paul no necesitaba que le contaran lo que William había estado haciendo mientras él estaba varado sobre el Támesis.

• • •

Faulkner salió a Western Gateway, con una caja de zapatos bajo el brazo, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que…

Un coche patrulla se detuvo a su lado. Tres agentes saltaron del vehículo y lo rodearon.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Faulkner, mientras ofrecía su sonrisa más inocente.

—Empezaremos por el palco, señor —dijo el oficial superior.

Faulkner se la entregó justo cuando Paul, visiblemente agitado, apareció a su lado. Sacó su placa de identificación y la caja volvió a cambiar de manos.

• • •

—¿Dónde estás, Jackie? —preguntó William, cambiando de teléfono.

—Acabo de entrar en la estación de metro, señor. Le llamaré en cuanto llegue a Yard y le informaré si la foto revela algo.

Subió a la escalera mecánica justo cuando su teléfono se quedó sin batería.

• • •

William volvió a centrar su atención en Paul y esperó impacientemente mientras este subía a la parte trasera del coche patrulla.

—Date prisa —dijo William.

Paul se quedó mirando la caja durante un rato antes de quitar lentamente la tapa. Jadeó.

—¿Y qué hay dentro? —preguntó William.

Paul miró fijamente una caja vacía.

• • •

Collins condujo durante un buen rato, tomando desvíos y dando la vuelta, pero no se dirigió al punto de encuentro del plan B hasta que estuvo convencido de que nadie lo seguía.

Finalmente se detuvo frente a un restaurante chino en Soho, donde el jefe de camareros no aceptó reservas, solo una caja de zapatos, que entregó a uno de sus clientes habituales que estaba sentado en un rincón.

—¿Y qué desea de plato principal, embajador? —preguntó el jefe de camareros.

• • •

Jackie bajó de la escalera mecánica y se dirigió a la línea District. Cinco paradas hasta St James's, seguidas de un corto paseo hasta Scotland Yard. En cuanto regresara, buscaría en las fotografías almacenadas en el sistema, y si la mujer que había visto resultaba ser parte del equipo de relevos, su descripción se distribuiría a todo el personal de seguridad olímpica en el plazo de una hora.

No se percató de la mujer menuda que iba unos pasos detrás de ella en la escalera mecánica, oculta tras un hombre corpulento que abrazaba a su novia.

Al llegar al andén, Jackie solo tuvo que esperar un par de minutos antes de oír el estruendo de un tren que se acercaba a lo lejos. Miró a su izquierda y dio un paso adelante mientras el tren salía del túnel.

La mujer se deslizó detrás de ella y, con un movimiento tan ensayado que habría impresionado a un carterista experimentado, extrajo con destreza el teléfono móvil del bolso de Jackie.

Pero cuando sintió una mano tocarle la parte baja de la espalda, Jackie se giró justo a tiempo para reconocer a la mujer de la cola del autobús, antes de que un empujón tremendo la impulsara hacia adelante. Jackie no pudo evitar caer a las vías.

El conductor frenó bruscamente de inmediato, y aunque el tren se detuvo con un chirrido, ya era demasiado tarde. Gritos y jadeos resonaron entre los pasajeros que esperaban en el andén cuando Jackie fue atropellada por el tren.

# CAPÍTULO 22

## Lunes, 6 de agosto – día 11 de los Juegos

Natasha eligió un asiento en la parte trasera de la tribuna de los atletas que le permitía ver claramente el foso de salto de altura. Alain estaba calentando y, aunque sabía que ella estaba allí, ni siquiera la miró.

Artemisia estaba en casa siguiendo las pruebas de atletismo por televisión. Por un instante, cuando la cámara enfocó la tribuna de los atletas, alcanzó a ver fugazmente a Natasha sentada en la última fila. Solo podía imaginar lo nerviosa que debía estar. Como si estuviera en una final olímpica.

Alain superó la altura inicial de un metro sesenta y dos con bastante facilidad, y la barra se elevó dos veces más antes de que no lograra superarla. Con un esfuerzo supremo, lo consiguió en su tercer intento, lo que provocó la ovación de sus compatriotas entre el público. Natasha sabía que sería eliminado cuando la barra se elevara de nuevo.

Artemisia casi había terminado su artículo; ahora solo le faltaba el desenlace, que tendría que esperar hasta que viera despegar su avión rumbo a Lyon, además de las fotografías que lograra tomar en el aeropuerto. Guardó el pasaporte de Natasha en su bolso, junto con una tarjeta de embarque para clase ejecutiva a nombre de la Sra. Natasha Korova.

Observó cómo Alain fallaba en su tercer intento en la siguiente altura, pero como solo estaba un par de centímetros por debajo de su mejor marca personal, el público le brindó una cálida bienvenida.

Se sentó en el arcén y se tomó su tiempo para quitarse las zapatillas de clavos antes de ponerse el chándal, mientras los

velocistas se alineaban para la primera serie de los cien metros. Se anunciaron los nombres de todos los competidores al público, y el británico fue quien recibió la ovación más fuerte, a pesar de que se consideraba improbable que pasara a la siguiente ronda.

Sonó el disparo y, tal como Alain había predicho, la multitud se puso de pie al unísono, lo que le dio la oportunidad de alzar la vista y asentir con la cabeza hacia Natasha.

Cuando los corredores de la segunda serie salieron a la pista, Alain se levantó, caminó por la recta final, saltó la valla y se unió a sus compañeros en la tribuna inferior. Ni una sola vez miró a Natasha. Fingió seguir absorto en lo que sucedía en el salto de altura, que se había reducido a los últimos cuatro competidores.

Natasha repitió la misma rutina durante la tercera ronda. Se puso de pie, aplaudió, volvió a sentarse, aunque su mente estaba en otra parte. Se olvidó de aplaudir cuando una rusa quedó tercera y pasó a semifinales. Alguien se dio cuenta.

El juez de salida llamó a los corredores de la cuarta serie a sus posiciones, y el público guardó silencio. Cuando sonó el disparo y ocho atletas salieron disparados de sus tacos, la multitud se puso de pie al unísono y siguió el avance de los velocistas, sin apartar la vista de un atleta en particular mientras se dirigía hacia la línea de meta, dejando atrás al resto de los competidores.

Durante la carrera, Alain se deslizó fuera de su asiento y subió los escalones que conducían a la salida, confiado en que Natasha estaría a solo unos pasos de distancia.

Cuando los vítores alcanzaron un fortissimo, seguramente eran las únicas dos personas en el estadio que no habían visto a Usain Bolt cruzar la meta. Pero no lo eran.

Otra persona, sentada al fondo de la tribuna de atletas, que no era atleta, se sorprendió de que Alain no se hubiera unido a Natasha tras su eliminación en salto de altura, ya que conocía bien su relación. Se sorprendió aún más cuando Alain abandonó el estadio durante la cuarta serie, pues en la quinta participaría un francés con buenas posibilidades de clasificarse para la semifinal. Quizás fue al baño y regresaría a tiempo para ver competir a su compatriota.

Natasha se marchó unos instantes después de que sonara el disparo de salida y el público volviera a ponerse de pie. El hombre que estaba al fondo de la tribuna no vio la carrera.

Permaneció sentado, marcó rápidamente un número en su móvil y le contó lo que había presenciado a Sergei Petrov en la embajada rusa. Petrov, a regañadientes, la llamó.

• • •

En cuanto Artemisia vio a Bolt cruzar la meta entre los vítores de ochenta mil espectadores, junto con millones de personas en todo el mundo, apagó el televisor, cogió su bolso y salió rápidamente del piso. Una vez en la calle, paró un taxi y le dijo al taxista: «Estación Victoria», antes de subirse a la parte de atrás.

Comprobó una vez más que el pasaporte y la tarjeta de embarque de Natasha estuvieran a salvo en su bolso. Así era. Repasó su artículo una vez más, haciendo alguna que otra corrección. Siempre que levantaba la vista, las luces parecían estar en rojo, pero quizás uno solo se daba cuenta cuando tenía prisa.

• • •

Alain subió al metro con destino a Victoria: once paradas, un transbordo en Oxford Circus, veintiocho minutos. Iba puntual. Natasha, que no acompañó a Alain, pasó esos veintiocho minutos mirando a su alrededor con ansiedad, temiendo reconocer a alguien o, peor aún, que alguien la reconociera a ella.

• • •

Artemisia llegó a la estación Victoria dieciséis minutos después y, tras echar un vistazo al panel de salidas, se dirigió al andén trece. Se sentó en un banco a pocos metros de la barrera de acceso y esperó.

Su ansiedad aumentaba a cada minuto. ¿Llegaba demasiado tarde o demasiado pronto? Entonces apareció Alain, quien apenas le dedicó una mirada rápida antes de subir al Gatwick Express. Natasha

lo siguió unos instantes después, pero se sentó en un vagón aparte, al final del tren.

Cuando el reloj de la estación dio la hora correcta, indicando que faltaban dos minutos para la salida, Artemisia se levantó, mostró su billete al revisor en la barrera, subió a bordo y tomó asiento en la esquina de un vagón abarrotado, a medio camino entre ellos.

El tren partió a la hora prevista y un mensaje apareció en una pantalla delgada al final del vagón, informando a los pasajeros de que el trayecto hasta el aeropuerto de Gatwick duraría treinta minutos.

Esperó otros diez minutos antes de levantarse, dejando a Alain atrás. Tres vagones más adelante, vio a Natasha sentada sola en primera clase. Todo formaba parte del plan.

Al pasar junto a Natasha, se agachó y dejó su pasaporte y tarjeta de embarque en el asiento de al lado, antes de continuar su camino. Encontró un sitio libre en el vagón contiguo, donde una atenta cuidadora colocaba una manta sobre las piernas de una mujer china en silla de ruedas.

Cuando el tren llegó al aeropuerto de Gatwick, Alain fue de los primeros en bajar al andén, mientras que Artemisia se quedó atrás y se unió a la multitud que se dirigía a la zona de salidas.

No se detuvo a comprobar si Natasha la seguía. Simplemente dio por hecho que sí.

Alain no aminoró la marcha, sino que se dirigió directamente al control de seguridad. Tras mostrar su tarjeta de embarque, miró hacia atrás, buscando no a Natasha sino a Artemisia. Sonrió y murmuró «gracias» antes de desaparecer de la vista.

Artemisia solo tuvo que esperar unos instantes más antes de que Natasha pasara junto a él y siguiera a Alain hacia seguridad.

Una vez que Natasha estuvo fuera de la vista, Artemisia tomó el ascensor hasta la torre de observación en el séptimo piso, compró un café y buscó un asiento junto a la ventana.

Consultó el panel de salidas. El vuelo de Air France a Lyon despegaría en cuarenta minutos. Aprovechó el tiempo para terminar su artículo, en el que describía cómo los dos amantes habían escapado de las garras de los rusos ante sus propios ojos.

En el control de seguridad, Natasha se quitó el reloj y los zapatos y los colocó junto con su pasaporte y tarjeta de embarque en la bandeja. Los recogió al otro lado. De nuevo en marcha, solo se detuvo para consultar el número de puerta en el panel de salidas. Lyon. Puerta 42. Embarque inmediato. Comenzó a seguir las indicaciones para las puertas 40 a 50, sin siquiera mirar los tentadores escaparates mientras pasaba apresuradamente.

Al llegar a la puerta de embarque, Natasha se encontró con una larga cola para abordar el avión. Miró a su alrededor con ansiedad buscando a Alain, a quien no veía entre la fila. Entonces lo divisó sentado en un rincón de la sala de espera, leyendo un ejemplar de Le Figaro.

Cuando él levantó la vista, ella señaló el baño. Él asintió y miró su reloj. Ella entró rápidamente y encontró un cubículo libre.

Instantes después, un hombre que empujaba una silla de ruedas entró tras ella. Una persona observadora se habría preguntado por qué no habían usado el baño para discapacitados que estaba al lado. Sin embargo, las únicas otras personas en el baño eran dos mujeres que se lavaban las manos y que parecían tener prisa.

Natasha tiró de la cadena, abrió la puerta de su cubículo y estaba a punto de salir cuando una silla de ruedas se abalanzó sobre ella, derribándola sobre el asiento. El hombre permaneció afuera y cerró la puerta. Al hacerlo, la mujer saltó de su silla de ruedas, agarró a Natasha, que estaba sobresaltada, por el cuello y, con la otra mano, le tapó la nariz y la boca con un paño muy perfumado. Natasha intentó resistirse, pero en cuestión de segundos, perdió el conocimiento.

Sun Anqi levantó el cuerpo inerte y lo dejó caer sin miramientos en la silla de ruedas, antes de colocarle su gorro de lana en la cabeza a Natasha y la manta sobre sus piernas. Luego abrió con cautela la puerta del cubículo y se encontró con Petrov allí de pie. Empujó la silla de ruedas hacia afuera, volvió a entrar con llave, se sentó en el inodoro y esperó.

Petrov sacó lentamente a Natasha del baño en su silla de ruedas hasta el pasillo y se dirigió en dirección contraria.

Alain echó un vistazo y vio a un hombre empujando una silla de ruedas, pero no le prestó más atención, ya que los había visto entrar al baño unos minutos antes.

Cada minuto que pasaba, la cola para abordar el avión se hacía más corta. Sus ojos iban alternativamente, cada pocos segundos, entre la cola menguante y la entrada al baño de mujeres. Llamó a Natasha a su móvil, pero ella no contestó.

Se puso aún más nervioso cuando se escuchó un anuncio por megafonía: «Última llamada para el vuelo 043 con destino a Lyon. Por favor, embarquen inmediatamente, ya que el avión está a punto de despegar».

Alain corrió hacia el baño, se detuvo en la entrada y gritó desesperadamente: «¡Natasha, Natasha!», pero no obtuvo respuesta. Cuando salió otra mujer, le preguntó si había visto a una mujer alta y delgada de unos veinticinco años, pero ella le respondió que no había nadie con esa descripción en el baño.

Entró corriendo y empezó a revisar cada uno de los cubículos uno por uno, pero no la encontró. Entonces se abrió la puerta del único cubículo ocupado y salió una mujer menuda de origen asiático, a quien juraría haber visto antes en alguna parte.

Alain salió rápidamente del baño, solo para descubrir que la puerta de embarque estaba cerrada. Corrió hacia el mostrador de facturación.

—Lo siento mucho —dijo el auxiliar de vuelo—, pero no podíamos esperar más. ¿Quiere que le reserve un asiento en nuestro próximo vuelo dentro de dos horas?

• • •

Petrov empujó la silla de ruedas hacia la puerta 21, llegando justo cuando el avión con destino a Lyon comenzaba a rodar hacia la pista.

Entregó dos pasaportes a la empleada que estaba detrás del mostrador. Ella los revisó antes de mirar a la joven en silla de ruedas. «Creo que mi hija se quedó dormida», dijo. «Ha tenido un día muy largo».

El auxiliar sonrió, pareció comprensivo y dijo: «Me aseguraré de que sea de los primeros en embarcar».

Él le dio las gracias.

• • •

Artemisia se sentó a una mesa junto a la ventana y terminó su artículo, que entregaría en cuanto viera despegar el avión.

Miró por la ventana y vio que el avión con destino a Lyon había llegado al principio de la cola y esperaba la autorización para despegar. Tomó varias fotografías y luego leyó su artículo una vez más, haciendo solo un par de pequeños cambios antes de llamar a la redacción.

—Presentaré mi copia dentro de unos minutos —dijo.

«Ha sido un día flojo», dijo el redactor de noticias, «así que espero que sea bueno».

Artemisia no hizo comentarios.

• • •

Otra mujer también observaba desde la plataforma de observación, no un avión de Air France a punto de despegar, sino un vuelo de Aeroflot que acababa de comenzar el embarque. Vio cómo su compañero subía en brazos a una joven por las escaleras del avión. Ella aún llevaba puesto el gorro de lana. Una azafata la seguía de cerca con su silla de ruedas. Desaparecieron en el interior.

Sun Anqi marcó un número privado en su móvil. Cuando contestaron, lo único que dijo fue: «El saltador de altura ha superado la barra».

«Informaré a Moscú de inmediato», dijo el embajador ruso, «y nos aseguraremos de que haya alguien preparado en Sheremetyevo para recibirla cuando aterrice».

• • •

Artemisia observó cómo el avión de Air France aceleraba al despegar por la pista. Tomó una fotografía más antes de que despegara y se

elevara bruscamente en el aire. Segundos después, el avión desapareció entre las nubes, y no pudo evitar soltar un pequeño grito de alegría.

• • •

Al editor le bastó con leer los primeros párrafos del artículo de Artemisia para darse cuenta de que era una joya olímpica.

—¡Pon a Artemisia Warwick al teléfono! —le gritó a su secretaria —. ¡Y localiza al editor de noticias! ¡Ahora mismo! Siguió leyendo el artículo hasta que el editor apareció unos instantes después. — Tenemos nuestra exclusiva de primera plana —dijo.

El teléfono del escritorio del editor empezó a sonar. Le entregó el artículo de Artemisia y las cuatro fotografías que había seleccionado. «He marcado la que creo que debería ir en la portada. Las demás ocuparán una doble página central». Descolgó el teléfono.

—Querías hablar conmigo —dijo una voz.

—¿Dónde estás, Warwick? —preguntó el editor.

«En la estación de Gatwick, esperando para coger el próximo tren de vuelta a Victoria».

¿Ha despegado su avión?

—Hace unos minutos —dijo Artemisia.

—Deberías haber estado ahí —ladró el editor—, así que asegúrate de estar en el próximo.

¿Por qué? Artemisia quiso preguntar, pero antes de que pudiera abrir la boca, le dijeron: «Necesito un artículo de seguimiento con fotos de la feliz pareja frente a la iglesia donde se casarán. Declaraciones de sus padres sobre lo encantados que están de que ella haya podido acompañarlos, y muchas más fotos. Avísame en cuanto aterrices en Lyon».

Supongo que eso es lo más parecido a un halago que voy a recibir, pensó Artemisia mientras corría de vuelta al aeropuerto. Al llegar a la terminal, se dirigió directamente al mostrador de Air France para comprar un billete para el próximo vuelo disponible, pero aún estaba a varios metros cuando divisó una figura desolada apoyada en el mostrador. Sintió náuseas.

—¿Qué ha pasado? —exclamó, mientras corría hacia Alain y le pasaba un brazo por el hombro.

Ella intentó consolarlo mientras él le explicaba exactamente lo que había sucedido.

«Solo después me di cuenta», dijo Alain, «de que la mujer en silla de ruedas que entró al baño era mucho más grande que la mujer que salió».

Este es un anuncio para todos los pasajeros que viajan en el vuelo 247 de Aeroflot con destino a Moscú. Por favor, diríjanse al mostrador de facturación, ya que la puerta de embarque está a punto de cerrarse.

Alain y Artemisia se miraron. No hacía falta que les dijeran dónde estaba Natasha. Ambos salieron corriendo con la misma idea en mente y no pararon hasta llegar a seguridad.

El oficial de servicio señaló amablemente que ninguno de los dos tenía tarjeta de embarque. Ella mostró su credencial de prensa, pero él no se inmutó. Ella suplicó, pero sus súplicas fueron ignoradas.

—Pero alguien está siendo secuestrada contra su voluntad —dijo Artemisia, con la voz cada vez más alta.

—Entonces debería informar a la policía del aeropuerto —le dijo el funcionario.

—Para entonces será demasiado tarde —gritó.

Se encogió de hombros. Artemisia levantó la vista y vio que el vuelo 247 había desaparecido del panel de salidas.

• • •

Artemisia y Alain caminaron lentamente hacia la salida. Ella no sabía qué decirle para tranquilizarlo, y solo podía esperar que Natasha estuviera a salvo y que su único propósito hubiera sido llevarla de regreso a Rusia.

—Tendré que volver a la Villa Olímpica —dijo Alain— e intentar averiguar si hay alguna forma de contactar con ella. Cuando intenté llamarla a su móvil, contestó una voz masculina.

Artemisia observó cómo la figura abatida salía lentamente del aeropuerto y regresaba al mundo real. Intentó mantenerse al

margen y no involucrarse —la primera regla de todo periodista—, pero le fue imposible. Marcó el número del editor en su móvil, sabiendo que aún estaría en su escritorio, solo para escuchar: «¿Por qué no estás en ese avión?».

«Natasha nunca tomó su vuelo», dijo Artemisia. «De hecho, la secuestraron y ahora está de camino de regreso a Moscú».

«No podría ser mejor», dijo el editor, sorprendiendo a Artemisia. «Escríbeme un par de cientos de palabras sobre lo que ocurrió mientras estabas en el aeropuerto».

«Pero no estoy del todo segura de lo que ocurrió», dijo Artemisia.

«Usa tu imaginación, Warwick, y asegúrate de no perder al novio. Necesito una entrevista exclusiva con él para la edición de mañana, además de fotos», hizo una pausa, con aspecto abatido.

El teléfono se quedó sin batería. Artemisia pensó en Alain, en la tristeza evidente que se reflejaba en su rostro, y en Natasha, que iba camino a Moscú, sola y asustada. Solo esperaba que sus doscientas palabras pudieran marcar la diferencia.

• • •

—Pónganme en contacto con nuestro corresponsal en Moscú ahora mismo —gritó el editor, mientras colgaba el teléfono de golpe—. Necesito un café solo y al jefe de redacción.

Un hombre, plácidamente dormido, se despertó con el teléfono sonando en su mesita de noche. Lo descolgó y oyó una voz familiar, que parecía no saber si era de día o de noche. «Bob», le espetó el editor, «dirígete cuanto antes al aeropuerto de Sheremetyevo con un fotógrafo. Una saltadora de altura olímpica llamada Natasha Korova viajará en el vuelo procedente del aeropuerto de Gatwick, acompañada por un agente del GRU, y probablemente habrá un par de matones esperándola al pie de la escalera».

El redactor de noticias entró apresuradamente y esperó junto al escritorio hasta que el editor terminó la llamada.

«También quiero una declaración del Ministro de Deportes sobre cómo es posible que una atleta olímpica sea secuestrada durante

una visita a Gran Bretaña y luego llevada de vuelta a Moscú contra su voluntad».

—Estará en la cama —dijo Bob mientras retiraba la sábana.

—Entonces despiértalo —dijo el editor. Colgó el teléfono de golpe y miró al redactor de noticias que estaba de pie frente a él.

«Sigan con la historia de la fuga durante las dos primeras ediciones, pero prepárense para ocupar toda la portada, porque tengo una exclusiva aún mayor. Les tendré noticias en los próximos minutos».

—¿Puedo bloquear un titular? —preguntó el editor de noticias.

«"Secuestrados a plena luz del día"», dijo el editor, quien hizo una breve pausa antes de añadir: «No, cámbielo por "Secuestro Olímpico"».

• • •

Artemisia llegó al andén justo antes de que el Gatwick Express partiera hacia Victoria. Subió a bordo y encontró a Alain sentado solo en un rincón, con la cabeza gacha y lágrimas corriendo por sus mejillas. Le pasó un brazo por el hombro, pero no interrumpió sus pensamientos.

Fue al bajar del tren en Victoria cuando Artemisia la vio: una mujer menuda de origen asiático caminaba rápidamente hacia la barrera de acceso. Intentó recordar dónde la había visto por última vez, y entonces lo recordó. Estaba en una silla de ruedas.

Le tomó una fotografía mientras desaparecía bajo tierra.

# CAPÍTULO 23

## Martes, 7 de agosto – día 12 de los Juegos

El informe preliminar del comandante Sinclair sobre la trágica muerte del sargento Roycroft llegó al escritorio del subcomisionado menos de cuarenta y ocho horas después.

El Halcón se tomó un momento para ordenar sus ideas. No solo había perdido a un colega excepcional, sino también a un amigo de muchos años.

Todos conocían los riesgos que corría un policía a diario, pero nunca imaginabas que le pudiera pasar a alguien conocido. Pero también sabía lo que Jackie esperaría de él, y no era que guardara luto.

El Comisionado Adjunto tomó el informe de Sinclair y abrió la página en la primera.

Tuvo que admitir que se trataba de un trabajo totalmente profesional, aunque estuviera teñido de prejuicios.

Repasó una vez más las recomendaciones de Sinclair.

1. El comandante Warwick debería ser suspendido por no haber hecho que los funcionarios de aduanas examinaran la caja de zapatos cuando Faulkner regresó de Helsinki.
2. El sargento Hogan debería ser destituido de inmediato, ya que no logró detener a Petrov ni asegurar la caja mientras ambos se encontraban en el parque, antes de que la caja fuera entregada a Faulkner. De haberlo hecho, concluyó Sinclair, el sargento Roycroft podría seguir con vida.
3. En su opinión, el inspector Adaja y el sargento Pankhurst habían desempeñado sus funciones de manera ejemplar y,

una vez finalizados los Juegos, se les debería conceder una licencia prolongada sin pérdida de sueldo.

Sinclair resumió con estas palabras: dadas las circunstancias inusuales, el Comisionado Adjunto Hawksby debería asumir la responsabilidad de Comandante de Oro con efecto inmediato, con el Inspector Adaja como su segundo al mando, hasta después de la ceremonia de clausura, teniendo en cuenta hasta dónde podrían estar dispuestos a llegar los autores de este crimen para lograr su propósito final, sea cual sea ese propósito.

Cerró el expediente y pidió a su secretaria que convocara al equipo de inmediato, ya que había decidido exactamente qué medidas tomaría.

Unos minutos después llamaron a la puerta, y tras decir "adelante", el comandante Warwick, Ross, Paul y Rebecca entraron en la habitación y tomaron asiento alrededor de la mesa del subcomisario.

—Todos habréis leído el informe del comandante Sinclair —dijo el Halcón—, y sin duda os habréis formado vuestras propias opiniones —continuó, mirando directamente a William.

—Empecemos por lo obvio —dijo William—. La muerte de Jackie claramente no fue un accidente, y desde luego no fue un suicidio.

Nadie sugirió lo contrario.

«También sabemos —continuó, mirando una copia del informe de Sinclair— que se vio a una mujer asiática de pie detrás de Jackie momentos antes de que la empujaran a las vías frente al tren que se aproximaba, sin darle ninguna posibilidad de sobrevivir. De hecho, la mujer en cuestión desapareció después, dejando a todos los demás en el andén en estado de shock».

—Todo eso consta en el informe de Sinclair —interrumpió el Halcón—, junto con el hecho de que en ese momento usted tenía a Petrov bajo vigilancia y, una vez más, no logró detenerlo ni apoderarse de la caja antes de que se la entregara a Faulkner. Y para colmo...

—No hace falta que me lo recuerdes —dijo Paul.

«Cuando Paul por fin tuvo la caja en sus manos», dijo el Halcón, ignorando el comentario, «estaba vacía. Un detalle que Sinclair recalcó en mayúsculas, por si acaso se me había pasado por alto, así que me veo obligado a preguntar si hay alguna buena noticia, preferiblemente algo que Sinclair desconozca».

—Sí —dijo William—. Algo que compré esta mañana en el desayuno.

Todas las miradas estaban puestas ahora en William.

Cualquiera que lea el Daily Mail sabrá que mi hija estaba ayer en el aeropuerto de Gatwick cuando Natasha Korova fue secuestrada y llevada a la fuerza a Moscú. Sin embargo, lo que no saben es que, mientras Arte viajaba en el Gatwick Express hacia el aeropuerto, vio a una mujer asiática en silla de ruedas con su cuidadora. No le habría dado mayor importancia si no hubiera visto a la misma mujer al regresar a la estación Victoria esa misma tarde, caminando rápidamente hacia la barrera de acceso, sin silla de ruedas ni cuidadora.

El resto del equipo permaneció en silencio.

«Sin embargo, Arte logró sacarle una foto antes de que desapareciera bajo tierra».

William repartió una foto de una mujer; aunque estaba de espaldas al fotógrafo, era imposible no ver el tatuaje de un escorpión en su cuello.

«De tal palo, tal astilla», comentó el Halcón.

«Y la cosa mejora», dijo William. «Cuando le enseñé a Artemisia una fotografía de Sergei Petrov, enseguida lo identificó como el "cuidador" que había visto en el tren con la mujer en silla de ruedas».

«Así que ahora sabemos quién acompañó a Natasha Korova de regreso a Moscú», dijo el Halcón.

«Pero lo que no sabemos», dijo William, «es si se quedará aquí o si es probable que regrese al Reino Unido con otro nombre».

Ross fue el primero en dar su opinión. «Habrá estado en el primer vuelo de regreso».

—En definitiva —dijo el Halcón—, creo que sería prudente no abrumar al comandante Sinclair con toda esta información hasta

después de la ceremonia de clausura, con la esperanza de que nos dé tiempo suficiente para solucionar la situación.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Rebecca.

«Todos acabaréis en la Torre con Sinclair como Gobernador de las Llaves».

—Eso ya es suficiente incentivo —dijo William.

«Teniendo esto en cuenta», dijo el Halcón, «mi intención es aceptar la recomendación de Sinclair de asumir el mando general del Orden Público y el Apoyo Operativo durante el resto de los Juegos. Sin embargo, el Comandante Warwick seguirá siendo el Comandante de Oro sobre el terreno, con el Inspector Jefe Adaja como su segundo al mando. La Sargento Pankhurst ascenderá a Inspectora y continuará con sus funciones actuales. El Sargento Hogan —hizo una pausa antes de dedicarle a Ross una media sonrisa— ascenderá a Inspector y trabajará de incógnito con la esperanza de detener al criminal responsable de la muerte de Jackie y llevarlo ante la justicia. Su ascenso no se publicará en el boletín oficial».

El Comisionado Adjunto hizo una pausa y miró lentamente a su alrededor antes de decir: «Esta es, sin duda, la mejor manera de honrar a nuestro compañero caído. Guardaremos un minuto de silencio en memoria de nuestro querido amigo y luego haremos lo que Jackie hubiera esperado de nosotros: seguir adelante con nuestro trabajo».

Todos permanecieron en silencio, con la cabeza gacha. Rebecca intentó con todas sus fuerzas contener las lágrimas, y tal vez lo habría logrado si no se hubiera girado y visto que el Comisionado Adjunto también lloraba.

# LIBRO TRES

# CAPÍTULO 24

## Martes, 7 de agosto – día 11 de los Juegos

Cuando Petrov llegó al aeropuerto de Heathrow menos de veinticuatro horas después de haber abandonado el país, presentó un pasaporte diferente en la aduana. El Sr. Petrov fue llevado directamente a la embajada, donde el embajador y Faulkner lo esperaban.

«A Moscú no le agrada la decisión que Sun Anqi tomó el domingo sin consultarnos. Tenían la impresión de que estábamos trabajando en equipo».

«Esa mujer es una solitaria, no sabe trabajar en equipo», dijo Mikailov, mientras miraba los periódicos de la mañana que estaban extendidos sobre su escritorio.

Petrov intentó leer los titulares al revés.

«No son noticias agradables», dijo el embajador. «Primero Roycroft, luego la historia de Natasha Korova. El Daily Mail especula que la muerte de Roycroft forma parte de un complot mayor para sabotear los Juegos Olímpicos, y ya están dando pistas sobre quiénes podrían ser los responsables. Hasta ahora, no estamos entre los sospechosos, pero a los chinos no les va a gustar nada».

«Sun Anqi afirma», dijo Petrov, «que si no hubiera eliminado a Roycroft, habría tenido que cancelar todo su plan para la ceremonia de clausura, ya que nadie podría haberla sustituido, y eso habría significado que años de preparación se hubieran ido al traste».

—Usted trabajó estrechamente con ella en el secuestro de Natasha Korova —dijo Mikailov—, ¿le contó ella lo que tenía planeado?

—No —admitió Petrov—. Solo quería advertirme de que no sería prudente que usted o algún miembro de su familia asistieran a la ceremonia de clausura.

—Entonces tendré que soportar un resfriado diplomático —dijo el embajador—, mientras usted nunca regresa de Moscú.

—¿Alguna novedad sobre el repunte de casos durante mi ausencia? —preguntó Petrov.

«Se había seleccionado a un oficial italiano de recolección de muestras para analizar al ganador de los diez mil metros», dijo Faulkner, hablando por primera vez. «Sin embargo, cuando encontró un sobre en su casillero con diez mil libras, sufrió repentinamente un malestar estomacal y, siguiendo el consejo de su médico, tuvo que guardar cama el resto del día. Por suerte, un funcionario ruso estaba disponible para reemplazarlo con poca antelación», les aseguró Faulkner. «Una hora después», continuó, «el oficial brasileño de recolección de muestras no se presentó, tras encontrarse con una masajista china que creía en los finales felices. Un observador chino se ofreció amablemente a prestar sus servicios cuando necesitaron un reemplazo de última hora».

• • •

Los resultados de las pruebas antidopaje del día llegaron al presidente del Comité Organizador de los Juegos de Londres poco antes de la medianoche. Lord Coe insistió en que se realizaran más pruebas y, tras conocer los resultados, solicitó una tercera, algo que el profesor nunca había hecho antes. Al revelarse los mismos resultados, Lord Coe llamó a Sir Julian, poco después de las tres de la madrugada, para pedirle consejo.

Sir Julian escuchó atentamente lo que el presidente de los Juegos tenía que decir, mientras tomaba notas detalladas en la libreta que tenía junto a su mesita de noche. Luego, convocó a Lord Coe a sus aposentos en Lincoln’s Inn Fields y le indicó quién más consideraba que debía estar presente en la reunión.

Cuatro personas se despertaron en los siguientes veinte minutos. Las cuatro reconocieron que se trataba de una emergencia y

confirmaron que llegarían a Lincoln's Inn Fields lo antes posible. Una fue llevada en un coche oficial de los Juegos, otra tomó un taxi, la tercera condujo su propio coche, mientras que la cuarta pedaleó con todas sus fuerzas desde Fulham.

Tras colgar el teléfono, Sir Julian se dio una ducha fría y se vistió como si fuera a asistir a una conferencia matutina, que era precisamente lo que iba a hacer. Resulta que eran las cuatro de la mañana. Caminó la corta distancia que separaba su apartamento en Lincoln's Inn Fields de sus aposentos, al otro lado de la plaza.

Tras recoger cinco libretas y media docena de rotuladores de su despacho, abrió la sala de consultas. Normalmente había que reservarla con antelación con el secretario de la cámara, pero no en plena noche. Tomó asiento a la cabecera de la mesa y empezó a repasar sus notas, subrayando los puntos más importantes que había mencionado el presidente, cuando la primera persona que llegó lo interrumpió.

—Buenos días, señor Julian —dijo un joven sin aliento.

—Buenos días, Peter —respondió—. Necesitaré que tomes notas detalladas de todo lo que se diga en la reunión; una copia la dejarás en mi escritorio antes de que regreses a casa.

—Por supuesto, señor —dijo Peter, justo cuando llamaban a la puerta.

Lord Coe parecía no haber dormido en los últimos diez días, y ahora se esperaba que resolviera una emergencia que podría echar por tierra siete años de trabajo dedicado. Julian se compadeció del pobre hombre. Sin embargo, aceptó que, como juez olímpico de mayor rango, se esperaba que ofreciera un consejo imparcial y que no se dejara influir por sentimientos personales.

«Debo disculparme por pedirle que acepte esta reunión con tan poca antelación», dijo Coe después de que ambos se dieran la mano, «pero el tiempo no está precisamente de mi lado si tengo que presidir la rueda de prensa diaria a las diez, por no hablar de la ceremonia de entrega de medallas que está prevista para esta tarde».

—De acuerdo —dijo Sir Julian—. ¿Puedo sugerirle que se siente a mi derecha y que el profesor se siente a mi izquierda? Sir Keith

puede sentarse a su lado, mientras que el comandante Warwick puede sentarse junto al profesor.

Apenas el jefe de la cámara hizo esta sugerencia, apareció el profesor Cowan, seguido poco después por Sir Keith Mills, vicepresidente de los Juegos. El comandante fue el último en llegar, pero claro, venía del Parque Olímpico. Sir Julian no recordaba cuándo había visto a su hijo sin afeitar por última vez.

—Permítanme comenzar —dijo Sir Julian, una vez que se presentaron y todos se sentaron— agradeciéndoles su asistencia a esta reunión con tan poca antelación. Sin embargo, ninguno de nosotros puede dudar de la gravedad de la situación y de las consecuencias que tendría para todos los implicados si tomáramos una decisión equivocada.

Nadie se opuso.

«Presido esta reunión», continuó Sir Julian, «en mi calidad de juez olímpico honorario. Mi deber es escuchar atentamente lo que todos tienen que decir antes de emitir mi veredicto. Por ello, tal vez sería conveniente pedirle al profesor Cowan que haga una declaración inicial». Evitó decir «en nombre de la Corona».

El profesor se enderezó en su silla y colocó un grueso archivo sobre la mesa antes de hablar. «Buenos días, caballeros», dijo, y como eran las cuatro y once, era una afirmación correcta. «Mis responsabilidades, como sabrán, se limitan a analizar las muestras de orina de los atletas que han pasado a la siguiente ronda o han ganado medallas en su prueba. Puede que le interese al comité saber que, hasta la fecha, solo tres competidores han sido descalificados durante los Juegos. Dos atletas turcos, tras las semifinales de halterofilia, y un boxeador de peso pesado de Colombia. Sin embargo, tras los eventos que tuvieron lugar ayer en el estadio principal», continuó el profesor, «se enviaron más de cien muestras de orina a mi laboratorio en Harlow para su análisis, y puedo informar que dos contenían sustancias prohibidas».

Nadie interrumpió mientras esperaban a escuchar los nombres de los dos atletas involucrados.

«No les sorprenderá saber que mi equipo de científicos altamente capacitados revisó y volvió a revisar, de hecho, revisó tres veces por

insistencia de Lord Coe, tanto la muestra A como la B de los atletas en cuestión. Lamentablemente, confirmaron que ambas muestras contenían Turinabol, una sustancia prohibida según el código olímpico revisado». Ocho ojos lo observaban atentamente, esperando escuchar los nombres. «Los atletas involucrados», dijo, «eran Usain Bolt y Mo Farah».

«No me lo creo», fue la reacción inmediata de Sir Keith.

«No quiero creerlo», dijo Seb Coe, «pero tras haber liderado una cruzada contra los tramposos que se dopan después de la descalificación de Ben Johnson en Seúl, no me queda más remedio que anunciar en la rueda de prensa de la mañana, dentro de unas horas, que ambos atletas en cuestión han sido descalificados y no participarán más en los Juegos».

«Pero Bolt acaba de clasificarse para la final de los cien metros y es el gran favorito para ganar», dijo Sir Keith, «y si Farah lograra el doblete, con victorias tanto en los diez mil metros como en los cinco mil más adelante en la semana, se uniría a un grupo de élite, convirtiéndose en parte de la historia olímpica».

«Antes de adelantarnos a los acontecimientos», dijo Sir Julian, «quizás se me permita hacerle al profesor algunas preguntas obvias, como le haría a cualquier cliente, con la esperanza de encontrar un punto débil en el argumento de la fiscalía».

El profesor asintió.

«Si un atleta gana una medalla, una de oro como la que consiguió Mo Farah ayer por la tarde en los 10.000 metros, o si un atleta pasa a la siguiente ronda, como Usain Bolt, se le somete automáticamente a una prueba para comprobar si ha consumido alguna sustancia prohibida que le descalificaría para seguir participando en los Juegos. ¿Es correcto?»

—Exactamente —dijo el profesor, como si se dirigiera a uno de sus alumnos más brillantes.

—¿Pero cómo se realiza esa prueba? —preguntó Sir Julian.

«El atleta en cuestión es acompañado a una zona de pruebas, donde debe proporcionar una muestra de sangre o de orina», explicó el profesor. «Si opta por proporcionar una muestra de orina, un oficial de toma de muestras especialmente capacitado

supervisará la toma y transferirá la orina del recipiente de recolección a dos frascos, etiquetados como A y B. Estos se sellan y etiquetan antes de ser enviados por una furgoneta de mensajería especial al centro de control antidopaje en Harlow. La muestra A se analiza, mientras que la muestra B se almacena por si se requieren análisis adicionales».

—¿Y cómo se eligen a estos responsables de la toma de muestras? —preguntó Sir Julian.

«Son funcionarios independientes de un país neutral, asignados por turnos», explicó Coe. «Todos ellos tienen una vasta experiencia en el terreno y fueron evaluados exhaustivamente mucho antes de la inauguración de los Juegos».

—¿Puedo preguntar quiénes eran los dos oficiales de la SCO en esta ocasión? —preguntó Sir Julian.

Sir Keith comenzó a teclear en su iPad mientras los demás esperaban. «En el caso de Usain Bolt, fue un ruso llamado Igor Semolov y, para Farah», continuó tecleando, «Jin Chun Dhang, el representante oficial chino».

—Qué interesante —dijo William, hablando por primera vez.

Sir Julian miró a su hijo. —¿Qué sugieres, comandante?

«Ya hemos comprobado, a nuestro pesar», dijo William, «que los rusos tienen un interés personal en sabotear los Juegos Olímpicos de Londres».

—Detalles, comandante —exigió Sir Julian, como si estuviera interrogando a un testigo hostil.

«Incluso antes de la ceremonia de apertura, mi equipo y yo tuvimos que lidiar con diversos incidentes, sin duda orquestados por los rusos. Ha quedado meridianamente claro que consideran que los Juegos Olímpicos son un nombre inapropiado y que la palabra "Olímpicos" debería sustituirse por "Guerra". Si Bolt y Farah fueran descalificados, eso sería lo único por lo que se recordarían los Juegos de Londres. Todo nuestro esfuerzo y nuestros éxitos se olvidarían de la noche a la mañana. Pregúntenle a cualquier canadiense.»

«Supongo que todos leyeron el artículo del Daily Mail sobre la saltadora de altura rusa Natasha Korova, que no hizo más que

confirmar algo que sospechábamos desde hace años», intervino Sir Keith. «Es decir, que los rusos tienen un programa de dopaje patrocinado por el Estado, con el único propósito de ganar el mayor número de medallas posible, preferiblemente de oro».

William reprimió una sonrisa. Estaba orgulloso de su hija. Había desenmascarado a los rusos con mucha más contundencia que mil funcionarios.

«Sospechamos que los rusos podrían estar colaborando con los chinos», replicó William. «No han ocultado su deseo de que los Juegos de Pekín parezcan un triunfo en comparación con los de Londres».

—Nada de esto sería admisible como prueba en un tribunal de justicia —dijo Sir Julian—, como bien sabe usted, Comandante.

—Posiblemente no —dijo William, negándose a ceder—, pero me interesaría mucho saber si estos responsables de la toma de muestras fueron la primera opción.

—Eso debería ser bastante fácil de comprobar —dijo Sir Keith, mientras volvía a teclear en su iPad. Unos instantes después, frunció el ceño—. Puede que el Comandante tenga razón, Sir Julian, porque ninguno de los dos figuraba originalmente en la lista de turnos diarios.

«Entonces, ¿quién debería haber realizado las pruebas?», preguntó Sir Julian.

«En el caso de Mo Farah», dijo Sir Keith, «el observador designado era un italiano llamado Tony Cressi, que llamó a primera hora de la tarde para decir que no se encontraba bien».

—¿Por qué no me sorprende? —dijo William en voz alta, para que todos lo oyeran.

Sir Julian frunció el ceño. —¿Y Bolt? —preguntó.

«Su observador debería haber sido un funcionario brasileño, que no se presentó».

«¿No les parece una coincidencia que los dos delegados que observaban a los atletas que dieron positivo resultaran ser sustituciones de última hora?», dijo William, «y, ¡sorpresa!, ¡sorpresa!, uno resultó ser ruso y el otro chino. No tengo nada más que añadir».

—Solo si tiene pruebas —dijo Sir Julian—, y no debería tener que recordárselo, Comandante, la coincidencia no es evidencia, por mucho que usted quiera que lo sea.

William quiso protestar, pero sabía que su padre tenía razón. Permaneció en silencio.

«Por mucho que todos queramos creer que los dos atletas implicados son inocentes», continuó Sir Julian, «no puedo desestimar fácilmente las conclusiones del profesor Cowan, una de las autoridades más eminentes y respetadas en su campo, y mi principal responsabilidad como juez olímpico es guiarme únicamente por los hechos de este caso. Lo cierto es que ambos atletas, por muy famosos que sean, dieron positivo por Turinabol, una sustancia prohibida según el reglamento olímpico».

Un silencio sombrío se apoderó de los que estaban sentados alrededor de la mesa mientras esperaban a que el juez dictara su veredicto.

—Por lo tanto, no me queda más remedio que… —concluyó Sir Julian cuando alguien alzó la mano con timidez—. ¿Querías decir algo, Peter?

—Tengo una pregunta, señor.

Todas las miradas se dirigieron al joven sentado en el extremo opuesto de la mesa, que hasta entonces solo había estado tomando notas.

Sir Julian asintió una vez más.

«Supongamos por un momento que ambos atletas son inocentes», dijo Peter. «Si lo son, creo que he encontrado la manera de demostrarlo».

Los hombres mayores sentados alrededor de la mesa ahora escuchaban con atención cada palabra del joven.

«Ambos atletas tienen previsto competir de nuevo en los próximos días», dijo Peter, mirando el calendario de eventos que tenía delante. «Bolt en la final de los cien metros esta tarde, y Farah en la primera ronda de los cinco mil mañana. Así que mi pregunta es» —Peter miró directamente al profesor— «si ambos consumieron Turinabol, ¿volvería a detectarse en el próximo control antidopaje?».

«Sin duda alguna», respondió el profesor de inmediato. «El turinabol sería detectable en la orina durante al menos una semana más, posiblemente dos. Sin embargo, las directrices olímpicas al respecto no admiten ambigüedades». Hojeó un pequeño reglamento de cuero negro que tenía delante, deteniéndose solo cuando encontró la entrada que necesitaba. «Si se demuestra que algún atleta ha consumido una sustancia ilegal, será suspendido automáticamente en espera de una investigación», leyó.

«Entonces volvemos al punto de partida», dijo Coe.

«Posiblemente no», sugirió Sir Julian, «porque como juez olímpico, tengo la autoridad para suspender una sanción mientras se lleva a cabo una investigación. Nada me impide realizar dicha investigación e informar a este comité en, digamos, cuarenta y ocho horas, después de que ambos atletas involucrados hayan competido en la siguiente ronda».

—¿Pero quién realizará la observación esta vez? —preguntó William.

—Lo haré —dijo el profesor sin dudarlo—, y si descubro que uno o ambos atletas dan positivo por Turinabol o cualquier otra sustancia ilegal, deberán ser descalificados sin más discusión.

—De acuerdo —dijo Coe—, pero eso no me impedirá arrodillarme y rezar durante las próximas cuarenta y ocho horas.

«En ese caso, necesitarás un obispo y no un juez para que te asesore», sugirió Sir Julian.

Se desató la risa, donde momentos antes el humor parecía imposible.

—Debo agradecerle, señor Julian, su sabio consejo —dijo Coe—, por el cual este comité le estará eternamente agradecido.

—Esperemos —dijo Sir Julian— que «eternamente» sea la palabra adecuada. Sin embargo, no es a mí a quien debéis agradecer, sino a mi subalterno.

El resto del comité se giró hacia Peter y comenzó a aplaudir.

—¡Basta ya! —exclamó Sir Julian, alzando la mano—. No debo permitir que se le suba a la cabeza a mi nieto.

—No tenía ni idea de que fuera tu nieto —dijo Coe, dedicándole a Peter una cálida sonrisa.

—No tienes ni idea —dijo Sir Julian, mirando al Comandante.

• • •

Artemisia rompió a llorar al ver la misma fotografía en la portada de casi todos los periódicos a la mañana siguiente. El primer día, su historia se había publicado exclusivamente en el Daily Mail, pero ahora todos los demás periódicos la habían retomado.

Se quedó mirando la imagen de una joven que bajaba de un vuelo de Aeroflot que acababa de aterrizar en Moscú. La recibieron dos matones que no necesitaban las siglas GRU impresas en sus espaldas para saber a qué equipo representaban.

Su editor parecía encantado de que a los demás periódicos no les hubiera quedado más remedio que hacerse eco de su exclusiva.

El Evening Standard publicó en su portada la declaración del ministro ruso de Deportes:

Natasha Korova, una de las atletas más admiradas y respetadas de Rusia, tuvo que abandonar los Juegos Olímpicos y regresar a Moscú al enterarse de que su madre había sufrido un derrame cerebral. Natasha se encuentra ahora al lado de su madre junto al resto de la familia. Espera que la prensa respete su privacidad.

«¿Alguien se va a creer semejante tontería?», le preguntó Artemisia a Robert durante el desayuno, después de haber leído el artículo por segunda vez.

«Ha sido escrito para el consumo interno», respondió Robert, «y como el Daily Mail no tendrá una gran tirada en Moscú, pueden mantener la verdad bien oculta a sus propios ciudadanos».

«Se arrepentirán», dijo Artemisia.

—Ah —dijo Robert—, ¿así que ahora vas a enfrentarte a Putin?

«No puede ser peor que mi editor». Artemisia dejó su taza de té. «Es tan injusto».

—Lo sé —dijo Robert, rodeándola suavemente con un brazo por los hombros—. Pero el mundo real no es justo, pregúntenle a cualquier político.

«Pero siento que les he fallado».

—Hiciste todo lo que pudiste —dijo Robert, tratando de consolarla —, y Natasha dejó claro que su padre quería que los desenmascarara.

«No ha sido suficiente». Se enderezó y se secó una lágrima. «Pero aún no he terminado. Alain y yo hemos acordado mantenernos en contacto, y si hay algo que podamos hacer para ayudar a Natasha, lo haremos. Seguiré luchando por ellos el tiempo que haga falta. De hecho», declaró, «no estaré satisfecha hasta que finalmente asistamos a su boda».

—O asisten a la nuestra —dijo Robert.

Artemisia lo miró en silencio por un instante, momento que Robert aprovechó.

Cayó de rodillas, sacó una pequeña caja de cuero de un bolsillo interior y dijo: «Artemisia, te adoro y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Solo espero que aceptes ser mi esposa».

Artemisia permaneció en silencio mientras Robert abría la caja de cuero y dejaba al descubierto un pequeño anillo de diamantes. No se movió, esperando su respuesta.

—Por supuesto que sí —respondió Artemisia—. Simplemente me sorprende que hayas tardado tanto.

# CAPÍTULO 25

## Jueves 9 de agosto – día 14 de los Juegos

—¿Has oído las noticias? —preguntó Christina mientras se servía una taza de café.

—No —dijo Wilbur, mirando por encima del ejemplar del New York Times de ayer—. ¿Qué has estado haciendo últimamente? —preguntó—. ¿Por fin has matado a tu exmarido?

—Buena idea —dijo Christina—, pero eso tendrá que esperar hasta después de la reunión de la junta directiva de esta noche. No, es Artemisia, y de hecho son dos buenas noticias. Primero, Beth me dice que ella y Robert por fin se han comprometido, y segundo, Artemisia ha conseguido su segunda exclusiva de primera plana. Christina le entregó a Wilbur su ejemplar del Daily Mail.

Wilbur leyó el artículo con calma, y su sonrisa se ensanchaba con cada párrafo. «El New York Times lleva un año informando sobre sus sospechas acerca de los rusos», dijo, «y ahora Artemisia los ha desmentido».

—Por supuesto que sí —dijo Christina—. Es hija de su madre.

—Creo que descubrirás —dijo Wilbur— que William estuvo involucrado de alguna manera en su creación, pero estoy de acuerdo en que Arte debería estar orgullosa, porque su artículo es un ejemplo de primera clase de periodismo de investigación.

«Aunque el resultado final la entristecerá», dijo Christina. «Solo Dios sabe dónde estará esa valiente joven mientras nosotros disfrutamos de un café y unos cruasanes en Chelsea».

«Eso no es culpa de Artemisia», dijo Wilbur. «Ella no fue quien decidió denunciar su sistema corrupto, y la Sra. Korova era muy consciente del riesgo que corría».

Christina suspiró. «Artemisia no lo verá así, pero me alegra que tenga a Robert para consolarla. Creo que la llamaré».

—Y no olvides felicitarla también —dijo Wilbur mientras le servía una taza de café a su esposa—. Y me atrevo a preguntar —continuó, cambiando de tema—, si aún no has asesinado a tu exmarido, ¿has decidido si lo apoyas en su deseo de unirse a la junta directiva del Fitzmolean?

«No me decido», admitió Christina mientras rompía un huevo. «Tengo que preguntarme: si intentara impedir que entrara en la junta directiva, ¿estaría poniendo en peligro las posibilidades del museo de heredar una colección privada única?»

—Apuesto a que esa oferta no es más que un espadín para pescar una caballa, y estás a punto de descubrir cuántas caballas tienes en tu lista. —dijo Wilbur.

«Pero mi mandato termina en diciembre», le recordó Christina, «así que ¿tengo derecho a intentar impedir que se una a la junta directiva? Aunque no me cabe duda de que Miles tiene un motivo oculto para querer ser miembro de la junta».

Wilbur finalmente dejó el periódico, se bebió el café de un trago y dijo: "¿Como qué?".

—Si lo supiera, cariño —dijo Christina—, sabría cómo votar.

• • •

—Lamento —dijo Christina— que haya sido necesario convocar esta reunión de emergencia de la junta directiva con tan poca antelación, pero cuando sepan el motivo, creo que estarán de acuerdo en que, como presidenta, no me quedaba mucha opción.

Los ocho miembros de la junta directiva permanecieron sentados en silencio alrededor de la mesa, escuchando atentamente.

—Le pediré a nuestro director que les informe —dijo Christina.

Beth estaba sentada en su sitio habitual, al final de la mesa. Abrió el archivo que tenía delante y empezó a leer una declaración bien redactada. «Como todos saben, como parte de nuestra exposición olímpica, tenemos en préstamo un autorretrato de Vincent Van Gogh. Desde que recibimos el cuadro, la Embajada rusa nos ha

informado de que, una vez finalizada la exposición, esta obra en particular no debe devolverse a San Petersburgo con el resto de la colección del Hermitage, sino que debe entregarse nada menos que al señor Miles Faulkner».

Christina notó que uno o dos miembros de la junta no parecían sorprendidos, mientras que los demás comenzaron a charlar entre ellos.

Pasó algún tiempo antes de que las cosas se calmaran lo suficiente como para que Christina retomara el control. «Como todos saben», comenzó, «Miles Faulkner es mi exmarido, y les aseguro que no es un hombre con el que se deba jugar a la ligera. Ha estado en prisión por varios delitos en el pasado, aunque —debo admitir— hace ya algunos años». Hizo una larga pausa antes de añadir: «También le ha escrito una carta al director sobre el cuadro de Van Gogh, de la que deberían estar al tanto».

Los miembros estaban ahora sentados al borde de sus asientos.

Christina miró a Beth, que sustituyó una carta por otra. «El señor Faulkner me ha escrito para avisarme de que hará los arreglos necesarios para recoger el cuadro de Van Gogh cuando nos venga bien. Añadió que no tenía prisa, por si deseábamos seguir exponiéndolo».

«¡Qué generoso de su parte!», comentó un miembro de la junta directiva, que era muy consciente de lo que iba a suceder a continuación.

«A continuación, Beth continuó leyendo directamente de la carta: "Él decía que seguía siendo un gran admirador del Fitzmolean y que, teniendo esto en cuenta, había decidido reescribir su testamento y legar toda su colección al museo"».

«¡Bravo!», exclamó un miembro de la junta, quizás con demasiada fuerza, mientras otros dos empezaban a aplaudir. Beth tardó un buen rato en poder leer el último párrafo de la carta.

«Sin embargo, esta oferta tiene una condición», dijo, lo que rápidamente hizo que los miembros de la junta volvieran al orden. Volvió a leer la carta. «El Sr. Faulkner espera que, dadas las circunstancias, consideren invitarlo a unirse a la junta».

Esto provocó un alboroto aún mayor, que dejó a Christina sin ninguna duda de que la junta estaba dividida.

«Por supuesto, la oferta es increíblemente generosa», admitió Christina una vez restablecido el orden, «pero debemos recordar que el señor Faulkner tiene la potestad de modificar su testamento en cualquier momento en el futuro». No añadió: «Como, según tengo entendido, ha hecho en varias ocasiones en el pasado».

«Yo, por mi parte», dijo Lady Morland, «estoy dispuesta a creerle al señor Faulkner, y me veo obligada a preguntarle si hay alguna razón para creer que no ha hecho la oferta de buena fe».

«Que yo sepa, no», admitió Christina, «pero personalmente no me siento segura de que podamos contar con eso en el futuro. Sin embargo, como dejaré mi cargo de presidenta a finales de año, pensé que debía dejar que la junta directiva tomara una decisión tan trascendental». Luego se dirigió al secretario de la empresa. «Dadas las circunstancias, señor Parker, quizás usted podría orientarnos sobre el procedimiento que debemos seguir».

«Señor Presidente, me gustaría dejar claro desde el principio —dijo el secretario de la empresa, poniéndose de pie— que esta decisión no puede tomarse con un solo voto, sino que requerirá que el consejo vote dos veces. Primero, para decidir si aceptamos la generosa oferta del Sr. Faulkner de donar su colección al museo, y luego, si el consejo está de acuerdo, será necesaria una segunda votación para determinar si se invita al Sr. Faulkner a formar parte del consejo».

—Me temo que una cosa depende de la otra —dijo Christina en voz baja—, pero al menos averigüemos si este asunto se puede resolver fácilmente.

—Necesitaré a alguien que proponga la primera moción —dijo la secretaria de la junta.

Una mano se alzó rápidamente.

—La señora McBride —dijo, anotando su nombre en el libro de actas—, y un segundo.

Lady Morland no dudó en levantar la mano.

La secretaria añadió su nombre antes de que él levantara la vista y preguntara: «¿Quiénes están a favor de aceptar la oferta del señor

Faulkner de donar su colección al museo en su testamento?».

Cinco personas levantaron la mano inmediatamente.

¿Los que están en contra?

Una sola mano se alzó.

«Declaro que la moción ha sido aprobada por cinco votos contra uno, con tres abstenciones», declaró Parker.

El murmullo volvió a estallar, pero cesó rápidamente cuando Parker continuó hablando.

—La segunda moción —dijo el señor Parker— es que invitemos al señor Faulkner a unirse a la junta directiva. ¿Quiénes están a favor?

Esta vez solo se levantaron tres manos.

'¿Contra?'

Tres manos más se alzaron.

—La segunda moción —dijo la secretaria— ha resultado en un empate de tres votos para cada uno, con tres abstenciones, lo que le deja a usted, señora presidenta, con el voto decisivo.

Tres miembros de la junta directiva parecían satisfechos, ya que estaban seguros de saber de qué lado se posicionaría Christina, mientras que otros tres parecían decepcionados.

«Antes de votar, ¿puedo convencer a alguno de los otros dos abstencionistas de que cambien de opinión?», preguntó Christina, mirando a su alrededor con esperanza. Esperó, pues uno de los miembros pareció dudar, pero, para su consternación, cuatro manos permanecieron firmes bajo la mesa.

«El director —continuó Christina— me había informado detalladamente de la situación, así que he tenido tiempo para considerar mi postura en caso de que la votación crucial terminara en un empate. Dado que mi mandato finaliza en tan solo unos meses, con gran pesar voto a favor de que el Sr. Faulkner sea invitado a unirse al consejo. Solo espero que los beneficios superen mis reservas».

Tras un breve aplauso, el resto de la junta permaneció en silencio.

«Entonces la moción fue aprobada por cuatro votos a favor, tres en contra y dos abstenciones», declaró el secretario de la empresa.

Christina esperó una vez más a que las voces se calmaran antes de preguntar: "¿Hay algún otro asunto que tratar?".

—Sí, señora presidenta —dijo Beth—. En vista de la decisión de la junta directiva, no me ha quedado más remedio que dimitir como directora.

# CAPÍTULO 26

## Viernes, 10 de agosto – día 15 de los Juegos

Sir Julian estaba repasando los detalles de un caso de fraude cuando su secretaria lo llamó para informarle que el profesor Cowan estaba al teléfono.

—Por favor, pásame la llamada, señorita Longstaff —dijo Sir Julian. A lo largo de los años, siempre que Julian había tenido que esperar el veredicto del jurado, había logrado mantenerse tranquilo e impasible. Pero no fue así cuando el profesor se puso al teléfono.

—Buenos días, señor Julian.

¿Cuáles son los resultados de las pruebas? Julian quiso decir, pero se limitó a decir: «Buenos días, profesor».

—Espero que te encuentres bien —dijo el profesor.

—Sí, gracias —dijo Sir Julian—, y espero que usted también.

«Solo me estoy recuperando de un ligero resfriado», dijo el profesor, «pero nada grave».

Julian no respondió por temor a que solo retrasara las cosas.

«Pasemos al motivo de mi llamada». El profesor tosió. «He tenido la oportunidad, junto con dos de mis colegas más experimentados, de revisar minuciosamente las muestras de orina que proporcionó Usain Bolt tras su victoria en la semifinal de los cien metros».

Y, y, y, Sir Julian quería decir, pero de alguna manera permaneció en silencio.

—Debo informar —dijo el profesor— que no hay rastro de Turinabol ni de ninguna otra sustancia prohibida en su orina. Por lo tanto, en mi opinión, puede pasar a la final de mañana sin que su reputación se vea empañada de ninguna manera.

—¡Buenas noticias, sin duda! —exclamó Sir Julian—. ¿Pero qué hay de Mo Farah? —preguntó, ahora al borde de su asiento.

«Eso nos llevó un poco más de tiempo», admitió el profesor, «porque recibimos las muestras de cinco mil metros a última hora de la noche y, lamentablemente», hizo una pausa, «he tenido que descalificar a uno de los competidores».

—¿Era Mo Farah? —insistió Sir Julian, incapaz de contenerse más.

—No, desde luego que no —exclamó el profesor—, fue uno de los rusos. No había nada que indicara que Farah hubiera consumido alguna sustancia ilegal.

Sir Julian suspiró aliviado. «Gracias a Dios».

—Pero sí que tiene un problema —dijo el profesor.

«Pero acabas de decir…»

«Tras ganar los diez mil metros el martes y clasificarse ayer para la semifinal de los cinco mil, lo que, después de tantos empujones y forcejeos, debió de ser una experiencia bastante agotadora», dijo el profesor, «solo puedo preguntarme cuánta energía le quedará al pobre hombre para la final de mañana».

—Sospecho —dijo Sir Julian— que el apoyo del público local, la adrenalina y la idea de ser el primer inglés en la historia de los Juegos Olímpicos en lograr el doblete pueden influir. Pero, si me disculpa, profesor, debería llamar a Lord Coe y a Sir Keith para darles la buena noticia.

—Por supuesto —dijo el profesor—. Y antes de irse, señor Julian, ¿podría transmitirle mis saludos a su nieto? Al fin y al cabo, fue él quien salvó el día.

## Sábado, 11 de agosto – día 16 de los Juegos

—Señor Julian —dijo el juez, ajustándose la toga roja mientras miraba desde el estrado—, creo que este podría ser un momento oportuno para dar por terminada la sesión del día.

—Como desee, mi señoría —dijo Sir Julian.

El juez se dirigió al jurado y dijo: «Voy a terminar un poco antes esta tarde. Ha sido un juicio largo y creo que todos deberían

descansar antes de que empiece mi resumen el lunes».

Los asentimientos y las miradas de aprobación en los rostros de los miembros del jurado sugerían más bien que estaban de acuerdo con el veredicto de Su Señoría.

El juez Camoy se ajustó la toga, se levantó e hizo una reverencia ante el tribunal. Una vez que se marchó, la sala quedó vacía en un tiempo récord.

Sir Julian se dirigió directamente a la sala de los abogados, seguido de Peter. A nadie le sorprendió encontrar el televisor encendido y a sus colegas rodeados de él.

Brendan Foster dio su opinión mientras los finalistas entraban al estadio entre prolongados aplausos. «Hablé con Mo Farah hoy temprano y me dijo que, aunque le gustaría lograr el doblete, después de ganar los diez mil metros a principios de semana y pasar la primera ronda de los cinco mil el miércoles por la mañana, estaba agotado emocional y físicamente. Confesó que dudaba de tener posibilidades reales de ganar una medalla y pidió comprensión a sus seguidores».

• • •

William salió sigilosamente de la Suite Oro, diciéndole a Rebecca que volvería en quince minutos. Ella no tuvo que preguntar por qué. Se reunió con Ross, a quien encontró apoyado en la barandilla de la tribuna inferior, esperando a que el locutor anunciara los nombres de cada competidor y los países que representaban. Si se hubiera declarado la Tercera Guerra Mundial, nadie se habría movido.

El público guardó silencio cuando los quince finalistas se colocaron en la línea de salida. A medida que se mencionaba cada nombre, recibían un respetuoso aplauso, hasta que el locutor anunció: «Número tres, representando a Gran Bretaña, Mo Farah», momento en que todo el estadio se puso de pie al unísono y estalló en un rugido que habría impresionado a un león.

«¡En sus marcas!», declaró el juez de salida, creando un silencio sobrecogedor. «¡Listos!», un segundo después, y cuando sonó el disparo, 160.000 ojos permanecieron fijos en un atleta. Se coló en la

parte trasera del pelotón y completó la primera vuelta en setenta segundos, y William temió que Brendan Foster tuviera razón: estaba exhausto. No fue hasta la tercera de las doce vueltas que Farah se incorporó al grupo de cabeza, corriendo ligeramente abierto para evitar el contacto con otros corredores. Mantuvo esta posición durante tres vueltas más antes de pasar al tercer puesto, detrás de Dejen Gebremeskel y el líder Yenew Alamirew, ambos de Etiopía. Ambos poseedores de récords mundiales.

Para cuando los corredores pasaron la marca de los tres mil metros, ya no quedaba nadie sentado en el estadio.

• • •

El juez Camoy golpeaba su escritorio, tras haber dejado a medias su vaso de whisky. Su secretaria entró apresuradamente, suponiendo que necesitaba algo con urgencia.

Siete hombres y cinco mujeres permanecieron en la sala del jurado, con el único objetivo de emitir un veredicto.

Sir Julian aplaudía, mientras que algunos de sus colegas más jóvenes ya estaban de pie, vitoreando y uniéndose al cántico "Go Mo Go", cuando Farah tomó la delantera por primera vez a falta de setecientos metros.

«¿Se ha adelantado demasiado?», preguntó Brendan Foster a los veintisiete millones de personas que seguían la carrera por televisión. Las calles de Gran Bretaña estaban vacías.

El rugido de la multitud era tal que nadie en el estadio pudo oír la campana que anunciaba la última vuelta. Farah salió disparado a toda velocidad con las piernas frescas de un corredor de cuatrocientos metros, mientras el resto del mundo lo perseguía.

Los contuvo hasta que entró en la recta final, y a cien metros de la meta, pareció cambiar de ritmo. El rugido de la multitud alcanzó su punto álgido y seguramente se escuchó en Hyde Park Corner cuando Farah cruzó la línea de meta, tras completar la última vuelta en 52,9 segundos.

Había conseguido su segunda medalla de oro olímpica en una semana y podía aspirar a la inmortalidad.

Nadie abandonó el estadio mientras el vencedor trotaba lentamente por el exterior de la pista, agradeciendo los vítores de los espectadores que seguían coreando al unísono: "¡Vamos, Mo, vamos!".

La multitud no guardó silencio durante los siguientes treinta minutos, ya que nadie estaba dispuesto a marcharse antes de que tuviera lugar la ceremonia de entrega de medallas.

Una vez colocado el podio en medio de la recta final y los tres medallistas ocuparon sus lugares detrás de él, el público finalmente guardó silencio mientras esperaba que se anunciara el resultado oficial.

«La final de los cinco mil metros», anunció el locutor, «el ganador de la medalla de oro con un tiempo de trece minutos, cuarenta y un coma seis…»

El rugido que estalló entre la multitud fue tan fuerte que nadie escuchó el nombre del ganador, pero fue Mo Farah quien saltó al podio para recibir la medalla de oro.

Las tres jóvenes que portaban las medallas sobre mullidos cojines se adelantaron para recibirlas.

La señora Dagmawit Girmay Berhane, secretaria general del Comité Olímpico Nacional de Etiopía, se inclinó y le dedicó a Jojo una cálida sonrisa antes de recoger la medalla de oro de su cojín, acercarse al podio y colocársela al vencedor. A continuación, entregó a sus dos rivales más cercanos, sus compatriotas, las medallas de plata y bronce.

Justo cuando la multitud pensaba que el momento había pasado, apareció un bufón en la pista: Usain Bolt. Saltó al podio y se unió a Mo, adoptando la conocida pose de "Mo Bot", a lo que Mo respondió con la pose de Usain de "To di World", y por un breve instante, el mundo se unió.

William regresó rápidamente a la Suite Dorada para vigilar a la multitud que se marchaba, mientras que Ross permaneció en la terraza observando a su hija mientras abandonaba su campo de sueños.

El juez se sirvió otro whisky, mientras los miembros del jurado se abrazaban como viejos amigos.

Cuando finalmente apagaron el televisor, Sir Julian se dio la vuelta e hizo una reverencia respetuosa a su compañero.

• • •

Cuando las pruebas de atletismo terminaron esa misma noche, con los estadounidenses ganando una vez más el relevo de cuatro por cuatrocientos metros, William y su equipo ni siquiera se detuvieron a recuperar el aliento mientras comenzaban a prepararse para la ceremonia de clausura.

Momentos después, The Hawk llamó por teléfono para felicitar a William por el papel profesional que él y su equipo habían desempeñado durante los Juegos.

«Soy consciente de que, en palabras de Kipling, en el último mes han tenido que afrontar tanto el triunfo como el desastre, pero puedo asegurarles que estos Juegos Olímpicos serán recordados como un triunfo».

William le dio las gracias a su jefe, pero no le dijo al Comisionado Adjunto que no trataría a esos dos impostores de la misma manera hasta después de la ceremonia de clausura.

Esta noche, saldría a cenar con Beth, intentando que su matrimonio siguiera siendo un cuento de hadas, como diría Artemisia. Mientras tanto, todo el equipo tenía sus misiones asignadas. Ross debía seguir a Faulkner y no perderlo de vista. Paul estaba destinado al embajador ruso, mientras que Rebecca debía vigilar al embajador chino. Si alguno de ellos coincidía, William debía ser informado inmediatamente.

No tenía intención de relajarse hasta que la bandera olímpica hubiera sido entregada al alcalde de Río, los espectadores se hubieran marchado a casa y el estadio estuviera finalmente vacío.

# CAPÍTULO 27

## Sábado, 11 de agosto – día 16 de los Juegos

El resto del día transcurrió sin mayores contratiempos, sin reuniones imprevistas. De hecho, William empezó a preguntarse si se estaba volviendo paranoico y si la ceremonia de clausura resultaría decepcionante. Ojalá así fuera. Pero aún así, no se relajaba.

Al salir del estadio, William paró un taxi, un gasto necesario si no quería llegar tarde a casa de Beth. De hecho, lo primero que le dijo al maître al entrar en Le Caprice fue: «Dígame que llegué antes que mi esposa».

—Usted es el primero en llegar —confirmó el maître mientras acompañaba a William a su mesa, aunque por poco, ya que William acababa de sentarse cuando apareció Beth.

—¿Puedo acompañarla a su mesa, señora? —preguntó el maître.

—Gracias —dijo Beth, que nunca antes había cenado en Le Caprice, y a quien le hizo gracia ver cuántas caras conocidas llenaban la sala.

El maître la condujo a una mesa en la esquina, donde la esperaba su anfitrión. Este se levantó en cuanto la vio.

—Buenas noches —dijo, ofreciéndole la mano—. Me llamo Beth Warwick y tengo la sensación de que nos hemos conocido antes, pero no recuerdo dónde.

—Me lo merecía —dijo William, mientras abrazaba a su esposa—. Pero te prometo compensártelo. Mañana es la ceremonia de clausura y después le entregaré el mando a DI Adaja para los Juegos Paralímpicos.

«Quizás podamos compartir algunos recuerdos entrañables juntos», sugirió Beth, «como la primera vez que nos conocimos,

cómo nos comprometimos, nos casamos y acabamos teniendo dos hijos maravillosos».

—Te adoro —dijo William, mientras le apartaba el asiento.

—Y yo también te quiero —admitió Beth mientras se sentaba—. Pero estoy intentando recordar por qué.

William le tomó la mano, y una sonrisa de preocupación apareció en su lugar, reemplazando la suave reprimenda.

—¿Cómo están todos después de la pérdida de Jackie? —preguntó en voz baja.

—No muy bien —admitió William—. Y no ayuda que el asesino siga en libertad, pero gracias a Arte, al menos tenemos una foto de la sospechosa y una prueba que ni siquiera ella podrá ocultar.

Beth estaba a punto de preguntar qué prueba era esa cuando el maître apareció a su lado. Beth abrió la carta y guardó silencio un instante antes de decir: «Eso fue bastante fácil. Salmón ahumado y ternera piccata, por favor».

¿Y usted, señor?

«El jamón de Parma y el melón, seguidos de un filete de cadera bien hecho», dijo William.

—Tan predecible —suspiró Beth mientras le devolvía la carta al maître.

—¿Y su elección de vino, señor? —preguntó el maître d'.

—¿Por qué no decides tú qué complementará nuestra selección? —dijo Beth dulcemente.

—Bueno, con eso me alcanza para el sueldo del mes que viene —dijo William, mientras el maître hacía una reverencia y desaparecía —. ¿Cómo están los niños?

—Me alegra mucho que hayas preguntado —dijo Beth—, y tu pregunta para empezar es: ¿puedes recordar sus nombres?

—Empecemos con Artemisia —dijo William, siguiéndole el juego.

«Su artículo ha sido reproducido por todos los demás periódicos y parece que seguirá publicándose durante mucho tiempo, algo que quizás te hayas perdido, escondido en tu sótano».

—Le aseguro que no me lo perdí —dijo William—. Pero, ¿le ha ofrecido el editor un trabajo a tiempo completo, como prometió, si conseguía una exclusiva genuina?

—Sí, lo ha hecho —respondió Beth—. Empieza a trabajar como reportera junior al día siguiente de que terminen los Juegos Paralímpicos.

—Bien hecho, Arte —dijo William, alzando un vaso vacío.

«Todavía lucha contra la culpa después de lo que le pasó a Natasha», dijo Beth, mientras le colocaban delante un plato de salmón ahumado cortado en finas lonchas.

—Sospecho —dijo William— que ese es un problema común para los periodistas cuando se enfrentan a semejante dilema. ¿Cómo mantenerse imparciales para que nunca se convierta en algo personal? ¿Sabes que Robert me llamó para pedirme permiso para proponerle matrimonio a Arte?

—¡Qué anticuado es él! —dijo Beth.

—Y que ella estuviera de acuerdo —dijo William—. Muchos jóvenes hoy en día no se preocupan por el matrimonio, y en cuanto a tener hijos…

Volvió a tomar la mano de Beth como si fuera su primera cita.

• • •

Paul estaba sentado en su motocicleta frente a la Embajada rusa, pero no había rastro del embajador. Observó cómo una docena de invitados, vestidos de etiqueta, entraban, para reaparecer un par de horas después y subirse a sus autos para seguir cada uno su camino.

Se quedó un par de horas más y no se marchó hasta que se apagó la última luz de la embajada, momento en el que regresó a casa con la esperanza de dormir unas horas antes de volver al estadio a tiempo para la ceremonia de clausura.

• • •

El maître reapareció junto a ellos. «He elegido el Chablis 2001, señora, que espero sea de su agrado».

Tras dar un sorbo, Beth dijo: «Está buenísimo, no podría estar mejor, y puedes darle medio vaso a mi posible novio. No más».

—¿Y me atrevo a preguntar por Peter? —dijo William, mientras bebía un sorbo de vino—. ¿Qué ha estado haciendo?

«Qué curioso que preguntes eso», dijo Beth, «porque el miércoles salió de casa poco después de las tres de la mañana y regresó justo a tiempo para el desayuno. Cuando le comenté el tema, se comportó como un abogado. Me preguntaba si podrías aclararme algo».

—Una mujer joven, tal vez —dijo William.

—Buen intento, comandante, pero sospecho que usted sabe perfectamente dónde estaban ambos a esa hora de la mañana, aunque no vaya a revelarme el secreto.

—¿Qué tal van las cosas en el Fitz? —preguntó William, cambiando de tema.

—No podría ser mucho peor —admitió Beth.

—¿Christina ha incendiado el museo en tu día libre? —preguntó, mientras el maître les servía a ambos una segunda copa de vino.

—Mucho peor —dijo Beth—. Miles Faulkner ha sido elegido miembro de la junta directiva, así que… bueno, sentí que no tenía más remedio que dimitir.

—No tenía ni idea —dijo William, tomándole la mano de nuevo—. Lo siento mucho. ¿Pero por qué no me lo dijiste?

Beth permaneció en silencio mientras retiraban los platos. «Ya tienes bastantes preocupaciones», dijo Beth, «y después de Jackie, yo simplemente… no quería añadir más problemas».

—Lo siento muchísimo —repitió William, apretándole la mano—. Pero seguro que Christina se resistió. Lo último que querría es que su ex ocupara su lugar en la junta directiva.

«La votación fue en su contra después de que Faulkner prometiera legar su colección privada, incluido el autorretrato de Van Gogh, al Fitz. Una vez que la junta votó cinco a uno a favor de aceptar la oferta, Christina sintió que no tenía derecho a oponerse a su elección, aunque, como señaló Wilbur, ahora que forma parte de la junta, nada le impide modificar su testamento sin informarles».

—Sospecho que tiene la vista puesta en cosas más importantes —dijo William, y continuó—.

Beth vació su vaso. —¿Como qué?

• • •

Esa tarde, Ross estaba sentado al volante de su taxi al final de Cadogan Square y, cuando apareció Faulkner, poco después de las siete, vestido con su característico abrigo largo negro con cuello de terciopelo, Collins saltó del Rolls y abrió la puerta trasera para que su amo pudiera subir.

Collins lo llevó en coche al Savoy, donde desapareció en el interior, sin duda dirigiéndose a su bar habitual.

La única sorpresa fue que Booth Watson llegó unos minutos más tarde. Ross nunca lo había visto llegar tarde.

• • •

La noche de Rebecca transcurría sin incidentes. Había seguido al CN1 desde que salió de la residencia en Portland Place hasta Chinatown, donde se estacionó frente al restaurante favorito de Su Excelencia, y había visto cómo el Embajador y su esposa entraban. Estaba sentada sola, comiendo un sándwich de jamón, que intentaba que le durara lo máximo posible. Escuchó las noticias dos veces, a la hora en punto.

El embajador y su esposa reaparecieron justo antes del noticiero de las diez, subieron a la parte trasera de su limusina y se marcharon rápidamente.

Rebecca se sacudió una miga de la chaqueta antes de seguirlos de vuelta a la residencia. No se fue a casa hasta que vio al conductor aparcar el coche y desaparecer por la puerta trasera de la embajada.

• • •

—Si no recuerdo mal —dijo William, mientras le colocaban delante un suculento filete—, no creo que falte mucho para que Christina deje la presidencia.

—A finales de año —dijo Beth—. Pero si Faulkner se convirtiera en el próximo presidente, creo que Christina finalmente cumpliría su amenaza de matarlo.

«Le resultará muy difícil convertirse en presidente», dijo William, «si está en la cárcel».

—Es la primera buena noticia que escucho en semanas —dijo Beth —. Supongo que no piensas contarme cómo piensas lograrlo, ¿verdad?

William le dedicó una sonrisa enigmática.

«Ya me lo imaginaba», dijo Beth. «Y como Jojo formaba parte del grupo que presentó el premio, podrá unirse al equipo británico en la pista para la ceremonia de clausura de mañana».

«¡Qué suerte tienes! Aunque a ti solo te permitirán sentarte en un palco reservado con Christina, Wilbur, los gemelos y Robert como compañía».

Beth dejó caer el cuchillo y el tenedor, abrazó a William y dijo: «Todo está perdonado».

—Sin embargo, debo advertirte —dijo William—, que compartirás el palco con los dos profesores, un general y dos sargentos del REME, pero al menos estarás en la primera fila.

Beth arqueó una ceja con la esperanza de obtener una explicación.

—Ni lo preguntes —dijo William—. Es una historia muy larga. — Hizo una pausa para tomar un sorbo de vino antes de decir—: Bueno, varias historias largas.

• • •

Ross observó cómo Faulkner, acompañado de Booth Watson, se abría paso a empujones a través de las puertas batientes del Savoy y salía a la acera poco después de las diez y veinte. Faulkner subió a la parte trasera de su Rolls, mientras el siempre confiable Collins mantenía abierta la puerta trasera.

Cuando el coche se alejó, Booth Watson comenzó a caminar por Strand en dirección a su piso en Middle Temple.

Ross siguió al Rolls, y cuando Collins dejó a su jefe frente a su casa en Cadogan Square, lo vio entrar en la casa antes de que Collins se marchara en el coche.

Ross no se marchó hasta que se apagó la luz del dormitorio de Faulkner. Para cuando se metió en la cama, Alice ya estaba profundamente dormida.

• • •

—¿Me llevas a casa esta noche, Comandante? —preguntó Beth, antes de devorar su último bocado de ternera—, ¿o crees que no nos conocemos lo suficiente?

—Desde luego, no nos conocemos desde hace el tiempo suficiente, cariño —dijo William—, pero aun así te llevaré a casa, aunque no seas una cita barata.

—Y no esperes que me sume a esta costumbre moderna de dividir la cuenta en la primera cita —dijo Beth—, porque no hace falta que te lo recuerde, estoy desempleada.

—¿Le gustaría ver el carrito de postres, señora? —preguntó el maître d'.

—No, gracias —dijo Beth—. Fue una comida estupenda y el vino, sencillamente magnífico.

¿Y usted, señor?

—Solo la cuenta —dijo William, mientras sacaba su cartera, temiendo lo peor.

«Corre por cuenta de la casa, señor», dijo el maître. «El restaurante ha estado lleno día y noche durante los Juegos Olímpicos, y todos sabemos que usted está a cargo de la seguridad de los Juegos, así que, dadas las circunstancias, nos pareció lo mínimo que podíamos hacer».

—Gracias —dijo Beth, mientras el maître hacía una reverencia y se marchaba.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño —dijo William mientras guardaba su cartera en el bolsillo—. Deberíamos venir aquí más a menudo.

• • •

Se reunieron a medianoche en un yate amarrado en el Támesis, cerca de Putney. Todas las luces estaban apagadas, excepto las de la cubierta inferior, en el camarote del capitán. El variopinto grupo sentado alrededor de la mesa estaba formado por dos embajadores, un subsecretario, un terrorista de Estado y un traidor.

Aunque Faulkner era el propietario del yate, fue el embajador Mikailov quien inauguró el acto. «Mis amos en Moscú no están nada contentos», declaró, lo cual no sorprendió a nadie de los presentes. «El fiasco del relevo de la antorcha, el fracaso de la ceremonia de apertura y nuestra incapacidad para descalificar a Bolt o a Farah, a pesar de haber manipulado con éxito sus muestras de orina, nos han hecho parecer, en el mejor de los casos, aficionados, y en el peor, incompetentes».

«No ayuda en nada haber matado al sargento Roycroft», dijo Faulkner, mirando fijamente a Sun Anqi al otro lado de la mesa. «Si te hubieras conformado con robarle el móvil, podrían haber pensado que no eras más que un carterista, mientras que ahora tenemos a Warwick y a media Policía Metropolitana vigilándonos».

—No tuve otra opción —respondió Sun Anqi con brusquedad—. Si Roycroft hubiera estado vivo para identificarme, habría tenido que cancelar toda la operación y años de planificación se habrían ido al traste, como dirían los británicos.

«Esto ha resultado en un triunfo para Londres y un desastre para nosotros», dijo el embajador, mirando a su alrededor. «Teniendo en cuenta que Petrov ha sido visto por al menos un miembro del equipo de Warwick, creo que sería prudente que pasara desapercibido y, desde luego, no asistiera a la ceremonia de clausura».

«Todos ustedes deben evitar la ceremonia de clausura», dijo Sun Anqi, poniendo fin a cualquier interrupción.

El foco de atención se desplazó de un lado de la mesa al otro.

Sun Anqi no necesitaba consultar ningún archivo, pues conocía cada detalle de su guion a la perfección, como una actriz consumada que interpreta un papel protagónico. No requería la ayuda de políticos, mandarines ni ingleses, a quienes, sin duda, podía comprar al mejor postor. Sun Anqi se dirigió al equipo como si los aficionados

hubieran tenido su oportunidad, la hubieran desperdiciado y ahora los profesionales fueran a tomar el relevo.

«Caballeros», comenzó, «les aseguro que he estado perfeccionando mi plan durante varios meses y no he dejado nada al azar. Sin embargo, debo advertirles que el momento culminante no llegará hasta el último instante, cuando Jacques Rogge pronuncie su discurso de clausura desde el podio como Presidente del Comité Olímpico Internacional. Tengo una copia de su discurso, que ya se ha distribuido a la prensa, aunque está sujeto a embargo hasta después de la ceremonia de clausura, momento en el que resultará irrelevante».

«Sin embargo, cuando Rogge dé un golpecito al micrófono —y siempre lo hace antes de comenzar un discurso— yo ya estaré al frente del escenario, entre el equipo británico, esperando sus primeras palabras: Su Alteza Real, señores, señoras y caballeros, Londres ha sido sede de unos Juegos verdaderamente memorables…»

«En el momento en que Rogge pronuncie estas palabras, todas las miradas en el estadio estarán puestas en él. Esperaré hasta que llegue a la frase: "Londres será recordado como uno de los Juegos Olímpicos más exitosos de la era moderna". Ese será mi momento para lanzar cinco ampollas del agente nervioso Sarín desde mis zapatillas, que matarán a todos los que estén a mi alrededor en cuestión de segundos».

—Tú también —dijo Wei Ming en voz baja.

«Esa es la razón por la que mi plan es infalible, Su Excelencia», le recordó Sun Anqi. «Sin embargo», continuó, «la muerte de varios miembros del equipo británico será solo una pequeña parte de lo que he planeado para la despedida de Londres».

Faulkner intentó mantenerse al margen.

—No nos ahorres los detalles —dijo Wei Ming, disfrutando de cada momento.

«Una vez que el líquido se haya vaporizado, se extenderá rápidamente, matando o debilitando a casi todos a su paso. Los que estén cerca de mí morirán en cuestión de momentos, mientras que cualquiera que esté cerca sufrirá convulsiones y parálisis, que

pueden no manifestarse hasta semanas después, pero les aseguro que al final las sufrirán. Y para aquellos que entren en pánico y huyan del estadio creyendo que están a salvo, algunos llevarán el gas en su ropa, así que debemos esperar que se suban a un tubo, un espacio cerrado, donde sin saberlo lo esparcirán. Lamento no poder estar presente para presenciarlo. Sin embargo, dadas las circunstancias, les recomiendo que ninguno de ustedes asista a la ceremonia de clausura, porque los agentes nerviosos no discriminan. Si todo sale según lo previsto —y así será—», dijo Sun Anqi, «el príncipe Harry, que representará a la Reina, y el Primer Ministro británico, junto con otros jefes de Estado, políticos destacados y los llamados dignatarios, asistirán a su último acto público». «Y solo habrá un país al que culpar, y una persona en particular», continuó Sun Anqi, «a saber, el comandante Warwick, lo que al menos debería hacerte feliz», añadió, mirando fijamente a Faulkner.

—Pero si eso ocurriera —replicó Faulkner—, muchos de tus compatriotas morirían.

«Es un sacrificio que estamos dispuestos a hacer», dijo el embajador chino, «ya que convencerá al resto del mundo de que nos es imposible que hayamos estado involucrados».

Faulkner no podía creer lo que oía. Ahora comprendía lo acertado que había estado Booth Watson cuando le aconsejó: «Aléjate mientras puedas».

«¿Pero no seguirás teniendo problemas para entrar al estadio?», preguntó Mikailov.

«No mientras haya otros trescientos atletas que me acompañen», dijo Sun Anqi. «Verás, llevaré dos chándales: uno con los colores del equipo chino, para poder entrar al estadio con el resto del equipo, y otro debajo para asegurarme de poder unirme al equipo británico sin que nadie me vea».

«¿Pero qué ocurre si te registran al entrar?», preguntó Petrov.

«Llevaré la equipación oficial del equipo chino, así que no hay motivo para que nadie sospeche».

Faulkner se inclinó ligeramente hacia adelante en su asiento. «¿Pero qué pasa si alguien te reconoce? No creemos que te hayan

descubierto, pero, si Roycroft logró enviar alguna imagen a Warwick…»

«Tengo las fotografías y, por si lo has olvidado, eliminé al único testigo que podría haberme identificado».

«Pero el lugar estará repleto de guardias de seguridad…»

—Soy muy consciente de ello, señor Faulkner —dijo Sun Anqi con desdén—. Pero he detectado una debilidad que padecen ustedes, los británicos: algo que les enseñan en sus colegios privados desde pequeños.

—¿Y qué podría ser eso? —preguntó Faulkner.

«Que las mujeres son el sexo débil», dijo Sun Anqi, «y esa debilidad es algo de lo que pretendo aprovecharme».

Faulkner no la presionó para que le diera detalles, sobre todo porque en las últimas semanas había aprendido que Sun Anqi no los compartiría ni con sus propios compatriotas, y mucho menos con un inglés en quien no confiaba.

«Estoy convencida de que no solo tendré éxito», dijo Sun Anqi, «sino que los Juegos de Londres solo serán recordados por su ceremonia de clausura».

«Y no como un triunfo glorioso comparable al de Pekín», dijo Wei Ming.

—¡Ni muerto! —dijo Sun Anqi.

• • •

La primera cita que el señor Booth Watson tuvo a la mañana siguiente fue con un actor desempleado que había interpretado a Faulkner en el Savoy la noche anterior; un parecido asombroso.

Tras haber cobrado mil libras en efectivo por su trabajo nocturno, antes de marcharse solo tenía una pregunta para quien le pagaba: "¿Puedo quedarme con el abrigo?".

Booth Watson accedió a su petición, pero solo después de haber firmado un acuerdo de confidencialidad.

El extra chino fue el siguiente en aparecer y recibir su paga. Le comentó a Booth Watson que la comida había sido excelente y que había disfrutado de la compañía de la esposa del embajador chino,

quien claramente sabía el papel que debía desempeñar en ausencia de su marido. «Si desea repetir la función», dijo el suplente, «con mucho gusto lo haré».

—Lo tendré en cuenta —dijo Booth Watson, quien no tenía ninguna intención de volver a ver a aquel hombre.

Los dos actores rusos cobraron la totalidad de su salario, a pesar de que sus servicios no habían sido necesarios, y salieron del despacho de Booth Watson sin saber nada más.

Tras pagar al último de los actores, Booth Watson tomó un taxi hasta el Savoy para almorzar con el verdadero Miles Faulkner, donde le informó del éxito de su papel en el engaño. Pero luego escuchó atentamente a su cliente mientras este revelaba lo que iba a suceder en la ceremonia de clausura.

Booth Watson no le recordó a Miles que le había aconsejado en más de una ocasión que se marchara mientras aún pudiera, porque ya era demasiado tarde.

# LA CEREMONIA DE CLAUSURA

Cae el telón

# CAPÍTULO 28

## Domingo, 12 de agosto de 2012

Artemisia decidió visitar la Villa Olímpica una vez más para agradecerle a Kelly y averiguar si había logrado su objetivo de añadir una medallista de oro a su colección. Aunque, claro, no lo mencionaría en ninguno de sus artículos.

Cuando Artemisia llegó a la entrada del pueblo, la recibieron más de mil fans que esperaban con ilusión la oportunidad de ver a una de sus ídolas antes de que regresaran a tierras lejanas. Le hubiera gustado realizar una entrevista espontánea allí mismo, pero no tenía tiempo si quería llegar a tiempo para la ceremonia de clausura.

Artemisia saludó a Jim y le lanzó un beso, antes de dirigirse al pueblo para reunirse con decenas de atletas nostálgicos que se preparaban para la ceremonia de clausura, aunque no todos parecían estar en condiciones de asistir.

Ya casi había perdido toda esperanza de encontrar a Kelly, cuando vio a un jugador de baloncesto búlgaro agacharse y besarla suavemente en la mejilla antes de marcharse para reunirse con su equipo.

Artemisia se apresuró a acercarse a ella. «Quería despedirme», dijo, «y decirte cuánto he disfrutado de tu compañía durante las últimas dos semanas».

—Yo también —dijo Kelly—. ¿Pero no te unirás a nuestro equipo para el desfile?

Artemisia se sintió avergonzada y estaba a punto de admitirlo… cuando Kelly dijo: «Claro que no», acompañada de una enorme sonrisa. «Me alegró que consiguieras la exclusiva», añadió, «y te aseguro que el resto del equipo estaba encantado de que

desenmascararas a los rusos y los sacaras de la manga». Hizo una pausa y dijo en voz baja: «Se me saltaron las lágrimas al leer tu artículo. Pobres Natasha y Alain. Ambos pagaron un precio muy alto por revelar la verdad al mundo».

—Estoy de acuerdo —dijo Artemisia—, y ojalá hubiera podido hacer más por ellos, pero no me he rendido, aunque mi editor piense que ya es noticia vieja. Miró a su amiga y le preguntó: —¿Cuándo te diste cuenta de que yo no era realmente Annie Charnock?

—Unos cinco minutos después de conocerte —dijo Kelly, riendo.

«Siento haber tenido que mentirte».

«No te preocupes. Se necesita mucho valor para hacer lo que hiciste, y al final contaste una historia que la gente necesitaba escuchar».

Se abrazaron como viejas amigas, y cuando Artemisia se disponía a marcharse, Kelly le dijo: «Si alguna vez vienes a Bristol, Artemisia, no dudes en buscarme, porque me gustaría que conocieras a mi marido».

• • •

—Última comprobación —dijo William por la radio mientras alzaba la vista hacia la hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión que tenía encima—. ¿Dónde está usted, inspector Hogan?

—Estoy junto al foso de salto de longitud, frente al palco real —respondió Ross, mirando a la cámara en movimiento—. Tengo treinta agentes desplegados por todo el recinto, frente a las gradas. Si surge algún problema, podemos intervenir de inmediato.

«Pero también prepárense para lo que pueda ocurrir en el centro del campo», dijo William, «sobre todo cuando Rogge pronuncie su discurso de clausura. Estará rodeado de miles de atletas y oficiales de todo el mundo disfrutando del evento. Estén atentos a alguno que no esté celebrando».

William pasó a la siguiente pantalla: "¿Inspector jefe Adaja?".

«Tengo a cien oficiales en la entrada oeste del estadio, señor, donde todos los equipos se están alineando para el desfile. Es un

evento algo más informal que la ceremonia de apertura, pero parece que todo transcurre sin problemas. Los equipos serán encabezados por los griegos, según la tradición, y les seguirán unos ocho mil atletas y oficiales, todos ellos con sus datos y controles de seguridad al día. El último equipo en entrar al recinto será el británico, como país anfitrión, liderado por nuestro capitán, Ben Ainslie. Él portará la Union Jack y le seguirán unos quinientos miembros del equipo británico. Una vez que hayan dado la vuelta a la pista, ocuparán sus lugares en el centro del campo, detrás del escenario, y entonces comenzarán las celebraciones.»

¿El inspector Pankhurst?

—Estoy en el techo del estadio, señor, junto con veintiséis agentes que mantendrán sus prismáticos apuntando a las gradas durante toda la noche. Si detectan algo sospechoso, informaré inmediatamente al inspector Hogan.

—No se relaje, inspector, ni por un instante.

—Sargento Roycroft —dijo, pero no obtuvo respuesta. William sintió una punzada de dolor por su compañero caído, antes de recuperarse y dirigir su atención al palco real, donde el comisario adjunto esperaba a la comitiva real. Perros rastreadores trabajaban con sus colas meneándose, mientras dos jóvenes agentes con detectores de metales revisaban debajo de cada asiento.

El Halcón se puso en contacto por teléfono: «Con un poco de suerte, William, y ya nos toca, no habrá ciclistas descarriados ni taxistas descontentos que retrasen a la comitiva real esta vez, pero aun así no dejamos nada al azar. Estaré fuera de la entrada VIP cuando Lord Coe acompañe al Príncipe Harry al Palco Real. Su Alteza Real recibirá el saludo cuando cada equipo desfile. La verdad», dijo el Halcón, «mi mayor problema es la distribución de los asientos».

—No estoy seguro de entender, señor —dijo William.

«Con cinco de los invitados pertenecientes a tres familias reales diferentes, además de cuatro jefes de Estado presentes, no estoy seguro de si nuestro Primer Ministro debería sentarse en la primera fila, en la del medio o incluso en la de atrás».

Ojalá ese fuera mi único problema, pensó William, mientras otro teléfono comenzaba a sonar.

• • •

Mucho antes de la hora prevista para la apertura de la Puerta Oeste, atletas de todo el mundo comenzaban a ocupar sus lugares en la cola más larga del planeta, mientras esperaban para entrar a un estadio abarrotado. Habían venido a despedirse antes de que el alcalde de Londres entregara la bandera olímpica al alcalde de Río de Janeiro y se declararan clausurados los Juegos de la Trigésima Olimpiada.

El inspector Adaja ya había informado a su legión de oficiales, quienes serían responsables de la seguridad. Cada uno de ellos había estudiado fotografías tanto de Sergei Petrov como de Sun Anqi y, en el caso de Sun Anqi, buscaban un tatuaje de un escorpión en su cuello.

Pablo había dado instrucciones a sus oficiales para que estuvieran vigilantes en todo momento, pero sin ser intrusivos; después de todo, la ceremonia de clausura siempre era un asunto mucho más relajado que la de apertura.

«Es una línea muy delgada, y hay que andar con cuidado», les había advertido Paul. «Una botella de champán no es un arma ofensiva, sobre todo cuando está llena, y si alguien intenta robarles el casco, no lo arresten. Si alguien los besa, denle las gracias, sin importar su nacionalidad ni su sexo, pero no le devuelvan el beso».

Nadie se rió.

«Si bien buscarás a dos personas en particular, deberás permanecer alerta ante cualquier otro problema que pueda surgir cuando menos lo esperes».

Mientras tanto, El Halcón había llamado por teléfono al oficial de protocolo real del Palacio de Buckingham, quien le había preparado un plano de asientos.

Paul estaba impaciente por que abrieran las puertas a las ocho en punto para poder poner en marcha el espectáculo, o mejor dicho, en la pista.

El grupo de agentes encubiertos altamente entrenados de Ross vestían chándales británicos para asegurarse de que nadie los mirara

dos veces. Ya habían tomado posiciones alrededor del recinto una hora antes de que se abrieran las puertas.

La unidad de Rebecca continuó inspeccionando las gradas vacías mientras esperaban a que el público entrara al estadio, pero lo único que vieron fueron perros olfateando debajo de cada asiento.

William no quería correr ningún riesgo.

• • •

Sonó un teléfono en la suite Gold. William lo cogió sin dejar de mirar las pantallas de las cámaras de seguridad.

—¿Puedo abrir las puertas de entrada, comandante? —preguntó el gerente del estadio—. Son las ocho y cuatro, y algunos aficionados empiezan a impacientarse.

—Sí —dijo, y momentos después observó cómo un flujo constante de espectadores comenzaba a dirigirse a las gradas, decididos a no perderse ni un solo instante de la noche final.

La mayoría sonreían, se mostraban bulliciosos, algunos incluso cantaban, aunque William divisó a unos cuantos que ya habían bebido demasiado. Siguió buscando con la mirada a un hombre y una mujer en particular, pero lo único que vio fue a un borracho que apenas llegó a su asiento antes de quedarse dormido.

Durante los siguientes cuarenta minutos, las gradas comenzaron a llenarse poco a poco. El ambiente estaba cargado de expectación, mientras William intentaba mantener la calma. Seguramente era la única persona allí que deseaba que el telón ya hubiera caído y que el alcalde de Río de Janeiro se hubiera marchado del estadio ondeando la bandera olímpica y, con ella, dejando atrás los problemas de los próximos cuatro años.

La atención de William se centró en otra pantalla, donde vio a Beth, Wilbur, Christina, Peter, Artemisia y Robert sentados en un palco reservado en la tribuna especial de emergencia, al otro lado del estadio. Sonrió brevemente al verlos presentarse a sus demás invitados, quienes habían contribuido al éxito de los Juegos.

Sus ojos se dirigieron al palco real para ver llegar al príncipe Harry. Estrechó la mano del padre de William, quien, como juez olímpico de

mayor rango, había sido invitado a unirse a la comitiva real, aunque se sentaría en la última fila.

El director del estadio volvió a la radio. «¿Puedo abrir la puerta oeste, comandante, y permitir que los atletas entren al estadio para que comience el desfile?»

—Un momento —dijo William—. ¿Están todos listos? —preguntó a su equipo.

—Más que listos —dijo Paul, mientras observaba a los miles de atletas que habían estado celebrando durante la última hora.

«No hay problemas sobre el terreno», dijo Ross por radio.

—O en el tejado —añadió Rebecca.

El Halcón estaba charlando con el Príncipe Harry, así que William no lo interrumpió.

—Sí, puedes abrir la Puerta Oeste —dijo William.

• • •

La banda de los Royal Marines interpretó «Tierra de Esperanza y Gloria» mientras se abría la Puerta Oeste para permitir la entrada del primer equipo al estadio. Grecia encabezó la comitiva de atletas, con su bandera azul y blanca ondeando al viento. Fueron recibidos con una cálida bienvenida por la multitud que los esperaba al pisar la pista. Al pasar por el palco real, arriaron la bandera y el príncipe Harry, en representación de la reina, recibió el saludo real.

A medida que cada nuevo país entraba al estadio, era recibido con vítores de diferentes sectores del público, pero el rugido más fuerte estalló cuando finalmente apareció la nación anfitriona y ochenta mil personas se pusieron de pie para reconocer a un equipo que había ganado sesenta y cinco medallas, veintinueve de ellas de oro. El mayor número de medallas desde 1948, cuando los Juegos se celebraron por última vez en Londres.

Ben Ainslie encabezó a sus compatriotas en la pista ondeando la bandera británica para que todos la vieran.

• • •

Mientras el equipo chino avanzaba lentamente hacia la entrada del estadio, una docena de guardias de seguridad escudriñaban las filas de atletas reunidos en busca de algún hombre o mujer que coincidiera con las fotografías que les habían entregado. Una tarea casi imposible, ya que todos vestían chándales rojos y blancos idénticos.

Sin previo aviso, una integrante del equipo chino se desplomó en el suelo y varios atletas la rodearon. El policía más cercano acudió rápidamente a su lado.

—Creo que se ha desmayado —dijo una compañera con preocupación—. Nos hicieron esperar más de una hora antes de que abrieran las puertas.

El joven oficial parecía avergonzado. «Quizás sería prudente que regresara a la Villa Olímpica», sugirió, consciente de que la procesión se estaba retrasando.

—Seguiremos su consejo, agente —dijo otra mujer, entrando justo en el momento oportuno, mientras ayudaba a su compañera a ponerse de pie.

Paul y varios miembros de su equipo de seguridad se acercaron más, revisando cuidadosamente no solo sus rostros, sino también sus cuellos. No se veía ningún escorpión. Paul volvió a fijarse en el resto del equipo chino, que seguía avanzando lentamente hacia la entrada del estadio.

Los tres atletas en cuestión se dieron la vuelta y comenzaron a caminar en dirección contraria, tras haber participado en la farsa.

Sun Anqi, con una bufanda olímpica alrededor del cuello, avanzó lentamente con su equipo al entrar al estadio.

• • •

El teléfono estaba sonando. William lo cogió. —Warwick —dijo.

—Alan Mitchell, comandante —dijo una voz que no reconoció—. Control de tráfico aéreo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó William, temiendo lo peor.

«Acabo de ver una avioneta bimotor en mi pantalla. El avión despegó de un aeródromo privado cerca de Bournemouth, pero a

pesar de haber recibido instrucciones de cambiar de rumbo, continuó dirigiéndose hacia el estadio. ¿Quieren que contacte con la base aérea de Northolt?»

Para William, la base aérea de Northolt solo significaba una cosa: dos cazas despegarían de inmediato e interceptarían la aeronave. Si consideraban que podía representar un peligro real para la población, la derribarían. Los atentados del 11 de septiembre acudieron inmediatamente a la mente de William, recordándole que incluso una avioneta podía causar estragos en un espacio tan reducido.

—Sí, llama a Northolt —dijo William—. Pero diles que usen el sentido común.

—No tengo autoridad para hacer eso —dijo Mitchell—. Está muy por encima de mis competencias.

—De acuerdo, déjenmelo a mí —dijo William. Colgó un teléfono y cogió otro—. Llamen al mariscal del aire Lowery, urgentemente.

—Está sentado en un palco de la tribuna principal, en el extremo opuesto del estadio, señor.

«Pregúntale si puede acompañarme a la Suite Oro de inmediato. Dile que es una emergencia».

• • •

Miles Faulkner estaba solo en su piso, viendo cómo se desarrollaba la escena por televisión, con la multitud vitoreando y aplaudiendo a cada equipo al entrar al estadio. No le quedaba más remedio que observar el drama desde la distancia.

Su mente divagó hacia su encuentro en el yate la noche anterior, y por un momento esperó que Sun Anqi hubiera sido detenida antes de entrar al estadio, pero conociendo a esa mujer, lo dudaba.

Miles nunca se había creído capaz de dudar, pero cuando la cámara hizo zoom sobre el equipo británico, que celebraba sin inhibiciones el papel que habían desempeñado en unos Juegos triunfales, varios de ellos luciendo medallas alrededor del cuello, sintió algo muy inusual: culpa.

La cámara se alejó para mostrar a tantos jóvenes participantes llegando al final de su sueño olímpico, pero al comienzo de sus vidas.

Alzó la vista hacia un espacio vacío en la pared donde colgaría el cuadro de Van Gogh, que sin duda sería el orgullo de su colección.

Y entonces sus pensamientos se dirigieron a la vida de otras personas. Transeúntes inocentes a quienes Sun Anqi había ignorado sin compasión, por lo que ella describió como "una causa mayor".

¿Poseer un Van Gogh era una "causa mayor" o no era mejor que Sun Anqi?

Una vez más, dirigió su atención al espacio en blanco de la pared.

• • •

Tres teléfonos sonaban al mismo tiempo. William cogió el rojo y escuchó con atención.

«Base aérea de Northolt, el teniente de vuelo Penrose se reporta, señor. Estamos persiguiendo la avioneta. Transmitiendo información visualmente.»

William y el mariscal del aire Lowery estaban de pie junto a la hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión, observando el avión que se dirigía hacia ellos. Parecía inofensivo, pero ¿y si estaba cargado de explosivos?

—No creo que lleve explosivos, señor —dijo el teniente de vuelo—, sino un mensaje claro para que todos lo vean.

Ambos alzaron la vista hacia el pequeño avión y vieron una pancarta que ondeaba en su cola con la inscripción: PADRES POR LA JUSTICIA.

El Mariscal del Aire soltó una carcajada antes de decir con firmeza: «¡Aterricen sobre él, muchachos, y luego acompáñenlo de regreso a Bournemouth, y no pierdan de vista al piloto hasta que vean que el avión se detiene en la pista!».

—Entendido, señor —dijo el teniente de vuelo mientras los dos aviones se colocaban en posición.

—Gracias, teniente de vuelo —dijo William antes de colgar el teléfono.

—Como no entró en espacio aéreo restringido —dijo William, colgando el teléfono—, por lo que a mí respecta, nunca sucedió.

—Entendido —dijo el mariscal del aire con una sonrisa—, y si no le importa, comandante, volveré a mi asiento antes de que suba el globo.

—Sí, por supuesto, señor, y gracias. Espero que disfrute del resto de la velada. William ni siquiera había terminado de hablar cuando otro teléfono empezó a sonar.

—Usted también, comandante —dijo el mariscal del aire al salir de la suite dorada.

William cogió el segundo teléfono y oyó la voz familiar de Rebecca. —¿Comandante?

«¿Hay alguna señal de Sun Anqi o Petrov?», fue la primera pregunta de William.

—Negativo, señor. Nadie ha informado haber visto a nadie que coincida con la descripción. Pero uno de mis oficiales ha detectado algo que cree que usted debería saber de inmediato. Si mira la pantalla final —William siguió sus instrucciones—, verá dos palcos vacíos en la sección Grand Tier, cerca del Palco Real, lo cual es, cuanto menos, extraño, ya que el evento ha estado con todas las entradas agotadas durante los últimos seis meses.

«Podrían quedarse atascados en el tráfico», dijo William, «o incluso enfermarse».

«Los palcos del nivel superior tienen capacidad para doce personas», dijo Rebecca. «Eso es muchísima gente que podría sufrir retrasos o enfermar repentinamente».

—Voy a comprobar quiénes deben estar en esos palcos —dijo William—. No te vayas. Cogió otro teléfono y, mientras esperaba a que contestara el gerente del estadio, no apartó la vista de los dos palcos vacíos.

Miró otra pantalla y vio al equipo ruso pasando por el palco real y arriando su bandera. ¿Era su imaginación o participaban muchos menos competidores que en la ceremonia de apertura? Tras consultar rápidamente con los oficiales de mayor edad, no encontró rastro de Petrov.

—¿En qué puedo ayudarle, comandante? —preguntó el gerente del estadio.

«Hay dos palcos vacíos en la sección Grand Tier. ¿Puedes averiguar quién debería ocuparlos?»

Escuchó el sonido de unos golpecitos en el teléfono antes de que el gerente del estadio volviera a la línea. «Uno de los palcos está reservado para el embajador chino y su comitiva, y el otro» —más golpecitos— «está asignado al embajador ruso y sus invitados».

William sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba. Ahora entendía por qué Petrov no estaba por ninguna parte, pero eso aún no explicaba la ausencia de ambos embajadores. Sus ojos se posaron en una caja más pequeña, también vacía: la misma caja que Faulkner y Booth Watson habían ocupado durante la ceremonia de apertura.

Y William aceptó que eso no sería una coincidencia.

• • •

—Señor Julian —dijo el Primer Ministro, reclinándose—, en su calidad de juez olímpico, ¿se ha enfrentado durante las últimas dos semanas a algún problema que le haya exigido tomar una decisión delicada?

«No recuerdo ninguno, Primer Ministro», dijo Sir Julian. «Uno de los levantadores de pesas turcos fue sorprendido robando en Harrods, pero logré convencer al gerente para que retirara los cargos».

Cameron sonrió. Llevaba suficiente tiempo como primer ministro para saber cuándo no le contaban toda la verdad. «Qué interesante», dijo.

• • •

Sonaba un tercer teléfono, pero William ya estaba hablando por otras dos líneas. Cortó la llamada con el gerente del estadio y contestó el segundo teléfono.

—Sargento Davidson, señor. Aeropuerto de Bournemouth.

—¿En qué puedo ayudarle, sargento?

«He detenido al piloto de la avioneta que se dirigía al estadio, pero no estoy seguro de qué delito imputarle».

—Dispárale, me da igual —dijo William, mientras otro teléfono empezaba a sonar.

—El hombre tiene una queja legítima, señor —dijo el sargento—. No se le ha permitido ver a sus dos hijas adolescentes durante los últimos cuatro años.

«Entonces, enciérrenlo por la noche, pero no le den de comer».

«Simplemente me preguntaba, señor, cómo me sentiría si no me hubieran permitido ver a mis dos hijos durante los últimos cuatro años».

William suspiró. —Lo siento, sargento. Estaba distraído. Seguía mirando fijamente los palcos vacíos donde debían estar sentados los embajadores ruso y chino, y se había dejado llevar por la distracción. —No lo acusen, pero no lo liberen hasta que el estadio esté desalojado esta noche.

—Entendido, señor. Lamento haberle molestado.

William se sintió aún más culpable.

¡Auge!

A William se le paró el corazón al ver en las pantallas el disparo de un cañón, y momentos después una figura patética salió arrastrándose del cañón y cayó al escenario hecha un ovillo. El público gritó de júbilo cuando Eric Idle se levantó lentamente del suelo, agarró un micrófono y empezó a cantar «Always Look on the Bright Side of Life», acompañado por un coro de ochenta mil voces desafinadas.

William tarareaba junto con el resto de la multitud cuando la puerta de la Suite Dorada se abrió de golpe, dejando al descubierto a dos fornidos guardias de seguridad que sujetaban firmemente a la última persona que esperaba ver en la Tierra.

—Exigió verlo personalmente, señor —dijo el oficial superior—. Afirmó que era una cuestión de vida o muerte.

Los dos hombres se miraron fijamente como antiguos guerreros en un campo de batalla.

—¿Qué quieres? —preguntó William.

«Para salvar la vida de innumerables personas inocentes», dijo Faulkner con una urgencia que no denotaba frivolidad.

William lo miró fijamente por un instante, sin poder creer lo que oía. ¿Acaso era otra distracción más, destinada a desviar su atención del verdadero peligro que estaba a punto de ocurrir en el estadio?

Su reacción inmediata fue pedirles a los dos oficiales que lo echaran del estadio, lo cual le habría dado mucha satisfacción. Pero William tuvo que aceptar que más tarde podría arrepentirse.

Despidió a los dos agentes con un gesto de cabeza y esperó a que salieran de la habitación antes de decir: «¿Desde cuándo les importan las vidas de personas inocentes? Y digan lo que digan, ¿por qué debería creerles una sola palabra?».

«Porque fui responsable de que adulteraran las muestras de orina de Bolt y Farah», dijo Faulkner, «con el objetivo de que fueran descalificados».

Semejante confesión tomó a William por sorpresa. Le costaba creer que un criminal curtido en la vida pudiera de repente querer cooperar con él, precisamente con él. Pero algo en su actitud y en el tono de su voz hizo que William siguiera escuchando mientras pulsaba el botón de la radio que lo conectaba con su equipo.

«También sé por qué dos de las cajas de Grand Tier están vacías», dijo Faulkner. «Pero, lo que es más importante, sé qué había en la caja de zapatos que nunca llegaste a tener en tus manos».

William siguió escuchando, y no pudo evitar preguntarse si aquello no sería más que una estratagema para mantenerlo ocupado mientras otros cumplían las órdenes de Faulkner. No intentó interrumpir al testigo mientras este seguía confesando.

«Pero ni siquiera yo puedo soportar lo que han planeado para el clímax de la ceremonia de clausura de esta noche», admitió Faulkner.

William observó con más detenimiento a un hombre que creía conocer. ¿Sería posible que, a estas alturas de su carrera criminal, Faulkner se sintiera culpable por un crimen aún no cometido?

—Si actúa con rapidez, comandante —dijo Faulkner con una urgencia que William no había experimentado antes—, aún podría tener tiempo suficiente para evitar que ocurra lo peor.

—¿Lo peor? —repitió William, sin poder ocultar la sospecha en su voz.

«Podría haber un terrorista entre los atletas chinos», dijo Faulkner. «Lleva dos chándales y un par de zapatillas olímpicas que no cumplen exactamente con la normativa».

«¿Cuál es su propósito?», preguntó William, casi convencido ya de que Faulkner decía la verdad.

«Justo antes de que empiecen los fuegos artificiales, se quitará el chándal de su selección nacional, mientras todos los demás miran al cielo. Debajo del chándal chino, lleva el uniforme oficial del equipo olímpico de Gran Bretaña». Hizo una pausa. «Luego se dirigirá hacia el equipo británico y, cuando llegue, mientras todos siguen distraídos por los fuegos artificiales, se agachará y se desatará los cordones. Lleva varias ampollas del agente nervioso Sarín escondidas en sus zapatillas y, al sacarlas para romperlas, el líquido se vaporizará y liberará suficiente gas como para aniquilar a la mayor parte del equipo británico».

William no necesitaba que le explicaran los peligros del sarín y el caos que había provocado en una estación de metro de Tokio. Todos los agentes de la Policía Metropolitana habían recibido información detallada de la Interpol, y William aún recordaba el horror que sintió, no solo por un acto insensato y malvado que había causado tantas muertes, sino también por la constatación de que una sola persona pudiera tener en sus manos un arma de destrucción masiva capaz de, en cualquier momento, destruir un sueño y sustituirlo por una pesadilla de la que jamás despertaría.

Lo primero que pensó fue en su familia, sentada en su palco, pero ellos solo formaban parte de una familia mucho más grande de la que él era responsable.

Por encima de ellos, la multitud continuó vitoreando mucho después de que la canción "Always Look on the Bright Side of Life" hubiera llegado a su fin.

—Si lo que sugieres es cierto —dijo William—, ella sería la primera en morir.

Faulkner asintió. «Pero hay que recordar que es una fanática que no dudará en sacrificar su propia vida —incluso la de sus

compatriotas— para lograr su objetivo».

William intentó mantener la calma, consciente de que ahora estaba en manos de alguien en quien nunca había podido confiar. Pero, ¿qué otra opción le quedaba cuando tantas vidas estaban en juego?

—¿Cómo vamos a identificarla? —preguntó William, mientras miraba al enorme equipo chino apiñado, fila tras fila.

«Su chándal», dijo Faulkner. «En el momento en que se quite la camiseta y empiece a caminar hacia el equipo británico, será un chándal azul y blanco en medio de un mar de rojo».

—¡Rebecca! —gritó William, mirando la pantalla.

«He oído absolutamente todo, señor», confirmó Rebecca, «y ahora todo mi equipo está centrado en la selección china en busca de un chándal británico».

El silencio que siguió le pareció una eternidad a William.

Volvió a considerar sus opciones. Eran, por decir lo menos, limitadas. ¿Un anuncio por megafonía para advertir a la multitud de lo que iba a suceder, seguido de una evacuación de emergencia? Un simulacro que se había practicado varias veces durante el último año, pero esta vez sería real, no un ensayo. Descartado, decidió William. Si hiciera tal anuncio, Sun Anqi podría liberar el gas antes de que terminara su segunda frase.

Y entonces una voz clara interrumpió sus pensamientos. «La pillé».

—¿Estás seguro? —preguntó William, sin intentar ya disimular la ansiedad en su voz.

—Se está quitando el chándal, señor —dijo el agente—, y sí, lleva un chándal británico debajo.

—Hagáis lo que hagáis, no la perdáis de vista —dijo William, dolorosamente consciente de lo que podría ocurrir si algún miembro de su equipo cometía un solo error.

Veintiséis prismáticos apuntaban desde el tejado, todos ellos enfocados en una sola persona.

«¡Cuenta atrás!», anunció el locutor por el altavoz.

—¿Está tu equipo listo, Ross? —preguntó William por teléfono mientras la multitud comenzaba a corear al unísono: diez, nueve,

ocho…

—Y listos para atacar —dijo Ross, sin desperdiciar ni una palabra.

¿Y la tienes en la mira?

«Acaba de dejar su equipo y ahora se dirige al contingente británico».

—Equipo de francotiradores, ¿tienen un tiro despejado? —preguntó William, con una voz tranquila que desmentía los latidos acelerados de su corazón.

—Negativo, señor, y debo advertirle que la bala podría alcanzar a un atleta inocente, delante de ochenta mil testigos.

Varias pantallas mostraban ahora a una mujer que se desplazaba lentamente por el centro del estadio hacia el equipo británico. William vaciló, consciente de que ochenta mil vidas estaban ahora en sus manos.

—Señor, ¿puedo autorizar el fuego? —preguntó Rebecca.

Las pantallas seguían mostrando a una multitud jubilosa de jóvenes atletas alrededor de Sun Anqi, a quienes ella ignoraba mientras continuaba avanzando hacia su objetivo.

William tomó una decisión.

—Negativo —dijo, antes de repetir—: Negativo. Ross, ¿a qué distancia está el objetivo de ti?

—A unos diez metros de distancia —dijo Ross.

Siete, seis, cinco…

—No hagas ningún movimiento brusco —dijo William—, porque no dudará si piensa… ¡Oh, Dios mío!

—¿Cuál es el problema? —preguntó Ross.

William miraba fijamente a Jojo, que se encontraba a pocos metros del capitán del equipo británico, mientras Sun Anqi seguía avanzando lenta pero firmemente hacia Ben Ainslie. William tomó otra decisión: no decirle nada a su padre. «Nada importante, Ross», dijo. «¿A qué distancia estás del objetivo?»

—Acababa de pasar a mi lado —susurró Ross—, pero como llevaba un chándal británico, ni siquiera me miró.

Cuatro, tres…

¿Y el resto de tu equipo está listo y preparado para empezar a trabajar?

—A sus órdenes —dijo Ross.

La imagen de Sun Anqi llenaba ahora varias pantallas de circuito cerrado de televisión. Ross siguió a la solitaria mujer mientras avanzaba hacia el equipo británico, mientras la multitud se unía a la cuenta atrás.

—¿Qué tan cerca estás ahora? —preguntó William.

—Solo unos metros, no más —susurró.

—No estás lo suficientemente cerca —dijo William con firmeza—. Acércate más.

Ross se abrió paso entre la ruidosa y bulliciosa multitud hasta que solo quedó a un paso de ella.

Dos, uno… gritó la multitud, y de repente todas las luces del estadio se apagaron, dejando a los ochenta mil espectadores en la oscuridad.

—Permiso para entablar conversación, señor —susurró Ross.

En ese instante, dos pensamientos cruzaron por la mente de William. ¿Estoy dando la orden de matar a una persona inocente, como le sucedió a un colega cuando disparó a Jean Charles de Menezes en la estación de metro de Stockwell, o estoy salvando la vida de innumerables víctimas inocentes?

—De acuerdo —dijo William.

—Repita la orden —dijo Ross, ateniéndose estrictamente a las normas de la Reina.

William vaciló, pero solo por un instante. Pensó en las ochenta mil personas entre la multitud cuyas vidas dependían de su decisión. Pensó en su propia familia, sentada entre esa multitud. Pensó en Jackie, a quien esa mujer había asesinado sin remordimiento alguno.

Sun Anqi comenzó a agacharse.

—De acuerdo —repitió William sin emoción.

Ross respiró hondo y dio un paso al frente. Dudó un instante, y entonces vio el tatuaje del escorpión en su cuello.

Él le dio un golpecito firme en el hombro y Sun Anqi se giró instintivamente, con una expresión de sorpresa en el rostro al reconocer inmediatamente a Ross. Ross la tomó en brazos como a un amor perdido hace mucho tiempo, pero ahí terminó el romance. Sun Anqi intentó desesperadamente agacharse para alcanzar sus

cordones, pero un brazo firme rodeó su delgado cuello y, con un movimiento preciso, Ross le rompió la médula espinal. El cuerpo inerte de Sun Anqi cayó hacia adelante y se desplomó en el suelo frente a él. Nunca vio el espectáculo de fuegos artificiales que iluminó el cielo.

En cuestión de segundos, cuatro miembros del equipo de Ross se colocaron a su lado, con la camilla en la mano. Otros seis lo rodearon mientras recogía el cadáver y lo bajaba a la camilla.

Cuando Ross bajó la mirada hacia el cuerpo tendido, su único pensamiento fue para Jackie y las ochenta mil personas por las que había sacrificado su vida.

• • •

Jojo se giró y vio que se llevaban una camilla. Juraría que uno de los que la llevaban era su padre. «Pobre mujer, debió de haberse desmayado», pensó. Pero una vez que desaparecieron de su vista, se distrajo con el último estallido de fuegos artificiales que iluminó el cielo, con los cinco anillos olímpicos de los colores de los cinco continentes anunciando el final del espectáculo.

Los ojos de William no se apartaron de la pantalla mientras se llevaban el cuerpo. Siguió observando el avance de Ross hasta que los camilleros llegaron a una ambulancia que esperaba junto a la entrada del estadio, con las puertas traseras ya abiertas. La camilla fue introducida con cuidado y lentamente en la parte trasera de la ambulancia, bajo la supervisión de un hombre vestido con un traje de protección integral.

William escuchó las firmes instrucciones del médico que se oían por la radio de Ross: «Los cuatro tendréis que acompañarme al hospital», le dijo a Ross, «donde permaneceréis aislados hasta que podamos estar seguros de que ninguno de vosotros está contagiado».

Ross subió a la ambulancia, seguido por los demás camilleros. Las puertas se cerraron de golpe y la ambulancia arrancó. Sin sirenas, sin luces intermitentes. Nunca sucedió.

—Tenemos mucho que agradecerle, señor Faulkner —dijo William, mientras se giraba para encarar a su antiguo adversario, pero este no estaba por ninguna parte.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —preguntó Rebecca por teléfono, mientras la multitud seguía mostrando su entusiasta aprecio por el espectáculo de fuegos artificiales.

Guillermo no respondió cuando Jacques Rogge, presidente del Comité Olímpico Internacional, y Lord Coe, presidente de los Juegos, salieron del palco real y se dirigieron a la pista. Fueron recibidos con una fanfarria de trompetas y una ovación de pie al subir al escenario.

William sabía perfectamente cuál sería la pregunta de Rebecca, pero eso no impidió que ella preguntara: "¿Era esa voz que oí de fondo quien yo creía que era?".

William colgó la radio sin responder mientras Rogge colocaba su discurso en el atril y daba un golpecito al micrófono.

«Londres», dijo ante un público silencioso y atento, «será recordado como uno de los Juegos Olímpicos más exitosos de la era moderna…»

# LIBRO CUATRO

# CAPÍTULO 29

## Lunes, 13 de agosto

William no abandonó el estadio hasta que los encargados de la limpieza se aseguraron de que no quedara rastro de lo ocurrido en la ceremonia de clausura, apenas unas horas antes. Antes de marcharse, les comunicó al resto del equipo que permitiría que la reunión informativa de las ocho se adelantara a las doce del mediodía. Al fin y al cabo, el estadio estaría prácticamente desierto durante dos semanas hasta el comienzo de los Juegos Paralímpicos.

William no abrió la puerta de su casa hasta pasadas las cuatro de la mañana, y se quedó dormido a los pocos instantes de meterse en la cama.

Unas horas después, cuando el comandante, aún adormilado, se reunió con su esposa e hijo en la cocina para desayunar, todos comentaban el triunfo de la noche anterior. Él no les iba a contar lo cerca que habían estado del desastre. Beth puso un plato de huevos con beicon delante del desconocido que estaba sentado frente a ella. Él cogió el cuchillo y el tenedor y estaba a punto de unirse a la conversación cuando sonó el teléfono.

A pesar de la expresión en el rostro de Beth, él respondió a regañadientes.

Beth cedió y cogió su ejemplar de The Guardian.

—Buenos días, William —dijo su padre—. Quería informarte de que, como solicitaste, el Servicio de Protección Infantil…

Para cuando terminó la llamada, Peter ya se había ido a trabajar y su huevo frito, con la cáscara rizada, no tenía un aspecto tan apetitoso.

Sin embargo, antes de que pudiera empezar a comer, Beth le deslizó el periódico bajo la nariz y le señaló un artículo que seguramente habría pasado desapercibido, ya que rara vez leía The Guardian. El artículo, escrito por un reportero de la plantilla, se encontraba en la página diecisiete, justo debajo del pliegue.

> El campeón nacional francés de salto de altura y tres veces olímpico, Alain Mesnil, fue hallado muerto en su domicilio de Lyon anoche. La policía ha aclarado que no hay indicios de que haya circunstancias sospechosas y que no interrogará a nadie en relación con este fallecimiento prematuro.
>
> El señor Mesnil dejó una nota de suicidio dirigida a la señora Natasha Korova, de Rusia.

«Qué trágico», dijo William. «Arte estará destrozada. Bajo esa apariencia cínica se esconde alguien que se culpará a sí misma».

—Quizás podrías llamarla —dijo Beth—, porque tengo que ir al Fitz. Es mi última semana en la galería y, como la exposición del Hermitage cierra hoy, no puedo permitirme llegar tarde. Le dio un beso en la frente y se marchó antes de que él pudiera responder.

William llamó inmediatamente a Arte e intentó, en vano, consolarla entre lágrimas, pero no lo consiguió.

—No te preocupes, papá, estaré bien —dijo antes de colgar finalmente el teléfono.

Sabía que ella no estaría bien y se alegró al saber que Robert estaba con ella.

Tras una larga reflexión, William centró su atención en el resto de los periódicos de la mañana.

DREAM GB – rezaba el titular del periódico The Sun.

ADIÓS A LOS GLORIOSOS JUEGOS – The Guardian.

DESPEDIDA POR TODO LO ALTO – Mail on Sunday.

Un agricultor de las Islas Shetland no se dio cuenta de que se estaban celebrando los Juegos Olímpicos – The Scotsman.

Miró al perro que dormitaba junto a la puerta trasera y dijo: «¿Puedes guardar un secreto, Peel? Porque te voy a contar cuál

podría haber sido el titular: Terrorista chino abatido en la ceremonia de clausura por un policía condecorado. Cientos de vidas salvadas».

El perro movió la cola.

El teléfono sonó por segunda vez, y al contestar oyó a Alice, la esposa de Ross, preguntándole si sabía por qué su marido no había vuelto a casa la noche anterior.

• • •

Miles se reunió con Booth Watson en el Savoy para un desayuno tardío. Una pila de periódicos matutinos estaba apilada en una silla junto a Booth Watson. Le había complacido comprobar que el nombre de su cliente no aparecía mencionado desde la primera hasta la última página.

—Así que al final seguiste mi consejo —dijo, una vez que su cliente hubo desdoblado la servilleta y se la hubo colocado bajo la barbilla.

—A regañadientes —admitió Miles.

El maître le sirvió una humeante taza de café negro. —¿Lo de siempre, señor Faulkner?

«El desayuno inglés completo», confirmó Miles.

—Me alegra saber que por fin entró en razón —dijo Booth Watson, una vez que el maître se hubo marchado—, porque he revisado todos los periódicos de la mañana y no hay nada que indique que la ceremonia de clausura no haya sido un éxito rotundo.

La expresión del rostro de Faulkner no sugería que estuviera de acuerdo.

El móvil de Booth Watson empezó a ronronear. Estaba a punto de rechazar la llamada cuando vio las tres letras que aparecieron en la pantalla. «Tengo que contestar», dijo. «Le concierne».

Miles observó cómo una leve sonrisa aparecía en el rostro de su abogado. La sonrisa se fue ampliando a cada segundo, hasta convertirse en una radiante sonrisa cuando terminó la llamada.

—Era la Fiscalía —dijo Booth Watson—, llamándome para avisarme de que iban a retirar todos los cargos en su contra.

Miles no pareció sorprendido. Por mucho que detestara a ese hombre, tenía que admitir que el comandante Warwick había cumplido su palabra.

«Eso sí que es motivo de celebración, ¿no crees?», dijo Booth Watson, levantando su taza de café.

«Intenta no olvidar, BW, lo que he tenido que sacrificar a cambio de...»

«No estoy tan seguro de eso», dijo Booth Watson. «Todos los implicados en el fallido ataque de ayer estarán ahora buscando refugio. No olviden que la exposición del Hermitage termina esta noche, y ya he hecho los arreglos necesarios para que recojan el cuadro del Fitzmolean a primera hora de la mañana. Cuando llamé a la directora para confirmarlo, no hubo ningún indicio de que hubiera recibido instrucciones diferentes».

Finalmente, una sonrisa apareció en el rostro de Faulkner, pero desapareció al recordar la amenaza de Petrov sobre lo que le sucedería si alguna vez los traicionaba. Sin embargo, ahora que Sun Anqi ya no estaba en escena, y el resto del equipo, citando a Booth Watson, estaría buscando refugio, tal vez había conseguido lo mejor de ambos mundos. «Y, lo que es igual de importante», dijo Booth Watson, interrumpiendo sus pensamientos, «ya no será necesario que hagas las maletas y te vayas a Estados Unidos».

«Lo que también significa», dijo Miles, «que puedo ocupar mi lugar en la junta directiva del Fitzmolean y empezar a trabajar en mi próximo golpe de estado».

Booth Watson no pudo evitar admirar la destreza con la que Miles lograba pasar a su siguiente proyecto, casi sin inmutarse. —¿Y tu testamento? —preguntó.

«Puedo seguir apoyando al Fitzmolean hasta que esté cómodamente instalado en la silla, cuando…»

El móvil de Booth Watson volvió a vibrar. «Es Bernie Longe», dijo al ver el nombre en la pantalla.

«Obviamente no ha podido reunir el resto del dinero necesario para comprar el estadio antes de que se acabe el plazo, así que mata dos pájaros de un tiro». Miles dejó su café, miró a Booth

Watson y dijo: «No contestes el teléfono. Que se las arregle un poco más».

Booth Watson apagó su teléfono móvil.

• • •

Doce campanadas resonaron en Westminster mientras el equipo tomaba asiento alrededor de la gran mesa circular en el despacho del Comisionado Adjunto. Había dos asientos vacíos: el de Ross y el de Jackie. Todas las miradas se posaron en el asiento vacío de Jackie cuando el Halcón dio inicio a la reunión.

«Bienvenidos de nuevo al mundo real», dijo. «Para empezar, permítanme decirles que esta mañana recibí una llamada de la ministra del Interior para felicitar a todos los implicados en la seguridad de los Juegos, que, en sus palabras, "se desarrollaron sin ningún contratiempo". A veces me pregunto», añadió, «si nuestros amos en Whitehall tienen alguna idea de lo que ocurre a puerta cerrada sin su conocimiento».

Una sonrisa irónica apareció en el rostro de William, pero no dio su opinión.

El Halcón escuchó atentamente mientras cada uno de sus oficiales presentaba su informe. Ninguno mencionó por qué Ross Hogan no estaba presente en la reunión.

—Yo también me pregunto —dijo el Halcón, una vez que William hubo terminado su resumen— si estoy tan desinformado como el Ministro del Interior.

William debería haberlo previsto.

«Por supuesto que sé —continuó— que un piloto solitario en una avioneta fue arrestado por violar el espacio aéreo y, tras pasar la noche en la cárcel, fue puesto en libertad sin cargos. Incluso me han contado sobre el borracho que durmió durante toda la ceremonia y solo se despertó cuando los Guardias Granaderos...»

—Los Royal Marines, señor —dijo Paul, lamentando inmediatamente su intervención.

«Cuando los Royal Marines tocaron "Jerusalén"». El Halcón hizo una pausa y miró lentamente alrededor de la mesa. «De lo que no

estoy seguro, pero quizás alguno de ustedes podría aclararme, es por qué la señora que se desmayó durante el espectáculo de fuegos artificiales y fue trasladada en ambulancia no aparece en ningún registro hospitalario y, lo que es más, no se ha vuelto a saber nada de ella desde entonces».

—Murió antes de llegar al hospital —dijo William, sin dar más explicaciones.

«Una sentencia que abarca multitud de pecados, comandante, pero no responde a mi pregunta.»

—Lo que puedo decirle, señor —dijo William—, es que nadie ha reclamado el cuerpo.

—Qué conveniente —dijo el Halcón.

William no dio su opinión.

«También me pareció bastante extraño», continuó el Halcón, «que anoche hubiera dos palcos vacíos cerca del Palco Real: uno que debería haber estado ocupado por el Embajador ruso y sus invitados, y el otro por el Embajador chino». El Halcón miró alrededor de la mesa y se encontró con miradas de «yo no, jefe». «No fue hasta esta mañana, cuando recibí una llamada de nada menos que Sir Julian Warwick QC», continuó el Halcón, «que se resolvió la mitad del misterio. Me informó de que la Fiscalía retirará todos los cargos contra Miles Faulkner por su estafa de entradas, a pesar de que logró embolsarse una pequeña fortuna y era culpable como el demonio».

Reinaba el silencio.

«Tiene que haber una explicación sencilla», continuó el Halcón, mirando fijamente a William, quien, como un criminal experimentado, había seguido el consejo de su abogado y permanecía en silencio.

«Y, por último, me veo obligado a preguntar: ¿por qué el inspector Hogan no está hoy entre nosotros?»

«El inspector Hogan está en el hospital», dijo William, «aunque le darán el alta esta misma tarde. Le he dicho que se tome el resto de la semana libre».

«Para entonces, supongo que esperas que ya haya olvidado cuál iba a ser mi siguiente pregunta».

—Quizás también sería prudente —dijo William, mirando a Rebecca y a Paul, y luego de vuelta al Hawk— hacerle saber a Sinclair que ya puede dar por concluida su investigación sobre la muerte de Jackie, puesto que el asesino ya no está en libertad.

—Una digresión muy ingeniosa, comandante. Les sugiero que todos vuelvan a sus puestos —hizo una pausa—, con la excepción del comandante Warwick.

Mientras Paul y Rebecca se marchaban, William permaneció sentado, reflexionando sobre los sucesos de las últimas horas y sobre todo lo que podría contarle al Halcón. Al regresar a su antigua oficina esa misma mañana, su primera llamada había sido a la Embajada de China para informarles del fallecimiento de Sun Anqi. El Embajador Adjunto afirmó no haber oído jamás ese nombre, y quienquiera que fuera esta Sun Anqi, desde luego no era miembro del equipo olímpico chino, que, por cierto, regresaría a casa esa misma mañana.

Cuando William pidió que le comunicaran con el embajador, le informaron de que el señor Wei Ming había sido llamado de vuelta a Pekín con poca antelación y que aún no se había anunciado a su sustituto.

La siguiente llamada de William fue al hospital no registrado, donde le dijeron que no tenían ningún registro de la Sra. Sun Anqi en sus archivos. William no insistió en obtener más información del funcionario superior, consciente de que no la obtendría. Solo un puñado de personas sabían tanto como William, y por sus propios motivos, se llevarían el secreto a la tumba. Uno de ellos, literalmente.

Pero, en su opinión, no había necesidad de que el Halcón estuviera entre ellos.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó anoche? —preguntó el subcomisario una vez que estuvieron a solas.

William hizo una pausa. «¿Sabe usted? Leí el reglamento de la Reina antes de venir a trabajar esta mañana, señor».

«Imposible de dejar de jugar», dijo el Halcón. «Pero, ¿qué tiene que ver eso con lo de anoche, Comandante, si me permite preguntar?»

«Me llamó la atención el reglamento 1062», dijo William.

«Ilumíname.»

«Si el Comisionado Adjunto tiene conocimiento de algo que pueda poner en peligro la seguridad pública, es su deber informar inmediatamente al Comisionado».

—Con razón —dijo el Halcón.

«El reglamento continúa diciendo que el Comisionado deberá informar entonces al Ministro del Interior sobre dicho peligro, quien a su vez deberá informar al Primer Ministro.»

'¿Y?'

«Y», dijo William, «el Primer Ministro sin duda consideraría necesario alertar a sus colegas de mayor confianza en el Gabinete, especialmente al Secretario de Defensa y al Secretario de Asuntos Exteriores, lo que seguramente provocaría que la noticia llegara a la prensa en cuestión de días».

El Halcón miró fijamente a un hombre al que admiraba y en quien confiaba. Un hombre dispuesto a asumir la responsabilidad de sus actos y no a eludir su deber.

El Comisionado Adjunto permaneció en silencio durante un rato antes de decir: «Acepto su veredicto, Comandante».

• • •

—Usted y sus hombres, inspector, han sido declarados libres de cualquier contaminación y pueden marcharse —dijo el médico, que ya no llevaba un traje protector, sino una larga bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello.

Durante las últimas doce horas, Ross había estado en un hospital que no figuraba en la lista del NHS (Servicio Nacional de Salud del Reino Unido), donde varios hombres y mujeres con trajes blancos lo examinaron, pincharon y escanearon. Ahora vestía una bata de hospital, pijama, zapatillas y unos pantalones de papel que le quedaban grandes. Al parecer, su ropa, incluyendo su reloj y su anillo de bodas, había sido incinerada, junto con otros objetos no registrados.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor? —preguntó Ross con inocencia.

—Por favor, inspector.

¿Qué pasó con la mujer muerta que trajimos anoche?

—Ella ardió junto con tu ropa en el incinerador —dijo el doctor, sin emoción alguna. Hizo una pausa—. Parece usted decepcionado, inspector.

—Sí, lo soy —admitió Ross.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó el doctor.

«Ojalá hubiera estado viva en aquel entonces», dijo Ross.

# CAPÍTULO 30

## Domingo, 19 de agosto

Rebecca miró su reloj: las siete en punto. «¿No te parece extraño?», le dijo a Ross, mientras estaban sentados juntos en la Suite Oro, disfrutando de una taza de té y lo que quedaba de las galletas de la semana pasada.

—¿Extraño? —repitió Ross.

«Hace tan solo una semana, había ochenta mil espectadores sentados allí viendo un espectáculo de fuegos artificiales, aplaudiendo, cantando, vitoreando, y ahora solo estamos nosotros dos…»

—Y el vigilante nocturno —le recordó Ross, mientras miraba las pantallas de las cámaras de seguridad que mostraban un estadio desierto.

«Y dentro de diez días, volverá a estar lleno por los Juegos Paralímpicos», dijo Rebecca, mirando su reloj.

«Esperemos que no sean tan agitadas como los Juegos Olímpicos».

«Sobre todo porque William estará de vacaciones a partir de mañana y Paul estará al mando».

«El inspector jefe Adaja está más que capacitado para el desafío», respondió Ross con una sonrisa. «Y una vez que terminen los Juegos Paralímpicos, todos buscaremos otro trabajo. ¿Quizás ya sabes qué harás?».

—Me trasladan al escuadrón antidrogas —dijo Rebecca—. ¿Y tú?

—Me quedaré con el jefe —dijo Ross—. Nadie más me aceptará.

Rebecca se rió. —¿Qué jefe?

—William, por supuesto —reveló Ross—. No olvides que el Halcón finalmente se retirará a finales de año.

—Y he oído que van a ascender a Paul a superintendente a cargo del escuadrón antifraude. Rebecca volvió a mirar su reloj.

«Mirar el reloj constantemente no hará que el tiempo pase más rápido», dijo Ross. «Entonces, ¿dónde hay que estar y cuándo?»

—Es el cumpleaños de Maureen —admitió Rebecca—, y se supone que debo llevarla a cenar para compensar...

—¿A qué hora? —preguntó Ross.

«Solo pude reservar mesa para las siete», dijo Rebecca, «antes de ir a un espectáculo nocturno».

—Entonces será mejor que te pongas en marcha.

«Pero no termino mi turno hasta que Paul toma el relevo en el turno de noche…»

—El jefe se va de vacaciones mañana —dijo Ross—, y para entonces, el Halcón ya se habrá marchado, así que creo que solo por esta vez…

—No habrías dicho eso hace una semana, pero gracias —dijo Rebecca. Agarró su bolso y se marchó rápidamente antes de que Ross pudiera cambiar de opinión.

Ross alzó la vista hacia la hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión y se encontró con filas y filas de asientos vacíos. Entonces, una de las pantallas parpadeó y se apagó. Sonrió. William, siempre precavido, había instalado, desde el incidente de la ceremonia de inauguración, un sistema de respaldo en la Suite Oro del que solo el equipo interno estaba al tanto.

Ross accionó un interruptor debajo de su escritorio y la pantalla en blanco se volvió a iluminar.

Volvió a mirar las pantallas, en las que aparecía un estadio vacío, y entonces decidió prepararse una taza de té.

• • •

El vigilante nocturno estaba junto a la puerta principal, esperando su llegada. Longe y sus dos guardaespaldas llegaron puntuales, acompañados de otro hombre al que no reconoció. Supuso que

debía ser otro guardaespaldas, aunque no entendía por qué arrastraba dos pesadas maletas.

Un grueso fajo de billetes cambió de manos cuando Longe entró al estadio. Miró con ansiedad a una cámara y preguntó: "¿Es seguro?".

—Sí —respondió el jardinero—. Las tres cámaras de seguridad que dan a la pista están estropeadas y —dijo con seguridad— no volverán a funcionar antes de que llegue el electricista mañana por la mañana para arreglarlas.

—Lo has hecho bien —dijo Longe—, y si todos salimos ilesos, te pagaremos el doble.

El vigilante nocturno cerró la puerta, la echó el cerrojo y los condujo escaleras abajo hacia un largo y oscuro pasillo. «He trazado una ruta segura desde la puerta y de vuelta», dijo, «así que nadie los verá entrar ni salir».

—¿Cuántos policías están de servicio? —preguntó Longe, mientras seguía al vigilante nocturno por el pasillo.

—Solo uno, Bernie. El otro se fue temprano, y el turno de noche no empieza hasta las ocho.

—Para entonces ya nos habremos ido —dijo Longe.

Salieron del túnel y caminaron hacia la pista, donde Longe se sentó en la primera fila de la tribuna. Los dos matones se sentaron a cada lado de él, mientras que el hombre de las maletas se escondió tras una columna, fuera de la vista.

Longe contempló el estadio vacío que tenía ante sí y luego le dio instrucciones al vigilante nocturno: «Asegúrate de estar esperando a nuestros dos invitados, que deberían llegar en cualquier momento, y tráelos directamente ante mí».

El vigilante nocturno regresó rápidamente sobre sus pasos hasta la puerta principal, donde encontró a dos desconocidos esperándolo.

• • •

Ross estaba de espaldas a las cámaras de seguridad mientras esperaba a que se preparara su té. Se tomó su tiempo, un lujo poco común después de las últimas semanas de actividad incesante desde

el amanecer hasta el anochecer. Rebuscó en la lata de galletas, dejando solo unas pocas en su interior, antes de servirse una taza de té y dar un sorbo.

Con la taza en la mano, se dio la vuelta y derramó un poco de té en el suelo.

Se quedó mirando las pantallas de las cámaras de seguridad, dejó la taza y hizo una llamada telefónica.

• • •

El vigilante nocturno abrió la puerta para recibir a los invitados del señor Longe. Les dirigió un breve saludo con la cabeza, pero solo después de que se intercambiara otro fajo de billetes, más pequeño. Los condujo por el mismo camino hasta el estadio y luego a la pista, donde el señor Longe los esperaba.

—Bienvenido, señor Faulkner —dijo Longe al entrar en la arena. Se puso de pie, con sus dos guardaespaldas a un metro de distancia, sin apartar la vista de Faulkner.

Longe le tendió la mano, pero Miles la ignoró.

—Me alegra que haya traído a su abogado —dijo Longe, haciendo caso omiso del desaire—, porque vamos a necesitar su experiencia una vez que hayamos acordado los términos.

El vigilante nocturno se escabulló, pero no pudo pasar por alto al hombre con sus maletas discretamente escondidas detrás de una columna, que escuchaba atentamente cada palabra.

Longe miró lentamente alrededor del estadio antes de decir: «Todas estas cosas os las daré», parafraseando a un amigo mío.

—Pero parece que lo has olvidado —replicó Faulkner—, nuestro Señor lo rechazó.

«Y mira adónde lo ha llevado eso», dijo Longe.

«Y recuerden que no pueden entregarlas hasta que se firme el contrato», dijo Faulkner. «No olviden que nueve millones de libras es una suma muy grande, sin garantía de éxito».

—No más de lo acordado —dijo Longe, con un tono cada vez más cortante—, y piense en la rentabilidad que obtendrá de su inversión, señor Faulkner.

«Solo si el West Ham firma el contrato», respondió Miles. «De lo contrario, perderé los nueve millones que te habré pagado, y quizás ese sea un riesgo que no estoy dispuesto a correr».

Detrás de él, Booth Watson observaba con recelo a los dos compañeros de entrenamiento, y ya deseaba no haber aceptado acompañar a Miles.

«Pero no hay ningún riesgo, señor Faulkner», dijo Longe. «El West Ham prácticamente ha aceptado pagar los dos millones y medio anuales por el alquiler del estadio para sus partidos como local. Así que, dentro de cuatro años, recuperará su inversión y, a partir de entonces, cada céntimo que ganemos será beneficio».

—Nosotros —repitió Faulkner—. ¿De cuánto crees que será tu separación?

—Cincuenta y cincuenta —dijo Longe con seguridad—, tal como habíamos acordado.

La mirada de Faulkner permaneció fija en su posible socio. «Entonces, tengo que aportar el resto del dinero para asegurar que puedas cerrar el trato, con la esperanza de que el West Ham termine alquilando el estadio. ¿Y esperas que me conforme con solo el cincuenta por ciento de las ganancias?».

—Sí —dijo Longe—. Me parece justo, porque sin mí no hay trato.

—Y sin mi dinero —replicó Miles—, desde luego no hay trato.

—Bueno, dadas las circunstancias —dijo Longe—, ¿por qué no decimos sesenta-cuarenta a tu favor?

—Bueno, dadas las circunstancias, ¿por qué no te mando a paseo? —replicó Faulkner, con un tono desafiante en la voz.

Los dos tipos corpulentos saltaron de sus asientos, haciendo que Booth Watson deseara tener otra cita, pero Longe levantó un brazo y dijo: "Todavía no, muchachos".

Ambos retrocedieron como perritos falderos, pero las palabras "aún no" le provocaron un escalofrío a Booth Watson.

—Verás —dijo Faulkner, sin dejar de mirar fijamente a Longe—, hay algo que no has comprendido del todo. El dinero en efectivo es lo que manda. Le dedicó al engreído jefe mafioso una sonrisa condescendiente. —Sin embargo, te diré lo que estoy dispuesto a

hacer. Te prestaré los ocho millones que faltan para que puedas cerrar el trato, pero con una condición.

—¿Setenta y treinta? —sugirió Longe, cediendo el paso una vez más.

«Ni hablar», dijo Faulkner. «Una vez que se hayan reembolsado el capital y los intereses, con suerte obtendrás el diez por ciento de las ganancias, lo que aún te reportará alrededor de un cuarto de millón al año. No está nada mal para comprarle una villa en la Costa del Sol a un concejal corrupto».

—Y si acepto esas condiciones —dijo Longe—, ¿estarías dispuesto a desembolsar los ocho millones —hizo una pausa— antes de que termine la semana?

—Puede tenerlo ahora mismo —dijo Faulkner, volviéndose hacia su abogado.

Booth Watson se agachó, abrió su maletín Gladstone y sacó un cheque firmado por ocho millones de libras, que le entregó a Longe.

Tras comprobar que no faltaban ceros, Longe sonrió por primera vez. «Eso es todo lo que necesito, señor Faulkner», dijo, «porque una vez que cobre su cheque, ya no le necesitaremos».

«Gracias por la advertencia», respondió Faulkner, sin disimular su sarcasmo. «Pero si esa es su actitud, bastará con una llamada a mi banco para que el cheque sea devuelto a Stratford, y sospecho que al concejal Dawson no le importará demasiado quién le pague, siempre y cuando consiga su residencia de ancianos en la Costa del Sol».

—Pero hay algo más que no has tenido en cuenta —dijo Longe, recuperando la confianza en su voz.

—¿Y qué podría ser eso? —preguntó Faulkner.

Longe ignoró la pregunta. Simplemente asintió, y sus dos hombres dieron un paso al frente y comenzaron a caminar lentamente hacia el foso de salto de longitud. Booth Watson los observó con incredulidad mientras tomaban dos palas y comenzaban a cavar.

—No me asustas —dijo Faulkner, manteniéndose firme—, porque sin mi dinero no hay trato.

—Qué curioso que mencione eso, señor Faulkner —dijo Longe, mientras los dos hombres seguían cavando, con un tono de voz

ahora más duro—. Hay algo que olvidé mencionar. Hace apenas un par de días, recibí la visita de un caballero ruso que solía ser socio suyo.

Faulkner parecía preocupado, mientras que Booth Watson tenía náuseas, pero lo tragó.

• • •

La mirada de Ross no se apartó de las pantallas de las cámaras de seguridad ni un instante, y aunque no oía ni una palabra de la conversación, era evidente que no se trataba de una charla amistosa. Ahora lamentaba haber dejado marchar a Rebecca antes de tiempo. Mientras los dos hombres seguían sacando arena a paladas del foso de salto de longitud, Ross fijó la vista en una figura que se encontraba en la penumbra, en la esquina de una de las pantallas. Estaba oculto tras una columna, con lo que parecían ser dos maletas grandes a su lado. Aunque no podía verlo con claridad, había algo en él que le resultaba familiar.

Ross hizo una segunda llamada.

• • •

Paul bostezó al detenerse en una rotonda a aproximadamente un kilómetro y medio del estadio. No le gustaba nada ser un simple vigilante nocturno. Era un trabajo desmoralizador. Estaba deseando que llegaran los Juegos Paralímpicos en diez días, cuando asumiría el cargo de Comandante Oro de William y tomaría las riendas. Después, tras unas merecidas vacaciones, se uniría al escuadrón antifraude como superintendente. Estaba impaciente por volver a meter en la cárcel a auténticos criminales.

Al salir de la rotonda y reincorporarse a Olympic Way, sonó su teléfono. En cuanto escuchó lo que Ross tenía que decir, encendió la sirena y superó el límite de velocidad.

• • •

—Pensé que eso te sorprendería —dijo Longe con un suspiro exagerado—. ¿Y qué más crees que me contó tu amigo ruso?

Faulkner no hizo ningún intento de responder.

«Que hiciste un trato con él, pero lo echaste a perder en el último momento. Le dije que eso era lo normal. ¿Y lo creerías?», dijo Longe, «mi nuevo amigo estaba dispuesto a conseguir los ocho millones que aún necesito, e incluso aceptó un reparto a partes iguales…» Hizo una pausa. «Pero con una condición.»

—Pero ahora tienes mi dinero —dijo Miles, con un tono de voz que denotaba inseguridad por primera vez.

—Tiene usted razón, señor Faulkner, y cobraré su cheque a primera hora de la mañana.

Miles miró por encima del hombro a Booth Watson, quien no parecía tener ningún consejo útil a mano. Faulkner vaciló un instante antes de ceder un poco. «De acuerdo. También acepto el 50-50».

—Pero eso ya lo tengo —dijo Longe.

Los dos hombres corpulentos habían terminado de cavar y estaban saliendo del pozo.

• • •

Ross hizo una tercera llamada.

Rebecca dejó el cuchillo y el tenedor y contestó el teléfono a regañadientes. Aunque Ross susurró, no le dejó lugar a dudas de que no vería la película de madrugada. Rebecca se levantó, dijo «Feliz cumpleaños, Maureen» y dejó la tarjeta de crédito sobre la mesa antes de salir corriendo del restaurante.

• • •

Faulkner miró fijamente al agujero y tragó saliva con dificultad. «Estoy dispuesto a aceptar un 60-40 a tu favor», dijo, escupiendo las palabras.

—No, gracias, señor Faulkner —dijo Longe—. Ahora que tengo su cheque, además de los ocho millones del caballero ruso, por mi parte, o gano el doble o me retiro.

—¿Doble o renuncia? —repitió Faulkner.

Sí, yo gano el doble, mientras que tú renuncias.

Booth Watson jadeó, pero solo pudo observar cómo uno de los matones cogía una pala y se acercaba amenazadoramente a Faulkner.

—No puedes estar hablando en serio —balbuceó Miles, mientras el matón levantaba su pala.

—Nunca he estado más serio, señor Faulkner —dijo Longe.

—Te pagaré setenta y treinta —dijo Faulkner.

Pero los pesados siguieron avanzando.

De repente, con un golpe que habría impresionado a un jugador de béisbol experimentado, el pesado bate impactó a Faulkner en la parte posterior de las piernas. Se desplomó en el suelo con un grito que resonó por todo el lugar.

—¡Bien hecho! —dijo Longe.

—Toma los ocho millones —dijo Faulkner, ahora de rodillas.

—Parece que ha olvidado, señor Faulkner, que ya lo tengo —dijo Longe, mostrando el cheque.

El otro corpulento se adelantó, levantó a Faulkner del suelo y lo echó al hombro como si fuera un saco de patatas. Lo llevó hasta el foso de salto de longitud y lo arrojó sin miramientos al enorme agujero.

Booth Watson, paralizado por el miedo, observaba horrorizado.

Faulkner intentó salir, pero el hombre de la pala le golpeó en la cabeza; no lo suficientemente fuerte como para dejarlo inconsciente, pero sí lo suficiente como para impedir que volviera a intentarlo. Un grito distinto resonó en el estadio vacío, una mezcla de dolor y miedo.

—Ah —dijo Longe—. Hay algo que olvidé mencionar, señor Faulkner: la única condición de su amigo ruso. —Hizo una pausa—. Tenía que asegurarme de que usted no pudiera volver a hacer tratos. Acepté encantado sus condiciones.

Longe no necesitó dar ninguna orden, pues los dos hombres ya habían empezado a echar la gran pila de arena de vuelta al hoyo. En cuestión de segundos, la arena cubría los hombros de Faulkner, pero

seguían ignorando sus súplicas, seguidas de gritos, mientras amontonaban más y más arena sobre él.

Faulkner le gritó a Booth Watson, pero su abogado, con la cabeza gacha, vomitaba violentamente mientras la arena seguía siendo depositada sin cesar, palada tras palada, sobre su cliente.

El cuerpo de Faulkner estaba ahora casi cubierto, pero sus ojos seguían fijos en Longe, y sus labios apenas se movían.

Longe se inclinó, ya que solo una oreja seguía visible, y le dedicó una cálida sonrisa a su antiguo compañero.

Por un instante, solo por un instante, Faulkner pensó que aún podría sobrevivir.

—Diga usted su precio —gimió, escupiendo más arena.

Longe se limitó a sonreír. «Pensé que te gustaría saber que un viejo amigo ha pasado a desearte mejor suerte en el más allá».

• • •

Ross colgó el teléfono, rezando para que la caballería apareciera en cualquier momento.

Continuó observando las pantallas de las cámaras de seguridad, y una vez más se sorprendió al ver al hombre que había estado escondido detrás del pilar salir y caminar lentamente hasta unirse a Longe junto al foso de salto de longitud.

Un espía ruso y un gánster londinense.

Dos hombres que solo tenían una cosa en común: el interés propio. El suyo propio.

Ross era plenamente consciente de su responsabilidad como agente de la ley, pero no le resultaba fácil dejar de lado sus sentimientos personales.

Faulkner fue responsable de la muerte de su primera esposa, Josephine, y de que Jojo creciera sin madre. También fue responsable de la muerte de Avril Dubois, cuyo testimonio, de haber llegado al estrado, habría enviado a Faulkner a prisión de por vida. ¿Y lograría Ross superar la terrible muerte de Jackie, su colega y amiga íntima, quien falleció porque Faulkner hizo la vista gorda?

Entonces Ross pensó en la mujer con los ojos vendados, encaramada en el tejado del Old Bailey sopesando la balanza de la justicia, y se dio cuenta dolorosamente de que, cualquiera que fuera la decisión que tomara, tendría que vivir con ella el resto de su vida.

Había dedicado toda su carrera profesional a proteger al público de la clase de delincuentes de poca monta que ahora merodeaban por el foso del salto de longitud. Pero, ¿acaso eso justificaba salvar la vida de Faulkner?

Pero finalmente comprendió que había un factor primordial a considerar: el sentido común. Si decidía que era su deber intentar arrestar a los cuatro hombres y salvar la vida de Faulkner, ¿cuáles eran las probabilidades de que terminara en la fosa de salto de longitud, compartiendo tumba con su antiguo adversario?

Ross cedió, algo que no hacía a menudo, y siguió esperando que la Brigada Ligera llegara a tiempo para arrestar a los cuatro villanos y salvar al quinto.

• • •

Faulkner miró fijamente al subsecretario ruso, quien no le dedicó ni una sonrisa. Suplicó por última vez, mientras Petrov tomaba una pala, la llenaba de arena y la dejaba caer lentamente sobre el rostro de Faulkner.

Los ruegos se convirtieron en quejidos, seguidos de un silencio absoluto, mientras Petrov seguía paleando hasta que Faulkner desapareció de la vista.

Tras cumplir con su tarea de sepulturero, Petrov se apartó y observó cómo los dos matones revolvían la tumba. Recogió las dos pesadas maletas de detrás del pilar y se las entregó al señor Longe. «Debería haberme ocupado de ustedes desde el principio», dijo Petrov antes de salir del estadio. Al llegar a la entrada y cuando el vigilante nocturno abrió la puerta, no dejó propina.

• • •

«Me había olvidado por completo de usted, señor Booth Watson», admitió Longe una vez que Petrov se hubo marchado, «pero, para ser justos, usted no formaba parte del acuerdo de caballeros ruso. Así que le diré lo que espero que haga…»

—Cualquier cosa, cualquier cosa —balbuceó Booth Watson, mientras caía de rodillas con las manos juntas en señal de oración.

«Voy a ingresar este cheque de ocho millones a primera hora de la mañana y, si no tiene fondos, creo que es justo advertirle que hay un foso para triple salto al otro lado de la pista y, aunque en su caso puede que requiera mucha más excavación, tengo la sensación de que mis hombres están a la altura del desafío».

Booth Watson tragó saliva con dificultad. No lo dudaba.

«Así que, señor Booth Watson, si alguien pregunta por el señor Faulkner, simplemente dirá que está de viaje de negocios en el extranjero y que no se espera su regreso en un futuro próximo. Y mientras esté fuera», continuó Longe, mirando la arena recién rastrillada, «le redactará un contrato para trabajar exclusivamente para mí. Sin duda, le cobrará una suma exorbitante, mientras que al mismo tiempo seguirá percibiendo mil libras diarias de su difunto cliente». Longe sonrió, antes de volver a mirar por encima del hombro hacia el foso de salto de longitud. «Así que, creo que estará de acuerdo en que, en definitiva, ha salido bastante bien parado de este trato».

Booth Watson asintió con la cabeza antes de retirarse aún más apresuradamente que Petrov. Al salir del estadio, divisó luces intermitentes a lo lejos y, por primera vez en años, echó a correr.

• • •

Longe levantó la vista y vio al vigilante nocturno bajando corriendo las escaleras hacia él, gritando: «¡Policía, policía!».

Una palabra que hizo que Longe y sus dos secuaces salieran corriendo hacia la salida más cercana, pero cuando llegaron a la puerta, el vigilante nocturno no estaba por ninguna parte.

Longe sabía que estaba atrapado. Se dio la vuelta y echó a correr hacia la vía, solo para ver a media docena de policías armados que

se dirigían hacia él. Rápidamente giró para encarar a un grupo aún mayor de policías que venían en dirección contraria.

Instantes después, los tres fueron rodeados, esposados y llevados detenidos.

Paul bajó corriendo las escaleras y salió al sendero, donde encontró a Ross cavando frenéticamente. Rápidamente se unió a él, agarró la otra pala y ambos siguieron cavando hasta que apareció un cuerpo. Ross había visto suficientes cuerpos como para saber que este estaba muerto.

• • •

William frenó bruscamente justo cuando Longe estaba a punto de ser metido a la fuerza en la parte trasera de una furgoneta policial.

Muchas cosas le habían dado placer a William durante sus años en la Policía Metropolitana, pero pocas le habían dado tanta satisfacción como ver a Longe y a sus dos compinches arrestados por intento de asesinato.

Mientras la furgoneta policial se alejaba, William se giró y vio a Ross y Paul saliendo de la entrada del estadio arrastrando dos maletas.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó William.

—Ojalá —dijo Ross, deteniéndose y abriendo la cremallera de una de las maletas para revelar filas y filas de billetes de cincuenta libras cuidadosamente apilados que llenaban cada centímetro del espacio disponible.

Uno de los jóvenes agentes no podía dejar de mirar boquiabierto.

—¿Y dónde está el omnipresente señor Booth Watson? —preguntó William.

«Se ha librado por completo», admitió Ross, «pero lo que no se da cuenta es que lo tenemos grabado protagonizando su propia película casera».

Ross miró a su alrededor y vio a Rebecca salir corriendo de su coche hacia ellos.

—Siento que se hayan perdido lo mejor —dijo Ross, mientras William cerraba la maleta con cremallera y le indicaba a Paul que los

llevara de vuelta al cuartel. Pero nadie se movió cuando dos paramédicos que llevaban una camilla se acercaron lentamente.

William dio un paso al frente y apartó la sábana, como si necesitara asegurarse de que Faulkner no se le hubiera escapado de nuevo. Observó fijamente a su viejo némesis, plenamente consciente de que su último acto había sido de valentía y, en última instancia, de autosacrificio.

Se tocó la frente en señal de respeto, un gesto que no habría creído posible hacía tan solo una semana.

Pero la vida real suele ser más extraña que la ficción.

—Cambien la acusación a asesinato —dijo William, mientras volvía a cubrir la cabeza de Faulkner con la sábana, permitiendo que los camilleros continuaran su camino hacia la ambulancia que los esperaba.

# CAPÍTULO 31

## Lunes, 20 de agosto

Para cuando Danny llegó en coche al número 37 de Cadogan Place a primera hora de la mañana siguiente, William ya había ensayado su guion no escrito más de una docena de veces.

Salió del coche y subió rápidamente los escalones hasta la puerta principal. Llamó una vez y se apartó. Estaba a punto de llamar por segunda vez cuando la puerta se abrió.

—Buenos días, señor Collins. Mi nombre es…

—Sé quién eres —gruñó Collins—, y estás perdiendo el tiempo. El señor Faulkner está de viaje y no espero que regrese en un buen tiempo.

Collins estaba a punto de dar un portazo cuando William dijo en voz baja: «El señor Faulkner no volverá».

Collins vaciló, con una expresión de incredulidad en el rostro, y tardó un rato en recuperarse lo suficiente como para decir: "¿Qué quieres decir con que no volverá?".

—Lamento ser portador de malas noticias, señor Collins —dijo William en voz baja—, pero su empleador ha fallecido.

—Eso no es posible —dijo Collins—, tuvo una reunión de negocios ayer por la noche con el señor Booth Watson y...

—Bernie Longe —dijo William.

Collins palideció y comenzó a temblar incontrolablemente.

Cuando volvió a hablar, tomó a William por sorpresa. —¿No quiere pasar, comandante? —preguntó, cambiando de tono. Condujo a William al salón y le ofreció un asiento, mientras él permanecía de pie.

—Me temo —dijo William— que lo que estoy a punto de contarte te enfadará mucho.

Collins se puso rígido, pero el temblor había cesado.

—El señor Faulkner ha sido asesinado —dijo en voz baja.

—¿Asesinado? —repitió Collins—. ¿Por quién?

—Bernie Longe y dos de sus matones —respondió William.

El temblor comenzó de nuevo, pero esta vez provocado por la rabia. «Le advertí al jefe que no se podía confiar en Longe y que no debía ir al estadio sin mí, pero…» Se detuvo de repente a mitad de la frase, antes de añadir: «Pero el señor Booth Watson estaba con él, así que debió de haber presenciado el asesinato», dijo Collins.

—Sí, lo hizo —dijo William—, pero rápidamente cambió de bando para salvar el pellejo.

Pasó un buen rato antes de que Collins pronunciara su siguiente frase, en voz muy baja: «Bueno, no cambio de bando tan fácilmente, comandante Warwick, así que puede contar con que haré todo lo posible para meter a esos bastardos entre rejas, incluido Booth Watson».

—¿Algo? —preguntó William.

—Cualquier cosa —repitió Collins con firmeza.

«Cuando el caso llegue a los tribunales, ¿usted...?»

—¿Declarar en nombre de la Corona? —preguntó Collins.

William esperó su respuesta.

«Cuando decía algo, lo decía en serio.»

William cambió de estrategia. «Creo que el señor Faulkner hizo testamento hace poco», dijo William. «Me gustaría tenerlo en mis manos antes de que el señor Booth Watson pueda reescribirlo».

—El original está en la caja fuerte, señor Warwick, pero no tengo permiso para abrirlo sin la autorización del señor Faulkner… —Collins se interrumpió a mitad de la frase y salió de la habitación sin decir una palabra más.

Mientras William esperaba su regreso, pensó en Beth, quien lo había mirado con incredulidad cuando le explicó durante el desayuno por qué había salido corriendo de la habitación la noche anterior mientras ella aún hacía las maletas para sus vacaciones. Le había prometido compensarla. Sus pensamientos se centraron entonces en

la única pregunta que Beth le había hecho: ¿por qué Ross estaba solo cuando ocurrió el asesinato?, porque Sinclair seguramente haría la misma pregunta.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Collins reapareció, portando un grueso pergamino color crema atado con una cinta roja, que le entregó a William.

William le dio las gracias, pero antes de levantarse para marcharse, advirtió a Collins que no se sorprendiera si Booth Watson era su próximo visitante.

—No se preocupe, lo estaré esperando —dijo Collins mientras acompañaba al comandante de vuelta a la puerta principal.

William le dio las gracias una vez más, antes de bajar corriendo las escaleras y subirse a su coche. Estaba a punto de llamar al Hawk cuando un taxi se detuvo frente al número 37.

Observó cómo Booth Watson salía del coche y le pagaba al taxista antes de subir los escalones hasta la puerta principal.

Llamó con firmeza y esperó, pero pasó un buen rato antes de que abrieran la puerta.

Booth Watson le dedicó a Collins una cálida sonrisa y estaba a punto de entrar cuando se la cerraron en la cara.

• • •

Rebecca esperó en la terminal de salidas a que apareciera el pasajero.

Al llegar, se dirigió directamente al control de seguridad, donde mostró su tarjeta de embarque antes de pasar por la barrera.

Una vez que lo perdió de vista, Rebecca se unió a la fila. Sacó su identificación, evitó el control de seguridad y lo siguió por la zona libre de impuestos, manteniendo la distancia.

El pasajero consultó el panel de salidas antes de dirigirse a la puerta 43, donde tomó asiento y esperó a que anunciaran su vuelo. Rebecca se sentó tres filas detrás de él.

Unos minutos más tarde, el empleado del mostrador de salidas anunció: «El vuelo 025 de Aeroflot con destino a Moscú ya está listo

para el embarque. Se ruega a todos los pasajeros con billete de primera clase y embarque prioritario que se acerquen».

Ni él se movió ni Rebecca.

El siguiente anuncio era para la clase ejecutiva, pero él permaneció en su asiento, lo que sorprendió a Rebecca. De hecho, no se unió a la fila de embarque hasta que anunciaron la clase económica, momento en el que finalmente se colocó al final de la cola.

Rebecca lo observó mientras se dirigía al mostrador de salidas, donde una vez más presentó su tarjeta de embarque y su pasaporte para su inspección, antes de continuar por un largo pasillo y desaparecer de la vista.

Esta vez Rebecca no lo siguió, pero claro, ella no era más que una observadora, a quien se le había ordenado informar de lo que había presenciado, pero aún no del todo.

Se levantó y se dirigió a una ventana cercana, desde donde pudo ver claramente el avión que esperaba. Rebecca observó cómo los pocos pasajeros de primera clase que quedaban comenzaban a abordar y no se movió de allí mientras esperaba a que él reapareciera. No tuvo que esperar mucho antes de que él saliera a la pista, subiera los escalones y abordara el avión. Rebecca permaneció allí hasta que vio que la pesada puerta del avión se cerraba de golpe, y aún así no se movió cuando el avión rodó por la pista y ocupó su lugar en la larga fila para el despegue.

Observó cómo el avión de Aeroflot aceleraba por la pista, despegaba y finalmente desaparecía entre las nubes. Luego marcó un número en su móvil, que fue contestado de inmediato.

—Su avión despegó hace unos instantes —dijo Rebecca—, pero sigo sin entender por qué no me permitiste arrestarlo, acusarlo y traerlo de vuelta para que compareciera ante el tribunal.

«Esa no fue mi decisión», dijo William, «y aunque podría estar de acuerdo contigo, los burócratas de Whitehall tienen claramente sus propios intereses. Sin embargo, puedo asegurarte que, a su llegada a Moscú, el señor Petrov no regresará a casa, sino que será acompañado en un vuelo nacional con destino a Irkutsk, en Siberia, que, te lo aseguro, no es un destino turístico popular».

• • •

—¿Sueles venir vestido de forma tan informal, Hogan, cuando te entrevista un oficial superior? —preguntó Sinclair.

—Estaba a punto de ir al aeropuerto cuando me llamó, señor —replicó Ross—. Tengo que coger un avión a Dublín. Se sentó en la silla frente al jefe del equipo de homicidios sin que se lo pidieran. Ross se había memorizado y ensayado su historia, pero sabía que debía andar con cuidado para que el historial intachable de Rebecca no se viera comprometido. —Espero que esto no se prolongue demasiado —dijo Ross—, ya que anoche ingresaron a mi madre en el hospital.

Sinclair se quedó momentáneamente desconcertado, pero se recuperó rápidamente. —¿Puedo preguntar de qué sufre su madre?

—Sufrió un derrame cerebral durante la noche —respondió Ross.

—Y por supuesto —dijo Sinclair, retomando el tema del ataque—, ¿podré confirmarlo con el hospital?

«Según mi experiencia, comandante», dijo Ross, «los hospitales tienen normas estrictas sobre la confidencialidad del paciente y solo hablan con familiares o parientes cercanos. Pero puede llamar al Hospital St. Vincent si lo desea».

Un leve rastro de vergüenza cruzó el rostro de Sinclair, pero no duró mucho.

«Como bien sabes, Hogan, estoy investigando un asunto muy delicado, y es mi responsabilidad, por muy desagradable que resulte, asegurarme de que un oficial de alto rango —en este caso, tú— no haya estado involucrado en un delito grave. Un hombre fue asesinado anoche en el Estadio Olímpico, mientras tú estabas de servicio.»

Ross permaneció en silencio.

«El sospechoso y sus dos cómplices ya han sido acusados, pero la pregunta sigue en pie: ¿cómo fue posible que este crimen se cometiera justo delante de sus narices? Por eso, necesito hacerle algunas preguntas, así que me temo que tendrá que tomar un vuelo posterior.»

Tan pomposo como siempre, pensó Ross, pero simplemente dijo: «Si usted lo dice, señor».

«Para empezar, ¿podría confirmar que estuvo de servicio en el Estadio Olímpico ayer por la noche?»

—Como lo he estado haciendo durante las últimas seis semanas, señor —respondió Ross.

«¿Y usted permitió que una compañera oficial abandonara su puesto antes de tiempo? ¿Eso también es correcto?»

—Sí, señor. La inspectora Pankhurst no había tenido ninguna noche libre durante los Juegos Olímpicos, y como ayer fue el cumpleaños de su pareja y había reservado mesa en un restaurante y entradas para el cine, le permití marcharse un poco antes de lo habitual. Como oficial superior, asumo toda la responsabilidad de mi decisión.

¿Y pretendes que crea que no es más que una coincidencia que durante ese período de tiempo, justo después de que el inspector Pankhurst se marchara y antes de que el inspector jefe Adaja entrara de servicio, tuviera lugar el asesinato?

—¿Qué sugieres, comandante? —preguntó Ross, elevando la voz con cada palabra.

—No estaba sugiriendo nada, inspector —dijo Sinclair con calma —. Simplemente le estaba haciendo una pregunta.

—Eso no merece respuesta —dijo Ross, apenas pudiendo controlar su temperamento.

«Pasemos entonces, inspector, a un misterio igualmente inexplicable: durante el tiempo que estuvo solo en la Suite Oro viendo un asesinato por las cámaras de seguridad, no hizo ningún intento por ayudar a la víctima».

—Eran cinco —dijo Ross—, mientras yo estaba solo.

—Solo porque habías liberado al inspector Pankhurst antes de tiempo —le recordó Sinclair.

«Inmediatamente llamé a mi superior, el comandante Warwick, como consta en los registros telefónicos. Él, a su vez, solicitó la presencia de la unidad de armas de fuego, que llegó a tiempo para arrestar a Longe y sus cómplices antes de que pudieran escapar».

—No todos sus socios —señaló Sinclair—. El hombre misterioso, el que apareció con dos maletas llenas de dinero, logró escapar. Sinclair hizo una pausa, pero Ross no opinó. —Quizás esperabas recibir parte del botín por mantenerte a salvo —sugirió Sinclair.

«Si lo hubiera sabido», dijo Ross, «no me habría presentado a esta entrevista, sino que me habría subido al avión para no volver a ser visto jamás».

«Por el momento», dijo Sinclair, «déjenos en visto que no sabía que se iba a cometer un asesinato y que, a pesar de haber ganado la Medalla al Valor de la Reina por su valentía, ¿creía que no era más de lo que Faulkner merecía?»

Sinclair tenía razón. Es cierto que estaba en minoría, pero ¿podría decir alguna vez, con la mano en el corazón, que su actitud habría sido diferente si hubiera sido otra persona que no fuera Faulkner?

Ross miró al comandante a los ojos, pero no respondió.

«Dadas las circunstancias, inspector, tal vez sería prudente que se marchara ahora y tomara su vuelo a Dublín, pero, por supuesto, nos reuniremos de nuevo en cuanto regrese», continuó Sinclair, pasando la página de su diario. «¿Qué le parece si nos vemos el próximo jueves a las diez? Y quizás esta vez podría venir vestido apropiadamente».

—Me temo que eso no será posible, señor.

—¿Y por qué será? —preguntó Sinclair—. ¿Quizás otro familiar al borde de la muerte?

—No, señor. Pero tengo una cita el próximo jueves a las diez con alguien de mayor rango que usted.

—Quisiera señalar, Hogan —dijo Sinclair—, que el comandante Warwick no tiene un rango superior al mío.

—No me refería al comandante Warwick —dijo Ross.

—Entonces, ¿me atrevo a preguntar quién? —dijo Sinclair, sin intentar disimular su sarcasmo.

«Su Majestad la Reina, en el Palacio de Buckingham, señor, y puede estar seguro de que iré vestido apropiadamente para recibir la Medalla al Valor de la Reina, otorgada póstumamente al sargento Roycroft en su nombre». Sacó la invitación del bolsillo y la colocó sobre el escritorio del comandante.

—Entonces tendré que cambiar la fecha —dijo Sinclair, intentando aparentar que aún tenía el control.

Ross hizo una pausa antes de jugar su as bajo la manga. «Quizás sería prudente, señor, posponer nuestra reunión hasta que la ministra del Interior haya decidido a quién nombrará como próximo comisario de la Policía Metropolitana. Lo menciono solo porque creo que si usted suspendiera al segundo al mando de su rival, podría parecer algo personal».

Sinclair no intentó ocultar su enfado cuando Ross se puso de pie, le dedicó una cálida sonrisa y dijo: «Sin embargo, comandante, si es nombrado nuestro próximo comisario, no hace falta que se moleste en intentar suspenderme, porque dimitiré el mismo día».

# CAPÍTULO 32

El subcomisario y el comandante Warwick se sentaron en el asiento trasero del coche del Hawk y repasaron su guion una vez más.

—Antes de entrar —dijo el Halcón—, mi primera pregunta es: ¿quieres hacer de policía bueno o de policía malo?

—El policía malo —dijo William sin dudarlo.

«Entonces, por una vez, estarás interpretando un papel diferente al que sueles interpretar.»

—Y usted también, señor —respondió William.

El Halcón hizo una leve reverencia a William antes de que este saliera del coche y se dirigieran a la Porter's Lodge.

«Esperemos que Booth Watson no se dé cuenta de que ya hemos visto su actuación ganadora del Oscar», dijo el Halcón, «gracias a que instalaste un sistema de grabación de respaldo en la Suite Oro».

—Solo le doy un cincuenta por ciento de posibilidades —dijo William mientras se acercaban a la portería—. A ese hombre no se le escapa nada.

El portero solo necesitó echar un vistazo a las dos tarjetas de identificación antes de decir: "¿Le aviso al señor Booth Watson que ya viene?".

—No, por favor, no lo hagas —dijo el Halcón.

No intercambiaron ni una palabra antes de entrar sin invitación en la residencia privada de Booth Watson. Se sorprendieron al encontrar a su secretaria en el primer escalón, esperándolos para recibirlos. Mala señal.

—El señor Booth Watson solo la entretendrá unos instantes, subcomisaria —dijo—. Está hablando con un cliente.

—Estaremos encantados de esperar —dijo el Halcón, mientras los conducía hacia las dos sillas que había fuera de su oficina.

—Siento que haya tenido que cancelar sus vacaciones a última hora —dijo el Halcón después de sentarse.

—Deberías disculparte con Beth, no conmigo —respondió William —, aunque estoy a punto de darle un regalo que garantizará que todo quede perdonado.

¿Diamantes, caviar, champán?

«Algo que ella anhela mucho más que las tres cosas juntas», dijo William.

—¿Qué podría ser eso? —preguntó el Halcón.

«Ciento cuarenta y dos pinturas al óleo de valor incalculable, junto con veintisiete esculturas excepcionales».

—¿Cómo lograste dar ese golpe de estado? —preguntó el Halcón.

William se lo habría dicho si la puerta del despacho del señor Booth Watson no se hubiera abierto para revelar una figura corpulenta que ocupaba todo el umbral.

—Siento haberle hecho esperar —dijo, sin sonar para nada arrepentido—, pero estoy esperando una llamada de un cliente importante.

William quería mencionar a Bernie Longe, por casualidad, pero no formaba parte de su rutina de "policía malo".

—Siéntense, caballeros —sugirió Booth Watson, señalando dos cómodas sillas al otro lado de su escritorio.

—No, gracias, señor —dijo el Halcón—. Preferimos quedarnos de pie mientras le hacemos algunas preguntas.

—Con mucho gusto, le complaceré —dijo Booth Watson, aunque no sonaba tan seguro.

—¿Puedo confirmar —comenzó el Hawk— que usted estuvo presente anoche en el Estadio Olímpico, donde presenció el asesinato de su cliente, Miles Faulkner, a manos de Bernie Longe y dos de sus asociados?

La mirada de William permaneció fija en Booth Watson, pero el astuto abogado no reveló nada. Sin embargo, el tiempo que tardó en responder a la pregunta sugería que estaba sopesando las opciones.

«La llamada importante que estaba esperando», dijo finalmente Booth Watson, «era la del director del Servicio de Protección

Infantil», mientras una sonrisa volvía a su rostro.

—Pero si no recuerdo mal, señor Booth Watson —dijo William—, usted nos dijo que la llamada que esperaba era de un cliente importante. —Hizo una pausa—. A menos, claro está, que el director del Servicio de Fiscalía de la Corona (CPS) sea uno de sus clientes importantes, lo cual no debería ser muy difícil de averiguar.

—Quizás podrías pedirle a tu secretaria que se una a nosotros —dijo el Halcón, antes de que él pudiera responder—, ya que presumiblemente ella fue quien realizó la llamada.

—Llamé directamente —dijo Booth Watson, un poco demasiado rápido—, pero no estaba disponible, así que le dejé un mensaje pidiéndole que me llamara urgentemente.

«Lo cual, una vez más, no debería ser difícil de confirmar», dijo el Halcón.

Esto acabó por silenciar a Booth Watson, pero no a William.

«Estoy seguro de que no tengo que recordarle, señor Booth Watson», dijo, «que es un delito que un agente de la ley no denuncie un crimen del que ha sido testigo, ante las autoridades competentes y a la primera oportunidad posible».

Tras un silencio aún más prolongado, Booth Watson murmuró finalmente: «Pero debes entender que Longe me amenazó con el mismo destino que a Faulkner si abría la boca».

«Sin duda, por eso fuiste a casa del señor Faulkner esta mañana temprano para advertir a Collins de lo sucedido».

—Así es —dijo Booth Watson—, pero me cerró la puerta en las narices. Sin embargo, en cuanto llegué a mi oficina, llamé al director del Servicio de Fiscalía de la Corona y le conté exactamente lo que había sucedido.

—¿Entonces no sería cierto sugerir que ahora representas al señor Longe? —preguntó William, quitando el pasador de su propia granada de mano.

—Por supuesto que no —dijo Booth Watson con expresión de horror—. Permítanme asegurarles, caballeros, que no hay ninguna circunstancia que me permita representar a alguien que asesinó a mi amigo más antiguo y querido. Hizo una pausa antes de añadir: —¿Qué clase de hombre creen que soy?

Si el teléfono del escritorio de Booth Watson no hubiera empezado a sonar, William podría habérselo dicho.

Booth Watson ignoró el insistente timbre, pero el Halcón se adelantó rápidamente y pulsó el botón de contestar. Si al otro lado de la línea estaba el director del Servicio de Protección Infantil, no tenían ninguna posibilidad.

Una voz desesperada se escuchó por el altavoz. «Soy Bernie Longe, señor Booth Watson. Me han arrestado por el asesinato de Faulkner», balbuceó, «y solo me permiten una llamada, así que ahora tendrá la oportunidad de ganarse sus mil libras diarias».

—¡Cállate, imbécil! La policía está conmigo —gritó, dando un paso al frente, pero William se interpuso entre ellos, impidiendo que Booth Watson agarrara el teléfono y colgara. Estaba disfrutando de su papel de policía malo.

—El señor Booth Watson le devolverá la llamada —dijo el Halcón en tono tranquilizador.

—¿Pero cuándo? —preguntó Longe, aún con un tono de desesperación.

—No puedo estar seguro —admitió el Halcón—, pero si tuviera que adivinar, diría que entre seis y diez años.

—Y ese es el hombre —dijo William, mientras el Halcón se inclinaba y terminaba la llamada— al que acabas de decir que no estarías dispuesto a representar bajo ningún concepto, porque había matado a tu amigo más antiguo y querido.

—Sin embargo, parece —añadió el Halcón, antes de que Booth Watson pudiera responder— que Longe, según su propia admisión, ya le está pagando un anticipo de mil libras al día.

—Ambos se han extralimitado en sus funciones —dijo Booth Watson, apartando a William a un lado y dirigiéndose hacia la puerta —, así que les sugiero que se marchen antes de que llame a...

—¿A quién llamar, señor Booth Watson? —preguntó el Halcón—, ¿al director del Servicio de Fiscalía de la Corona?

«…y no vuelvas hasta que tengas una orden de arresto contra mí», dijo sin bajar la voz.

El Halcón esbozó una leve sonrisa mientras sacaba un documento de un bolsillo interior. «Qué curioso que lo mencione», dijo, «porque,

señor Booth Watson, abogado de la Reina, lo detengo. Seguro que no hace falta que le recuerde que es un delito ayudar o instigar a un delincuente cuando se sabe, o se tiene motivos para creer, que dicha persona ha cometido un delito».

El Halcón dio un paso al frente, sujetó los brazos de Booth Watson a su espalda y lo esposó. «Hace años que no hago esto», dijo el Halcón, con un tono bastante satisfecho.

—No tienes que decir nada —le indicó William a Booth Watson, que ahora temblaba de pies a cabeza—. Pero podría perjudicar tu defensa si, al ser interrogado, no mencionas algo en lo que luego te apoyes en el juicio. Todo lo que digas podría ser utilizado como prueba.

William debió haber pronunciado esas palabras más de cien veces durante los últimos treinta años, pero nunca le habían producido la misma satisfacción.

• • •

El concejal Dawson miró a su alrededor en la sala abarrotada, con una sonrisa de satisfacción que apenas se borraba de su rostro, mientras saludaba a sus compañeros concejales, amigos, miembros del personal, al alcalde del distrito e incluso al diputado local.

Maurice Dawson había dedicado bastante tiempo a preparar su discurso de despedida, y lo había pronunciado una vez más en la bañera esa misma mañana, con su esposa como una audiencia casi papal.

«Ideal para la ocasión», le había asegurado ella mientras él salía de la bañera y se secaba, antes de ponerse un traje cruzado azul oscuro, una camisa blanca y una corbata del West Ham.

Un camarero que pasaba por allí le rellenó la copa de champán mientras seguía charlando con el alcalde sobre sus veintisiete años en el consejo, poniendo fin a su etapa como presidente del Comité de Desarrollo y Nuevos Proyectos.

—¿Y cómo piensas pasar tu merecida jubilación, Maurice? —preguntó el alcalde.

—He comprado una pequeña residencia en Marbella, así que si alguna vez se encuentra por esa parte del mundo, espero que nos visite —respondió, mientras miraba por encima del hombro del alcalde y veía entrar en la habitación a una pareja elegantemente vestida a la que no reconoció.

Echaron un vistazo a los presentes y, en cuanto divisaron al invitado de honor, comenzaron a caminar en su dirección, sin duda, supuso Maurice, para ofrecerle sus felicitaciones y sus mejores deseos para el futuro.

Cuando los dos se acercaron, él les dedicó una cálida sonrisa.

—¿El concejal Maurice Dawson? —preguntó uno de ellos, sin devolverle la sonrisa.

—Sí, en efecto —respondió Maurice.

«Soy el inspector jefe Paul Adaja, y esta es mi colega, la inspectora Rebecca Pankhurst, y tengo una orden de arresto contra usted».

El rostro del concejal Dawson palideció al ver que el alcalde retrocedía.

—¿A qué precio, si se puede saber? —tartamudeó Dawson mientras los invitados guardaban silencio.

«Fraude y malversación de fondos públicos», dijo Rebecca, antes de que Paul añadiera: «Tiene dos opciones, señor. Podemos presentar cargos aquí y ahora, o puede marcharse tranquilamente y llevaremos a cabo el procedimiento formal en la comisaría. La decisión es suya».

—Por favor, no me esposen —dijo Dawson, lo cual no había sido la primera frase de su discurso.

—No creo que sea necesario —dijo Paul. Tras arrestar al sospechoso y advertirle de sus derechos, lo sujetó de un brazo mientras Rebecca lo sujetaba del otro.

Sacaron al prisionero de la habitación, pero no lo subieron al escenario.

# EPÍLOGO

## Cuatro meses después

# EPÍLOGO

## Diciembre de 2012

Beth tuvo que dar varios golpecitos al micrófono antes de que todos los invitados guardaran silencio. Una vez que captó su atención, miró al público, que llenaba la sala, y les dedicó una cálida sonrisa antes de pronunciar las primeras palabras de su discurso.

«¿Quién hubiera pensado que sería posible —comenzó Beth— que llegaría el día en que estaría de pie en este escenario cantando las alabanzas de Miles Faulkner?»

Se escucharon algunas risas.

«Pero ese día sin duda ha llegado, porque esta exposición, con todas las entradas vendidas, no habría sido posible sin su generoso legado, razón por la cual hemos bautizado esta sala como la Galería Miles Faulkner, como un homenaje permanente a su memoria».

Tras la ovación, se escuchó un cálido aplauso, e incluso Sir Julian y el Halcón lograron unirse.

«Esta extraordinaria donación ha elevado la reputación del Fitzmolean de la noche a la mañana», dijo Beth. «Cuando asumí la dirección en 1996, The Guardian describió al Fitz como uno de los mejores museos de segunda división. Pero ahora, gracias a esta generosa donación, sin duda hemos ascendido a la primera división», hizo una pausa, «donde pretendemos permanecer».

La ovación que siguió duró un buen rato y le permitió a Beth pasar página.

«Qué apropiado es», continuó Beth, una vez que cesaron los aplausos, «que quienes nos acompañan esta noche para celebrar esta ocasión especial sean los amigos y simpatizantes más cercanos de la galería, junto con nuestro respetado equipo interno, liderado

por Christina, quien presidió su última reunión de la junta directiva esta tarde, tras haber servido al museo durante más de una década».

La ovación hizo que Beth se detuviera antes de poder terminar la frase. «Sin embargo, sé que les alegrará saber que la junta votó por unanimidad para invitar a su esposo, Wilbur, a ocupar su lugar como presidente».

Nadie parecía más sorprendido que Wilbur, pero los prolongados aplausos no le dejaron ninguna duda sobre lo que los invitados pensaban del nombramiento.

Como todos saben, Wilbur ha sido un generoso benefactor del museo durante muchos años. Una vez me dijo: «Nunca necesité firmar un acuerdo prenupcial con Christina, pero sin duda debería haberlo hecho con el Fitzmolean».

A continuación, se escucharon risas y aplausos.

Cuando Beth llegó a la última página de su discurso, su voz se tornó suave y reflexiva. «Leí en la prensa hace poco», dijo, «que me consideran una posible candidata para dirigir el Museo Victoria y Alberto». Un silencio repentino se apoderó de la sala. «Así que, es justo que sepan», hizo una pausa, «que no me voy a ir a ninguna parte».

Beth bajó discretamente del escenario para unirse a sus invitados, acompañada por el aplauso más fuerte de la noche que resonaba en sus oídos.

—Gracias por la advertencia —dijo Wilbur mientras abrazaba a Beth—. Es impensable, tú de día y Christina de noche. ¿Cuánto tiempo más podré sobrevivir?

«Tienes que sobrevivir al menos una década», dijo Beth. «Eso es lo que queda registrado en las actas».

—¡Qué buen discurso! —dijo Christina mientras se acercaba para unirse a ellos. Bajó la voz y preguntó—: Pero ¿cuánto le debemos a William por haber conseguido el testamento de Miles antes de…?

«Cuando le mostré a William un primer borrador de mi discurso, tachó ese párrafo en particular, sugiriendo que tal vez era mejor que no les contaran toda la historia».

Beth sonrió al ver a William charlando con su padre y el Halcón al otro lado de la habitación.

• • •

«Me han informado de buena fuente», dijo Sir Julian, «que la ministra del Interior, tras consultar con el alcalde de Londres, ha presentado su recomendación al primer ministro sobre quién debería ser el próximo comisario de policía. Como es tradición en cualquier nombramiento público, se le presentaron dos nombres al primer ministro, dejándole a él la decisión final».

—No hace falta ser un genio para adivinar el otro nombre —dijo el Halcón.

«A Sinclair no le habrá perjudicado en nada», sugirió Julian, «que Bernie Longe acabara con cadena perpetua y Booth Watson con siete años de cárcel».

«Creo que Booth Watson salió bien librado», dijo el Hawk.

—¿Entonces, cuánto tiempo debería haber sido condenado? —preguntó Julian.

«Deberían haberlo deportado».

¿Me atrevo a preguntar dónde?

—Australia, por supuesto —dijo el Halcón.

—Lo cual me recuerda —dijo Julian—. Tengo un par de entradas para el primer día del partido de prueba en Lord's contra los australianos, y me preguntaba si te gustaría acompañarme, Jack.

William reprimió una sonrisa. Se preguntó si algún día llegaría el momento en que se sintiera capaz de llamar al Halcón Jack.

Cerca de allí se oyeron risas, y William se giró para ver a Jojo charlando con Ross y Alice.

• • •

—¿Dejarás la policía cuando se retire el Halcón? —le preguntó Jojo a su padre.

«Eso depende bastante de quién sea nuestro próximo Comisionado», dijo Ross. «Ya le he dado mi palabra a uno de los

candidatos de que con gusto continuaré en el cargo si consigue el puesto, mientras que al otro le he dejado claro que, si es nombrado Comisionado, renunciaré el mismo día. Francamente, la decisión está en manos del Ministro del Interior, no en las mías».

—Entonces todos debemos rezar para que William consiga el trabajo —dijo Alicia—, porque no necesito a tu padre encima de mí todo el día.

—¿Pero por qué tendrías que dimitir si Sinclair consigue el puesto? —insistió Jojo.

«Puede que me pregunte cómo está tu abuela», dijo Ross, «y tendría que admitir que goza de perfecta salud. Así que, Jojo, si tengo que dimitir, ¿te apiadarías de tu padre y almorzarías con él de vez en cuando?»

—Ni hablar —dijo Jojo—, a menos que puedas acompañarme al Algonquin, porque la semana que viene me voy a Nueva York para una sesión de fotos para Vogue. Jojo se puso de puntillas y besó a su padre en la mejilla antes de dejarlos a él y a Alice para que admiraran un Van Gogh.

—Podría jurar —dijo Alicia, observando más de cerca la obra maestra— que vi este cuadro en la Embajada rusa hace tan solo unos meses.

—¿Crees que Jojo saldrá en la portada de Vogue? —preguntó Ross, mirando a su hija, que estaba charlando con Artemisia y Peter.

• • •

«Me sorprende que hayas tenido el valor de venir esta noche», sugirió Peter, «después de leer tu artículo sobre el estreno de esta noche en el Mail. El titular por sí solo...»

«Yo no decido el titular», dijo Artemisia. «Ese es trabajo del redactor de artículos».

—¿Cuál era el titular? —preguntó Jojo con inocencia.

«El gánster enterrado vivo deja su botín al Fitzmolean», dijo Robert, incapaz de reprimir una sonrisa.

Artemisia sonrió. «Lo cual, debo señalar, es la razón por la que este espectáculo tiene todas las entradas vendidas».

—Mamá no lo vio así cuando leyó tu artículo esta mañana durante el desayuno —le advirtió Peter.

«Entonces no le va a gustar mi artículo de seguimiento de mañana», admitió Artemisia, «aunque eso garantizará que mamá tenga que alargar el programa durante meses. El titular es…» —hizo una pausa y los hizo esperar un momento antes de anunciar—: «¿Por qué los rusos entregaron una de sus obras maestras a un delincuente de segunda categoría?»

—¿Y la respuesta? —preguntó Jojo.

—Tendrás que comprar el periódico de mañana —dijo Artemisia— y leer mi última exclusiva.

«Faulkner nos demandaría si aún viviera», dijo Peter.

—Pero no lo es —replicó Artemisia—, y el embajador ruso ha tenido que regresar a Moscú, así que difícilmente pondrá objeciones. Es una pena, porque me hubiera gustado entrevistarlos a ambos y escuchar su versión de los hechos.

—Y en nombre de la defensa, señoría —dijo Peter, aferrándose a las solapas de su chaqueta, imitando a su abuelo—, sugiero al jurado que, tras contemplar esta magnífica exposición, solo pueden concluir que mi cliente, el señor Miles Faulkner, no era un delincuente de segunda categoría, sino, de hecho, un maestro del crimen.

—No está mal —dijo Artemisia, anotando las palabras de su hermano, mientras miraba hacia el otro lado de la habitación y veía a su padre rompiendo una de las reglas de oro de la galería de Beth. Su teléfono estaba sonando y estaba comprobando quién llamaba.

—Responder a eso es bajo tu propio riesgo —dijo Beth—, porque la última vez que lo hiciste, no tuvimos vacaciones.

William miró la pantalla. —Es el Ministro del Interior —susurró.

Beth no pudo ocultar su entusiasmo. «Entonces debes haber conseguido el trabajo».

—No necesariamente —dijo William con calma—. La señora May es una mujer cortés que llamará primero al perdedor para informarle que la victoria estuvo muy reñida.

William salió de la habitación, abarrotada y ruidosa, y casi corrió hacia el pasillo antes de pulsar el botón verde de su móvil y decir:

«Buenas noches, Ministro del Interior».

# 18 de enero de 2013

William colocó una fotografía de su esposa a un lado del escritorio y otra de los gemelos cuando eran adolescentes al otro. Luego puso entre ellas un pequeño reloj de sobremesa plateado que Beth le había regalado para celebrar su vigésimo quinto aniversario de bodas. Pero el lugar de honor lo ocupaba una porra que había llevado cuando era un joven agente de policía al principio de su carrera en Lambeth. El bastón del mariscal de campo.

El teléfono de su escritorio empezó a sonar. Se preguntó quién sería la primera persona que lo llamaría. «Es el Ministro del Interior, señor», le dijo su asistente.

—Buenos días, ministro del Interior —dijo William.

—Buenos días, comisario —respondió la señora May—. Lamento tener que ponerle a prueba en su primer día, pero el primer ministro quiere vernos a los dos a las diez de la mañana.

—¿Hay algo en particular que comentar? —preguntó William.

«El puente de Londres», dijo el ministro del Interior.

—No sabía que la Reina estaba enferma —dijo William, con tono de preocupación.

«No lo es», dijo el ministro del Interior. «Pero realizamos una reunión informativa anual en el Palacio de Buckingham, así que tendrá que ponerse al día. No estaría de más que hablara con Jack Hawksby, ya que él estuvo a cargo del funeral de la Reina Madre».

Apenas William colgó el teléfono, apareció su oficial de estado mayor, cargando un montón de archivos marcados como urgentes, que colocó sobre el escritorio frente a él.

—Necesito ver al Comisionado Adjunto en cuanto me sea posible —dijo William, mientras su teléfono volvía a sonar. Su asistente contestó. —Es su esposa —dijo, pasándole el teléfono.

—Solo llamaba para desearte suerte en tu primer día de trabajo —dijo Beth—. ¿Has tenido algún problema hasta ahora?

—Nada que no pueda esperar —dijo William, mientras miraba la pila de gruesos archivos que llenaban su bandeja de entrada.

¿Estarás en casa a tiempo para la cena?

—No contaría con ello —dijo, mientras miraba fijamente la creciente cantidad de correos electrónicos en su bandeja de entrada.

—¿Cuánto tiempo cree que seguirá siendo comisaria? —preguntó Beth, conteniendo la risa.

—Cinco años es el plazo normal —dijo William—. Pero, ¿por qué lo preguntas?

«Porque Wilbur me pregunta cuánto tiempo más estoy dispuesta a seguir como directora del Fitzmolean, y ahora ya sé la respuesta. Adiós, cariño», dijo al oír que llamaban a la puerta de William.

William levantó la vista y vio al Comisionado Adjunto entrar en la habitación.

—Buenos días, Jack —dijo William, mientras el Halcón se acercaba para reunirse con él.

—Buenos días, señor —dijo el Halcón—. Entiendo que quería verme.

# Acerca del autor

Jeffrey Archer es uno de los autores más vendidos del mundo, con más de 300 millones de ejemplares vendidos en 115 países y 48 idiomas.

Famoso por su disciplina como escritor, que trabaja en hasta catorce borradores de cada libro, Jeffrey también aporta a sus obras un vasto conocimiento privilegiado. Ya sea su propia trayectoria política, su apasionado interés por el arte o la riqueza de fascinantes detalles de su vida —inspirados por la extraordinaria red de amigos que ha forjado a lo largo de su vida en el corazón de la élite británica—, sus novelas ofrecen una visión fascinante de diversos mundos herméticos.

Miembro de la Cámara de los Lores, el autor está casado con Dame Mary Archer, rectora de la Universidad de Buckingham, y tienen dos hijos, dos nietas y tres nietos. Divide su tiempo entre Londres, Grantchester (Cambridge) y Mallorca, donde escribe el primer borrador de cada nueva novela.

www.jeffreyarcher.com